Moses I. Finley, el famoso especialista en la Antigüedad clásica, que ha dedicado cuarenta años de su vida al estudio de la esclavitud, analiza aquí la aparición de las sociedades esclavistas antiguas y sus cambios, cómo funcionaba la esclavitud en los sistemas económicos de la Antigüedad y cómo se la consideraba moral y socialmente. A la vez, examina cómo han contemplado la esclavitud antigua los historiadores modernos, poniendo de manifiesto que para interpretar adecuadamente la institución esclavista es indispensable someter a previo análisis crítico los prejuicios ideológicos con que se ha abordado y se sigue abordando este fenómeno.



ESCLAVITUD ANTIGUA E IDEOLOGÍA MODERNA

1ª lectura: 1986
2ª lectura: 1999

ESTUDIOS
Y ENSAYOS

MOSES I. FINLEY

ESCLAVITUD ANTIGUA E IDEOLOGÍA MODERNA

Traducción castellana de
ANTONIO-PROMETEO MOYA

EDITORIAL CRÍTICA
Grupo editorial Grijalbo
BARCELONA

Título original:
ANCIENT SLAVERY AND MODERN IDEOLOGY
Chatto and Windus, Londres

Maqueta: Alberto Corazón

ISBN: 84-7423-170-1
Depósito legal: B. 13.693-1982
Impreso en España
1982. — Alfonso impresores, S. A., Recaredo, 4, Barcelona - 5

A Jean-Pierre Vernant
y Pierre Vidal-Naquet

PRÓLOGO

Aunque la explotación de esclavos ha existido en casi todas las sociedades hasta donde tenemos noticias, sólo ha habido cinco sociedades auténticamente esclavistas, dos de ellas en la Antigüedad: la Grecia y la Italia clásicas. El presente libro trata de estas dos sociedades, aunque no de manera aislada, sino, en la medida en que ello es significativo, en relación con las otras tres aludidas (todas en el Nuevo Mundo). Analizo aquí la aparición de las sociedades esclavistas antiguas y cómo se transformaron en el largo proceso a que dio lugar el feudalismo medieval; cómo funcionaba la esclavitud en la economía de los sistemas políticos de la Antigüedad; y cómo se la consideraba en los terrenos moral y social; cómo han enfocado la esclavitud antigua los historiadores modernos y por qué. Todos estos temas se encuentran en interrelación absoluta: el libro no sigue pautas cronológicas convencionales, sino que estudia los cuatro puntos principales señalados de manera global. En otras palabras, aunque esta investigación es tanto histórica como historiográfica, la suma de sus capítulos no constituye una historia de la esclavitud antigua.

En el curso de los últimos veinticinco años, el estudio de la esclavitud en los Estados Unidos, el Caribe y Brasil ha alcanzado una intensidad sin precedentes. Los debates han llegado a menudo a puntos conflictivos y, rebasando las cotas académicas, se han convertido en polémica pública. El motivo es evidente: la esclavitud moderna era esclavitud negra y, por consiguiente, no puede analizarse con seriedad sin afectar a las tensiones raciales de la actualidad. La esclavitud de la Grecia y Roma antiguas no tiene,

es obvio, un significado tan inmediato. Pese a ello, en este campo de los estudios históricos, aparentemente lejano, hay en activo actitudes ideológicas contemporáneas en el sentido de que subyacen, y hasta dirigen, en lo que es al parecer una exposición «factual» y «objetiva». Por este motivo son también profundos los desacuerdos en este campo y los estudios se desarrollan de manera polémica. Creo que un informe completo e imparcial acerca de la injerencia de intereses modernos en la esclavitud antigua es condición previa necesaria para el análisis sustantivo de la institución esclavista y en consecuencia he comenzado por dicho tema. Aparece luego en los capítulos siguientes, sobre todo como telón de fondo sobre el que contrastar mis propias concepciones a propósito del tema particular que se analiza.

La base del presente libro es un ciclo de cuatro conferencias que tuve el honor de impartir en el Collège de France en noviembre y diciembre de 1978. La invitación me dio la oportunidad de hablar sobre un tema acerca del que he reflexionado durante mucho tiempo. Mi interés por la esclavitud antigua data de comienzos de la década de 1930-1940, cuando me licencié con W. L. Westermann por la Universidad de Columbia y durante los últimos veinte años he escrito y hablado en público sobre el tema. A lo largo de estos años he contraído deudas inapreciables, pero aquí me limitaré a manifestar mi agradecimiento a John Dunn, Peter Garnsey, Keith Hopkins, Orlando Patterson, Elisabeth Sifton y C. R. Whittaker, que tuvieron la amabilidad de leer el manuscrito; a Yvon Garlan, Elio LoCascio, Dieter Metzler, Pierre Vidal-Naquet y mi esposa, que o leyeron capítulos sueltos o me ofrecieron su ayuda en otro sentido. Quiero expresar también mi profundo agradecimiento a Douglas Matthews por confeccionar el índice de la edición inglesa.

M. I. F.

Darwin College, Cambridge
Octubre de 1979.

CAPÍTULO 1

ESCLAVITUD ANTIGUA E IDEOLOGÍA MODERNA

La cantidad y la saña polémica de los trabajos sobre historia de la esclavitud son chocantes rasgos característicos de la historiografía contemporánea. Ello se comprende con facilidad en el caso de la esclavitud americana: fue esclavitud negra y ni siquiera el análisis «exclusivamente histórico» de una institución que lleva muerta más de un siglo puede soslayar los apremios de las tensiones contemporáneas entre blancos y negros. Un comentarista ha observado hace poco, con cierta mordacidad, que a causa de la «influencia de la época» todas «las nuevas interpretaciones de la esclavitud se han proclamado más antirracistas que las precedentes».[1] Preocupaciones parecidas se reflejan en los estudios sobre la esclavitud de Centroamérica o Brasil y sobre el peso del tráfico de esclavos en África. Pero éstas, es obvio, no pueden explicar por qué la esclavitud antigua sufre un alud de investigaciones de similar cuantía y no menor conflictividad. En nuestros días nadie necesita avergonzarse de sus antepasados esclavos griegos o romanos, como tampoco hay ningún mal social o político que pueda achacarse a la esclavitud antigua, dada la gran distancia temporal que nos separa de ella.

Son otras las explicaciones a que hay que recurrir y añadiré que están profundamente arraigadas en los conflictos ideológicos más destacados. Por lo que toca a la investigación, puede hacerse

1. D. B. Davis, «Slavery and the Post-World War II. Historians», *Daedalus*, CIII (1974), p. 11.

una distinción, *grosso modo* y en parte artificial, entre las concepciones morales o espirituales del proceso histórico y el punto de vista sociológico. Tamaña diferenciación no puede sostenerla en puridad, naturalmente, ni el historiador ni el activista: en la polémica sobre la abolición del tráfico de esclavos moderno «no es más insólito encontrar a humanitaristas blandiendo argumentos económicos que a sus oponentes echando mano de argumentos humanitarios».[2] Sin embargo, mi distinción es útil para mis fines, como lo ilustra el cambiante hincapié de las citas más o menos parecidas (ambas tendencias con frecuentes paralelismos en otros autores) que se consignan a continuación.

La primera procede de Arnold Heeren, el filósofo e historiador de Gotinga, enormemente influyente, que escribía a comienzos del siglo XIX: «todo lo que los modernos han dicho a propósito y en contra de la esclavitud puede aplicarse asimismo a los griegos. ... Pero no sería conveniente negar la verdad que afirma que, sin el instrumento esclavista, la cultura de la clase dominante griega no habría sido lo que fue. Si el fruto que produjo ésta tiene algún valor para toda la humanidad civilizada, *es lícito tener dudas respecto de si pagó un precio demasiado alto con la introducción de la esclavitud*» (cursivas mías).[3]

La cita opuesta procede del *Anti-Dühring* de Engels: «La esclavitud posibilitó la división del trabajo en gran escala entre la agricultura y la industria ... Sin esclavitud no hay Estado griego, ni arte griego, ni ciencia griega; sin esclavitud no hay Imperio romano. Y sin el fundamento del helenismo y del romanismo no hay tampoco Europa moderna ... Es muy fácil enzarzarse en vagos discursos a propósito de la esclavitud y otros fenómenos análogos, y derramar cólera altamente moral sobre semejantes vergüenzas ... Y con eso no aprendemos nada acerca de cómo surgieron esas instituciones, por qué subsistieron y qué papel desempeñaron en la historia».[4]

2. H. Temperley, «Capitalism, Slavery and Ideology», *Past and Present*, LXXV (1977), p. 97.
3. A. H. L. Heeren, *Ideen über die Politik...*, en *Historische Werke*, Gotinga, 1826⁴, XV, p. 234.
4. K. Marx - F. Engels, *Werke*, Berlín, 1962, XX, p. 168. [Trad. cast.: *OME*, 35, Barcelona, 1977.]

El enfoque ético-espiritual dominaba las polémicas sobre la esclavitud antigua desde principios del siglo XIX y casi monopolizaba la investigación académica (excepción hecha del anticuarismo «neutral»), hasta el punto de que hoy domina la opinión de que los intereses modernos en la esclavitud antigua «brotaron de la idea de libertad del siglo XVIII, con el comienzo de la moderna crítica socioconstructiva»[5] y de que el clímax de dicho impulso inicial se dio en 1847, con la aparición de la *Histoire de l'esclavage dans l'antiquité* de Henri Wallon. Cuando Wallon publicó sus tres volúmenes los presentó con un capítulo de 164 páginas sobre «La esclavitud en las colonias». El motivo se explicaba en el breve prefacio: «¡La esclavitud entre los antiguos! Tal vez parezca extraño que vaya a buscarse tan lejos cuando la esclavitud sigue existiendo entre nosotros. Al abordar este tema no quiero apartar la atención bajo ningún concepto de la cuestión colonial; antes bien, me gustaría centrarla en ella y buscar una solución».

La solución no habría podido ser más sencilla: la abolición de una institución que era anticristiana hasta la médula, que corrompía a esclavos y amos por igual y en consecuencia a toda la sociedad. En 1847, el abolicionismo era un tema candente en Europa. En 1879, sin embargo, cuando Wallon publicó la segunda edición, la esclavitud se había suprimido prácticamente en todas las colonias del Nuevo Mundo y el abolicionismo se había convertido en asunto del pasado, en asunto archivado. Pese a ello, Wallon, por entonces secretario vitalicio de la Académie des Inscriptions et Belles Lettres, decano de la Faculté des Lettres de París y «Padre de la Constitución», optó por reimprimir su anticuado capítulo sobre las colonias porque, según escribió en un nuevo prefacio, «acaso dé una idea del régimen colonial y del estado de opinión entre nosotros en el preciso momento en que se resolvía la polémica, mucho antes de lo que se había creído»: «gracias a Dios», añadió piadosamente.

La *Histoire* de Wallon sigue siendo única en su nivel y por su arsenal de fuentes literarias y jurídicas, de literatura patrística

5. S. Lauffer, «Die Sklaverei in der griechisch-römischen Welt», *Rapports*, Uppsala, 1960, II, p. 71.

y (mucho más de lo normalmente permitido) de pruebas bíblicas. En la actualidad, sin embargo, se la tiene generalmente por un hecho nada más que simbólico, con un par de observaciones peyorativas acerca de lo que Westermann ha llamado «los prejuicios abolicionistas de la época». Su «influencia», prosigue éste, «en el establecimiento de la moderna valoración religioso-moralista de la institución antigua ha sido, probablemente, la más peligrosa y la menos desautorizada».[6] Joseph Vogt evita el tono denunciador de Westermann, pero el balance de dos páginas en que afirma prestar «especial atención a esta notable obra» se ciñe casi en su totalidad a los juicios de valor (que «necesitan revisarse») acerca de la influencia negativa de la esclavitud en la sociedad y el papel salvífico del cristianismo en el proceso finiquitador de la institución.[7] No hace falta que siga citando: de tales comentarios y

6. W. L. Westermann, *The Slave Systems of Greek and Roman Antiquity*, Filadelfia, 1955, p. 152. Mis motivos para destacarle entre los historiadores contemporáneos, junto con Vogt, se verá después, en este mismo capítulo.

7. J. Vogt, *Ancient Slavery and the Ideal of Man*, trad. de T. Wiedemann, Oxford, 1974, pp. 172-174. (En vista de la costumbre de Vogt de reimprimir sus artículos sobre este tema, a menudo varias veces, con pequeñas correcciones aisladas, citaré normalmente la traducción inglesa, que es la última versión.) W. Baukhaus, «John Elliott Cairnes und die Erforschung der antiken Sklaverei», *Historische Zeitschrift*, CCXX (1975), pp. 543-544, ha llevado la confusión del lugar de Wallon en la historiografía de la esclavitud antigua a una *reductio ad absurdum*. Como ulteriores ejemplos de injerencia del «cliché abolicionista» y demás consideraciones ideológicas ajenas en la historia de la esclavitud menciona las inútiles obras de A. Tourmage (*Histoire de l'esclavage ancien et moderne*, París, 1880), y C. Letourneau (*L'évolution de l'esclavage dans les diverses races humaines*, París, 1897), así como de J. K. Ingram (*History of Slavery and Serfdom*, Londres, 1895) y Nieboer (*Slavery as an Industrial System*, La Haya, 1900), ninguna de las cuales ejemplifica precisamente sus objeciones. Hasta donde Tourmage y Letourneau tenían intereses contemporáneos, se trataba de un vago socialismo. Ingram, auténtico pansofista de la segunda mitad del siglo XIX que ocupó las cátedras de oratoria y griego, una detrás de otra, en el Trinity College de Dublín, destacó más como estadista y economista, y en consecuencia fue invitado a escribir un artículo sobre la esclavitud y la servidumbre para la edición de 1887 de la *Encyclopaedia Britannica*. Su libro, un ensayo largo y modesto, fue producto derivado de dicho artículo y, naturalmente, terminaba el informe con un repaso de los esfuerzos antiesclavistas del momento. La posición filosófica de Ingram fue básicamente comtiana. Nieboer, por último, escribió el primer estudio antropológico serio sobre la esclavitud (subtitulado «Investigaciones etnológicas») y decía explícitamente en el pre-

«resúmenes» nadie imaginaría el contenido de los tres volúmenes de Wallon ni la magnitud de su aportación académica. No se equivocaba cuando escribía, al final del largo capítulo introductorio, a propósito de la situación moderna: «Además, este libro no es un alegato, sino una historia. Sin olvidarme ni por un momento de la cuestión moderna, he encarado abiertamente el hecho antiguo»: los miles de hechos, quisiera añadir, sobre el volumen de la población esclava, los orígenes de la esclavitud, el precio y empleo de los esclavos, los ilotas, la manumisión y así sucesivamente.

Es preciso decir unas cuantas cosas acerca de esta mezcla de denuncia y olvido de Wallon. Ante todo que es un fenómeno del siglo XX.[8] En segundo lugar que, por mucho que se pueda, legítimamente, criticar o disentir de las interpretaciones wallonianas de los datos, ello no da pie para acusarle de distorsión u omisión deliberada de las pruebas como consecuencia de su compasión cristiana o su entusiasmo abolicionista. Por último que el antiwallonismo no refleja ningún alejamiento del enfoque ético-espiritual de la historia, sino que es producto de un cambio, y también de una polémica, en los valores morales de los historiadores. Dicho de manera palmaria, el conflicto se encuentra en el choque entre la concepción de Heeren de que la esclavitud, no obstante ser un mal, no fue un precio demasiado alto en la adquisición de

facio que no le interesaba ni el estudio histórico del tema ni el «filantrópico» (es decir, «promover la supresión del tráfico de esclavos africano»), sino la indagación de las «leyes sociológicas» en las pruebas aportadas por los «salvajes». A Backhaus lo repite casi palabra por palabra M. Mazza, Introducción a E. Ciccotti, *Il tramonto della schiavitù nel mondo antico*, Turín, 1977, pp. XLII-XLIII. Tampoco parece conocer a G. Abignente, *La schiavitù nei suoi rapporti colla chiesa e col laicato*, Turín, 1890, publicado, como en la portadilla se indica, con motivo de un congreso antiesclavista en Bruselas, no obstante ser, este de Abignente, probablemente el mejor informe (en su segunda parte) de la esclavitud medieval antes de la reciente obra de C. Verlinden, *L'esclavage dans l'Europe médiévale*, Brujas, 1955.

8. Véase, por ejemplo, el balance entusiasta sobre las aportaciones de Wallon de J. Marquardt, *Das Privatleben der Römer*, 2 vols., 1866[2] (reimpr. Darmstadt, 1964), I, p. 135, n. 1; cf. L. Mitteis, *Reichsrecht und Volksrecht*, Leipzig, 1891, p. 357, n. 1. La principal excepción a la tendencia vigesimosecular se ha dado en la Unión Soviética: la *Histoire* de Wallon se tradujo al ruso en 1941.

las supremas cotas (y legados) culturales de los griegos y la insistencia de Wallon en que no hay defensa alguna de un mal que viola tan violentamente la esencia del cristianismo. Raras veces se han manifestado las posiciones de manera tan terminante, aunque no es difícil perfilarlas en la compleja interacción de los sistemas axiológicos. Wallon ha recibido ataques póstumos porque, pese a ser plausiblemente un buen cristiano, no transigió con matiz alguno que suavizase las tradiciones y los valores clásicos. Lo mismo ha ocurrido con otros historiadores del siglo XX que, desde distintas premisas, atribuyeron la «decadencia de la Antigüedad» al solo factor de la esclavitud.

Aunque creo que el hincapié en los valores morales ha llevado a una distorsión tanto del análisis de la esclavitud antigua como de los trabajos historiográficos sobre el mismo tema, quisiera ir un poco más allá en la relación entre cristianismo y esclavitud antigua porque ha constituido un lugar axial en los debates ideológicos a propósito de esta última; a decir verdad, un ejemplo de primer orden de lo que suele ocurrir cuando se convoca al pasado como testigo de las disputas morales o teológicas. Westermann, por ejemplo, agnóstico en materia religiosa, o por lo menos no creyente, atacó a Wallon en un capítulo polémico en que no tuvo ninguna dificultad para rebatir la opinión de que el cristianismo fue responsable, por muy a destiempo que hubiese actuado, de la desaparición de la esclavitud antigua. En un mundo sin ideología esta polémica no habría sido necesaria: ya la había suscitado aproximadamente un siglo antes, con alcance y perspicacia mucho mayores, aquel teólogo radical, amigo de Nietzsche y precursor de Karl Barth, que fue Franz Overbeck.[9] En realidad, ya se había hecho suficiente en tres o cuatro páginas de John Millar, en 1771.[10] Esta posición la resumió Ernst Troeltsch hace medio siglo: interiormente «la naturaleza de la institución esclavista quedaba neutralizada por las pretensiones de lo ideal. Exteriormente, sin embargo, la esclavitud no pasaba de ser una parte de la ley general de la propiedad y del orden del Estado que el cristianismo aceptó sin mover un dedo por alterar; antes bien, en virtud de sus garantías morales, tendió a fortalecerla».[11]

El tono subido de las argumentaciones de Overbeck y la intemperancia de su lenguaje puede atribuirse al hecho de que formulaba un poderoso argumento teológico a propósito de la naturaleza del cristianismo y que no se limitaba a corregir una falacia histórica, y quizá también a la magnitud de los establos de Augías que quería limpiar. En 1875, momento en que escribía, era dogma de fe que la iglesia primitiva se había opuesto a la esclavitud: harían falta muchas páginas para hacer solamente una lista de los libros y ensayos en que aparecía esta doctrina, no todos despreciables y algunos de ellos de considerable valor erudito. Wallon no fue el creador de dicho dogma y ni siquiera su portavoz más popular: éste fue, probablemente, Paul Allard, cuyo *Les esclaves chrétiens* conoció cinco ediciones sólo en francés tras aparecer en 1876 y fue «laureado» por la Academia.

La dificultad del dogma aludido estriba en su aparente incompatibilidad con la documentación disponible. Se había convertido en serio motivo de preocupación a comienzos del siglo XIX y había dado lugar a un florecimiento de estudios relativos a la Iglesia y la esclavitud antigua. Wallon, vale la pena recordarlo, ganó un certamen patrocinado por la Académie des Sciences Morales et Politiques en 1837, sobre el tema «la substitución de la esclavitud por la servidumbre» y en consecuencia la suya fue una de las tres obras que se publicaron después.[12] En 1845, antes de que hubie-

9. F. Overbeck, *Studien zur Geschichte der alten Kirche*, Schloss-Chemnitz, 1875, cap. 3. Al parecer, este trabajo no era conocido para Westermann y no aparece en Brockmeyer, *Bibliographie zur antiken Sklaverei*, ed. J. Vogt, Bochum, 1971.

10. J. Millar, *Observations concerning the Distinction of Ranks in Society*, Dublín, 1771, pp. 222-225.

11. *The Social Teaching of the Christian Churches*, trad. de Olive Wyon, 2 vols., Londres y Nueva York, 1931, I, p. 132. Y añade: «Así pues, los cristianos no cambiaron nada en las leyes que afectaban a los esclavos ... Constituye esto una de las más típicas ilustraciones de la actitud de los cristianos hacia el mundo; renunciaron a éste y sin embargo se comprometieron con él, sin imaginar, ni poder imaginar siquiera, ningún cambio en el sistema social».

12. La descripción del certamen sería tema complejo por varias circunstancias: 1) Los ocho artículos eran anónimos, y el informe de Michelet a la Académie, *Mémoires*, vol. 3, 1840, pp. 655-671, los identifica sólo mediante un número. 2) El artículo ganador fue un esfuerzo conjunto de Wallon

ran aparecido los tres volúmenes de Wallon, los responsables del Hulsean Prize de la Universidad de Cambridge establecieron como tema del certamen de aquel año «La influencia del cristianismo en la abolición de la esclavitud en Europa»; el trabajo ganador, de Churchill Babington, publicado el año siguiente, constaba de 181 páginas de apretada erudición. En 1862, con el acicate directo de la guerra civil norteamericana, la Sociedad para la Defensa del Cristianismo de La Haya invitaba a un enfoque más diferenciado según la formulación bipartita del tema: 1) una «explicación científica» de los pasajes bíblicos relacionados con la esclavitud, y 2) una investigación sobre cómo debería considerarse la esclavitud «de acuerdo con el espíritu y los principios del cristianismo». Se vieron recompensados con una por lo menos generosa y valiosa respuesta, el ensayo ganador de un profesor alemán, Heinrich Wiskermann, publicado en Leiden en 1866 con el título de *Die Sclaverei*. Wiskermann, estudioso del mundo clásico, teólogo e historiador, con un enjundioso currículo de publicaciones importantes, echaba por tierra la concepción de que el Nuevo Testamento ofrecía cierto apoyo a los abolicionistas y argumentaba acto seguido que la esclavitud es, pese a todo, «un mal que la religión y la razón sólo pueden admitir en determinadas circunstancias (*unter Umständen*)».

En resumen, hombres de fe sólida se sentían obligados a buscar alguna explicación de la larga supervivencia de la esclavitud tras el triunfo del cristianismo. El tercer volumen de Wallon comienza dando cuenta del problema y vuelve a él repetidas veces. Su forma de resolver el problema —la esclavitud fue una práctica inicua incompatible con las necesidades morales— no es muy satisfactoria. Tampoco lo es la de Wiskermann: Cristo y los apóstoles o guardaron silencio acerca de la esclavitud o la aprobaron por poderosos motivos tácticos (a esto se refería cuando hablaba de «determinadas circunstancias»). Sin embargo, una respuesta poco convincente es mejor que la actitud adoptada por Joseph Vogt: éste sostiene el dogma de la oposición fundamental cristiana desde el principio sin preocuparse de replicar a los argumentos y las pruebas presentadas en contra, ni siquiera a los de Westermann, por quien ha sentido mucha admiración, aunque no del todo acrítica. Aunque «es cierto», escribe con alegría, que el cristianismo aceptó «la esclavitud como institución», lo que importa es que «la diferencia de amo y esclavo en la nueva comunidad cristiana sólo podía ser relativa ... Había aparecido una nueva forma de valorar la propiedad y el poder».[13] Esto se aproxima a Wallon, aunque con un matiz ligeramente menos activista. La polémica de Vogt con Wallon no es, por consiguiente, a propósito del cristianismo, sino acerca de la negación de este último de la excelencia espiritual de los griegos y romanos paganos.

Que Vogt se equivoca cuando cree, contra Troeltsch, que «había aparecido una nueva forma de valorar la propiedad y el poder» me parece indiscutible. No menos innegable me parece que representa una evasión del problema capital apoyarse en la cláusula ambiguamente dimisoria «aunque es cierto que el cristianismo aceptó la esclavitud como institución». Pero no discuto estos aspectos; mi interés inmediato se cifra en la falacia metodológica que impregna el texto de Vogt, corriente en la historia de las ideas, y que podemos llamar «falacia teleológica». Ésta consiste en suponer la existencia, en el comienzo de los tiempos, por así decir, de los valores del escritor —en nuestro caso, el rechazo moral de la esclavitud por ser un mal— y luego analizar todo pensamiento y práctica tempranos como si éstos casaran, o debieran casar, con semejante hipótesis; como si los hombres de otras

y J. Yanoski, según explica el primero en su prefacio: Wallon escribió las secciones sobre la Antigüedad, Yanoski las medievales, comenzando por los códigos germánicos. 3) Lo que se publicó al final difería, en mayor o menor medida, de los manuscritos entregados a la Académie. Biot, premiado con medalla de oro, publicó su *De l'abolition de l'esclavage ancien en Occident* el año siguiente, y si la paginación que da Michelet en su informe es de fiar, el libro impreso (de 449 páginas) era mucho más extenso que el trabajo original. Wallon trabajó casi toda una década antes de publicar sus tres enjundiosos volúmenes. Yanoski se dedicó inmediatamente a otros temas históricos y murió en 1851. En 1860 se publicó su manuscrito original, con algunas adiciones de Wallon, con el título de *De l'abolition de l'esclavage ancien au Moyen Âge et sa transformation en servitude de glèbe*. Cuando vuelva a tratar de este asunto, me referiré por comodidad a los tres ganadores del certamen.

13. Vogt, *op. cit.*, p. 145.

épocas se plantearan los mismos problemas y con el mismo talante que los del historiador y *su* mundo.[14] La falsa afirmación de que los intereses e investigaciones modernos de la esclavitud antigua tiene sus raíces en la Ilustración y el abolicionismo es otro ejemplo. «Interés» e «investigación» se suponen constantes y se valoran y juzgan de acuerdo con la práctica decimonónica y vigesimosecular de la erudición y el monografismo académicos. Sería innecesario alegar que hay y siempre ha habido niveles de interés o que el monografismo investigador no es la única medida del interés.

El interés por la esclavitud como tal fue, durante toda la Antigüedad, no histórico, sino contemporáneo. Las pocas aparentes excepciones no pasan de aparentes: las diversas y mal dirigidas explicaciones del origen de los ilotas espartanos; la afirmación del historiador Teopompo, del siglo IV a. de n. e. (citado en Ateneo, 4.265 *b-c*), de que los habitantes de Quíos fueron los primeros que *compraron* esclavos a los bárbaros, en el contexto de la decadencia espartana y de la invasión greco-macedonia de la «bárbara» Persia;[15] Dionisio de Halicarnaso (*Antigüedades romanas*, 4, 24) a propósito de los buenos tiempos del pasado, a modo de vergonzoso contraste con la degeneración que provocaban los decretos augústeos para limitar la manumisión en su propia época. Tales referencias al pasado, histórico o mítico, para explicar, justificar o iluminar una situación, una acción o una creencia del presente, eran normales —basta pensar en las odas de Píndaro—, pero no constituían ningún interés por el pasado como tal, o por la historia, ni mucho menos por la historia o la investigación histórica de una institución particular. Sostener lo contrario es un espejismo moderno, originado por la creación de una disciplina llamada «historia» y su introducción en los programas de enseñanza.

Este espejismo, esta ilusión, cobra realce, cuando nos centramos en siglos más recientes, merced al estatus y autoridad inigualables de la cultura clásica en la civilización occidental. La cita de

14. «El fracaso de los humanistas en conseguir algo en la lucha por los derechos humanos» es otro ejemplo típico. Véase Vogt, *op. cit.*, p. 203.

15. Véase P. Vidal-Naquet, «Réflexions sur l'historiographie grecque de l'esclavage», en *Colloque 1971*, 1972.

autores griegos y romanos era un recurso frecuente en numerosos contextos, pero ni la confianza del Aquinate en Aristóteles, ni que Dante elija por guía a Virgilio, ni las citas clásicas de los «Founding Fathers» norteamericanos tienen nada que ver con el estudio y comprensión de la sociedad grecorromana o su historia. Los autores y pensadores griegos y romanos se seleccionaban para fines concretos, como modelos de excelencia en estilo, en educación, en moral o en lógica, y se organizaban y clasificaban según modalidades estrictamente contemporáneas. Para fines demasiado amplios, sin embargo, no eran útiles y en tal caso se les substituía con otras autoridades: por ejemplo, en la polémica del siglo XVII sobre la legislación inglesa, en que los paradigmas históricos (y en muchos casos pseudohistóricos) eran ingleses, no griegos ni romanos.[16] Y lo mismo ocurría con los apologetas de la esclavitud: Aristóteles no ofrecía más que adornos eruditos al argumento fundamental, que se apoyaba en las Escrituras.[17] Para justificar la esclavitud de algunas de las criaturas de Dios se necesitaba el consentimiento de Dios, no de la historia ni de la filosofía paganas, que no conocían ni el pecado ni el bautismo.

La única esfera en que los antiguos podían aportar y aportaban ayuda importante era la esfera práctica de la ley. El derecho romano ofrecía una continuidad ininterrumpida, primero a través de los códigos germánicos y después a través de la resurrección del derecho romano a fines de la Edad Media. Los textos básicos habían sobrevivido en cantidad más que suficiente y no faltaban los

16. Véase J. G. A. Pocock, *The Ancient Constitution and the Feudal Law*, Cambridge, 1957; cf. M. I. Finley, *The Use and Abuse of History*, Londres, 1975 [hay trad. cast.: *Uso y abuso de la historia*, Crítica, Barcelona, 1977], cap. 2: «La Constitución ancestral».

17. Así, en una obra antiabolicionista, poderosa y tardía, *An Essay on Liberty and Slavery*, de A. T. Bledsoe, profesor de matemáticas en la Universidad de Virginia (1856, reimpr. Freeport, N. Y., 1971), buena parte del capítulo más largo, «The Argument from the Scriptures» (pp. 138-225), contiene un breve y típico elogio de Aristóteles. Para los abolicionistas del siglo XIX, por el contrario, la defensa de la esclavitud del gran Aristóteles fue más bien un serio inconveniente: véase p. e., L. Schiller, «Die Lehre des Aristoteles von der Sklaverei», *Jahresbericht von der K. Studienanstalt zu Erlangen*, 1847, que calificó de «guerra santa» (p. 3) el movimiento abolicionista.

comentarios eruditos.[18] De aquí que los europeos que poblaron el Nuevo Mundo con esclavos africanos importados tuvieran ya un código jurídico a su disposición, que adoptaron casi *in toto* y fueron modificando paulatinamente para adaptarlo a determinadas circunstancias nuevas, por ejemplo, la ocasional restricción de la manumisión al mínimo. No es sorprendente que esta actividad jurídica no estimulara ningún estudio serio de la esclavitud antigua. Ni siquiera Jacques Cujas, el más grande de los tempranos comentaristas modernos del *Corpus Iuris*, aportó nada nuevo ni inteligente, ni hizo la ocasional disertación *de iure servorum*.

Tampoco la hicieron los grandes hombres de la Ilustración, a pesar de la a menudo fácil suposición en sentido contrario. Aunque la información histórica era para ellos un arma esencial en su emancipación del «dominio del pensamiento metafísico y teológico»,[19] su interés por la historia fue exclusivamente como fuente de paradigmas, no como disciplina.[20] El punto culminante se alcanzó con Montesquieu, el primer pensador que, en palabras de Cassirer, «comprendió y expresó con claridad el concepto de los "tipos ideales" de la historia. *El espíritu de las leyes* es una doctrina política y sociológica de tipos» en que los hechos se indagan «no por sí mismos sino según las leyes que ilustran y ponen de manifiesto».[21] En los menores exponentes del nuevo espíritu, sobre todo en el terreno político, los «hechos» se inventaban en la misma medida en que se investigaban; la historia no se volvió ni paradigmática ni sociológica, sino falsificada. La Revolución francesa, advirtió Marx en el comienzo de *El 18 Brumario*, «se vistió alternativamente con el ropaje de la República romana y del Imperio romano». Se prefirió Esparta a Atenas para ser reemplazada luego, en el período postrevolucionario, por la leyenda de la «burguesa Atenas».[22]

18. Véase R. P. Jameson, *Montesquieu et l'esclavage*, París, 1911, páginas 82-103.
19. E. Cassirer, *The Philosophy of the Enlightenment*, Boston, 1951, página 182.
20. Para esta distinción, véase G. H. Nadel, «Philosophy of History before Historicism», *History and Theory*, n.° 3 (1954), pp. 291-315, especialmente pp. 292-304.
21. Cassirer, *op. cit.*, pp. 209-210.
22. Véase P. Vidal-Naquet, «Tradition de la démocratie grecque», publicada como introducción a M. I. Finley, *Démocratie antique et démocratie moderne*, trad. de M. Alexandre, París, 1976, pp. 7-44; N. Loraux y P. Vidal-Naquet, «La formation de l'Athènes bourgeoise. Essai d'historiographie 1750-1850», en R. R. Bolgar, ed., *Classical influences on Western Thought A. D. 1650-1870*, Cambridge, 1978, pp. 169-222.

Cuando los hombres de la Ilustración escribían a propósito de la esclavitud antigua, cosa que hicieron a menudo, aunque con brevedad, el enfoque paradigmático era evidente y universal. El siglo XVIII francés (y también el inglés) estaba profundamente interesado tanto en la esclavitud del Nuevo Mundo como en la servidumbre del Viejo, que se trataban como si fueran básicamente idénticas (por ejemplo, en John Millar y Adam Smith), o bien se distinguían en términos de derecho romano puramente formales, como esclavitud real y personal (en la *Enciclopedia*, sin ir más lejos). La tendencia dominante se oponía a la esclavitud, aunque Voltaire y Montesquieu eran más bien ambiguos frente a la hostilidad incondicional de Diderot y Holbach.[23] Ni siquiera este último, conviene tenerlo en cuenta, condenó la esclavitud con mayor fiereza o mayor conocimiento de las fuentes grecorromanas que Juan Bodino en el siglo XVI (*La República*, lib. I, cap. V).

La figura clave del siglo XVIII fue Montesquieu. Hay varios enigmas célebres en sus palabras relativamente breves sobre la esclavitud del libro XV (debiéramos decir «capítulo») del *Esprit des lois*: se trata del segundo de una serie de cuatro libros que aborda el más amplio contexto del clima; se titula «Cómo las leyes de la esclavitud civil están en relación con el clima»; y presenta una curiosa justificación de la esclavitud en las zonas tropicales. No obstante, estas pocas páginas constituyeron el ataque intelectual a la esclavitud más influyente que se escribió en el siglo XVIII. Así, el caballero de Jaucourt comenzaba su artículo sobre el «Esclavage» del quinto volumen de la *Encyclopédie* (1755) con el reconocimiento de su deuda con Montesquieu, procedió a etiquetar la esclavitud como institución poco menos que

23. Véase el admirable resumen de D. B. Davis, *The Problem of Slavery in Western Culture*, Ithaca, 1966, caps. 13-14; cf. Jameson, *op. cit.*; E. D. Seeber, *Anti-Slavery Opinion during the Second Half of the Eighteenth Century*, Baltimore, 1937; M. Duchet, *Anthropologie et histoire au siècle des lumières*, París, 1971, esp. pp. 137-193.

universal, «para vergüenza de la humanidad», y no hizo concesión alguna en ningún trance de su abolicionismo. Tras el análisis de Montesquieu hay un vasto conocimiento de los autores clásicos, naturalmente, pero también de los derechos romano y germánico y de los grandes «viajes» que describían los usos y costumbres del Nuevo Mundo, del Cercano y Lejano Oriente, más o menos en igual medida.[24] Nada podría ilustrar mejor la conclusión de Cassirer de que los hechos se buscaban «no por sí mismos sino según las leyes que ilustran y ponen de manifiesto». Ninguna *investigación* histórica, ninguna *historia*, en el sentido griego original, recibía estímulos, y menos aún la indagación de la esclavitud antigua.

Pueden mencionarse algunas excepciones, por supuesto. En un sentido está el fracaso del Abbé Barthélemy, celebrado *érudit* influido por Montesquieu, Voltaire y sobre todo Rousseau, de dar cuenta de la esclavitud en los siete volúmenes de su *Voyage du jeune Anacharsis en Grèce*, publicados en 1789, reimpresos por lo menos cinco veces en Francia y traducidos a varios idiomas a fines del mismo siglo, aunque sus escasas referencias son totalmente hostiles.[25] En otro sentido está el estímulo que la Ilustración proporcionó al estudio histórico en Alemania. Entre 1800 y 1805 apareció en Leipzig una maciza y polivoluminosa historia de Esparta, por J. C. F. Manso, pedagogo, poeta e historiador de Breslau e importante y polémica figura ilustrada en su momento (aunque en mi opinión poco conocido fuera de Alemania). Esta notable relación, que extiende el relato hasta la incorporación de Grecia al Imperio romano, se centra en la historia política y militar, pero también dedica docenas de apéndices a una enjundiosa serie de temas distintos, como los costes de la Guerra del

24. En Jameson, *op. cit.*, pp. 260-287 hay una breve investigación sobre las fuentes del libro XV de Montesquieu.

25. Por el contrario, en *Rome au siècle d'Auguste*, obra erudita y popular que tiene por modelo el *Anacharsis* de Barthelémy, como el subtítulo indica, *Voyage d'un Galois à Rome*, París, 1835, 4 vols. (ed. rev., 1846-1847), L. C. Dezobry dedica una ácida «carta» (n.° 10) a la esclavitud y vuelve sobre el tema en varios lugares, sobre todo en la larga n.° 88, sobre las villas. Bastará una frase para ilustrar su postura: «Los ciudadanos entre los que la luz de la filosofía encendió al parecer sentimientos de humanidad son tan impíos como los otros» (I, pp. 100-101). Véase más abajo para este contraste entre las «antigüedades» griegas y romanas.

Peloponeso, y está salpicada de digresiones generosamente reflexivas en que despunta el hombre de la Ilustración. Lo más descollante, en nuestro presente contexto, es la valoración que Manso hace de la «Constitución de Licurgo» (I, pp. 178-192), dura crítica de Esparta, sobre todo porque se basaba en la explotación de los ilotas y porque hacía hincapié en las virtudes militares. La *Esparta* de Manso fue pronto injustamente olvidada en virtud de la aparición, en 1824, de esa fantasía de mil páginas de perniciosa influencia, *Die Dorier* de Karl Otfried Müller, en que los ilotas y el trabajo sometido en otros estados llamados dorios quedaron comprimidos en veinte páginas de vergonzosas justificaciones. Müller no era ni «ilustrado» ni liberal;[26] si pese a todo consideraba la propiedad privada de esclavos en «estados comerciales» como Atenas un peligro permanente para «la moralidad y el orden» (I, p. 39), no era porque fuese abolicionista, sino porque esta observación secundaria servía para intensificar la glorificación de Esparta y la denigración de Atenas.

Como historiador, Manso se centraba en un tema que había sido tradicional desde los griegos: los ilotas aparecían en el contexto narrativo cuando era necesario y cuando se hablaba de ellos en otro sentido se hacía en un apéndice particular. Lo mismo cabe decir de la más grande de las «excepciones», Edward Gibbon. Aunque «se sentía totalmente cómodo en el nuevo París de los enciclopedistas y compartía muchas de sus convicciones», al tiempo que tomaba sus «principales ideas políticas, morales y religiosas» de ellos,[27] escribió *La decadencia y caída del Imperio Romano*, primera historia moderna de cualquier período de la Antigüedad (y plausiblemente la primera historia moderna *tout court*). La historia romana había sido una asignatura universitaria reconocida durante los ciento cincuenta años anteriores, pero la práctica dominante, tanto en Inglaterra como en el continente, obligada a menudo por fuero o estatuto, no pasaba esencialmente de la lectura

26. H. E. Stier, *Grundlagen und Sinn der griechischen Geschichte*, Stuttgart, 1945, p. 23, elogia su oposición a «todo el confuso fanatismo de sus contemporáneos por la libertad».

27. A. Momigliano, *Studies in Historiography*, Londres, 1966, pp. 42 y 49.

comentada de uno o varios historiadores latinos. Gibbon dio un paso revolucionario al escribir su propia historia sin transformar (o no transformándola apenas) la concreta asignatura de historia. La esclavitud quedó relegada a unos pocos parágrafos decorosos en el segundo capítulo, que revelaban la influencia de Montesquieu, aunque sin el sutil análisis o el fervor moral de éste (ni siquiera de Manso), y fue ignorada salvo, fugazmente, cuando estaba en relación directa con un acontecimiento particular y se precisaba en el relato.[28]

La diferencia aparece más ejemplificada en la primera historia de Grecia, de la mano del escocés John Gillies, historiador real y clasicista, obra sustantiva en dos volúmenes que apareció en 1786, diez años después del primer volumen de la de Gibbon. Los ilotas recibían una atención apropiada en el relato de las guerras mesénicas y de la revuelta del siglo V, pero sólo una frase a lo largo de veintidós páginas a propósito de la reorganización licurguiana del gobierno y el sistema social espartano. A los esclavos de toda Grecia prácticamente se les ignoraba, aunque una frase aislada es tan sorprendente que no puedo evitar citarla: el sistema introducido por Solón, explicaba Gillies «habría tropezado con el inconveniente del excesivo apartamiento ciudadano de los menesteres privados» de no ser porque los esclavos superaban en número a los ciudadanos libres en una proporción de cuatro a uno (p. 457). Gillies no fue hombre de la Ilustración, según se ve, por ejemplo, en la violencia de sus diatribas contra los sofistas, no obstante llegar a referirse a la esclavitud, como cualquier abolicionista de la época, con gran indignación moral.

Seguir el rastro a través de Mitford, Niebuhr, Thierwall y demás importantes historiadores de Grecia y Roma en el curso de las décadas siguientes sería un ejercicio del todo inútil. Bastará echar una rápida ojeada a George Grote, radical en filosofía y muy alejado del espectro político de John Gillies. En las primeras páginas de su *Historia*, en el contexto de la estructura social de Tesalia, Grote escribía: «Por regla general, el cultivo del suelo por esclavos o subordinados, en beneficio de los propietarios de las ciudades, dominaba en casi toda Grecia».[29] Pese a tratarse de una obra mucho más extensa que la de Gillies, la esclavitud no ocupaba mayor espacio, y ello en el mismo contexto: Esparta y pasajes narrativos. Que es más perspicaz en sus observaciones y mucho más «moderno» en la crítica de las fuentes no hace falta decirlo: pero es irrelevante para nuestro tema.

28. Sin embargo, Gibbon poseía ejemplares de casi todos los principales estudios anticuarios y demográficos mencionados más abajo: Geoffrey Keynes, *The Library of Edward Gibbon*, Londres, 1940.

La conclusión inevitable es que quienes afirman que el interés moderno por la esclavitud antigua comenzó en la Ilustración y el abolicionismo han buscado a ciegas en lugar indebido. Han olvidado que, con clara frase de Momigliano, durante los siglos XVII y XVIII «los modernos escribían *antiquitates*, no historias romanas (o griegas)».[30] Y entre los anticuarios, el estudio de la esclavitud antigua (concretamente, la esclavitud romana) alcanzaba una escala monográfica en las fechas más tempranas. Me limitaré a mencionar unos cuantos de una cantidad considerable, en particular a los que fueron generosamente utilizados y citados hasta fines del siglo XIX, a veces en el XX, entre ellos dos de los primeros.[31] En 1608, el frisón Tito Popma publicaba en Leiden su *De operis servis liber*, que consistía fundamentalmente en una serie de «definiciones» de términos tales como *vicarius* o *dispensator*, seguidas de un par de citas relevantes de autores antiguos. Cinco años después, el eclesiástico y anticuario paduano Lorenzo Pignoria publicaba un mamotreto de más de 200 páginas, *De servis et eorum apud veteres ministeriis commentarius*, erudito y sistemático, con un índice de fuentes de aspecto muy moderno que incluía no sólo textos literarios y jurídicos, sino también inscripciones y monumentos figurativos. El cuerpo del libro consistía en un detallado informe de las ocupaciones urbanas de los esclavos romanos que no habría de superarse hasta fines del siglo XIX.[32] Ambas obras se impri-

29. *A History of Greece*, nueva ed., Londres, 1862, II, p. 59.
30. Momigliano, *op. cit.*, p. 7.
31. La lista de Brockmeyer, *op. cit.*, no es ni completa ni del todo precisa.
32. La ordenada lista, todavía válida, de W. Blair, *An Inquiry into the state of slavery amongst the Romans*, Edimburgo, 1833, pp. 131-141, dispuesta en dos columnas, latín e inglés, está, según sus propias palabras, «sa-

mieron por lo menos tres veces en el curso de un siglo, cosa que habla con suficiencia del interés por la esclavitud antigua de la época preilustrada. Tal el informe de Joachim Potgiesser sobre los esclavos y libertos germánicos desde la época de César hasta finales de la Edad Media, publicado en 1703 por vez primera y reeditado en 1736 en un volumen de 985 páginas.

Estas tempranas obras anticuarias eran bien conocidas por los *érudits* franceses (a menudo se encontraban en sus bibliotecas particulares), de los que unos cuantos continuaron investigando la esclavitud antigua, durante y después de la Revolución francesa incluso. Las *Mémoires* de la Académie des Inscriptions et Belles Lettres fueron el surtidor más importante. Pero no quiero confeccionar un catálogo: baste mencionar el largo y desfavorable informe de la rebelión de Espartaco publicado en el volumen 37 (1774) por Charles de Brosses, uno de los magistrados y parlamentarios más importantes de su tiempo; y los dos estudios del sabio Jean Levesque de Burigny (autor, entre otras obras, de sendas biografías de Erasmo y Grocio) sobre los esclavos y libertos romanos (en los volúmenes 35 y 37).

Parte de esta bibliografía básica, empezando por Popma y Pignoria, abría el correspondiente capítulo del *Abriss der römischen Antiquitäten* de Friedrich Creuzer, publicado en 1824 para, según sus propias palabras, satisfacer la necesidad de una lista de fuentes y referencias que asesorasen las clases universitarias. Creuzer —amigo de Schlegel y otras figuras capitales del Romanticismo alemán, autor de dos obras elementales, una sobre historiografía griega,[33] la otra sobre el simbolismo en la religión y la mitología antiguas, que conocía a su Grocio, su Montesquieu, su Hegel, así como los más raros escolios bizantinos no presentaba la menor excusa por haber escrito una obra anticuaria de tal austeridad que evitaba la prosa continua para incidir en simples epígrafes y encabezamientos seguidos de enjundiosas citas y reproducciones de fuentes y comentarios. Consideraba la esclavitud lo bastante importante para asignarle el tercer capítulo, inmediatamente después de los orígenes y la topografía de Roma. Sus sucesores decimonónicos, como Marquardt en las *Privataltertümer*, compartieron este juicio, con la ventaja sobre Creuzer de contar con una modélica monografía anticuaria publicada en 1833, *An Inquiry into the State of Slavery amongst the Romans* de William Blair, que no fue ni académico ni estudioso clásico, sino un abogado escocés.

cada principalmente» de Popma y Pignoria, que «nos han ahorrado casi todo el trabajo». Vale la pena advertir que se trata de las tres únicas obras específicamente dedicadas a la esclavitud antigua que se incluyen en la ya clásica de J. R. McCulloch, *The Literature of Political Economy: A Classified Catalogue*, Londres, 1845.

33. Véase Momigliano, *op. cit.*, cap. 4: «Friedrich Creuzer and Greek Historiography».

Es digno de mención que todas estas pesquisas anticuarias a propósito de la esclavitud antigua estuvieran dedicadas a los romanos casi con exclusividad. Con la importante excepción de los demógrafos y el filólogo y jurista J. F. Reitemeier, al que volveremos después, los esclavos griegos no atrajeron a la investigación. Hicieron acto de presencia en monografías tales como el libro de Everhard Feith sobre antigüedades homéricas (Leiden, 1677) o las *Leges atticae* (París, 1635) de Samuel Petit, pero no de manera independiente. Es obvio que las fuentes griegas no ofrecían nada comparable a las revueltas de los siglos II y I a. de n. e., los textos de agricultura romana o el tremendo arsenal del *Corpus Iuris.* Pero ni estoy convencido de que ésta sea una explicación satisfactoria del hecho ni estoy en situación de dar otra mejor. Incluso August Böckh se limitó a publicar unas cuantas páginas en su *Staatshaushaltung der Athener* (1817), y aun así de enfoque bien restringido (cifras y precios tan sólo), mucho menos completo y sutil que los primeros tratados franceses e ingleses sobre el mismo tema, con una sorprendente incapacidad, además, para comprender los argumentos de David Hume, por ejemplo.[34] Dos años antes, en una monografía sobre las minas de plata del Atica, Böckh había encabezado la media docena de páginas sobre la esclavitud con un duro ataque a la institución, para proceder acto seguido a una serie

34. McCulloch, *op. cit.*, p. 356, comentaba: «Si el conocimiento que el autor tiene de la ciencia moderna estuviera en proporción con su conocimiento de la Antigüedad. el libro habría sido totalmente satisfactorio».

de cálculos y juicios tan equivocados como fantásticos sobre el número de esclavos empleados en las minas y los beneficios obtenidos por los propietarios.[35] Más flojas si cabe fueron las escasas páginas, una generación posterior, del *Lehrbuch der griechischen Antiquitäten* (1852) de K. F. Hermann, aunque tenía a Wallon a su disposición. Por lo que sé, hasta que Büchsenschütz no publicó su *Besitz und Erweb im griechischen Alterthume* en 1869 no contó la esclavitud griega con un informe anticuario cabal, 104 páginas en una obra de 624 que abarcaba el período que va de Homero a Alejandro (y sin incluir a los griegos occidentales).

Büchsenschütz terminaba con la breve afirmación (pp. 207-208) de que la esclavitud no sólo era mala económicamente, aunque los antiguos no podían saberlo, sino también mala moral y demográficamente. Lo que acaso sirva para recordarnos el hecho, a menudo olvidado, de que los anticuarios del pasado estaban lejos de carecer de nervio. Por lo general consideraban la esclavitud antigua como un perjuicio, aunque se diferenciaban en el tono de la condena. Hay que preguntarse entonces qué permite a Vogt elogiar tan especialmente el libro de William Blair: «cuán objetiva era esta clase de investigación anticuaria ... Sus análisis ... soslayaban todo juicio de valor al reconstruir las instituciones antiguas».[36] No tocaría yo los soslayos en lo concerniente a juicios de valor como la mejor forma de caracterizar a un autor que hablaba del «odioso tráfico de seres humanos» (p. 24); que presentaba una sección de siete páginas sobre castigos y torturas (apoyadas por más de cinco páginas de notas) con las palabras: «La diligencia y sumisión de los esclavos se estimulaba y vigorizaba mediante una severa disciplina», y advertía que «los castigos no se consideraban espectáculos demasiado violentos para ponerse en práctica delante de invitados» (p. 112); y que terminaba el libro con un resumen de los nefastos efectos de la institución en Roma, «una de las causas principales de la decadencia de su imperio».

No obstante, se puede, si se quiere, encontrar aquí «objetividad» en otro sentido. Blair y los demás anticuarios decimonónicos se mantuvieron firmes en esa tradición del género que ya había suscitado la hostilidad de los «historiadores filosóficos» del siglo XVIII. «Apuntaban a la verdad factual, no a una interpretación de las causas o un análisis de las consecuencias» o a «una reinterpretación del pasado que lleva a conclusiones acerca del presente».[37] Una entusiasta reseña anónima de Blair terminaba con las siguientes palabras de elogio: «No tiene ninguna maravillosa teoría que ilustrar; y ningún otro objeto que difundir el valioso conocimiento que su industria le ha permitido acumular».[38] Las radicales generalizaciones finales de Blair y Büchsenschütz eran meras afirmaciones, ni convenientemente desarrolladas hasta sus últimas consecuencias ni integradas en el cuerpo de la obra. Había además un silencio sobre la esclavitud contemporánea demasiado omnipresente para haber sido casual. A decir verdad, Blair afirmaba en su introducción: «No quiero establecer ninguna comparación entre la esclavitud colonial moderna y la antigua». Y daba dos motivos: primero, «los dos sistemas difieren tanto que a duras penas servirían para ilustrarse el uno al otro»; y segundo: no estaba «suficientemente informado» sobre el problema moderno.

Creuzer aporta una prueba aún más decisiva. En 1827, tres años después de la publicación de su *Abriss*, fue invitado a dar una conferencia en París, bajo los auspicios de la Académie des Inscriptions et Belles Lettres, de que era miembro, y eligió por tema unos «Apuntes sobre la esclavitud en la antigua Roma». En la versión que se publicó nueve años después (en alemán)[39] daba tres razones para su opción: el normal interés anglofrancés en el abolicionismo, el reciente descubrimiento de textos tan importantes como el *De republica* de Cicerón y las *Instituciones* de Gayo, y la oportunidad de informar a un público francés sobre las ideas e investigaciones alemanas. Estas consideraciones aparte, añadía, *el tema en sí* (*der Gegenstand an sich*, cursivas suyas) debe interesar al anticuario, el historiador, el filósofo y a todo hombre

35. G. C. Lewis adjuntó este estudio a su traducción de la *Staatshaushaltung* (2 vols., Londres, 1828), II, pp. 415-494, y acto seguido destruyó los cálculos de Böckh en dos páginas.
36. Vogt, *op. cit.*, p. 171.
37. Momigliano, *op. cit.*, p. 21.
38. *Quarterly Review*, n.º 50 (1834), pp. 399-412.
39. En sus *Deutsche Schriften*, Leipzig y Berlín, 1836, IV, pp. 1-74.

inteligente. Pasaba a atacar con dureza la sociedad y moralidad antiguas: «entre los griegos y romanos, la esclavitud es la principal limitación de la tan renombrada, tan exageradamente elogiada nobleza (*Herrlichkeit*) de la vida antigua ... La esclavitud es la gran frontera histórica que siempre separó al paganismo del cristianismo».[40] Cada aspecto de la vida pública o privada, concluía, estaba relacionado directa o indirectamente con la existencia de la esclavitud. Y luego, en la conferencia propiamente dicha, en el aparato de notas, tan extenso como el texto mismo, y en los *addenda* (escritos en 1835), tan voluminosos como el texto y las notas juntos, dedicaba su vasta erudición al más obstinado anticuarismo, a propósito de la etimología de las palabras *servus* y *Sklave*, a propósito de la indumentaria de los esclavos y temas por el estilo.[41] Se me antoja ineludible la conclusión de que las polémicas contemporáneas sobre la esclavitud tenían poco interés para Creuzer, a pesar de su recia fibra moral, y que no eran éstas, a decir verdad, el acicate de sus investigaciones sobre la esclavitud antigua; que las había mencionado en la conferencia de París únicamente para complacer a sus anfitriones. Si esto es cierto, contribuiría a explicar por qué en las referencias a sus amplias lecturas no hay ninguna cita de Hume o de los «economistas» primitivos, de los que trato inmediatamente.[42] Éstos constituyeron las fuentes

40. Me parece éste un claro rechazo del neohumanismo (o humanismo clásico) de la época, en rápido crecimiento, y a propósito del cual hablaré más abajo.

41. Vale la pena mencionar que en dos notas (7 y 11) aceptaba la argumentación de Grocio de que la esclavitud constituyó por lo menos una mitigación de la bárbara práctica de matar a los prisioneros de guerra, así como la opinión de que el cristianismo fue responsable en última instancia de la caída de la esclavitud antigua. Me parece que hay aquí (y en un par de sitios más) un recuerdo de la reseña de Blair (citada más arriba, nota 38), que conocía. No había podido obtener un ejemplar de la obra de Blair.

42. Nuevamente debo consignar una excepción notable. Aquel gran pionero de los estudios clásicos modernos, Christian Gottlob Heyne, que a veces se sentía estimulado a emprender una investigación histórica por una publicación o un hecho contemporáneo, por ejemplo, la Guerra de Independencia norteamericana o las primeras instituciones penitenciarias de Australia, eligió una ceremoniosa ocasión académica, en 1789, para pronunciar un discurso en latín sobre las fuentes del suministro de esclavos de griegos y romanos, comenzando con varias páginas sobre el contemporáneo debate acerca de la esclavitud moderna y citando la *Distinction of Ranks* de Millar: *Opuscula*, Gotinga, 1796, IV, pp. 120-139. Es tentador sugerir que Heyne debió su conocimiento de Millar y algunas de sus ideas más generales sobre el tema a su discípulo J. R. Reitemeier, del que hablaremos más abajo.

del segundo de los dos enfoques, el sociológico, que destaqué al principio.

Aplico libremente el calificativo de «economistas» a los autores que, sobre todo desde mediados del siglo XVIII, analizaron la riqueza, el trabajo, la producción, el comercio en lo que hoy llamaríamos términos «económicos» y a menudo con perspectivas o dimensiones históricas.[43] No abandonaron las categorías morales: prácticamente todos los individuos de que trataré en este apartado condenaban la esclavitud sinceramente, aunque pocos eran abolicionistas y no todos pueden identificarse lícitamente con la Ilustración. Pero acercaron la polémica esclavista —nuestro principal interés— a un nexo institucional radicalmente nuevo.

El punto primero y principal que surge del estudio de esta literatura es la unanimidad con que se convino en que el trabajo esclavizado era menos eficiente, a causa de sus mayores costes, que el trabajo libre. Tan evidente parecía esto tanto a Benjamin Franklin, que vivía entre los propietarios de esclavos del Nuevo Mundo, como a John Millar o a Adam Smith, en la lejana Escocia, que estimaron innecesario entrar en detalles al respecto. Bastaban unas cuantas consideraciones generales.[44] Las explicaciones de la persistencia de la esclavitud frente al hecho de su alto precio relativo eran igualmente breves y sencillas: tierra barata para Franklin, costumbre y falta de perspicacia económica para Millar, «amor al poder» para Smith. Las dos últimas no eran muy «econó-

43. Estudiaremos después la nueva concepción de que la sociedad humana había progresado en etapas distintas, caracterizadas por diferentes modos de subsistencia.

44. B. Franklin, «Observations concerning the Increase of Mankind», *The Papers of Benjamin Franklin*, ed. de L. W. Labaree, New Haven, 1961, IV, pp. 225-234, en pp. 229-230; Millar, *op. cit.*, pp. 199-203; A. Smith, *La riqueza de las naciones*, lib. I, cap. 8. Debiera subrayarse que nadie en este período sugirió que el trabajo esclavo fuera improductivo: el cambio ilícito de lo costoso o lo ineficaz por lo improductivo lo han hecho algunos historiadores de la Antigüedad vigesimoseculares. Debiera decirse también que el antiguo juicio negativo sobre la esclavitud, dudoso como mucho, se basaba únicamente en hipótesis sobre las virtudes de la libertad económica: véase Temperley, art. cit., pp. 106-109.

micas», la verdad sea dicha, pero carecían al menos de la cualidad apologética de las explicaciones tradicionales, destinadas a salvar la eticidad de la esclavitud con argumentos como el pecado original o la protección de los bárbaros cautivos ante la muerte.

Ninguna de ellas precisaba o estimulaba la menor investigación histórica de relieve. Sin embargo, la esclavitud acabó por enredarse en las polémicas demográficas, cada vez más sutiles, del siglo XVIII, con un resultado tal vez inesperado, pero ciertamente decisivo. Simplifico la cuestión, pero a esta salvedad es justo añadir que, en términos generales, se estaba de acuerdo, primero (en palabras de David Hume), en que «hay en todos los hombres, tanto varones como hembras, un deseo y poder generativos» tales que, en ausencia de frenos de uno u otro tipo, «la especie humana ... se duplicaría con mucho a cada generación»;[45] segundo, en que una población en desarrollo contribuía a la prosperidad y bienestar de una nación. Una considerable marea de libelos y panfletos surgió a propósito de los diversos aspectos de estas afirmaciones que pueden remontarse al siglo XVI, unos de importancia y calidad, asentadores de las bases de la demografía moderna, muchos otros, por otro lado, calificables, sin temor a equivocarse, de fantásticos o ridículos. Dos de los puntos debatidos nos afectan y habrán de analizarse conjuntamente: 1) ¿estaba el mundo más poblado en la Antigüedad que en el presente?; 2) ¿qué efectos, si alguno hay, tiene en el crecimiento de la población el empleo masivo de esclavos?

La respuesta afirmativa a la primera pregunta contaba con mucho apoyo, gracias en particular a los primeros libros del Antiguo Testamento y la genealogía de Matusalén. Se necesitaba entonces una explicación no sólo para el hipotético y brusco descenso de la población en algún momento del pasado, sino también para el fracaso de la sociedad contemporánea en punto a alcanzar las cifras perdidas. Muchas de las explicaciones eran profusamente moralistas, así como de notoria debilidad intelectual, pero el tenor dominante sufrió un cambio una vez que el problema fue abordado por los que he llamado «economistas». Como era de prever, se preocuparon de la esclavitud. Los dos primeros que nos interesan fueron Benjamin Franklin, que escribía en un contexto comercial y proteccionista totalmente contemporáneo, y David Hume, que descalificó abiertamente la presunta superioridad demográfica de los antiguos.

45. D. Hume, «Of the Populousness of Ancient Nations», 1752, cit. por *Essays*, Londres, 1903, p. 384.

En 1751 Franklin escribió un libelo titulado «Observaciones relativas al aumento de la población humana», de sólo ocho páginas, según las modernas ediciones de sus escritos, que circuló de mano en mano hasta que se publicó en 1755 en Boston y se reimprimió varias veces inmediatamente después en Londres. La sección 13 enumeraba seis cosas que «debe reducir una nación», entre ellas «la importación de esclavos». Su explicación merece que se la cite por entero: «Los negros llevados a las islas azucareras inglesas han hecho que la población blanca disminuya allí grandemente; los pobres están, por esta razón, faltos de trabajo, mientras que unas pocas familias se hacen con inmensas propiedades; que derrochan en lujos impropios y educando a sus hijos en la costumbre de estos lujos; idénticos ingresos necesitaría el sustento de quien mantuviera a cien. Los blancos que tienen esclavos, pues no trabajan, se debilitan, y por tanto no suelen tener mucha descendencia; mientras que los esclavos trabajan en exceso, están mal alimentados, su constitución se quebranta y hay entre ellos más defunciones que nacimientos; de manera que se necesita un continuo suministro de África. Las colonias septentrionales que tienen pocos esclavos aumentan en población blanca. Los esclavos perjudican, además, a las familias que se sirven de ellos; los niños blancos se tornan soberbios, reacios al trabajo y, educados en el ocio, son incapaces de vivir con diligencia».

Simultáneamente, y al parecer sin conocimiento del incisivo folleto de Franklin, Hume escribía su «De la población de las naciones antiguas», enjundioso ensayo (publicado en 1752) que, a pesar de su título, abarcaba tan amplio espectro que mereció el beneplácito de McCulloch un siglo después, «la más perfecta investigación respecto de cualquier asunto vinculado con la eco-

nomía pública de los antiguos».[46] Hume había sido acicateado, según he advertido ya, por el argumento sobre la población relativa de los antiguos y los modernos, y el punto de vista de su propio análisis era como sigue: la «diferencia capital entre la economía *doméstica* de los antiguos y la de los modernos radica en la práctica de la esclavitud» (pp. 385-386). No sólo es la esclavitud «más cruel y opresiva que cualquier otra sujeción civil», concluía, sino que es además «desventajosa en términos generales tanto para la felicidad de los hombres como para la población» (p. 396). El eje del ensayo lo constituía el análisis sistemático y crítico de las cifras poblacionales de las fuentes literarias grecorromanas, «a menudo ridículas» (p. 419), incluyendo el número de esclavos. En cualquier caso, este estudio debe reputarse como una de las primeras investigaciones *históricas* de la historia socioeconómica antigua. Beloch lo elogió alegando era «la base de todas las investigaciones sobre estadística poblacional de la Antigüedad»,[47] pero es una concepción demasiado estrecha de su valor y alcance.

Ha de presentarse ahora un tercer nombre, el del teólogo escocés Robert Wallace, que había leído una ponencia sobre el mismo tema para la Edinburgh Philosophical Society «varios años antes» y que en aquel momento fue movido a publicar su esfuerzo con un apéndice, una réplica de Hume dos veces más extensa que el ensayo de éste.[48] Wallace tenía suficientes conocimientos para coger a Hume en algunos errores factuales, pero su método, con pruebas basadas en detalles minúsculos, desde el «Catálogo de las naves» de Homero hasta el fantástico número de esclavos proporcionado por Ateneo, era de una credulidad acrítica: cuanto mayor la cifra de los textos antiguos, tanto mejor para su argumento. McCulloch dijo que había «fracasado estrepitosamente en el objeto de derribar las bases [de Hume]», aunque no todos estuvieron de acuerdo, ni entonces ni ahora.[49]

46. McCulloch, *op. cit.*, p. 257. No es improbable que McCulloch tomara a propósito la expresión «economía política» del título de la versión inglesa de la *Staatshaushaltung* de Böckh, a la luz de su comentario sobre éste, citado más arriba, en la nota 34.

47. J. Beloch, *Die Bevölkerung der griechisch-römischen Welt*, Leipzig, 1886, p. 35.

48. R. Wallace, *A Dissertation on the Numbers of Mankind in Ancient and Modern Times*, Edimburgo, 1753.

La polémica Hume-Wallace despertó un gran interés, con las correspondientes controversias, tanto en Gran Bretaña como en el continente,[50] que prosiguió hasta bien entrado el siglo XIX, como revela McCulloch. Entre los polemistas más activos estaban los *philosophes* y los demógrafos, pero el interés de éstos, que nunca se centró en los datos grecorromanos o en el problema particular de la población esclava, no tardó en diluirse: tal el caso de Malthus, que, no obstante reconocer al principio las aportaciones de Hume y Wallace (y Adam Smith) a la teoría demográfica, hizo caso omiso de dichos capítulos. Los *érudits*, por el contrario, se cebaron en lo que Malthus había ignorado y produjeron toda una serie de trabajos minuciosos sobre la población antigua en general y sobre las cifras de esclavos en particular: Guilhem de Sainte Croix y Letronne sobre Atenas, luego Dureau de la Malle sobre los romanos y especialmente sobre la Italia de la República.[51] Estos estudios se contarían entre los pilares que sustentarían las obras anticuarias decimonónicas sobre la esclavitud antigua.[52]

Sin embargo, mientras Malthus y sus sucesores se desinteresaban de un aspecto de la polémica Hume-Wallace, el volumen de la población esclava antigua, los anticuarios de última hora se

49. Véase el extenso repaso de la literatura moderna sobre la esclavitud griega en la parte I de Ja. A. Lencman, *Die sklaverei in mykenischen und homerischen Griechenland*, Wiesbaden, 1966.

50. Por ejemplo, Millar, *op. cit.*, pp. 233-235; para la Francia dieciochesca, cf. los resúmenes de conjunto, no obstante acríticos, de J. J. Spengler, *French Predecessors of Malthus*, Durham, N. C., 1942, trad. francesa de G. Lecarpentier y A. Fage, París, 1954, Índice, ref. Hume, Esclavitud.

51. De Sainte Croix, «Recherches sur la population d'Attique», leídas en la Académie des Inscriptions en 1785, pero no publicadas en las *Mémoires* hasta el vol. 48, 1808, pp. 147-175; Letronne, «Mémoire sur la population d'Attique», *Mémoires*, vol. 6, 1822, pp. 165-220; Dureau de la Malle, *Économie politique des romains*, 2 vols., París, 1840, lib. II, fruto de veinte años de trabajo, parcialmente publicado antes en los vols. 9 y 12 de las *Mémoires* de la Académie.

52. Revelan también la base de la por otro lado desconcertante observación de Büchsenschütz que he mentado más arriba, de que la esclavitud no sólo fue perjudicial moral y económica, sino también demográficamente.

desinteresaban del otro, el más importante, el que condujo a McCulloch a elogiar el ensayo de Hume como investigación de la *economía pública* de los antiguos. Ya he hecho alusión a la incapacidad de August Blöckh en comprender lo que Hume estaba descubriendo y podría repetir el mismo juicio desfavorable a propósito de prácticamente todos los anticuarios e historiadores que se adentraron en el terreno de la población esclava desde entonces.[53] Me limitaré sin embargo a Wallon. Dos de sus capítulos más extensos tratan de cifras sobre esclavos, dando cuenta de su habitual conocimiento de los testimonios antiguos y las polémicas modernas, pero también de una indiferencia absoluta ante las publicaciones demográficas fundamentales, con lo que ambos capítulos quedan, en substancia, en agua de borrajas. En ningún punto de los tres volúmenes hay un enfoque serio de la eficacia laboral. Apenas hay generalidades insignificantes y convencionales sobre el desarrollo del comercio y la industria. La esclavitud es intrínsecamente inicua en el terreno ético y su efecto negativo sobre la población libre es asimismo moral: mediante su ejemplo y su situación competitiva deshonesta, la esclavitud aniquila la ética del trabajo, conduciendo al hombre libre, sobre todo al hombre pobre libre, a la pereza y al vicio.

En otras palabras, la obra de Wallon sobre la esclavitud antigua fue el punto culminante del anticuarismo en este campo. Su entusiasmo moral contribuyó igualmente a apartarle del ya disponible, aunque todavía embrionario, enfoque institucional. Lo que no sorprende demasiado. Al parecer suele descuidarse que el libro se escribió para un certamen organizado por la Académie des Sciences *Morales* et Politiques, cuyos temas de concurso acostumbraban ser morales y filosóficos. Para el presente certamen se había establecido lo siguiente: «1. ¿Por qué causas se abolió la esclavitud antigua? 2. ¿En qué época existió sólo la servidumbre (*servitude de la glèbe*) en Europa Occidental, por haber desaparecido la esclavitud antigua?». No he sido capaz de descubrir quién o qué estaba detrás de la elección de estos temas, pero no caben muchas dudas serias de que se esperaban disquisiciones morales dentro de un marco histórico. Uno de los participantes no galardonados había deslizado la hipótesis, según palabras de Michelet, de que la abolición de la esclavitud se debía atribuir a una sola causa, el interés: «Los amos encontraron más provechoso liberar a los esclavos a cambio de rentas, esto es, convertirse en rentistas en vez de propietarios de esclavos; fue una cuestión práctica, no un problema moral». El concurrente no se preguntaba en ningún momento si el cristianismo, las «costumbres bárbaras» o el sistema feudal habrían tenido alguna influencia. Así que, aunque entregó «una obra aguda, brillante, paradójica, llena de talento y de puntos de vista audaces», no recibió ni siquiera una mención de honor.[54]

Los participantes premiados no cometieron el mismo error. Los tres, Wallon, Biot y Yanoski, dieron la misma respuesta a la serie de preguntas: el cristianismo era la clave. También eran los tres lo bastante honrados e inteligentes para percibir y procurar dar cuenta de la evidente dificultad, el secular retraso en surtir efecto el cristianismo. Los tres dieron asimismo con la misma solución substancial, en palabras de Biot: «el cristianismo hace lo que debe hacer; acepta la situación política de la sociedad como condición establecida a la que debe someterse; acepta la esclavitud temporal como un hecho. Encamina sus esfuerzos sólo a la moralidad de los hombres ... la legislación favorable a la situación social del esclavo era ciertamente rara y no habría que sorprenderse demasiado por ellos ... es evidente que una legislación demasiado favorable a los esclavos habría tendido enérgicamente a derribar todo el edificio social, que ya se tambaleaba ante los repetidos embates de las invasiones extranjeras. Era preferible, para mantener la tranquilidad pública, que el mejoramiento de las circunstancias del esclavo llegara mediante el mejoramiento del amo».[55]

53. Gran parte de la literatura viene resumida hasta extremos dolorosos en R. L. Sargent, *The Size of the Slave Population at Athens* (*Univ. of Illinois Studies on the Social Sciences*, XII, 3), 1924, cap. I; véase la más breve y reciente reseña de Lencman, *op. cit.*, p. I.

54. *Op. cit.* en nota 12, pp. 660-661.
55. Biot, *op. cit.*, pp. 125-126 y 140-141; cf. Yanoski, *op. cit.*, páginas 55-56.

En realidad, ¿de qué otros argumentos se había podido echar mano para satisfacer las peticiones causales de la Académie? Una posibilidad, bajo el influjo de la nueva escuela histórica del derecho alemana, era parar mientes en los invasores germánicos del Imperio romano, y dos concursantes siguieron este camino, uno de ellos un alemán que alegó explícitamente que el cristianismo fue impotente en el tema en cuestión. Compartió la mención de honor (probablemente por su excelente análisis de documentos de los siglos X y XI) con una generosa aportación de extrema piedad que terminaba alegando que la abolición de la esclavitud se dio, no por «influencia del cristianismo en general, sino por influjo católico y pontificio en particular».[56] Biot y Yanoski, por el contrario, insistieron en negar toda contribución germánica.

Otra posibilidad era investigar sobre las bases establecidas por los primitivos «economistas», pero en 1837 los hombres que tenían esta clase de interés no tenían ninguno en el tema planteado por la Académie (o no se habían decidido a participar por conocer los intereses y tendencias de la Académie). No se me ocurre una cuarta posibilidad, de modo que la solución moral tenía el campo prácticamente para ella sola.

En resumen, lejos de señalar el comienzo de la moderna investigación de la esclavitud antigua, la *Histoire* de Wallon fue un callejón sin salida. No me refiero al hecho contingente de que él, como los demás galardonados, jóvenes productos de las Grandes Écoles, no fuera un historiador clásico. Biot era un sinólogo que ya había escrito una memoria sobre la esclavitud en la historia china. Yanoski era un protegido de Michelet y ayudante suyo durante un tiempo: él y Wallon prosiguieron con ulteriores estudios y publicaciones históricos, pero siempre en campos muy apartados de la Antigüedad y la esclavitud. Lo esencial es que, siguiendo las directrices de Wallon, las consideraciones subsiguientes sobre la esclavitud antigua se ciñeron todavía más al análisis anticuario o, en el aspecto moral, a la propagación de la fe —baste mencionar el artículo sobre la esclavitud de J. Dutilleul en el *Dictionnaire de Théologie Catholique*, 1924— y a la

56. Michelet, *op. cit.*, en nota 12, pp. 664-665.

polémica teológica, como fue el caso de Overbeck. No se estableció ninguna base para continuar la investigación *histórica*. En este sentido, ninguna manifestación mejor que sus propias palabras de la parte final de su obra: «Pero la reaparición de la esclavitud en los tiempos modernos fue un acto de violencia contra el espíritu del Evangelio ... un paso brusco y retrógrado. Si la vuelta a la esclavitud complugo a ciertos comerciantes avarientos, a ciertos políticos inhumanos, el cristianismo no tiene por qué retroceder con ellos».

La entereza de las ideas abolicionistas de Wallon es indudable, pero lo mismo cabe decir de su escasa vinculación, si alguna hay, con la Ilustración o con el nacimiento de «la crítica social constructiva moderna». Una incógnita sigue en pie. ¿Por qué dedicó Wallon una década de trabajo esforzado y continuo a una *introducción* de 1.500 páginas a la «abolición» de la esclavitud antigua, dejando a otros el tema de la abolición en cuanto tal; 1.500 páginas, además, en gran medida irrelevantes para su objetivo principal? ¿Qué importancia tenía, por ejemplo, moralmente o de otro modo, que en la Atenas clásica hubiese cien, doscientos o cuatrocientos mil esclavos? Es posible que haya una respuesta a esta pregunta, pero no se encontrará en ninguna de las muchas páginas de Wallon sobre estas cifras concretas. No dispongo de ninguna explicación y sugiero que se ha perdido en la irrecuperable psicología individual.

Por la misma época, desde 1854, apareció otra obra que, sobre el tema de la esclavitud antigua, fue igualmente excepcional y asimismo un callejón sin salida: la polivoluminosa *Historia romana* de Mommsen. La esclavitud se aborda desde el comienzo de un modo sin precedentes, como un elemento fundamental de la sociedad y la historia romanas. No es necesario en el contexto presente analizar al detalle las concepciones de Mommsen y bastará con consignar esta centralización de la esclavitud (utiliza términos tales como *Sklavenhaltersystem* y *Sklavenwirtschaft*) y la dureza de su condena moral.[57] Por qué rompió Mommsen con

57. Las referencias pueden encontrarse fácilmente en el detallado índice del último tomo de la edición que hizo el Deutsche Taschenbuch Ver-

la tradición de los escritos históricos sobre la Antigüedad tanto en éste como en otros aspectos —hasta donde tenía un modelo, éste era Macaulay— es otro enigma que no soy capaz de resolver. Ni su liberalismo ni su temprana experiencia en el periodismo político proporcionan una explicación suficiente, y sus biógrafos pecan al parecer de olvidadizos respecto de este interesante aspecto de su obra. Mientras que la *Historia romana*, muy popular entre el público culto, ha contado siempre con una acogida ambigua entre los historiadores profesionales de la Antigüedad, su hincapié en la esclavitud no ha suscitado la menor reacción: sencillamente, las subsiguientes historias generales de Roma (o de Grecia) lo han abandonado.[58]

Lo que no merma el hecho de que, después de Wallon y Mommsen, los artículos y monografías sobre la esclavitud antigua proliferasen dentro del creciente flujo de publicaciones académicas. Aunque algunos son informativos, no tienen ningún interés en conjunto: son simplemente manifestaciones decimonónicas (y a menudo vigesimoseculares) de las antiguas «obras de rara erudición», aunque ahora se las llama «de erudición académica [*scholarship, n. del t.*]» y no «anticuarismo».[59] Si fueran la suma total de la investigación sobre el tema, las tajantes, importantes y a menudo (como actualmente) acaloradas polémicas acerca del lugar de la esclavitud en la historia griega y romana no habrían tenido lugar. El impulso surgió de otra parte, gracias a hombres que no fueron estudiantes de Antigüedad clásica por vocación y que transformaron la doctrina dieciochesca de la

lag de la *Römische Geschichte*, Munich, 1976, 8 vols., que proporciona asimismo la paginación de la edición estándar (6.ª) de 1874. Una brevísima evaluación del tratamiento único de la esclavitud por Mommsen puede verse en el ensayo de Karl Christ del vol. 8, pp. 34-35.

58. Véase M. I. Finley, «"Progress" in Historiography», *Daedalus*, CVI, n.º 3 (1977), pp. 129-135.

59. Por ejemplo, la monografía de 168 páginas de W. Richter, *Die Sklaverei im griechischen Altertum. Ein Kulturbild*, Breslau, 1886, fue una «continuación» estéril de la obra de Wallon y Büchsenschütz, que conocía y citaba. Menos suerte incluso le cupo a A. Schneider, *Zur Geschichte der Sklaverei im alten Rom*, ensayo de 52 páginas publicado por la Zurich Staatswissenschaftliche Fakultät en 1892 como «Festschrift» a Ihering.

evolución social por etapas basada en modalidades de subsistencia en un modelo nuevo (o, mejor aún, en varios modelos concurrentes).

La primera obra de la nueva directriz, publicada en 1789, no tuvo de hecho ninguna influencia, pero merece que se la rescate del olvido. La *Allgemeine Deutsche Biographie* ha descrito a Johann Friedrich Reitemeier como «hombre de grandes dotes y de la mejor educación, cuya polifacética actividad y originalidad intelectual no rindió prácticamente el menor fruto a causa de las irregularidades de su carácter y su forma de vida». Alumno prometedor de Heyne en Gotinga, publicó el texto del primitivo historiador bizantino Zósimo y escribió monografías sobre la minería en la Antigüedad, sobre el sentido del lujo en Atenas y sobre la tortura en los tribunales griegos y romanos, para dedicarse después a la historia del derecho, campo en que, con justicia, merecería considerarse fundador de la escuela histórica alemana, precursor de Hugo y Savigny. En 1783, durante su primera etapa, ganó en un certamen de la Gesellschaft der Alterthümer de Cassel (en que los participantes tenían entera libertad para elegir tema) y seis años después publicaba en Berlín su ensayo con el título de *Geschichte und Zustand der Sklaverey und Leibeigenschaft in Griechenland*, que recibió la efusiva aprobación de su maestro Heyne. Parece que gozó de poca circulación y pronto se convirtió en un ejemplar raro: Blair escribió en 1833 que nunca había podido ver un ejemplar y la *Allgemeine Deutsche Biographie* ni siquiera la menciona. Hoy es prácticamente inencontrable.[60]

Wallon la conoció y la descalificó alegando era «obra de volumen insignificante y precisión mediana» (I, p. 62), citándola sólo dos veces y ambas a propósito de puntos generalmente aceptados. Pero es también un ensayo sociohistórico original y sutil, con una argumentación continua que se mantiene a lo lar-

60. Tras meses de búsqueda, conseguí una fotocopia por gentileza del Departamento de Libros Raros de la Biblioteca de la Cornell University. Nunca apareció la continuación prometida sobre la esclavitud romana. La aprobación de Heyne se encuentra explícita en el discurso citado más arriba, nota 42.

go de sus 175 páginas y hacia la que Wallon fue característicamente insensible e indiferente.[61] La larga frase con que comienza Reitemeier habría bastado para desanimar a Wallon: «La universal igualdad humana, a la que todos sin excepción tienen derecho según los primeros principios de la ley natural, parece ser incompatible con la sociedad civil [*bürgerliche Gesellschaft*], pues en todas partes, tanto entre los pueblos antiguos como en los modernos, encontramos desigualdad, consecuencia de la subordinación, sin la que no puede haber ninguna sociedad civil». Lo que ha cambiado en el curso de la historia no es el dominio y la subordinación (*Herrschaft und Dienstbarkeit*), sino la densidad (*Mass*) de los vínculos entre ambos. El interés por la esclavitud antigua se encuentra ahí, en su lugar histórico como la más antigua expresión de la relación dominio-subordinación en una sociedad civil. ¿Cómo apareció? ¿Cuáles fueron los beneficios y los perjuicios «para la mayoría de la población y la situación en que estaba»? ¿Y para la población trabajadora?

El trampolín de Reitemeier a la hora de responder a la primera pregunta fue el *Origin of Ranks* de Millar (que conocía, como conocía a Hume y a Wallace). Al principio las mujeres y los niños tuvieron «que servir a los hombres en la producción de los medios de sustento y cobijo» (p. 11), pero con la aparición del pastoreo (él dice «nomadismo») se precisó mano de obra más numerosa. Bajo las condiciones dominantes, los trabajadores sólo podían obtenerse mediante la fuerza, la violencia, la guerra y el tráfico humano. Las víctimas se convertían en esclavos «personales», miembros de la hacienda del amo, y en este sentido tenían la existencia asegurada, más que los trabajadores ocasionalmente asalariados, pero menos que los tardíos «esclavos públicos [*öffentliche*]», especialmente los ilotas espartanos, que eran siervos de hecho y que se parecían mucho a los campesinos ligados al terreno de hoy en día, sobre todo en la «antigua Ale-

61. El resumen de una frase de Vogt, *op. cit.*, pp. 170-171, también descuida la argumentación de base. Ubica el libro en contexto inexacto (la Ilustración) cuando escribe (tras haber pasado por alto la verdadera fecha de composición): «En 1789, año primero de la Revolución francesa, Johann Friedrich Reitemeier ... publicaba un ensayo ...».

mania». Los primeros síntomas de transición del tipo «nómada» de esclavitud aparecen en los poemas homéricos (a los que Reitemeier dedica una sección anormalmente larga, pp. 18-34), pero la «gran revolución» se produce alrededor del siglo V a. de n. e. Aunque a la luz de las pruebas disponibles Atenas es la única ciudad en que puede observarse plenamente el fenómeno, es seguro que un cambio similar tuvo que ocurrir dondequiera que florecían las artes y el comercio (p. 35). El brusco aumento de la demanda de trabajo urbano, producido por la notable mejora del nivel de vida, por la nueva avidez de toda clase de placeres, prostitutas, elegantes edificios públicos y privados, joyas, delicada metalistería, etc., llevó a la aparición de la forma clásica de la esclavitud, distinta de la esclavitud «personal» que se veía en las propiedades de labranza y pastoreo.

El papel dinámico de los placeres era ya una idea conocida: Reitemeier había leído sin duda los dos importantes ensayos de David Hume, «Del comercio» y «Del refinamiento de las artes». Lo más brillante y original en él era el estrecho vínculo con la transformación de la esclavitud griega.[62] Los aristócratas terratenientes, arguye (pp. 55-58), aprovecharon esta nueva y creciente demanda para invertir en las ciudades sin abandonar por ello la base de la tierra ni su hostilidad a las artes y los oficios: abrieron talleres y dirigieron sociedades y burdeles regentados por esclavos y en que eran los esclavos quienes trabajaban. Bloquearon por tanto el desarrollo económico de una clase media urbana de artesanos y comerciantes, y establecieron de este modo el curso futuro de la ciudad-estado griega, económica, política e ideológicamente.

La monografía termina con un extenso balance. La esclavitud clásica ofrecía dos ventajas: era una forma más barata de trabajo y solucionaba el problema del desempleo. Pero los inconvenientes eran muchos más: las fugas y las rebeliones creaban una at-

62. El alcance de esta originalidad se hace patente en comparación con Christoph Meiners, *Geschichte der Luxus der Atheniensier*, Lemgo, 1782, ganador del certamen de 1781 de la Hessen-Casselschen Gesellschaft der Alterthümer. No he visto la monografía de Reitemeier sobre el tema, que pudo haber sido acicateada por el mismo certamen.

mósfera de inseguridad; la estructura de clases se desequilibraba; «la ilustración y la difusión del conocimiento (*Aufklärung und die Verbreitung der Kenntnisse*)» estaban muy deterioradas (página 146); la movilidad social estaba demasiado restringida; el estado (*Staatsherrschaft*) era débil ante el «inflexible imperio de las familias (*strenge Hausherrschaft*)». Por consiguiente, la libertad del «sector servil (*dienende Antheil*)» de la población, tal como se da en «la Alemania actual y otros países europeos», es mucho más provechosa para el estado y también para las clases dominadas.

Apenas podría exagerarse la magnitud de la distancia de Reitemeier tanto del anticuarismo como de la cerril concepción moral de la esclavitud antigua. Cuestión aparte es lo acertado o equivocado que haya podido estar en las generalizaciones o los detalles. Lo importante es, primero, que se anticipara en medio siglo al concepto de «economía doméstica» de la Antigüedad clásica, de Rodbertus-Bücher, y también a Marx y a Weber al asignar un papel central a la esclavitud en la determinación de la *evolución* de la sociedad antigua; [63] segundo, que no ha tenido, al parecer, ninguna influencia en las ulteriores investigaciones al respecto. Nada semejante a esta monografía había aparecido hasta entonces; y nada semejante aparecería hasta finales del siglo XIX.

Fueran cuales fuesen las irregularidades personales de Reitemeier no explican el total olvido de su monografía sobre la esclavitud griega. La clave se encuentra en otra parte, en la profunda escisión que tiene lugar justamente en el cambio de siglo, con la aparición de la universidad moderna y su división en departamentos, sobre todo y con el máximo rigor en Alemania. Lo que podemos llamar interés profesional por el mundo de la Antigüedad clásica se convirtió prácticamente en monopolio del

63. El hincapié en la importancia económica del lujo también merece atención, a la luz de la similar acentuación que se dio después entre los estudiosos de la historia económica medieval y moderna, por ejemplo, Roscher, 1871, cap. 7, «Ueber den Luxus»; Werner Sombart, *Luxus und Kapitalismus*, Munich y Leipzig, 1913 [trad. cast.: *Lujo y capitalismo*, Madrid, 1979], primero en sus *Studien zur Entwicklungsgeschichte des modernen Kapitalismus*, estudios preparatorios para la 2.ª ed. de *Der moderne Kapitalismus*.

personal universitario que nominaba a su disciplina de manera varia, filología, filología clásica, o bien *Altertumswissenschaft*. Había rivalidades y conflictos enconados entre ellos, pero compartían la convicción fundamental de que su objeto, su deber, era conocer el espíritu, la alta cultura, el *Geist*, la esencia de aquellos incomparables modelos de conquista espiritual, los griegos y los romanos, o tal vez los griegos solamente.[64] Las excepciones las constituían los continuadores de la tradición anticuaria y los historiadores de Grecia y Roma del nuevo estilo, ninguno de los cuales, como hemos visto, adelantó gran cosa en el estudio de la esclavitud antigua, por mucho que unos pocos hubieran podido añadir al volumen de información sobre el tema.

Tengo más que decir acerca de la nueva filología clásica y del «método filológico», pero antes nos fijaremos en otra corriente intelectual, los sucesores decimonónicos de los economistas dieciochescos. Fueron ellos (concretamente, algunos de ellos) quienes, de manera específica y delimitada, aportaron una dimensión nueva a la consideración de la esclavitud antigua.[65] Tres puntos preliminares destacan en ellos: primero, su preocupación era por la contemporaneidad; segundo, tenían una preparación histórica, no meramente en el antiguo sentido de la historia paradigmática, sino en un sentido evolutivo, lo que significaba que concebían la sociedad contemporánea como una etapa de la historia humana, y estaban interesados en mayor o menor medida por establecer la serie de las mismas y por explicar la aparición y desaparición de cada una; tercero, todos se habían educado con los clásicos, conocían las fuentes y las leían en el idioma original. No había comunicación entre ellos y los filólogos. Los vínculos de éstos al margen de su disciplina eran con los filósofos idealistas y los

64. Una inteligente reseña, con bibliografía, en B. Bravo, *Philologie, histoire, philosophie de l'histoire, étude sur J. G. Droysen...*, Academia de Ciencias Polaca, 1968, cap. I.
65. Paso por alto la muy considerable cantidad de publicaciones decimonónicas, sin valor alguno, debidas a diletantes de toda especie, p. e., J. A. St. John, *The History of the Manners and Customs of Ancient Greece*, 3 vols., Londres, 1842, III, pp. 1-67; Tourmagne, *op. cit.*; Letourneau, *op cit.*; o, más recientemente, Joël Schmidt, *Vie et mort des esclaves dans la Rome antique*, París, 1973.

teóricos, románticos sobre todo, de las artes y las letras. Los indagadores del *Geist* de los griegos comprendían la barbarie, el renacimiento, la ilustración; su mundo conceptual excluía la producción, el capital, el trabajo y la renta. August Blöckh, figura descollante de la crema de la nueva filología clásica, no representó excepción alguna: su *Economía pública de Atenas* fue una obra totalmente anticuaria, sin carácter y sin progenie importante.

Por «nueva dimensión» no quiero indicar investigación o pesquisa sistemática: ninguno de los «economistas» del siglo XIX escribió nada acerca de la esclavitud antigua, ni siquiera para aproximarse en la medida del ensayo de Reitemeier o las ciento y pico de páginas del *Besitz und Erwerb* de Büchsenschütz (por no mencionar la *Histoire* de Wallon). Lo nuevo era el concepto de etapas (o períodos) en la historia de la sociedad, definido, o determinado, según estaba organizada la economía: propiedad, producción, distribución. Tal concepción de la historia hace inevitablemente mayor hincapié en la esclavitud, al tiempo que le asigna un papel más complejo, en el contexto de la sociedad antigua, que hasta el momento. Basta analizar la forma en que Wilhelm Roscher, en un ensayo publicado en 1849, confeccionó un modelo histórico a partir de la generalización de David Hume respecto de que «la principal diferencia entre la economía *doméstica* de los antiguos y la de los modernos radica en la práctica de la esclavitud»,[66] modelo que superaba con mucho cuanto hubiera concebido el mismo Hume.

No es en Roscher en quien primero se piensa, sin embargo, sino en Karl Marx. En la actualidad es preciso un esfuerzo considerable para recordar que la suma de sus fragmentos dispersos sobre la esclavitud antigua apenas llena unas cuantas páginas y que la mayor parte se encuentra en siete cuadernos conocidos hoy generalmente como los *Grundrisse* escritos en el invierno de 1857-1858, publicados por vez primera en Moscú en 1939, pero apenas advertidos hasta la aparición de la edición berlinesa de 1953.[67] Casi un siglo de estudios y escritos basados en Marx, concretamente en su concepción de la evolución de la sociedad en etapas definidas por la naturaleza del régimen de propiedad de la tierra y el modo de producción,[68] se revela apoyado en un modelo incompleto y substancialmente simplificado. En los *Grundrisse* Marx sugiere los modos «asiático», «germánico» y «antiguo», así como los conocidos «esclavista», «feudal» y «capitalista». Los cuadernos son cuadernos, no análisis con su retoque final, listos para la información pública, sino pensamientos en voz alta, extraordinariamente sutiles, complejos, densos, aunque también, a menudo, opacos, elípticos e incompletos. Cualquier intento de convertir tales páginas en un organismo completo y articulado precisaría un tratamiento procústeo de las evidencias; por ejemplo, el de los que quieren distinguir un modo de producción antiguo (de la Grecia clásica) y un modo de producción esclavista (de Italia a partir del siglo II a. de n. e.).[69]

66. «Ueber das Verhältniss der Nationalönomik zum klassischen Alterthums», en W. Roscher, *Ansichten der Volkswirtschaft aus dem geschichtlichen Standpunkte*, Leipzig y Heidelberg, 1871, cap. I. Más importante fue la obra de Rodbertus, pero como K. Bücher (*Beiträge zur Wirtschaftsgeschichte*, Tubinga, 1922, p. 2) observó correctamente, «la imponente hazaña científica de aquel hombre extraño ... habría seguido durmiendo en su tumba de papel, volúmenes IV, V y VII de los *Jahrbücher* de Hildebrand» si Bücher no hubiera revitalizado las ideas una generación más tarde y no las hubiera atacado Eduard Meyer. Prefiero por tanto posponer toda consideración de los problemas suscitados hasta el momento de abordar la polémica Bücher-Meyer.

67. K. Marx, *Grundrisse*, Harmondsworth, 1973. Los comentarios sobre la Antigüedad se encuentran fundamentalmente en la sección (pp. 471-514) titulada «Formas anteriores a la producción capitalista», publicada por separado en K. Marx, *Pre-capitalist Economic Formations*, Londres, 1964, con introducción de E. J. Hobsbawm [hay trad. cast.: *Formaciones económicas precapitalistas*, Crítica, Barcelona, 1979].

68. La importancia del régimen de propiedad está correctamente acentuada en E. C. Welskopf, *Die Produktionsverdältnisse im alten Orient und in der griechisch-römischen Antike*, Berlín, 1957, esp. cap. 5, 9. Este libro sigue siendo la guía más segura del pensamiento de Marx sobre el tema. Aunque su objeto, consignado en un subtítulo que fue suprimido antes de la publicación, era presentar concretamente las concepciones de Marx, Engels, Lenin y Stalin, el autor no confunde en ningún momento a los cuatro, de manera que el lector no tiene dificultades en diferenciarlos. Cosa que no puede decirse de Backhaus, *op. cit.*, estudiado en las últimas páginas del presente capítulo.

69. A. Carandini, «Le forme di produzione dell' economia e le forme di circolazione dell' antropologia economica», *Quaderni di Critica Marxista* (1976), pp. 226-227, repetido casi sentenciosamente en su breve aporte a *Marxismo, mondo antico e terzo mondo*, ed. Flores, Nápoles, 1979, p. 99.

En los ulteriores escritos publicados de Marx y Engels, el esquema histórico se simplificó y adoptó lo que no tardaría en comprenderse como aspecto unilineal, particularmente en el *Anti-Dühring* y *El origen de la familia* de Engels. No nos interesa por qué ocurrió esto ni viene al caso la medida en que Engels, en las dos obras recién mencionadas sobre todo, reflejaba las concepciones de Marx. Lo esencial para nosotros es apreciar la naturaleza y los límites de su interés por el mundo grecorromano. *Das Kapital* fue la culminación del trabajo de Marx y este hecho hay que aceptarlo con todas sus implicaciones materiales. Las formas de propiedad y modos de producción precapitalistas (o no capitalistas) fueron de la mayor importancia, no por sí mismos, sino como estructuras básicas del desarrollo de la historia humana. Aunque el interés de Marx por el proceso histórico era profundo, en ningún momento de su vida (tampoco Engels lo hizo) acometió el estudio de la sociedad o la economía antiguas. Como ha señalado Eric Hobsbawm, Marx nunca trató «la dinámica interna de los modos precapitalistas, salvo en la medida en que explicaban las condiciones previas del capitalismo», ni «las contradicciones económicas reales de una economía esclavista», ni «por qué en la Antigüedad se desarrolló la esclavitud y no la servidumbre», ni por qué el modo antiguo fue substituido por el feudal.[70]

Podría decirse incluso, sin caer en la paradoja, que Marx prestó poca atención a la esclavitud como tal. En la Antigüedad fue uno de los modos de producción a los que sometió a breve y abstracto análisis. En el mundo moderno fue, primero, uno de los medios de «acumulación primitiva», en las colonias, luego una anomalía característica (en América del Sur) en el interior de un marco capitalista. «El que no sólo llamemos ahora capitalistas —escribe en los *Grundrisse* (p. 513)— a los propietarios de las plantaciones americanas, sino que además *sean* capitalistas, radica en que existen anómalamente en el interior de un mercado

70. E. Hobsbawm, Introducción a Marx, *Pre-capitalist Economic Formations*, pp. 38-43; en contra, F. Tökei, *Zur Theorie der Gesellschanftsformen*, Budapest, 1977, pp. 95-97.

mundial basado en el trabajo libre.»[71] Por el contrario, «todos los filólogos que hablan de *capital* en la Antigüedad, de capitalistas romanos y griegos», cometen un error garrafal. Por tanto es también un tremendo error aprovechar las diversas y acerbas observaciones de Marx sobre la esclavitud *americana* para completar sus puntos de vista sobre la esclavitud *antigua*. Por supuesto que había semejanzas, elementos comunes —de no haberlas, no habría justificación para la etiqueta única de «esclavitud»—, pero había una divisoria insalvable en la base, el modo de producción, y éste era el factor determinante en el análisis.[72]

En la generación siguiente, los seguidores de Marx (así como los socialistas que disentían y le rebatían algunos puntos) no ampliaron, incomprensiblemente, su limitado interés por la esclavitud en general y la antigua en particular. El mundo de la filología o la *Altertumswissenschaft* no dieron la menor muestra de conocer su existencia, no más que la atención prestada a los economistas e historiadores de la economía anteriores o contemporáneos. Sólo con el cambio de siglo vino la ruptura, en Italia, explícitamente, con Ettore Ciccotti y Giuseppe Salvioli, en Alemania, implícitamente, con Karl Bücher y Max Weber.

Il tramonto della schiavitù nel mondo antico, de Ciccotti, publicado en 1899, fue el primer trabajo a gran escala —es conveniente acentuar la «gran escala»— sobre la esclavitud antigua, desde el de Reitemeier de un siglo antes, que analiza la institu-

71. Sobre este pasaje, véase S. A. Mintz, «The so-called World System: Local Initiative and Local Response», *Dialectical Anthropology*, II (1977), pp. 258-261. Para afirmaciones equivalentes en otros escritos de Marx, véase Welskopf, *op. cit.*, pp. 460-466.

72. Véase Welskopf, *ibid.* y Shtaerman, *Die Blütezeit der Sklavenwirtschaft in der römischen Republik*, 1964, trad. del ruso, Wiesbaden, 1969, páginas 15-20. Backhaus no advierte el pasaje esencial en los *Grundrisse* (hasta donde he sabido buscar, dado su espantoso sistema de citación), lo que le facilita las cosas para aprender en Marx una lección sobre su presunto fracaso en aprender de Cairnes las diferencias fundamentales entre esclavitud antigua y americana. Al terminar su artículo sobre Cairnes, Backhaus (art. cit.) parece contradecirse cuando habla de las «semejanzas estructurales (sobre el aspecto económico fundamental)» entre la esclavitud estadounidense y la del Imperio romano.

ción como parte de un proceso histórico continuo y complejo.[73] El comprensivo aunque crítico reseñador de la *Wochenschrift für klassische Philologie* lo describió no sólo como una historia de la esclavitud grecorromana, sino «en muchos aspectos prácticamente una historia económica cabal».[74] No se equivocaba y no hay por qué sorprenderse: el primer marxista en afrontar una pesquisa de esta índole no tenía otra opción. Incluso el título puesto por Ciccotti, que no llamó bastante la atención, al parecer, estaba destinado a subrayar la subyacente teoría de la historia. Fue además, por supuesto, el tema propuesto a principios de siglo por la Académie des Sciences Morales et Politiques en un certamen que originó tres libros, todos ellos con la misma conclusión. Así, la introducción de Ciccotti comienza con una detallada crítica de la concepción que afirmaba que el cristianismo (o el estoicismo o cualquier otro sistema ético) había sido responsable del declive de la esclavitud antigua. El enfoque alternativo, terminaba (pp. 73-77), podía encontrarse en Marx y Engels; había que analizar la esclavitud antigua (a diferencia de la moderna) como «un medio general e indispensable de producción» (p. 57) y rastrear su cambiante papel mientras la economía antigua se transformaba en Roma de tal modo que no sólo menguaba la necesidad de esclavos, sino que al mismo tiempo se ponía de manifiesto su carácter inherente de estorbo económico. En otras palabras, para explicar el declive de la esclavitud antigua era fundamental analizar toda su historia, cosa que hacía Ciccotti.[75]

73. La edición turinesa de 1899 había sido precedida por una edición parcial en 1897; le siguió una traducción francesa en 1909, en castellano y alemán en 1910, y una segunda edición italiana en 1940, con notas de C. Barbagallo y un nuevo prefacio escrito por el mismo Ciccotti antes de morir en 1939.

74. R. Lange, XVI (1899), pp. 761-770. El mismo juicio emitió Karl Kautsky en una reseña de la traducción alemana en *Die neue Zeit* (1910-1911).

75. Vogt (*op. cit.*, p. 177) olvida lo esencial, la teoría marxista que palpita en el libro de Ciccotti, cuando escribe que «como el título sugiere, el principal interés de Ciccotti era el proceso por el que se substituyó la esclavitud». Termina su página sobre Ciccotti del siguiente modo: «Queda, sin embargo, el servicio prestado por Ciccotti al demostrar que los fenómenos económicos son básicos para la comprensión del problema de la esclavitud en conjunto». ¿Quién, no puede por menos de preguntarse, necesitaba que se demostrase? Mazza (Introducción a Ciccotti, *op. cit.*, p. XLV) repite este juicio y llega a concebir la idea, más sorprendente si cabe, de que el mérito principal del descubrimiento debería adjudicarse a Eduard Meyer.

No lo hizo satisfactoriamente, ni siquiera dentro de sus mismos presupuestos. Estaba obsesionado tanto con el defecto moral de la esclavitud como con lo inadecuado del trabajo esclavista como medio de producción; el retrato de un cuantioso proletariado libre en la Grecia del siglo IV a. de n. e. y en el Imperio romano, en abierta competición con los esclavos, era muy exagerado; con frecuencia basaba dilatadas conclusiones en datos que no las autorizaban; su forma de entender la teoría marxista de los modos de producción era vaga en extremo. A propósito de esta última y esencial objeción, basta fijarse en dos contemporáneos, que no fueron marxistas, pero sí profundos conocedores de Marx (y muy influidos por éste), a saber, Karl Bücher en *Die Entstehung der Volkwirtschaft*, publicada en 1893 (y conocida por Ciccotti cuando escribió *Il tramonto*), y Max Weber en *Die Agrarverhältnisse des Altertums*, publicado en 1909;[76] y en un tercero, que sí fue marxista, y mejor que Ciccotti, Giuseppe Salvioli, en una obra originalmente publicada en francés (1906) con el título de *Le capitalisme dans le monde antique* y subtitulada *Études sur l'histoire de l'économie romaine*.[77] Ninguno de los tres escribió sobre la esclavitud antigua como tal, pero lo importante es que incorporaron la esclavitud a sus enfoques y también las conclusiones a que llegaron.

Soy incapaz de reproducir aquí la riqueza de dichos enfoques y me contentaré con un rápido repaso. Para Bücher fue la esclavitud lo que posibilitó «la forma más evolucionada» de economía doméstica en la antigüedad grecorromana.[78] Salvioli admitió

76. Sobre la compleja cuestión de la relación de Bücher y Weber entre sí y con Marx, véase someramente M. I. Finley, «The Ancient City: From Fustel de Coulanges to Max Weber and beyond», *Comparative Studies in Society and History*, XIX (1977), pp. 314-324, y las referencias que se hacen.

77. De aquí que no me pareciese satisfactoria la explicación dada por Mazza, *ibid.*, pp. XIX y XLII, de que las debilidades de Ciccotti son las del «marxismo de la Segunda Internacional».

78. Bücher, *op. cit.*, p. 2. Remite al lector a K. Bücher, *Die Entstehung der Volkswirtschaft*, Tubinga, 1906[5], pp. 98-103; cf. pp. 162, 310-311

sin aprobar el esquema histórico general de Bücher, pero dio un paso más allá, bajo el influjo de Marx, al considerar a los esclavos romanos tal vez como la primera mercancía que se compraba y se vendía «con el solo fin de beneficio». A diferencia de Ciccotti, afirmó que no había habido una competencia significativa entre el trabajo libre y el esclavizado en la Antigüedad porque no había existido ningún proletariado auténtico (y ningún capitalismo).[79] Max Weber, por último, que había estudiado la obra de Ciccotti y Bücher (no, al parecer, la de Salvioli) y aludía a ambos favorable aunque críticamente, no puede resumirse con propiedad en unas cuantas líneas tanto por la densidad de su pensamiento cuanto porque reconsideró, y rehizo sus puntos de vista continuamente, hasta el fin de su vida. Sin embargo, una sola y más bien extensa cita de una célebre conferencia sobre «Las bases sociales de la decadencia de la civilización antigua», impartida y publicada en 1896, bastará para lo que aquí nos interesa: «La civilización antigua fue una *civilización esclavista* (*Sklavenkultur*) ... Al igual que en la Edad Media, también en la Antigüedad se dio la oposición de ambas formas de trabajo humano cooperativo. El progreso depende de la división *progresiva* del trabajo. En el trabajo libre, se identifica más o menos con la progresiva *expansión del mercado* ... En el trabajo no libre, se alcanza en virtud de la progresiva *acumulación de hombres*; cuantos más esclavos o *coloni*, mayor la especialización posible de las ocupaciones no libres. Pero mientras que en la Edad Media el trabajo *libre* y el *intercambio* de mercancías dominaba de manera creciente, el proceso fue *inverso* en la Antigüedad» (cursivas suyas).[80]

y 331-334. Conviene advertir que Bücher comienza su análisis a raíz de la lista de las 146 «designaciones funcionales» serviles de Popma.

79. G. Salvioli, *Le capitalisme dans le monde antique*, París, 1906, páginas 119-121 y 133-157 respectivamente. Hay que decir al margen que, al final de su vida, Salvioli rechazó al parecer toda periodización basada en la economía: «La città antiqua e la sua economia a proposito delli grandi epoche della storia economica», *Atti della R. Accademia di Scienze Morali e Politiche*, Nápoles, n.º 45 (1923), pp. 196-226.

80. M. Weber, «Die sozialen Gründe des Untergangs der antiken Kultur», 1896; reimpreso en *Gesammelte Aufsätze zur Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, Tubinga, 1924, p. 293. Para el análisis posterior de Eduard

Nada de esto causó impacto duradero (a decir verdad, a duras penas causó alguno) en los historiadores de la Antigüedad. En el caso de Ciccotti se trata de un enigma. A diferencia de Bücher, Salvioli y Weber, era historiador profesional de la Antigüedad y ocupó la cátedra milanesa hasta su destitución en 1898 a causa de sus actividades políticas (socialistas). *Il tramonto* apareció al cabo de casi dos décadas de gran productividad, en que publicó libros y artículos eruditos sobre un amplio muestrario de temas de trascendencia. *Il tramonto* no sólo fue favorablemente reseñado por R. Lange en la *Wochenschrift*, sino también por Pöhlmann, que la consideró un importante avance, y más tarde por Henri Francotte.[81] Y, a pesar de todas sus debilidades, es un libro lleno de agudeza, la primera (y última) obra moderna que analiza la historia de la esclavitud antigua en el marco de la economía y la sociedad antiguas. Sin embargo representó un fracaso casi absoluto. Conoció dos ediciones en italiano y se tradujo al francés, al castellano y al alemán, pero, según parece, para lectores no académicos o, cuando menos, alejados de la cultura clásica y la historia antigua.[82] Únicamente en Italia se mantuvo como figura intelectual de importancia;[83] en el resto desapareció por completo. La explicación al parecer más obvia, su marxismo, no se me figura suficiente. Creo que debemos mirar también en otro sentido.

Primero y antes que nada a Eduard Meyer, el más prestigioso

Meyer es importante advertir que la base de esta argumentación se había desarrollado cinco años antes, en las cuarenta páginas finales de Weber, 1891.

81. Pöhlmann, en *Historische Zeitschrift*, n. s., n.º 46 (1899), pp. 109-110; H. Francotte, en *Bull. Bibliographique et Pédagogique de Musée Belge*, n.º 3 (1910), pp. 245-249. Francotte, (*L'industrie dans la Grèce antique*) ya había discutido las opiniones de Ciccotti, p. e., en II, pp. 27-28. Extractos de reseñas y comentarios en libros se encuentran convenientemente reunidos en Ciccotti, *op. cit.*, pp. 31-39.

82. La traducción alemana la publicó una editorial socialista y fue reseñada en extenso por Karl Kautsky en *Die neue Zeit* (1910-1911), bajo el título «Sklaverei und Kapitalismus». Kautsky fue además el responsable de la traducción alemana de Salvioli.

83. Véase E. Lepore, «Economia antica e storiografia moderna», en *Ricerche ... in memoria di Carrado Barbagallo*, Nápoles, 1970, I, pp. 3-17.

historiador de la Antigüedad del círculo universitario alemán de la generación que siguió a Mommsen. Eran los años en que Meyer escribía el tercero, cuarto y quinto volumen de su *Geschichte des Altertums*, publicada en 1901 y 1902. Trataban de la época clásica de la historia griega, los siglos V y IV a. de n. e., y, siguiendo la tradición ortodoxa, no se permitía a la esclavitud más que una sección de tres páginas y un par de comentarios adicionales. Sin embargo, los tres volúmenes fueron precedidos por un torrente de estudios especiales, incluyendo un breve excurso acerca del volumen de la población esclava, en la Atenas del siglo V, publicado en el segundo volumen de sus *Forschungen zur alten Geschichte* (1899); y por dos conferencias rápidamente publicadas, *Die wirtschaftliche Entwicklung des Altertums* (1895) y *Die Sklaverei im Altertum* (1898), reimpresas posteriormente en el primer volumen de sus *Kleine Schriften* (1910 y nuevamente en 1924). La *auctoritas* de estas dos conferencias apenas podría exagerarse: un reciente comentario sobre Eduard Meyer dice que «no tardaron en adquirir la categoría de síntesis obligada»; [84] para Vogt «señaló el camino en dos excelentes bosquejos de historia económica» en que «se concede el crédito adecuado al carácter único de cada época y cada generación»; [85] Westermann comenzó su artículo enciclopédico con la frase: «La base de nuestro actual conocimiento de la esclavitud en la historia de Grecia y Roma se debe a Eduard Meyer». [86]

Las dos conferencias, que deben tenerse por un díptico integralmente emparentado, son expresión de una compleja ideología y una personalidad no menos compleja. Uno de los hilos argumentales es la doctrina, amplia y firmemente sostenida por teóricos políticos e historiadores alemanes, de que el estado es el organismo decisivo en la historia, de que los intentos modernos por trasladar el centro de gravedad a la historia cultural y económica se vienen abajo a la vista de los «hechos».[87] Otro es el deseo de rescatar el estudio de la Antigüedad tanto de la idealización estético-moral de principios del siglo XIX como del anticuarismo de la segunda mitad del mismo mediante la reconstrucción del «cuadro auténtico que al final era, de manera creciente, «una imagen refleja del mundo moderno».[88] Un tercero, que entrelaza los dos primeros, es el rechazo total de todas las concepciones de las etapas históricas definidas según estructuras económicas. A Marx, es obvio, se le incluía, pero no he encontrado prueba alguna de que Meyer estuviera particularmente preocupado por Marx (ni que tuviera un conocimiento profundo de su obra); por lo general hablaba despectivamente de «die Nationalökonomen» (los políticoeconomistas) como de un grupo y reservaba su furia obsesiva (es la expresión correcta) para Karl Bücher, no para Karl Marx.

La esclavitud antigua tenía un claro inconveniente para un hombre que escribía, con palpable dosis de incoherencia, que las condiciones económicas presupuestas en las Doce Tablas «ya tenían, de hecho, un carácter relativamente moderno»; que los siglos VII y VI a. de n. e. en Grecia se correspondían con los siglos XIV y XV «en cuanto al desarrollo del mundo moderno»; que «en ningún sentido» puede el mundo helénico «concebirse de una manera demasiado moderna», aunque más en comparación con los siglos XVII y XVIII que con el XIX; que la Atenas de los siglos V y IV a. de n. e. «se encuentra bajo la égida del capitalismo», tanto como Inglaterra desde el siglo XVIII y Alemania desde el XIX.[89] ¿Qué ocurre pues con la esclavitud? La respuesta de Meyer fue desecharla como si fuera una insignificancia histó-

84. Karl Christ, *Von Gibbon zu Rostovtzeft*, Darmstadt, 1972, p. 293; cf. pp. 308-311.
85. Vogt, *op. cit.*, pp. 178-179.
86. W. L. Westermann, «Sklaverei», en *RE*, supl. VI, 1935, p. 894. La frase se introdujo en Westermann (*op. cit.* en nota 6), pero la primera nota a pie de página cita a Meyer solamente.

87. Véase, por ejemplo, E. Meyer, *Zur Theorie und Methodik der Geschichte*, 1902, reimpreso en *Kleine Schriften*, I, Halle, 1924[4], p. 46. Cf. el encendido cántico a esta concepción de Meyer en Stier, *op. cit.*, pp. 45-53.
88. J. Hasebroek, *Griechische Wirtschafts- und Gesellenschaftsgeschichte bis zur Perserzeit*, Tubinga, 1931, p. VI. Stier (*op. cit.*), adorador de Meyer, comparte este juicio (p. 52) con Hasebroek, principal antimodernista de su tiempo.
89. E. Meyer, *Die Sklaverei im Altertum*, 1898, reimpreso en *Kleine Schriften*, I, p. 174, n. 2; *Die wirtschaftliche Entwicklung des Altertums*, 1895, en *ibid.*, pp. 118-119 y 141; *Geschichte des Altertums*, 1901, III, página 550, respectivamente.

rica, un subproducto de la particular evolución política de la ciudad-estado.

El objetivo de la conferencia se alcanzaba mediante una serie de etapas: 1) La guerra era «la relación natural» entre los grupos étnicos (*Stämme*). 2) La esclavitud no se permitía dentro del grupo, mientras que la servidumbre (*Hörigkeit*) no sólo se toleraba sino que se convirtió en práctica común, en Israel y en todo el Próximo Oriente antiguo lo mismo que en la Roma y la Grecia arcaicas. 3) En consecuencia, el período arcaico fue medieval en el sentido literal, cosa que destruye cualquier idea de paso de la Antigüedad a la Edad Media y de aquí al mundo moderno mediante una serie de etapas. 4) En la época de los tiranos en Grecia y en los siglos V y IV a. de n. e. en Roma, el urbanismo y el notable aumento de la riqueza y del nivel de vida originaron el capitalismo, con el correspondiente desarrollo del comercio y la industria. 5) No obstante, a causa de la transformación política y la extensión de los plenos derechos a las clases inferiores, el trabajo libre asalariado no pudo satisfacer las tremendas necesidades de los capitalistas, en parte porque los pobres libres no tenían ni habilidad ni deseos de hacerse cargo, en parte porque eran demasiado costosos cuando eran voluntariosos. 6) Por consiguiente, los capitalistas, aprovechándose de la naturalidad de la guerra con el foráneo, agigantó las dimensiones del trabajo esclavo. Si no hubiera habido esclavos disponibles, los capitalistas «habrían encontrado otra forma de crear la fuerza de trabajo que necesitaban». 7) El resultado fue el interminable conflicto entre los esclavos y las masas proletarias arruinadas, que exigían que el estado les apoyara, poniéndolo en una situación cada vez más difícil, de la que los griegos se libraron gracias a Filipo y Alejandro, y los romanos gracias a la *pax Augusta* y el consecuente agotamiento de los recursos esclavistas. 8) Evolución en todo semejante se dio a comienzos de la época moderna, con la pequeña diferencia de que en el segundo estadio la servidumbre fue reemplazada por trabajo libre, no esclavo, porque «el proceso cristiano-germánico» volvió imposible lo segundo (y en el Nuevo Mundo, de manera misteriosa, porque «la posibilidad carecía de todo fomento industrial»). «En ninguna parte —escribe Meyer— se transparenta con mayor claridad el carácter moderno de la esclavitud antigua que en el hecho de que, en condiciones favorables, el esclavo, como el moderno obrero industrial, tenía la posibilidad de alcanzar prosperidad y riqueza.» Además, los esclavos eran como los modernos trabajadores emigrantes en lo que respecta a la mezcla racial. 9) Que la esclavitud no tuvo nada que ver con la decadencia del mundo antiguo se demuestra por la ausencia de revueltas de esclavos en el Imperio romano. 10) Como dejó de disponerse de un número suficiente de esclavos, como el trabajo libre seguía siendo demasiado caro y el arriendo acabó por ser desventajoso, los capitalistas volvieron a la servidumbre. «Así se cerró el ciclo. El desarrollo hizo volver al punto de partida: el orden medieval dominó por segunda vez.»

El resumen que hemos visto no es en modo alguno una caricatura. Lo he llamado «serie de etapas» antes que argumentación porque no hay argumentación que valga: sólo una sucesión de afirmaciones *ex cathedra*, en elevado tono retórico, sin la menor prueba y sin ningún análisis de las concepciones que se atacan. En cuarenta páginas hay exactamente once referencias (o citas sin mencionar la procedencia) a fuentes griegas y romanas, dos por lo menos, una de éstas de Aristóteles, groseramente distorsionadas, y una tercera con la que condesciende a una tendenciosa crítica textual. El argumento del silencio se utiliza en sentido opuesto cuando le conviene: por un lado, «aplasta» a Bücher en *Wirtschaftliche Entwicklung* con la (falsa) afirmación de que su *oikos* (casa) no aparece en las fuentes, mientras que, por el otro, el mismo Meyer se permite, en *Sklaverei*, bosquejar una línea evolutiva que era «en términos generales, desconocida para los contemporáneos».[90] En cuanto a los autores modernos, el talante de Meyer fue siempre imperioso: podía ser violento, como con Rodbertus y Bücher, pero por lo general o hacía caso omiso de los demás o los citaba con referencias de parcial selección. Así, citaba el «muy notable» estudio preliminar de Ciccotti sobre la cantidad de esclavos que había en Atenas e igno-

Meyer

90. E. Meyer, *Die wirtschaftliche Entwicklung*, p. 83, y *Die Sklaverei im Altertum*, p. 195.

raba todo lo demás que Ciccotti tuviese que decir; al citar una frase de la *Agrargeschichte* de Weber en que se criticaba a Rodbertus, omitió el comentario de que la obra de Rodbertus era «por otro lado una exposición muy inteligente» y no prestó la menor atención al resto del análisis de Weber.[91]

En resumidas cuentas, la conferencia de Meyer sobre la esclavitud antigua no sólo es lo más próximo al absurdo que todo lo que alcanzo a recordar escrito por un historiador de tamaña eminencia, sino que además viola los cánones básicos de la erudición histórica en general y de la erudición histórica alemana en particular. La pregunta que surge entonces es cómo alcanzó la reputación que adquirió tan rápidamente. Hubo objetores y no sólo de mala fama como Bücher y otros *Nationalökonomen*, sino también eminentes historiadores como el discípulo de Mommsen Ludo Hartmann.[92] A duras penas escuchaba nadie y no puedo creer que el hechizo que Eduard Meyer ejercía por entonces, no hay que subestimarle, sea una explicación satisfactoria. Lo que Meyer proporcionaba, y esto es una sugerencia, era apoyo y tranquilidad autoritarios, de una manera general más que a lo largo de su cadena de proposiciones concretas, a concepciones ya aceptadas generalmente, o cuando menos predisposiciones, tocantes a la ideología de los historiadores profesionales de la Antigüedad. Era lógico por tanto que éstos cerrasen los ojos ante la flaqueza técnica.

Paradójicamente, las lecciones que se sacaban no siempre eran compatibles con las convicciones de que Meyer estaba profundamente convencido. Era animal político hasta insólitos niveles de intensidad y con un pesimismo que no hacía sino aumentar, como manifestó claramente su larga reseña, en la *Deutsche Literaturzeitung* de 1924, de *La decadencia de Occidente* de Spengler, o la introducción a la segunda edición de sus *Kleine Schriften*, publicados el mismo año.[93] El socialismo era el peor síntoma de todo lo que perjudicaba a su mundo, no sólo la política socialista, sino cualquier tipo de pensamiento socialista. En este sentido, sus concepciones se compartían en términos generales en el mundo académico alemán, que era conservador. Pero era también, con su inteligencia, un metodólogo y filósofo de la historia.[94] Este interés encendía la cólera contra Bücher y los *Nationalökonomen*: el tipo de periodización histórica de éstos era una amenaza para las creencias sociales y políticas de Meyer, para su mundo y su concepción del mundo, no sólo para su concepción del mundo antiguo. Y en esto le hacían compañía casi todos sus admiradores, que huían tanto de la filosofía como de la teoría de la historia para aferrarse a un positivismo evasivo, sustentado por su erudición, aislándose además y en buena medida de sus colegas de la economía, las ciencias sociales, la historia económica e incluso la historia moderna.

Lo que me interesa, sin embargo, no es sólo el «modernismo» de Meyer y sus secuaces, con todas sus implicaciones, sino también la esclavitud antigua. Es evidente que sería un error juzgar a los «modernistas» como si hablasen por una sola boca: de Pöhlmann, por ejemplo, que en los últimos años del siglo XIX desató la polémica clásica contra el socialismo en nombre de la historia anti-

91. Meyer, *Forschungen zur alten Geschichte*, Halle, 1899, II, p. 186, y *Kleine Schriften*, I, p. 83, n. 1 respectivamente.
92. En la *Zeitschrift für Social- und Wirtschaftsgeschichte*, que editaba él, IV (1896), pp. 153-157, precedida de una reseña de Bücher (*Die Entstehung der Volkswirtschaft*) a cargo del coeditor, Stephan Bauer.

93. Entre las obras, cada vez más cuantiosas, sobre las opiniones y actividades políticas de Meyer, véase, por ejemplo, L. Canfora, *Intellettuali in Germania*, Bari, 1979, *passim*, con particular referencia al período 1914-1919.
94. Signo de la posición de Meyer fue que Max Weber creyera valía la pena rebatir su ensayo sobre la teoría y método de la historia, en un artículo publicado por vez primera en el *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik* de 1905, disponible en inglés en M. Weber, *Methodology of the Social Sciences*, trad. y ed. de E. A. Shil y H. A. Finch, Glencoe, Ill., 1949, pp. 113-163. Característico de Meyer fue que cuando reimprimió el ensayo en sus *Kleine Schriften* apenas diera noticia trivial (p. 21, n. 1, página 44, n. 2 y p. 55, n. 2) de lo que consideró «crítica muy penetrante y digna de elogio» de Weber.
95. R. Pöhlmann, *Geschichte der sozialen Frage und des Sozialismus in der antiken Welt*, Munich, 1925, originalmente publicado en 1893-1901 con el título de *Geschichte der antiken Kommunismus und Sozialismus*. En la 2.ª ed., 1912, cambió el título, aunque no el contenido, a causa de la crítica.

gua,[95] enfocó la esclavitud con matices diferentes, que su último editor, Friedrich Oertel, quiso conciliar entonces con el texto de Meyer.[96] Substancialmente, empero, se opusieron con firmeza a todas las teorías de las etapas y por tanto se sintieron libres para trabajar con el lenguaje y los conceptos de su propio mundo. En una sección titulada «Capital y trabajo», escribía Pöhlmann que la frecuente acumulación de esclavos en diferentes empresas de un solo empresario fue «deplorada a menudo por los críticos sociales anticapitalistas» (y citaba a Platón, *Leyes*, XII, 846 *e*, y a Diodoro, 1, 74) y que los trabajadores libres «sabían perfectamente bien» que la competencia de los esclavos era la responsable del empobrecimiento de las masas; Oertel insistía en que la esclavitud tenía una importancia cualitativa, que ella sola proporcionaba «bases diferentes y diferente colorido» al empobrecimiento de las masas, ya que de lo contrario no habría tenido una importancia significativa, habida cuenta de la presencia en la Antigüedad tanto de espíritu capitalista como de talento técnico (*Veranlagung*).[97]

Eran generalizaciones atrevidas, citadas de manera aislada, pero por desdicha no conducían a ningún análisis de la economía o las implicaciones económicas de la esclavitud. En 1907, un discípulo de Pöhlmann, Kurt Riezler, publicó un ensayo de 100 páginas dedicado a su maestro, bastante importante en algunos aspectos, en que argüía que los impedimentos políticos y sociales inherentes a la *polis* bloquearon el desarrollo económico, sin mencionar para nada la esclavitud.[98] En 1930, el mismo Oertel escribía un artículo sobre el legado de Demóstenes, bajo el tremendo título de «Sobre la cuestión de la gran industria en Ática», que inevitablemente tenía que referirse por entero a la esclavitud, dada la naturaleza del legado, pero que en ningún punto parecía tener tiempo para dedicarse a la importancia cualitativa que él mismo había subrayado en la edición de Pöhlmann.[99]

96. Pöhlmann, *op. cit.*, esp. I, pp. 173-179; F. Oertel, Apéndice a R. Pöhlmann, *op. cit.*, II, pp. 542-553.
97. Pöhlmann, *op. cit.*, I, pp. 174 y 175 respectivamente; Oertel, *ibid.*, II, pp. 550 y 542 respectivamente.
98. *Ueber Finanzen und Monopole im alten Griechenland*, Berlín, 1907.
99. «Zur Frage der attischen Grossindustrie», *Rheinisches Museum*, número 79 (1930), pp. 230-252, reimpreso en Oertel, *Kleine Schriften zur Wirtschafts- und Sozialgeschichte*, ed. H. Braunert, Bonn, 1975, pp. 184-202. Una distinta valoración de Oertel como historiador de la economía, en la breve introducción de Braunert al volumen.

Y éstos estaban entre los hombres que mostraban preocupación por las consideraciones teóricas. Los demás no tenían problemas. Si se interesaban por la historia social, la económica o la jurídica, la esclavitud seguía siendo una de tantas instituciones y prácticas que la investigación erudita encontraba en los «hechos». Las molestas implicaciones puestas de manifiesto por Marx y los demás políticoeconomistas podían darse de lado, aunque todavía hubiera cuestiones controvertidas, aparentemente morales (y a las que tendré que volver más abajo). Y los que tenían intereses fundamentalmente políticos y culturales podían hacer caso omiso de la cuestión por completo.

He hablado hasta aquí únicamente de los estudiosos alemanes sólo porque la polémica se ciñó y fue monopolizada casi por entero por el mundo de habla alemana. En los restantes lugares había casi una absoluta indiferencia, excepto, por supuesto, entre los economistas, los historiadores económicos y los sociólogos. Incluso en Italia, en fecha tan temprana como 1908, Calderini podía publicar una útil monografía sobre la manumisión y los libertos en Grecia [100] —todavía la única de que disponemos— quintaesencialmente anticuaria, al parecer ignorante, y ciertamente desinteresada, de los esfuerzos que Ciccotti, Salvioli, Barbagallo, Ferrero y Pareto hacían en aquel momento por transformar la investigación de la historia antigua.

La indiferencia francesa, que se ha señalado en otro lugar,[101] es enigmática porque los intelectuales franceses, en términos generales, incluyendo a los académicos, estaban abiertos a la tradición socialista y revolucionaria, a diferencia de los alemanes. Sin embargo, cuantas veces se repasa nuestro tema no se encuentra rastro alguno del fermento que venimos considerando. Paul Guiraud escribió un volumen de 650 páginas sobre la propiedad de

100. A. Calderini, *La manomissione e la condizione dei liberti in Grecia*, Milán, 1908.
101. Ed. Will, «Trois quarts de siècle de recherches sur l'économie grecque antique», *Annales, E.S.C.*, IX (1954), pp. 7-22.

la tierra en Grecia en que la esclavitud merecía dos páginas, los ilotas catorce y «la teoría y la práctica socialistas» cuarenta, a más de una conclusión que advertía contra la forja de leyes universales: «Si bien Grecia pereció a causa del socialismo agrario, no se sigue de aquí que nosotros estemos condenados a sufrir un destino semejante».[102] Paul Louis, en el volumen sobre Roma de la *Histoire universelle du travail*, nos dice claramente que no hay «misterios», que todo se desarrolló con lógica «manifiesta e irrefutable»; que, por ejemplo, las instituciones romanas «permitieron a su proletariado vivir en la ociosidad»; que hubo ciertamente capitalismo: «importaba poco si el trabajo era libre o servil»; que el colonato (el campesinado vinculado a la tierra de la baja Antigüedad) «ocupó el lugar del sistema servil en virtud de una transición que casi pasó inadvertida».[103] Paul Louis no era historiador de la Antigüedad, sino un especialista en la historia del socialismo y el sindicalismo franceses, y tan modernista como Eduard Meyer, aunque izquierdizante (como dicen los italianos). Gustave Glotz, por otro lado, autor del volumen sobre Grecia de la misma serie, fue el más destacado historiador griego de su generación en Francia; sin embargo, lo único que pudo pergeñar fue un capítulo sobre la esclavitud que en modo alguno significó un avance respecto de *Besitz und Erwerb* de Büchsenchütz, salvo en la chocante generalización de que «la ausencia de maquinaria es a la vez la causa y, en cierta medida, la consecuencia de la esclavitud industrial» (y que se repite por todo el libro más veces de las que se pueden contar); y una peroración final de dos páginas sobre los motivos por los que es imposible estar de acuerdo con Bücher o Meyer, cuyas ideas no merecen ninguna consideración en ninguna parte del libro.[104] Por último hay que citar a Jules Toutain, que anunciaba en la introducción de *L'économie antique* (1927) el rechazo de todas las teorías e hipótesis en beneficio de un enfoque «objetivo» de las fuentes tan sólo —método aplaudido por Henri Berr, que le encargó el volumen para su colección *L'évolution de l'Humanité*— y que se las arregló para no encontrar en ellas sobre la esclavitud sino lo que ocuparía tres páginas de texto continuo de no estar disperso por todo el libro. «Los esclavos, utilizados para trabajar la tierra, fueron muy numerosos en todas las ciudades-estado griegas» (p. 52) es una cita completa y típica.

102. *La propriété foncière en Grèce jusqu'à la conquête romaine*, París, 1893, p. 636. Por el contrario, casi la mitad de las 200 págs. de su *La main d'oeuvre industrielle dans l'ancienne Grèce*, París, 1900, está dedicada a los esclavos y los libertos, aunque en tres torpes capítulos anticuarios que por entonces eran totalmente retrógrados. Posteriormente escribió un libro, París, 1896, acerca de su maestro y amigo, Fustel de Coulanges, sin mencionar el gran estudio que éste dedicó al colonato.

103. *Le travail dans le monde romain*, París, 1912, pp. 8, 26 y 326 respectivamente; trad. por E. D. F. Wareing como *Ancient Rome at Work*, Londres y Nueva York, 1927, pp. 2, 16 y 242. (He tenido que corregir al traductor que vierte «sistema colonial» por colonato.)

No tiene sentido aumentar la lista, tanto con franceses como de otras partes, analizando la *Economic History of Rome* (1919, 1927) de Tenney Frank, por ejemplo, o la *Economic Survey of Ancient Rome*, en varios volúmenes, que este mismo editó. Nada ha cambiado, nada se ha adelantado. Hubo raras excepciones y debe darse constancia de dos. En 1900-1901, Henri Francotte publicó su *L'industrie dans la Grèce ancienne*, en dos volúmenes, que no tuvo, ni tiene en la actualidad, par ni paralelo. Francotte pudo reunir y citar la documentación con lo mejor de los anticuarios, pero sin perder nunca de vista su declarada intención de «vincular mi objeto al conjunto (*ensemble*) de la historia de Grecia, emparentar el destino de la industria al de la sociedad como tal». Con calma y perseverancia analizó la polémica Bücher-Meyer; hizo un balance de Bücher a propósito del tema particular de la industria, aunque rechazó su *Hauswirtschaft* (economía doméstica) por ser fórmula insuficiente para dar cuenta de la economía griega; evaluó y ubicó la industria en un marco más amplio; e hizo el mejor juicio que tenemos sobre la compleja interrelación de trabajo libre y esclavo en la manufactura: y todo ello con una parsimonia tal que este excelente libro se ha olvidado en gran medida.[105] Quien no pasó por alto a Francotte fue W. E. Heitland,

104. *Le travail dans la Grèce ancienne*, París, 1920, pp. 249 y 455-456 respectivamente; trad. por M. R. Dobie como *Ancient Greece at Work*, Londres y Nueva York, 1926, pp. 206-207 y 380-381.

105. El olvido es tanto más sorprendente cuanto que Francotte llegó a resumir su libro en alemán: «Industrie und Handel», en *RE*, IX (1916), páginas 1.381-1.459.

cuyo *Agricola* (1921) tiene muchas virtudes parecidas, aunque es menos sutil en sus consideraciones económicas. Adolece además de un defecto importante, la organización del material según los autores antiguos, que es, evidentemente, el motivo por el que se suele consultar a Heitland hoy todavía, mientras que a Francotte no: no hay lugar más adecuado para observar lo que Demóstenes tiene que decirnos sobre agricultura, o los juristas romanos, o Símaco.

Pocos años después Westermann fue invitado por Wilhelm Kroll, por recomendación de Rostovtzeff, a escribir una «síntesis de la historia de la esclavitud grecorromana»[106] para la polivoluminosa enciclopedia clásica comúnmente designada como «Pauly-Wissowa». El primer volumen de la enciclopedia había aparecido en 1894 y su publicación había continuado de manera uniforme durante una generación sin que a nadie se le ocurriera la necesidad de incluir un artículo básico sobre la esclavitud. No sé si la iniciativa partió de Kroll, más tarde el director de aquélla, o de Rostovtzeff. El interés de este último por el tema venía de antiguo: los historiadores rusos con los que había aprendido tenían unas preocupaciones sociales (y sociológicas) que eran atípicas entre los eruditos europeos de la época. Ya en 1910 Rostovtzeff había publicado un libro importante, de amplias miras, sobre los colonos, mientras que Westermann no tenía ningún antecedente que explicara el encargo de la Pauly-Wissowa, aunque había escrito unos cuantos artículos sobre algún que otro tema económico. Comenzó su trabajo dentro de la más diligente tradición de la erudición alemana, asimilada cuando fuera alumno de Eduard Meyer, por quien sentía un tremendo respeto. Como Meyer utilizaba poco, y comprendía en la misma medida, a los *Nationalökonomen*, y tenía cierta predisposición a minimizar la esclavitud siempre que parecía presentársele una oportunidad lógica.[107]

Pero Westermann sentía el mismo tremendo respeto por Rostovtzeff (a cuya memoria dedicó el libro sobre la esclavitud que siguió al artículo de la Pauly-Wissowa); «Es difícil —escribió en cierto momento en que creía no estar de acuerdo— disentir de la gran autoridad del finado profesor Rostovtzeff a propósito de problemas sociales y económicos de los períodos de la Antigüedad helénico-romana».[108] Y esto planteó un dilema. Rostovtzeff podía ser tan «modernista» como cualquiera, y tan despectivo respecto de la teoría económica, en particular del marxismo, término general que aplicaba a un amplio espectro de posiciones teóricas.[109] Sin embargo, sus antecedentes —tenía casi cincuenta años cuando salió de Rusia durante la Revolución— y su *Weltanschauung* liberal diferían mucho de los de Meyer, hacia cuyos juicios sobre la mayor parte de temas económicos manifestaba poca simpatía. «Los estudiosos modernos —escribió en un resumen importante—, al retroceder ante la muy exagerada e insostenible doctrina marxista sobre el papel de la esclavitud en los tiempos antiguos, son propensos a minimizar las cantidades de esclavos y el papel que jugaron en la economía griega prehelénica».[110]

Apuntalar esta generalización fue un serio esfuerzo por enfrentarse a la aparente «crisis» que amenazó a la *polis* clásica en el siglo IV a. de n. e., y en particular al recíproco impacto de trabajo libre y esclavo.[111] Seguían informes sobre la esclavitud helénica, zona por zona, de la misma seriedad e igualmente matizados. Mi disentimiento de la concepción de Rostovtzeff sobre la economía antigua no necesita confirmarse aquí. Lo que me interesa en este

106. Westermann, *op. cit.*, p. IX.
107. Ello es evidente en su «The Economic Basis of the Decline of Ancient Culture», *American Historical Review*, n.° 20 (1915), pp. 723-743, escrito mucho antes de que se le encargara el artículo de la Pauly-Wissowa.
108. Westermann, *op cit.*, p. 140.

109. En cierta ocasión se refirió a su «disgusto innato hacia toda "teorización" de la historia» e inmediatamente pasó a demostrar que el «disgusto» suele conducir a la confusión y la incomprensión: «The Decay of the Ancient World in Its Economic Explanation», *Economic History Review*, n.° 2 (1909), pp. 197-214. El extraordinario cántico a Weber («Die Agrarverhältnisse des Altertums», en *HWB der Staatswiss.*, 1909[3]) en el prefacio a Rostovtzeff (*Studien zur Geschichte des römischen Kolonates*), es una anomalía que no consigo explicarme.
110. Rostovtzeff, *The Social and Economic History of the Hellenistic World*, 3 vols., Oxford, 1941, p. 1.258. Aunque Westermann no tuvo esta obra a su disposición, a diferencia de la anterior sobre el Imperio Romano, cuando escribió el artículo para la Pauly-Wissowa, hizo abundante uso de ella al preparar el libro siguiente.
111. Rostovtzeff, *ibid.*, cap. 2.

lugar es el análisis dinámico de la esclavitud en los textos históricos, no la corrección o defecto del informe. Tampoco me interesan las inconsistencias: podía afirmar, por un lado, que en la época helénica la economía «se diferenciaba de la economía moderna sólo cuantitativa, no cualitativamente»;[112] por el otro, que «si paramos mientes en la magnitud de los servicios al estado que se esperaba de los ciudadanos ... no nos sorprenderá que la economía de Rodas (en el período helénico) se basara ... en ... los extranjeros y los esclavos».[113]

Se puede discutir el análisis de Rostovtzeff sobre la *polis* del siglo IV, mientras que el capítulo de Westermann, titulado «De las guerras médicas a Alejandro. El escenario social de la esclavitud de la *polis*», revela una absoluta indiferencia, si no desconocimiento, por los temas fundamentales. O, por poner otro ejemplo, su breve crítica (p. 37) del juicio de Rostovtzeff sobre el papel de la esclavitud en la Rodas helénica se sirve de un inútil argumento estadístico como réplica presuntamente suficiente a una seria concepción estructural. Paradójicamente, la influencia de la doctrina esencial de Meyer también está ausente, aparte del tono insistentemente «negativo». En realidad es imposible saber por qué dice Westermann al principio que Meyer sentó las bases del moderno estudio de la esclavitud antigua. Hace más o menos una docena de alusiones al *Sklaverei* de Meyer, casi todas innecesarias, mientras que implícitamente rechaza la absurda concepción cíclica del mismo y repudia abiertamente la interpretación meyeriana de la conducta de Periandro, el tirano de Corinto.[114] La cruzada de Meyer contra los *Nationalökonomen* no se advierte por ningún lado. Sólo el fantasma de Meyer está en todas partes.

Los errores de Westermann se han puesto de manifiesto repetidas veces, en reseñas del libro y en ulteriores publicaciones sobre la esclavitud antigua.[115] Aunque el alcance erudito era, sin embargo, considerable, es preciso preguntarse qué andaba mal, qué andaba francamente mal. Una breve reseña del artículo de la Pauly-Wissowa terminaba del siguiente modo: «La organización y carácter esencialmente anticuario de esta enciclopedia impide un serio análisis teórico y la síntesis de muchas cuestiones fundamentales ... Un análisis de este tenor tendrá que esperar a la aparición del próximo volumen de W.».[116] Fui yo quien escribió esto en 1936, entonces joven estudiante que obviamente tenía que andar con pies de plomo —de aquí la insincera responsabilización de la enciclopedia— y procuraba al máximo emitir señales. En vano. Westermann siguió trabajando, sistemática y casi obsesivamente, durante casi veinte años más, y cuando por fin apareció el volumen en 1955, nada había cambiado fuera de la inserción de más documentos aún y varios temas marginales; es decir, nada salvo los nuevos capítulos finales, que contenían el único argumento sólido de toda la obra, dirigidos contra la concepción de que el estoicismo y el cristianismo contribuyeron de alguna manera a la caída de la esclavitud antigua. Estos capítulos finales plantean la difícil cuestión de si era (o es) posible escribir una «síntesis de la historia de la esclavitud grecorromana» superior.

Volveré a esta cuestión final. Mientras tanto, hemos llegado ya a mitad del presente siglo sin haber encontrado muchas huellas de los acalorados debates que prometí al principio. Aparte de la cuestión particular de cristianismo y esclavitud, la subida de tono se originó en la cuestión, más vasta, de la naturaleza de la economía antigua, y en la más amplia aún de las etapas del desarrollo histórico, en que la esclavitud era sólo un factor. Las pasiones a propósito de la esclavitud no estallaron hasta la década de los 50, y entonces ocurrió con muy pocos anticipos.

El primer síntoma, fácilmente confundible como tal, fue el anuncio, en 1951, de que la Academia Mainz estaba a punto de embarcarse en un gran plan de investigación sobre la esclavitud antigua, bajo la dirección de Joseph Vogt, que había ignorado

112. En una reseña de la *Zeitschrift für die gesammte Staatswissenschaften*, n.° 92 (1932), pp. 334-335.
113. Rostovtzeff, *ibid.*, p. 690.
114. Implícito en las dos frases de Westermann, *op. cit.*, p. 2, notas 8 y 9, sobre los esclavos en Homero, y p. 4 respectivamente.

115. Me limitaré a citar tres reseñas: P. A. Brunt, en *Journal of Roman Studies*, n.° 48 (1958), pp. 164-170; G. E. M. de Ste. Croix, en *Classical Review*, n. s., n.° 7 (1957), pp. 54-59; H. J. Wolff, en *Iura*, n.° 7 (1956), páginas 308-315.
116. *Zeitschrift für Sozialforschung*, n.° 5 (1936), p. 442.

este tema, en el terreno de la erudición, hasta el momento, pero que ha venido organizando el plan Mainz desde entonces (aunque sus propias publicaciones en este sentido han sido sólo artículos, no libros). Antes de que terminase la década, Vogt había publicado ensayos sobre «La esclavitud y la humanidad» y «La estructura de las antiguas guerras esclavistas», así como su memoria rectoral de Tubinga sobre «Las relaciones humanas en la esclavitud antigua»; y tres monografías habían aparecido en la serie Mainz, la muy breve de Micknat sobre la esclavitud homérica, la de dos volúmenes de Lauffer sobre la esclavitud en las minas del Laurio, y el primero de los cuatro volúmenes de Bömer sobre los esclavos en la religión. Los síntomas de la polémica ideológica que iba a sucederse se ven claramente en la actualidad, pero a duras penas los advirtió nadie hasta el Congreso Histórico Internacional de Estocolmo, en 1960, en que estalló el conflicto de manera violenta.

El epicentro de la tormenta volvió a estar en Alemania, pero esta vez se centró en la esclavitud como no había ocurrido nunca. Para remontarse a los orígenes es preciso retroceder hasta dos corrientes que se fomentaron durante el medio siglo anterior. La primera es el resurgimiento del «humanismo clásico» de comienzos del siglo XIX, con su glorificación de la eterna y universal validez del helenismo y su identificación del «espíritu» heleno con el alemán.[117] Esta «fe» (*Glaube*) se había abierto anchuroso camino entre los clasicistas alemanes de fines del siglo XIX hasta alcanzar la erudición «pura». Es decir, éstos no abandonaron la veneración de las virtudes griegas o la convicción de su estrecha afinidad con ella, pero el temprano evangelismo quedó ahogado entre crecientes cantidades de publicaciones (anticuarias) especializadas. El objetivo acabó así por desaparecer. Eduard Meyer protagonizó una de las reacciones, otra lo que a veces se conoce con el nombre de «tercer humanismo», encabezado primero por Wilamowitz y luego por Werner Jaeger. Como el de Humboldt y sus

117. Véase el matizado informe de M. Fuhrmann, «Die "Querelle des Anciens et des Modernes", der Nationalismus und die deutsche Klassik», en R. R. Bolgar, ed., *Classical Influences on Western Thought A. D. 1650-1870*, Cambridge, 1978, pp. 107-129.

discípulos, cuyo ancestro espiritual reconocía con gratitud, el tercer humanismo se convirtió, en palabras de Momigliano, en una «religión del clasicismo», un «misticismo clásico» «intuitivo» (o «daimónico»).[118] También como el humanismo de Humboldt, fue un misticismo *alemán*. Para Eduard Schwartz, «el objetivo del *Gymnasium* sólo podía ser la formación de los alemanes mediante la Antigüedad»; para Stier, *Deutschtum* y *Griechentum* estaban estrechamente emparentados; para Jaeger, el humanismo clásico era la obra del «*Geist* germano-protestante».[119]

Entre los principales portavoces, naturalmente, estaban algunos de los más grandes filólogos de la época y esto contribuyó a aumentar su alcance. En su vuelta a Humboldt, sin embargo, adoptaron una postura diferente respecto de la esclavitud, siguiendo las directrices de Eduard Meyer, pero por lo general yendo más allá. Mientras que la escuela de Humboldt admitía abiertamente la esclavitud como condición necesaria de «aquel espíritu liberal que no ha reaparecido en parigual medida en ningún otro pueblo, es decir, el papel espiritual de las actitudes nobles y grandes realmente valiosas del hombre libre»,[120] el tercer humanismo se limitó a darle la vuelta. Al saludar a Wilamowitz en su octogenario, Eduard Schwartz dijo: tú nos hiciste volver «al conocimiento del *Hellenentum* en tanto que fenómeno histórico, con todas sus manifestaciones del principio al fin, con sus dioses, sus héroes, sus hombres, con todas sus invenciones, con las formas de su poesía y su lengua, con todo lo que hizo y sufrió, lo que creó y deseo».[121] Este largo catálogo de componentes del *Hellenentum* no incluía,

118. «Premesse per una discussione su Wilamowitz», *Rivista Storica Italiana*, n.º 84 (1972), pp. 746-755, en pp. 752-753; cf. W. Rehm, *Griechentum und Goethezeit*, Leipzig, 1936, p. 241, sobre el helenismo de Humboldt: «prácticamente afectó a lo religioso». La posición está claramente expresada en el saludo de Schwartz a Wilamowitz con motivo de su octogenario, *Die Antike*, n.º 5 (1929), pp. 1-5, reimpreso en Ed. Schwartz, *Gesammelte Schriften*, Berlín, 1938, I, pp. 362-367.
119. Schwartz, *op. cit.*, I, p. 98; Stier, *op. cit.*, p. 1; Jaeger, *Humanistische Reden und Vorträge*, Berlín y Leipzig, 1937, p. 182, respectivamente.
120. W. von Humboldt, *Gesammelte Schriften*, ed. A. Leitzmann, Berlín, 1903, I, p. 271.
121. Schwartz, *op. cit.*, p. 364.

obviamente, la esclavitud. En el libro de Wilamowitz sobre «El estado y la sociedad griegos» figuran bajo un epígrafe único, cuyo núcleo es la mejora acarreada por «la religión y las costumbres», y en una docena de frases, dos de las cuales se limitan poco más que a «dejar la esclavitud a un lado».[122] Jaeger fue más directo: la palabra «esclavo» no aparece en los detallados índices de los tres volúmenes de su *Paideia*.

La otra corriente se dio fuera de Alemania. La Revolución rusa estimuló una cantidad sin precedentes de escritos marxistas sobre la historia antigua, que quedó en gran parte, aunque no del todo, confinada en la Unión Soviética, y limitaré mi breve repaso a los autores rusos.[123] En las dos primeras décadas que siguieron a la Revolución, la más antigua generación de historiadores, muchos de los cuales se quedaron en el país, se preocupó generosamente de orientarse hacia el marxismo. Esta preocupación despertó un renovado interés en la polémica Bücher-Meyer en un momento en que ya se había reducido al silencio en todas partes: la *Entstehung der Volkswirtschaft* de Bücher se tradujo al ruso en 1923, y la parte griega de sus *Beiträge* en 1924. Pero la esclavitud antigua no fue objeto de investigación descollante, menos todavía cuando se acercaban las fechas centrales de la década de los 30 y la periodización de Engels se convertía en dogma oficial: toda la sociedad antigua, incluyendo el Próximo Oriente antiguo, fue limpiamente encasillada en una «sociedad esclavista» y en el «modo de producción esclavista». Las fórmulas substituyeron a la investigación, salvo en los secundarios recovecos del tema. En consecuencia, cuando comenzó el gran debate en 1951, no había ninguna obra marxista sobre la esclavitud (dentro o fuera de la Unión Soviética) de verdadera importancia posterior a Ciccotti y Salvioli. En efecto, esto fue reconocido por los historiadores soviéticos de la Antigüedad a comienzos de la década de los 60. A principios de 1963, por ejemplo, G. G. Diligensky, editor de línea dura de la *Vestnik Drevnei Istorii* («Revista de Historia Antigua»), lamentaba que «el culto a la personalidad hubiera ejercido un influjo negativo determinante en la investigación en el terreno de la historia y, en particular, de la historia antigua». Problemas tales como las diversas formas de las relaciones esclavistas, continuaba, «se resolvían a veces con ayuda de fórmulas esquemáticas que se aplicaban sin el previo análisis concreto de todos los fenómenos de una polifacética realidad histórica».[124]

Aquí, como en muchos otros asuntos importantes, la segunda guerra mundial hizo de línea divisoria. Nuevamente destaco dos elementos, que repercutieron en muchos países, pero sobre todo en Alemania. El primero fue la creciente urgencia por reanalizar la educación superior, en particular el lugar de la educación clásica, basada en Alemania en el tradicional *humanistische Gymnasium*. Para Alemania, de hecho, el término reconstruir sería más preciso que reanalizar, entre otras cosas a causa del tajante abandono de los determinantes conceptos axiales de raza y *Führertum*.[125] El segundo fue la creación del bloque de países del este de Europa, en todos los cuales el marxismo fue la filosofía oficial de los estudios históricos, y Alemania volvió a encontrarse en una situación especial, a consecuencia de su división en Oriental y Occidental, en Berlín Este y Oeste.

Estos elementos son ya perceptibles en las tempranas publicaciones sobre la esclavitud del mismo Vogt y del plan Meinz. La brusquedad de la aparición de éstas tal vez sea sorprendente: la

122. V. von Wilamowitz, *Staat und Gesellschaft der Griechen und Römer*, 1910, pp. 36, 32 y 93 respectivamente. En la 2.ª ed., 1923, la sección romana fue cambiada, pero la de Wilamowitz quedó intacta. No puedo por menos de hacer constar que J. Burckhardt (*Griechische Kulturgeschichte*, 4 vols., Darmstadt, 1898-1902), descalificado por Wilamowitz en una notable pero influyente denuncia, estimó que la esclavitud bien merecía un capítulo en la sección titulada «La Polis en su desarrollo histórico» (I, pp. 141-158).

123. Véase M. Raskolnikoff, *La recherche soviétique et l'histoire économique et sociale du monde hellénistique et romain*, Estrasburgo, 1975; por encima, Lencman, *op. cit.*, pp. 38-62; M. Mazza, en su introducción a E. M. Shtaerman y M. K. Trofimova, *La schiavitù nell' Italia imperiale, I-III secolo*, 1971, trad. del ruso, Roma, 1975.

124. «La teoria marxista-leninista e la ricerca storica concreta» (trad. por F. Venturi), *Rivista Storica Italiana*, n.º 75 (1963), pp. 588-603, en página 596 (publicado originalmente en el mismo año en *Voprosy Istorii*).

125. El mismo Vogt había editado un volumen destinado a resolver la cuestión de si la gran guerra entre Roma y Cartago estuvo determinada por la «herencia de sangre» (*Bluterbe*) de las dos naciones: *Rom und Karthago*, Leipzig, 1943, p. 7.

segunda edición de la historia de la República romana, de Vogt, publicada en 1951, revela incluso más que un normal desinterés en la esclavitud y a duras penas encuentra espacio para mencionar las grandes revueltas de esclavos de los siglos II y I a. de n. e. Quizá deba decir aquí explícitamente que en lo que sigue no dispongo de información privada y que no debo nada a la fría deliberación, a una consciente decisión de adoptar una línea determinada. Todas mis inferencias e interpretaciones se basan únicamente en la obra publicada, tras lo que se encuentra, naturalmente, la *paideia*, la *Bildung*, de Vogt y sus coautores. Debería decir también, como ya he dicho en otro contexto anterior, que el plan Mainz, tomado en conjunto, abarca obras que difieren en cualidad y enfoque. Hay entre ellas libros y artículos buenos y no tan buenos, como en la mayor parte de las series, y cierta cantidad «pasada de moda» en virtud de su positivismo más o menos neutral. Habré de proceder sinceramente a una selección, ya que lo que me interesa es la ideología, y por el momento me centraré en los propios artículos de Vogt, sobre todo los primeros, que, según me propongo demostrar, ya contenían los elementos ideológicos fundamentales que habrían de dominar la polémica desde entonces; y que, preciso es advertirlo, estaba deseoso de reimprimir, sin ningún cambio esencial, en versión inglesa, en fecha tan tardía como 1974.



En 1961 Vogt disertó ante el Deutscher Altphilologenverband a propósito de la «Investigación sobre la esclavitud antigua desde Humboldt hasta nuestros días», y la conferencia se publicó más tarde en la revista *Gymnasium*, que gusta considerarse portavoz de los *humanistische Gymnasia*. ¿Por qué Humboldt, que no estudió la esclavitud antigua y apenas si la mencionó en toda su abultada producción? La respuesta se encuentra en que Vogt se identifica con la tradición tudesca del «humanismo» fundada por Humboldt.[126] Su primer ensayo, «Esclavitud y humanidad», termina con las siguientes palabras: «La esclavitud fue esencial para la existencia tanto de esta básica voluntad (griega) de vivir como de la dedicación a las consideraciones espirituales ... Aquellas fuerzas fundamentales para el helenismo lucharon victoriosamente por la milagrosa creación de la *polis* y su civilización en medio de la pobreza de la tierra, la inclemencia del clima y la oposición de un mundo hostil. La esclavitud y su concomitante pérdida de humanidad fueron parte del sacrificio que había de pagarse por esta hazaña».[127]

126. Vogt (*op. cit.*, pp. 170-172 y 206-208) se las ha arreglado para hacer un mito de un perogrullesco párrafo de Humboldt, del que ya he citado en nota 121. El caso es que todo el ensayo, un fragmento, circuló entre unos cuantos amigos en 1793 y no se publicó hasta 1893, y nada tiene que decir acerca de la esclavitud salvo dicho párrafo.

Pero la historia no termina aquí. «Es posible —escribe en un ensayo posterior— que se haya confiado a los clásicos la tarea de confirmar la existencia de modelos intelectuales en todos los campos del conocimiento y de la técnica, en circunstancias de igualdad y libertad universales.» Si «el Humanismo de los estudios clásicos quiere sobrevivir en nuestro mundo», hemos de abandonar el «consentimiento [veterohumanista] de la inhumanidad que permitió a griegos y romanos asegurar su evolución como seres humanos»; «debemos describir la sociedad humana como realmente fue, sin ocultar ni atenuar sus aspectos negativos».[128] Me parece que hay una clave para todo el trabajo, una especie de «salvamento de los fenómenos», de rescate del «humanismo clásico» mediante ciertas concesiones. Añadiría que «la sociedad humana como realmente fue» no resulta al fin y al cabo tan mala, pues Vogt rastrea y encuentra esa «humanidad» que afloraba continuamente en la práctica de la esclavitud. Difícilmente se considerará irrelevante que en el repaso «desde Humboldt» sólo salga ilesa una figura de relieve, la de Eduard Meyer.

En la clara dicotomía que sugerí al comienzo, el interés de Vogt por la esclavitud antigua es totalmente moralista, o tal vez «espiritual», no sociológico. De aquí que su obsesión por el marxismo se apoye en suelo limitado. El «rasgo más destacado» del artículo de Eduard Meyer sobre la esclavitud, escribe, es «que destruye la idea de la presunta evolución regular desde un

127. Vogt, *op. cit.*, p. 25. En la última frase, el eco del Heeren (*op. cit.* en nota 3) es sorprendente. Vogt no menciona a Heeren, cuya muy considerable influencia no entró en la corriente «humanista».
128. Vogt, *op. cit.*, pp. 208-210.

comunismo primitivo ... hasta el proletariado del capitalismo moderno. Los factores políticos y demás fuerzas diversas se sitúan junto a los económicos». El marxismo, por el contrario, «sólo puede abordar el tema en términos de producción material y la creación de una estructura de clase». Por consiguiente, en sus reiteradas expresiones de desacuerdo, Vogt nunca va más allá de objeciones generalizadas al marxismo según lo entiende él. Sus intereses son espirituales, los de éste materiales. En cualquier caso, «la finalidad y las premisas básicas de la erudición histórica marxista en los países de régimen comunista se han establecido por anticipado para todas las épocas», lo que hace su «entendimiento» con ella «muy difícil».[129]

Vogt ha mantenido por doquier su frío tono característico, pero la temperatura subió de golpe en el Congreso Histórico Internacional de Estocolmo, en 1960 (un año antes de la construcción del Muro de Berlín, es importante señalarlo). Toda la insidia, sobre todo entre los alemanes orientales y occidentales, se ha amortiguado en los textos publicados: fue preciso asistir a las sesiones para darse cuenta. Y el encuentro sobre la esclavitud antigua, incluido en el programa por sugerencia de la Sociedad Histórica Alemana, fue uno de los principales campos de batalla. «El resultado de la confrontación fue catastrófico», informó más tarde Van Effenterre.[130] Que la confrontación no fue «espontánea» se puede demostrar. La publicación alemana *Saeculum* dedicó todos sus números de 1960 a la crítica del marxismo y el sentido de esta actitud queda patente en el título de los doce artículos: tres se referían a Marx o al materialismo histórico, uno a la historia checa, los ocho restantes a la historiografía soviética. El volumen lo calificó el distinguido historiador francés Robert Mandrou de «sumario» lleno de «anatemas y excomuniones» para un proceso en que al acusado iba a negársele el derecho de asesoramiento.[131] El primer fascículo se preparó por anticipado y se distribuyó en el Congreso. Incluía un largo trabajo de Vittinghoff titulado «La teoría del materialismo histórico acerca del antiguo estado "esclavista"» y subtitulado «Problemas de historia antigua en los "clásicos" del marxismo y en la investigación soviética actual». Este ensayo encaja punto por punto en la descripción de Mandrou: Vittinghoff hacía caso omiso de las publicaciones que no apoyaban su caso y se limitaba a generalidades y afirmaciones programáticas.[132] Esto era cómodo además: incluso algunos historiadores soviéticos comenzaban a decir lo mismo en esencia, si no con las mismas palabras. Ni una sola vez analizó Vittinghoff un problema substancial tocante a la esclavitud antigua, contentándose con una nota a pie de página (en contexto equivocado) con el inevitable «Lo esencial ya lo dijo Eduard Meyer en su conferencia fundamental de 1898».[133]

129. Vogt, *op. cit.*, pp. 179, 103 y 184 respectivamente.
130. En una reseña de Lencman, *op. cit.*, en *Revue des Études Anciennes*, n.° 69 (1967), p. 289.
131. R. Mandrou, «A côté du Congrès: Une mise en accusation du matérialisme historique», *Annales, E.S.C.*, n.° 16 (1961), pp. 518-520.

En el programa del Congreso, Vittinghoff hizo sólo una breve «ponencia», a propósito del significado de la esclavitud en la transición de la Antigüedad a la Edad Media en Occidente.[134] A pesar del ambicioso título, su única preocupación fue nuevamente el cúmulo de absurdos que podía encontrarse en la literatura soviética sobre el tema entre 1933 y 1953. Al terminar admitió que el enfoque que él no había tenido reparo en soslayar ya no era aceptable para los historiadores soviéticos. ¿Por qué molestarse, entonces? Me parece que yo mismo había dado la respuesta con dos años de anticipación: «con el disfraz de un análisis de la esclavitud antigua, hemos asistido en realidad a un asistemático debate sobre la teoría marxista, ninguno de cuyos puntos ha resultado particularmente iluminador ni a propósito del marxismo

132. Me refiero sobre todo a los artículos de Lencman, Amusin y Kazakevich que aparecieron en *Vestnik Drevnei Istorii* precisamente en la misma época (1946-1959) que Vittinghoff afirma haber estudiado; sobre tales artículos, vid. Lencman, *op cit.*, pp. 56-58.
133. F. Vitinghoff, «Die Theorie des historischen Materialismus über dem antiken "Sklavenhalterstaat"...», *Saeculum*, XI (1960), p. 94, n. 36. Vogt, *op. cit.*, p. 184, miembro del comité editorial de *Saeculum*, llamó al ensayo de Vittinghoff «una evaluación crítica de los problemas y objetivos de la erudición soviética».
134. F. Vittinghoff, «Die Bedeutung der Sklaven für den Übergang von der Antike ins abendländische Mittelalter», *Historische Zeitschrift*, CXCII (1961), pp. 265-272.

ni de la esclavitud».[135] En el cuadro del Congreso de Estocolmo de 1960, la machaconería, la presentación absolutamente negativa y la insistencia en limitar el marxismo a los autores soviéticos parecen, tomados en conjunto, constituir un acto político deliberado.

He seleccionado intencionalmente una manifestación extrema dentro de una situación político-cultural que era en realidad polifacética y quiero pedir paciencia mientras me extiendo un poco más. En 1963 Vogt encargó una monografía sobre esclavitud y tecnología en el Imperio romano. Cuando el libro, que lo escribió Franz Kiechle, apareció en la serie Mainz en 1969, la primera frase, en modo alguno clara, era: «La consideración de los métodos de producción tuvo importancia básica en la concepción marxista de la historia desde el comienzo».[136] La penúltima frase, 176 páginas después, rechazaba una afirmación de Edward Thompson (identificado como «el historiador inglés influido por la concepción marxista de la historia») sobre la base de que «las estructuras sociales del siglo IV de n. e. y del período que comprende el paso de la Edad Media a la Moderna no fueron en absoluto radicalmente diferentes». El volumen contiene mucha información factual sobre tecnología en el Imperio romano. Sin embargo, me interesa sólo destacar aquí que se concibió y escribió como un inexorable ataque al marxismo. Kiechle comienza por afirmar de manera tendenciosamente incorrecta que «la opinión de que el empleo del trabajo esclavo fue un impedimento para el progreso técnico se debe a Karl Marx».[137] Y sostiene a lo largo de todo el libro la suposición igualmente incorrecta de que sólo los marxistas han sostenido tal opinión, hipótesis que sólo puede mantener mediante una selectividad implacable en la cita de autoridades modernas.[138]

135. M. I. Finley, «Was Greek Civilization Based on Slave Labour?», *Historia*, VIII (1959), p. 161.
136. F. Kiechle, *Sklavenarbeit und technischer Fortschritt im römischen Reich*, Wiesbaden, 1969, p. 1.
137. He citado la primera frase de «Technical Progress in the Main Period of Ancient Slavery», de Kiechle, en los *Proceedings* de la 4.ª Conferencia Internacional de Historia Económica, Bloomington, 1968 (París y La Haya, 1973), pp. 335-346, que es, por cierto, más violento que la relativa frase del libro.

Mientras tanto, Kiechle había sugerido a un discípulo, Wilhelm Backhaus, que se ocupara de la disertación sobre Marx, Engels y la esclavitud. Ésta se entregó en 1971 y se publicó como libro en 1974 (no en la serie Mainz). El lector vuelve a llevarse una sorpresa: la primera cita de la primera página del texto propiamente dicho es de Stalin, no de Marx ni Engels, y por todo lo largo y ancho el «marxismo» posterior compite en importancia con Marx y Engels, considerando equivalentes «marxismo» y autores de la Europa del Este. En el prefacio se da fe del principio metodológico más notable que he encontrado en la historia de las ideas. «En lo que sigue el autor considera "marxistas" a todos los autores que se arrogan este calificativo. Hacer diferencias terminológicas en este sentido no es de su competencia y tampoco tarea suya».[139] La abdicación de la responsabilidad intelectual no termina aquí. Mientras Backhaus terminaba su obra, en Occidente aparecían escritos marxistas sobre la Antigüedad a ritmo acelerado y cualquiera que esté al tanto de los mismos sabrá cuánto había en ellos de sincero tanteo, provisionalidad y recíproca polémica. Hoy, la cantidad de esta literatura casi supera la capacidad de un solo historiador. Backhaus resuelve la dificultad haciendo caso omiso de todos: no hay en su bibliografía ni una sola obra marxista sobre esclavitud antigua escrita en inglés, francés o italiano (aparte de los textos de Marx, Engels y Ciccotti). El cuadro monolítico que bosqueja, por tanto, aparte de otros defectos, es una caricatura de la situación actual del pensamiento marxista, a la que el juicio de Mandrou sobre el artículo de 1960 de Vittinghoff se ajusta con igual contundencia y que es igualmente un acto político.[140]

La costumbre de servirse del mundo antiguo como plataforma

138. Véase más abajo, cap. 4, notas 41 y 46.
139. W. Backhaus, *Marx, Engels und die Sklaverei*, Düsseldorf, 1974, páginas 8-9.
140. Pese a lo dicho, A. Mehl, «Die antike Sklavenhaltergesellschaft und der Begriff der Volksmassen in neuerer marxistischen Literatur zur Alten Geschichte», *Gymnasium*, n.º 84 (1977), pp. 444-466, no es más que Vittinghoff *redivivus*.

de polémicas políticas más enjundiosas no es, naturalmente, monopolio de ninguna facción o escuela. Pero no seguiré con este repaso de las tendencias actuales. Mi objetivo no es proporcionar una lista bibliográfica completa. Las omisiones, que han sido considerables en lo que afecta al período que se abre tras la primera guerra mundial, nada significan en cuanto a la mayor o menor importancia de un historiador o una publicación particular. A fin de cuentas nada he dicho de mis propias investigaciones en este campo y muy poco de mis criterios relativos a la esclavitud antigua. Antes bien, he querido mostrar la extensión y profundidad del significado ideológico inherente a la investigación moderna de la esclavitud antigua, mediante la compulsa de ejemplos importantes de obras académicas de relieve en que, en mi opinión, los impulsos ideológicos son más fuertes, aunque raramente reconocidos como tales en los círculos académicos (en contraste con la literatura marxista, que se critica automáticamente a causa de su «tendencia»). Backhaus terminaba su libro sobre Marx y la esclavitud con estas palabras: es de lamentar que «prácticamente, los únicos historiadores que se esfuerzan por hacer un enfoque global de la esclavitud sean aquellos que siguen el camino señalado por Marx y Engels». De donde se deduce, y es curioso que esto lo diga él, que el antimarxismo no es de por sí un enfoque global. Estoy de acuerdo y he procurado demostrar lo poderosa que ha sido una ideología a pesar de todo. Pero no me propongo pedir que terminen las preocupaciones teóricas. En la investigación histórica, esto sólo puede conducir a la acumulación de datos dispersos, de material bruto para el historiador, no a la historia misma. La dificultosa distinción ha de hacerse entre teoría social apropiada e ideología política en sentido estricto.

Mi crítica de los enfoques moralistas tampoco implica el fin de los juicios morales. Vuelvo a la pregunta retórica que planteé al principio, a propósito de Wallon: ¿Qué importancia tenía para él que Atenas tuviera 100.000, 200.000 o 400.000 esclavos? ¿Se habría reducido el daño de haber sido sólo 100.000? No veo validez alguna en un sistema ético que se apoya en tales cuestiones para ser significativo, no más que en la creencia de Vogt de que la investigación minuciosa arrojará un día un cálculo moral con

que determinar si la esclavitud «fue un crecimiento provechoso o un cáncer maligno en el cuerpo político de la Antigüedad».[141] La esclavitud es un mal inmenso: no hay razón para que un historiador no lo diga y diga sólo, no importa con cuánto respaldo factual, que es una forma barata de apuntarse un tanto, a costa de una sociedad finiquitada, en beneficio de la nuestra: «la indignación retrospectiva es también una forma de justificar el presente».[142] Los enfoques morales de la actualidad han tomado un rumbo diferente. Parten de una elevada evaluación de la cultura antigua y luego intentan conformarse a su rasgo más problemático, la esclavitud. Quienquiera que se adhiera a la causa del neoclasicismo o del humanismo clásico tiene poco espacio para maniobrar, salvo allí donde opte por aniquilar la molestia de la esclavitud antigua, o, como en el caso de Vogt, allí donde intente «rescatar» el recuerdo del cristianismo.

Los demás debemos seguir otro camino y es a nosotros a quienes dirijo la pregunta, una vez más, de forma distinta: ¿por qué esforzarse por establecer el número de esclavos en la Atenas clásica? Responder, en el lenguaje de Wilamowitz y Eduard Schwartz, que queremos saberlo todo acerca del mundo clásico es insuficiente. Primero, esta respuesta presupone la valoración neoclásica; segundo, «saberlo todo» degenera con facilidad en coleccionar todas las mariposas conocidas (o sellos de correos, o cajas de cerillas). Ubicar la esclavitud en la sociedad antigua para comprender dicha sociedad es una empresa más difícil y más útil. Pero exige hacerse las preguntas adecuadas y el historiador debe hacérselas a sí mismo. Las fuentes antiguas no lo hacen con suficiencia satisfactoria y, cuando lo hacen, suelen incidir en temas inapropiados. Se hacen sus propias preguntas, no las nuestras. Aquí se encuentra el incorregible defecto del afamado «método filológico»: éste olvida la elemental verdad metodológica expuesta del siguiente modo por Darwin en 1861: «Hace unos treinta años se hablaba mucho de que los geólogos debían observar sólo y

141. Vogt, *op. cit.*, p. 185. No pasará por alto al lector atento que Vogt no es del todo coherente en estas afirmaciones programáticas.

142. P. Bourdieu, en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, n.º 17-18 (1977), p. 3.

no teorizar; y recuerdo muy bien que uno dijo que, así las cosas, un hombre podía también meterse en una cueva para contar las piedras y tomar nota de los colores. ¡Qué extraño que nadie comprendiera que toda observación ha de hacerse en favor o en contra de una opinión si quiere tener alguna utilidad!».[143] En lenguaje más formal, toda exposición factual «presupone conceptos cuyo significado viene dado por lo menos parcialmente por el contexto de la teoría».[144] Ni el filólogo ni el historiador constituyen excepción alguna.

Buckland advirtió que «apenas hay un problema» en el derecho romano «cuya solución no esté lastrada por el hecho de que una de las partes del trato sea un esclavo».[145] Esto es demasiado estricto. Yo debiera añadir que no hay acto o creencia o institución en la Antigüedad grecorromana que no esté lastrada de una u otra forma por la *posibilidad* de que cualquiera sea un esclavo. De donde se sigue que la esclavitud no puede abstraerse de su contexto. De donde se sigue, además, que mi respuesta a la pregunta formulada más arriba, si podemos esperar una «síntesis» cualitativamente mejor que la de «la historia de la esclavitud grecorromana» de Westermann, es ambivalente. Es indudable que puede haber otras más seguras, más completas en cuanto a conocimiento y dominio de las pruebas antiguas, más sistemática y coherentemente organizada. Pero el problema más profundo no tiene nada que ver con los detalles de Westermann, sino con su concepción de la sociedad antigua en particular y del proceso social en general. Todos los libros de este tenor, al igual que cualquier obra histórica sobre arte militar, religión o economía, de la Antigüedad o la modernidad, de Oriente u Occidente, implican, y sólo pueden explicitarlas de manera limitada, estas concepciones básicas. Vale la pena advertir qué parte tan considerable de los actuales debates sobre la esclavitud americana pasan de los desacuerdos acerca de los datos inmediatos y su interpretación a «otras» materias, al catolicismo y el protestantismo, al racismo, al absentismo, el mercado mundial del algodón, las limitaciones inherentes a la estructura federal del estado, etc. Los debates serios sobre la esclavitud antigua no son distintos cualitativamente, aunque las «otras» materias son diferentes y los datos disponibles son desesperantemente escasos. En última instancia, por consiguiente, una auténtica «síntesis» de la historia de la esclavitud antigua sólo puede ser una historia de la sociedad grecorromana.

143. *More Letters of Charles Darwin*, ed. F. Darwin y A. C. Seward, 2 vols., Londres, 1903, I, p. 195.
144. M. Hesse, «Theory and Value in the Social Sciences», en C. Hookway y P. Pettit, eds., *Action and Interpretation*, Cambridge, 1978, páginas 1-16, en p. 2.
145. W. W. Buckland, *The Roman Law of Slavery*, Cambridge, 1908, página v.

Capítulo 2

APARICIÓN DE UNA SOCIEDAD ESCLAVISTA

Fustel de Coulanges comenzaba su notable estudio del colonato romano de la siguiente manera: «El colonato es una de las más obscuras instituciones del Imperio romano ... La esclavitud es más fácil de explicar». Se equivocaba en lo segundo. Sin duda, tal y como decía a continuación, la esclavitud «fue un hecho primordial, contemporáneo del origen de la sociedad; tenía sus raíces en una época de la especie humana en que todas las desigualdades tenían su *raison d'être*».[1] Pero los griegos y los romanos, independientemente, hasta donde alcanzamos, transformaron este «hecho primordial» en algo nuevo y totalmente original en la historia del mundo (y en algo bien extraño durante toda la historia), a saber, un sistema institucionalizado de utilización a gran escala de trabajo esclavizado tanto en el campo como en las ciudades; en términos marxistas, «el modo de producción esclavista fue el invento decisivo del mundo grecorromano».[2] Este invento no es «fácil de explicar».

Hemos de empezar por una distinción tajante, aunque básica y obviamente tópica, entre el trabajo para sí y el trabajo para otros. Este «para sí» no ha de entenderse en un estricto sentido individualista, sino abarcando la familia, nuclear o global, según fuere

1. N. M. Fustel de Coulanges, «Le colonat romain», en *Recherches sur quelques problèmes d'histoire*, París, 1885, p. 3.
2. Anderson, *Passages from Antiquity to Feudalism*, Londres, 1974, página 21.

el caso en una sociedad concreta. Es decir, el trabajo de las mujeres y los niños dentro de la familia, sin que importe lo autoritario y patriarcal de su estructura, no entra en la categoría de trabajo para otros (aunque sé que al decir esto estoy afrontando objeciones planteadas desde diversas posturas). Tampoco se trata de la actividad cooperativa interfamiliar, como en épocas de cosecha. El «trabajo para otros» implica no sólo que «otros» se hacen con parte de los resultados, sino también que éstos suelen regir, de manera directa, el trabajo que se hace y la forma de hacerlo, bien en persona, bien mediante agentes y administradores. Ni el campesino independiente ni el agricultor arrendatario satisfacen por lo general la segunda de estas condiciones, aunque pagan impuestos o rentas, o ambas cosas, y pueden quedar obligados de manera diversa en virtud de la legislación pública. Caigo nuevamente en un lugar común, pero he de insistir en ello al principio porque gran parte de las polémicas del siglo pasado sobre la esclavitud antigua están llenas de defectos a la hora de establecer una diferenciación tan elemental.

La necesidad de movilizar fuerza de trabajo para llevar a cabo empresas que superan la capacidad del individuo o la familia se remonta a la prehistoria. Tal necesidad estuvo presente siempre que una sociedad alcanzaba una etapa de acumulación suficiente de recursos y poder en unas cuantas manos (ya fuera el rey, el templo, la tribu dominante o la aristocracia). Y la fuerza de trabajo necesaria se obtenía por la fuerza —por la fuerza de las armas o por la fuerza de la ley y la costumbre, generalmente por ambas de consuno— para toda clase de finalidad (o interés) no susceptible de cooperación sincera: en la agricultura, la minería, las obras públicas o la manufactura bélica. El trabajo obligatorio adopta una considerable variedad de formas, tanto en la actualidad como en el pasado:[3] esclavitud por deudas, clientela, peonaje, ilotaje, servidumbre, esclavitud mueble, etc. Pero sea cual fuere la forma, la obligación es radicalmente distinta de la que hay tras el trabajo contratado, que implica la abstracción conceptual de la fuerza de

3. Sobre las variaciones modernas, véase los trece casos estudiados por W. Kloosterboer, *Involuntary Labour after the Abolition of Slavery*, Leiden, 1960.

trabajo de un hombre del hombre mismo. El asalariado también renuncia a cierta independencia cuando acepta un trabajo, pero dicha pérdida no puede compararse con la sufrida por esclavos y siervos.

En las primeras sociedades, el trabajo libre asalariado (aunque muy documentado) era intermitente, accidental, episódico. Es significativo que ni en griego ni en latín hubiera una palabra con que expresar la idea general de «trabajo» o el concepto de trabajo «como función social general».[4] Sólo con el desarrollo del capitalismo apareció el trabajo asalariado como la forma característica del trabajo para otros. La *fuerza de trabajo* se convirtió así en una de las principales mercancías del mercado. En la esclavitud, por el contrario, la mercancía es el *trabajador mismo.* El esclavo es en este sentido único entre los tipos de trabajo, a pesar de coincidir en parte, por ejemplo, con las formas más opresivas de la servidumbre o con los trabajos forzados.[5] El esclavo y el asalariado libre se sitúan por tanto en los extremos del trabajo para otros, aunque históricamente la oposición fundamental se da más bien entre los esclavos y otros tipos de trabajo obligatorio. En tanto que sistemas institucionalizados de organizar el trabajo, otras clases de trabajo involuntario precedieron a la esclavitud mueble y todas ellas se dieron antes (para luego coexistir con él) del trabajo libre asalariado. Para comprender la esclavitud antigua, por consiguiente, es necesario hacer una consideración preliminar a propósito de los sistemas laborales en cuyo seno apareció y fue desplazándose ampliamente en zonas claves del mundo clásico, aunque en modo alguno en todas.

Hay que reconocer de entrada que en la literatura histórica y sociológica actual la clasificación de los tipos de trabajo se encuentra en mala situación. Tras la clasificación defectuosa hay, por

4. Véase J.-P. Vernant, *Mythe et pensée chez les Grecs*, París, 1965, parte 4. [Hay trad. cast., Eudeba, Buenos Aires.] Cf. Y. Garlan, en Garnsey, ed., *Non-slave Labour in Gracco-Roman Antiquity*, 1980, sobre la aparición relativamente tardía tanto del trabajo asalariado como del propietario-campesino libre en la historia de Grecia.
5. Por ahora enfoco al esclavo como tipo ideal. Más abajo veremos las diferencias que había en realidad en el seno de la población esclava.

supuesto, una teoría defectuosa o, por lo menos, una conceptualización impropia. Hace apenas unos años se quejaba Meillassoux diciendo que «en el estado actual de la investigación no hay de hecho ninguna teoría general que nos permita identificar la esclavitud o las bases objetivas de su aparición (*existence eventuelle*) ... No se ha confeccionado ningún criterio formal que nos permita hacer una distinción categórica entre los esclavos y todos los demás componente».[6] En un extremo, las distinciones marginales se han remachado con tanta insistencia que todas las instituciones se han reducido a una infinidad de instancias particulares, invalidando cualquier posibilidad de análisis o entendimiento. Lauffer nos aseguraba así en el Congreso Histórico de Estocolmo que no debemos traducir el griego *doulos* o el latín *servus* por «esclavo», porque esta última palabra recuerda demasiado a la esclavitud negra moderna, mientras que «el "esclavo" antiguo es de un tipo social totalmente distinto» (aunque no nos dijo por qué).[7] En el extremo opuesto, hay cierta tendencia a crear un «*mélange* suprahistórico» que «desafía todos los principios científicos».[8] Una variante, común entre los antropólogos angloamericanos, funciona de esta suerte (y en modo alguno limitada a la esclavitud). Primero, todo un tropel, por así decir, de condiciones sociales africanas y términos relativos a ellas se han traducido por «esclavos»; segundo, se ha observado que en determinadas coyunturas fundamentales los llamados esclavos son tremendamente desemejantes de los esclavos de la Antigüedad clásica o de las Américas; tercero, en vez de replantearse el término «esclavo», los antropólogos en cuestión protestan por el «etnocentrismo» de los historiadores y sociólogos «occidentales» y exigen que los últimos redefinan y reclasifiquen a los esclavos para dejar un hueco a sus propios pseudoesclavos.[9]

6. Meillassoux, *L'esclavage en Afrique précoloniale*, París, 1975, p. 20.
7. Lauffer, «Die Sklaverei in der griechisch-römischen Welt», *Rapports*, Uppsala, 1960, II, p. 81.
8. Anderson, *Lineages of the Absolute State*, Londres, 1974, p. 486.
9. Un ejemplo completo en S. Miers e I. Kopytoff, en la introducción a *Slavery in Africa: Historical and Anthropological Perspectives*, Madison, 1977, esp. pp. 5-6, 11 y 76-78. Para un enfoque correcto, véase J. Bazin, «Guerre et servitudes à Ségou», en Meillassoux, *op. cit.*, no compartido por

Domina una situación aún peor en relación con las otras formas de trabajo obligatorio que han aparecido a lo largo de la historia. Síntoma de nuestra terrible dificultad para comprender es que seamos incapaces siquiera de traducir los términos a los modernos idiomas occidentales: «ilota» no es una traducción, sino una adopción; «esclavo por deudas» es una expresión artificial; *pelatai, laoi* y, en los idiomas no latinos, *clientes* y *coloni*, ni siquiera se han adoptado, sino simplemente transcrito.

Cuando digo que no podemos traducir estos términos, no quiero decir que los historiadores no los traduzcan en todo momento cuando escriben sobre el mundo grecorromano y, más aún, sobre el Próximo Oriente antiguo. El magnetismo de la tradicional división tripartita del trabajo en esclavo-siervo-libre es al parecer irresistible. Los procedimientos varían. El más corriente es motejar de siervo a todo el que no es, evidencias por delante, ni esclavo ni hombre libre: los ilotas de Esparta, los *penestai* de Tesalia, los *laoi* del Asia Menor helénica y romana, así como los diversos individuos subordinados que componen el volumen de la población de Mesopotamia. El feudalismo exótico que tanto irritaba a Marc Bloch[10] ha proliferado considerablemente desde su momento para llegar a lo que se ha llamado «el callejón sin salida de un feudalismo cuasiuniversal».[11] Una escuela marxista actual ha tomado otro rumbo. En un reciente artículo con el nítido título de «Esclavos, ilotas y siervos en la temprana Antigüedad», el distinguido asiriólogo de Leningrado Diakonoff afirma que «no hay ninguna diferencia entre estos dos tipos de trabajadores (esclavos e ilotas-siervos) en cuanto a los puntos fundamentales, es decir: ambos fueron explotados por coerción extraeconómica y ambos fueron totalmente privados de la propiedad de los medios de producción». Por debajo de esta conclusión, factualmente incorrecta en parte, hay una desesperada acción de retaguardia destinada a

todos los colaboradores del volumen; P. Hill, «From Slavery to Freedom: The Case of Farm-Slavery in Nigerian Hausaland», *Comparative Studies in Society and History*, 18 (1976), pp. 395-426.

10. M. Bloch, *The Historians Craft*, trad. P. Putnam, Manchester, 1954, páginas 175-176.

11. Anderson, *Lineages of the Absolute State*, p. 484.

«salvar los fenómenos» del esquema unilineal engelsiano. «Todas las sociedades antiguas —dice Diakonoff—, lo mismo en Europa que en los demás continentes», pertenecen a «una formación socioeconómica tipológicamente idéntica» y comparten «un modo de producción común, típico de la Antigüedad».[12]

No es sorprendente que los intentos de clasificación, fructíferos o fallidos, dependan al cabo de consideraciones teóricas o ideológicas subyacentes. Mientras que Lauffer defiende la evaluación humanista de la sociedad clásica insistiendo en la unicidad del esclavo antiguo como tipo social, Diakonoff y su escuela defienden su versión del marxismo creando un «cómodo *mélange* suprahistórico que desafía todos los principios científicos de clasificación». En efecto, el segundo cae en una tautología: el esclavo es un instrumento en el modo de producción esclavista. Sin embargo, por citar otra vez a Meillassoux, «a decir verdad, no es tan evidente que la esclavitud sea sólo una relación de producción».[13] Que haya o no que demostrarlo no es una premisa axiomática. Un hecho es por lo menos indiscutible: que la esclavitud mueble existió como institución de primer orden en formaciones sociales tan diferentes como el Imperio romano y la América del siglo XIX.

Salta a la vista que todas las formas de trabajo involuntario pueden clasificarse formalmente en una categoría única. Pero ¿es una clasificación útil? ¿Agotan los «puntos fundamentales» la

12. Diakonoff, «Slaves, helots and serfs in early Antiquity», *Acta Antiqua*, XII (1974), pp. 63, 64 y 78 respectivamente; cf. A. Jähne, «Zwei Tendenzen gesellschaftlicher Entwicklung im Hellenismus», *Klio*, 60 (1978), páginas 137-150, en p. 140, y la réplica de H. Kreissig, pp. 217-219. Diakonoff, cuyas páginas sobre Grecia y Roma revelan un conocimiento inapropiado, mantiene sorprendentemente la ecuación marxismo=sovietismo. Su empleo del concepto «formación social» es significativamente distinto del de Anderson, *Passages from Antiquity to Feudalism*, p. 22, n. 6, y su concepción básica fue demolida anticipadamente, por ejemplo, por Hahn, en «Die Anfänge der antiken Gesellschaftsformation in Griechenland und das Problem der sogenannten asiatischen Produktionsweise», en *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte*, II (1971), y antes aún por K. Zelin, «Principes de classification morphologique des formes de dépendance», en Annequin, y otros, *Formes d'exploitation du travail et rapports sociaux dans l'antiquité classique, Recherches Internationales à la Lumière du Marxisme*, n.° 84, París, 1975, pp. 45-77, originalmente publicado en ruso, en *Vestnik Drevnei Istorii*, 2 (1967), pp. 7-30.

13. Meillassoux, *op. cit.*, p. 20.

obligación extraeconómica y la no propiedad de los medios de producción, como afirma Diakonoff? ¿Carecen de importancia las patentes diferencias entre las diversas clases de trabajo obligatorio? En mi sentir, unos cuantos ejemplos bastarán para ver lo inadecuado del sencillo esquema de Diakonoff como herramienta del análisis histórico.[14]

En primer lugar, apenas puede discutirse que los ilotas fueron «prisioneros colectivos», es decir, que fueron toda una población (o poblaciones) sometida a cautiverio, mientras que los siervos por deudas y los esclavos caían en cautiverio individualmente, uno por uno. Esta distinción vale incluso para los cientos de miles de prisioneros vendidos por Julio César o para los cargamentos de cautivos africanos que se transportaban a las Américas: su destino era individual, no colectivo. En segundo lugar, es igualmente cierto que todas las categorías de trabajo obligatorio distinta de la del esclavo mueble o personal poseían, en escala diferente, derechos limitados de propiedad y por lo general derechos mucho más amplios en la esfera de la legislación conyugal y familiar. Estos derechos eran *de iure*, en algunas sociedades, por lo menos, bien documentados en el «código» de Gortina (Creta), quizá sólo *de facto* en otras comunidades, aunque esta sugerencia sólo puede basarse en escasas pruebas. En cualquier caso había consecuencias significativas: los ilotas, los *clientes* y los demás se autorreproducían, a diferencia de las poblaciones de esclavos muebles, no precisando por tanto ningún empuje exterior para mantener la cantidad exigida; y los amos los vieron y temieron, con poderosos motivos, tan potencialmente rebeldes como un grupo, como una comunidad sometida, me atrevería a decir.[15] Los esclavos por deudas de la Atenas y la Roma arcaicas constituyen el ejemplo extremo (y pueden haber compuesto una clase dominada en otras comunidades primitivas de las que no tenemos noticia). Éstos podían liberarse *en bloc* y reintegrarse por tanto a la comunidad respectiva como miembros íntegros. Esto adquiría perfiles de lucha civil, de conflicto dentro de la comunidad, no de revuelta de esclavos: el objetivo de éstos era emanciparse como individuos, no incorporarse a la comunidad de los amos o transformar la estructura social. En este contexto, vale la pena observar que cuando los ilotas mesenios fueron liberados (nuevamente *en bloc*) por los tebanos tras la derrota de Esparta en Leuctra, en 371 a. de n. e., los griegos aceptaron inmediatamente a los mesenios, en términos generales, como una comunidad griega.

Se han puesto objeciones a mi acentuación de tales distinciones de tipos de trabajo obligatorio: todo el esquema no es, al parecer, más que una «abstracción jurídica» o una mera descripción de instituciones «sin ninguna investigación sobre su función».[16] Cierto: ninguna clasificación o taxonomía, sin que importe su detallismo, es un informe suficiente sobre la naturaleza de una sociedad dada y sus transformaciones. Sólo puede considerarse más o menos útil que las clasificaciones rivales en tanto que herramienta analítica de una investigación particular. La cuestión, en el contexto presente, es si tales distinciones, cuya existencia no puede negarse seriamente, contribuyen o no substancialmente a la comprensión de la aparición de una sociedad esclavista; en otras palabras, a la substitución de otras formas de trabajo obligatorio por la esclavitud mueble allí donde se diera. Según la vaga terminología de Diakonoff, ¿son o no son «puntos fundamentales»? No haré nada por responder al nivel de la gran teoría, en una polémica más o menos metafísica a propósito de la dinámica o la dialéctica de la historia.[17] Por el contrario, pa-

14. Véase Finley, «The Servile Statuses of Ancient Greece», en *Revue Internationale des Droits de l'Antiquité*, 3.ª serie, VII (1960); «Between Slavery and Freedom», en *Comparative Studies in Society and History*, VI (1964), y «La servitude pour dettes», en *Revue Historique de Droit Français et Étranger*, 4.ª serie, XLIII (1965), para una detallada exposición de lo que sigue, con la documentación imprescindible.

15. Ducat, «Aspects de l'hilotisme», en *Ancient History*, IX (1978), ha negado todo esto en un extenso y malvado artículo, lleno de falsedades (especialmente sobre las opiniones ajenas) y omisiones. Así escribe, por ejemplo (p. 22), que los esclavos muebles y los ilotas se diferenciaban «sólo en que en lugar de pertenecer a un individuo los segundos pertenecían a una colectividad». Para llegar a esta conclusión pasa por alto la autorreproducción de los ilotas o las consecuencias de su derecho a una participación formalmente definida en la producción.

16. Ducat, *ibid.*, p. 23, y Annequin, *op. cit.*, p. 9, respectivamente.

17. Cf. «esas explicaciones que intentan reducir la teoría social marxista a tres factores omnipresentes (individuo, comunidad, medios de pro

saré inmediatamente a un análisis más detallado del esclavo y la esclavitud.

En tanto que mercancía, el esclavo es una propiedad. Al menos desde la obra de Westermarck de comienzos del presente siglo, ciertos sociólogos e historiadores han querido negar insistentemente el significado de este hecho tan sencillo sobre la base de que el esclavo es también un ser humano o de que los derechos del propietario sobre el mismo estaban a menudo limitados por la ley.[18] Todo esto me parece inútil: que el esclavo sea un ser humano no tiene ninguna incidencia en la cuestión de si es o no una propiedad; revela sencillamente que es una propiedad singular, la «propiedad con alma» de Aristóteles (*Política*, 1253 *b* 32). A su vez, la antigua palabra latina *erus* también implica la singularidad de la posesión de un esclavo. Definida por el *Oxford Latin Dictionary* como «un hombre respecto de sus criados, amo», *erus* [o *herus*, *n. del t.*] era palabra utilizada con regularidad y frecuencia por los esclavos de las comedias de Plauto e incluso de Terencio, con preferencia a *dominus*. Los poetas posteriores siguieron utilizándola como arcaísmo ocasional, pero extendieron su significado hasta comprender también al propietario de un animal u otra propiedad, sacrificando de esta suerte la implicación original de que la relación amo-esclavo era extraña, ciertamente única, entre las relaciones de propiedad.[19]

Las limitaciones jurídicas de los derechos del propietario de esclavos son también una cuestión secundaria: en las teorías sociológicas y jurídicas de cualquier escuela, toda propiedad se entiende como matriz de derechos, raramente limitados, si alguna vez lo están. Los derechos concretos que constituyen la matriz varían según las clases de propiedad y de sociedad. La propiedad,

ducción), no son, en mi sentir, otra cosa que fatales simplificaciones, rayanas casi en el misticismo numérico de la Cábala»: G. Komoróczy, «Landed Property in Ancient Mesopotamia and the Theory of the So-called Asiatic Mode of Production», *Oikumene*, 2 (1978), pp. 9-26, en p. 10, n. 3.

18. Véase Patterson, «The Study of Slavery», en *Annual Review of Sociology*, III (1977), pp. 431-432.

19. Véase Capogrossi, «Il campo semantico della schiavitù nella cultura latina del terzo e secondo secolo a. C.», en *Studi Storici*, XVIII (1978), páginas 716-733.

en otras palabras, es una categoría histórica, lo que no es sino un nuevo lugar común al que lamento tener que recurrir para despejar las confusiones que todavía dominan en la materia. Cuando los jurisconsultos romanos definían al esclavo como persona que estaba bajo el *dominium* de otra, se servían del término quintaesencialmente posesivo *dominium*.[20] No les disuadía la cualidad humana del esclavo (ni siquiera cuando utilizaban la palabra *homo* para referirse a un esclavo, como hacían con frecuencia).[21] Tampoco a los millones de propietarios de esclavos que los compraban y los vendían, les hacían trabajar en exceso, les castigaban y torturaban, y a veces los mataban, ni más ni menos que como han venido haciendo los millones de propietarios de caballos a lo largo de la historia. Hubo también millones que no ejercieron sus derechos al máximo en este sentido: lo que es interesante, incluso importante, pero no subvierte conceptualmente la relación esclavo-propiedad.

Que un propietario de esclavos no ejerciera todos sus derechos sobre su propiedad esclava era siempre un acto unilateral de su parte, nunca obligatorio, siempre revocable. Se trata de un hecho crítico. Y lo mismo su reverso, la igualmente unilateral y siempre revocable concesión, de parte de un propietario, de un privilegio concreto o un gesto de benevolencia. En cuanto a promesas, un esclavo de Plauto expone sucintamente su validez: ningún amo puede llevarse a los tribunales basándose en la promesa hecha a un esclavo (*El persa*, 193-194). Incluso la manumisión podía, y sucedía con frecuencia, calificarse de muchas maneras. No apreciar el sentido fundamental de esta unilateralidad —como cuando Eduard Meyer comparó las oportunidades de los esclavos antiguos con las de los asalariados modernos en punto a obten-

20. *Digesto*, 1, 5, 4, 1; para otros textos, véase Buckland, *The Roman Law of Slavery*, Cambridge, 1908, cap. 2. Cf. la definición del artículo I de la Convención sobre la Esclavitud de la Sociedad de Naciones (1926): «La esclavitud es la situación o condición de una persona sobre la que se ejercen parte o todos los poderes inherentes a los derechos de propiedad» (citado de C. W. W. Greenidge, *Slavery*, Londres, 1958, p. 224).

21. Capogrossi, *op. cit.*, pp. 725-726. Cf. la inclusión de los prisioneros esclavizados en el «diezmo» de los botines de guerra dedicado a un dios: Bömer, *Untersuchungen über die Religion der Sklaven in Griechenland und Rom*, en *Abh. Mainz*, 1957-1963, III, pp. 252-255.

ción de riqueza y posición social— [22] aniquila la posibilidad de establecer y comprender la naturaleza y la historia de la esclavitud dentro de una sociedad dada.

Paradójicamente, era precisamente esta cualidad del esclavo, en tanto que propiedad, lo que permitía a la clase propietaria una flexibilidad (a la que volveré en seguida) que no daba en otras formas de trabajo obligatorio. Por este motivo insisto en lo que es una categoría jurídica y por tanto, por sí misma, «definición» insuficiente del esclavo. Cómo trataban los propietarios particulares a su propiedad particular no era, por lo general, asunto de mero antojo o diferencias de personalidad. Los propietarios daban con frecuencia a los esclavos el incentivo de la manumisión final en virtud de diversos acuerdos que automáticamente ponía en movimiento una red de comportamientos y esperanzas que también afectaban al amo. Aunque por ley y de hecho éste siempre podía revocar la oferta, los beneficios materiales derivados de la esclavitud se habrían reducido considerablemente si tales acuerdos no hubieran sido una norma respetada.

Los derechos del propietario sobre el esclavo eran absolutos en más de un sentido. El esclavo, por el hecho de ser un esclavo, no sólo sufría «la pérdida total de dominio sobre su trabajo»,[23] sino la pérdida total de gobierno sobre su persona y su personalidad: la unicidad de la esclavitud, repito, se encuentra en el hecho de que el trabajador era una mercancía y no sólo su trabajo o su fuerza de trabajo. Además, su absoluta carencia de gobierno se extendía hasta el infinito temporal, hasta sus hijos y los hijos de sus hijos, a menos, una vez más, que el propietario, por un acto unilateral, rompiera la cadena en virtud de la manumisión incondicional. Aun así, sólo los hijos nacidos después eran beneficiarios, no los que ya vivían en el momento de la manumisión. A decir verdad hay bastantes pruebas de que era raro se concediese la manumisión hasta que el esclavo tuviera descendencia

22. Meyer, *Die Sklaverei im Altertum*, 1898, p. 211.
23. Patterson, «The Study of Slavery», en *Annual Review of Sociology*, III (1977), p. 431. Presenta como «definición operativa» de la esclavitud «aquella institución en que hay una alienación institucionalizada de los derechos de trabajo y parentesco».

que le (o la) reemplazase en el servicio, aunque no hay modo de determinar la frecuencia de esta práctica o si estaba limitada a ciertas categorías de esclavos, como los del servicio imperial romano.

Este absolutismo de los derechos del propietario lo facilitaba el hecho de que el esclavo era siempre un foráneo desarraigado: un foráneo, primero, en el sentido de que procedía de fuera de la sociedad en que se introducía como esclavo, segundo en el sentido de que se le negaban los más elementales vínculos sociales, la parentela. «*Quem patrem, qui servos est?*»: «¿Qué padre, si es un esclavo?» (Plauto, *Los cautivos*, 574). El contraste con los ilotas espartanos, los *penestai* tesalios o los *clientes* de la Roma arcaica permite una diáfana perfilación, como ya se ha sugerido: la clase de los amos nunca necesitó o intentó completar desde fuera el contingente de trabajo subordinado de esta clase. Al acentuar el desarraigo de los esclavos, miro menos por la situación jurídica, sobre todo su exclusión del matrimonio legalmente reconocido (y de aquí la insistencia romana en la palabra *contubernium*), que por la situación *de facto*. Había enlaces esclavos y familias esclavas, sin lugar a dudas, pero éstos estaban entre los privilegios que concedía unilateralmente el propietario y que unilateralmente negaba. La misma posibilidad podía soslayarse por completo mediante la castración. Como dijo el poeta Estacio en elogio de la (inefectiva) prohibición de dicha práctica por Domiciano, «ni con una ley dura temen las esclavas la carga de los hijos» (*Silvas*, 3, 4, 76-77).

La total y tajante negación del privilegio de parentela adoptaba también la forma de dispersión familiar mediante la venta. En 325 de n. e. Constantino ordenó a un funcionario que interrumpiese la desmembración de las familias esclavas en las propiedades imperiales de Cerdeña que habían pasado a ser propiedad privada (*Código teodosiano*, 2, 25, 1), acto que constituyó, casi con toda seguridad, la primera injerencia gubernamental en la práctica.[24] Un poco antes los jurisconsultos habían decretado

24. Sigo en esencia el análisis de este texto y de su afín *Código justinianeo*, 3, 38, 11, que aparece en Puglisi, «Servi, coloni, veterani e la terra in alcuni testi di Constantino», *Labeo*, XXIII (1977), pp. 305-317.

que en caso de intestado o en las situaciones en que no se hubiera explicitado lo contrario, las familias esclavas no se desmembrarían.[25] Esto refleja una tendencia humanitaria, sin duda, pero lo más importante es el acento intencional: la libertad del propietario en este sentido no iba a verse amenazada en fecha tan tardía como el siglo III.

Nunca sabremos hasta qué punto fue frecuente la práctica de desmembrar las «familias» esclavas en la Antigüedad. Por un lado, la presencia de cantidades importantes de niños esclavos puede tenerse en cuenta a la hora de argüir que los enlaces esclavos gozaron de una permanencia relativa. Por el otro, es muy sugerente un buen cúmulo de pruebas en sentido contrario. Hoy en día poseemos sesenta y tantos documentos originales (casi todos de Egipto) que dan cuenta de la venta privada de esclavos y en ninguno de los casos aparece un solo varón vendido junto con la mujer o los hijos. Además, un estudio de los veintinueve papiros que registran el sexo y la edad de las esclavas vendidas en el Egipto sometido al Imperio romano pone de manifiesto sólo dos casos en que la madre fue vendida junto con el hijo o los hijos.[26] Once de las jóvenes de la lista tenían menos de diecisiete años y siete menos de trece. Una de catorce ya había sido vendida tres veces anteriormente. A menos que se esté dispuesto a creer que todas las jóvenes eran huérfanas y todas las adultas o solteras o viudas y sin hijos, incluso una documentación tan limitada tiene importantes consecuencias. A modo de indicación, citaré un reciente estudio norteamericano en que se calculaba que incluso sobre la baja estimación de que sólo un 1,92 por 100 de la población esclava de los estados sureños fuera vendida en un año dado, el resultado estadístico arrojaba que cualquier esclavo tenía prácticamente un 50 por 100 de «probabilidades de ser vendido por lo menos una vez cada 35 años» y que por término medio «presenciaría 11,4 ventas de miembros de su familia de origen y de su propia familia inmediata». Después de tener en

25. Véase Buckland, *op. cit.*, pp. 77-78.
26. K. R. Bradley, «The Age at Time of Sale of Female Slaves», *Arethusa*, 11 (1978), pp. 243-252; cf. Hopkins, *Conquerors and Slaves*, Cambridge, 1978, pp. 164-166, sobre las manumisiones délficas.

cuenta todas las variables individuales, locales y temporales, los autores concluyen correctamente que «la amenaza de la venta era lo bastante grande para afectar a la vida de todos los esclavos».[27]

Los tres elementos de la esclavitud —el estatuto de propiedad del esclavo, lo absoluto del gobierno sobre éste y su desarraigo— favorecían *a priori* y poderosamente al propietario en relación con otras formas de trabajo involuntario: disponía de mayor control y flexibilidad en el empleo de la fuerza de trabajo y mucha mayor libertad para determinar el trabajo forzoso.[28] En consecuencia, en el interior de la población esclava se creó una jerarquía. Basta pensar en las siguientes coetaneidades: los esclavos de las minas españolas de oro y plata o las cuerdas de presos de las propiedades italianas, los esclavos del funcionariado imperial, los supervisores y administradores esclavos de la tierra, los esclavos urbanos que dirigían sus propios establecimientos comerciales y manufactureros en Roma y demás ciudades de Italia gracias al *peculium* (sobre el que volveremos). En otras palabras, los esclavos eran un tipo dentro de una más amplia clase de trabajadores involuntarios, a su vez susceptibles de dividirse en subtipos. Situados de manera distinta, los esclavos eran una clase lógica y jurídica, pero no, en el sentido normal del término, una clase social.[29]

Sin embargo, a pesar de todas las ventajas (o aparentes ventajas), la esclavitud fue una forma tardía y relativamente infrecuente de trabajo involuntario, en la historia del mundo en general y en la historia antigua en particular. Las ventajas y los inconvenientes no son esencias, sino cualidades históricas que aparecen y desaparecen en condiciones socioeconómicas cambiantes. El punto crítico del fomento y decadencia de la esclavitud antigua ha de analizarse por tanto sólo mediante la investigación de las condiciones necesarias y suficientes. En otras palabras: ¿qué dio

27. David, y otros, *Reckoning with Slavery*, Nueva York, 1976, páginas 110-111.
28. Sobre la flexibilidad de la esclavitud norteamericana, véase Degler, páginas 8-10. «The Irony of American Slavery», en H. P. Owens, ed., *Perspectives and Irony of American Slavery*, Jackson (Miss.), 1976, pp. 8-10.
29. Vidal-Naquet, «Les esclaves grecs étaient-ils une classe?», *Raison Présente*, n.º 6 (1968), pp. 103-112.

lugar a la transformación del «hecho primordial» de los esclavos individuales en sociedades esclavas, y qué provocó a continuación la inversión de este proceso?

El proceso no sólo fue complejo, sino también desigual y en cierto sentido incompleto. El trabajo libre nunca fue eliminado, no sólo el episódico trabajo asalariado, sino también el trabajo capital de los campesinos y artesanos independientes. La coexistencia de mano de obra libre y esclava, por otro lado, fue algo más que una coincidencia de tiempo y lugar; fue a menudo una simbiosis, como en la agricultura itálica, donde el adecuado suministro de mano de obra libre temporera era condición necesaria tanto para el apropiado funcionamiento de los latifundios de esclavos como para la supervivencia económica del campesinado libre.[30] Esto es bastante sencillo, al contrario que la supervivencia de las formas no esclavas de trabajo involuntario. Plantean éstas la amplísima cuestión de la unidad que ya insinuamos implícitamente al hablar del mundo grecorromano, una cuestión que no puedo analizar salvo en el aspecto inmediatamente relevante para el tema de la mano de obra involuntaria.

Mientras las comunidades, cada una por su parte, fueron relativamente pequeñas y cerradas, abarcando un centro urbano y un traspaís rural en una estructura única, la *polis* en Grecia, parece que fue norma la no coexistencia de esclavitud y demás formas de trabajo obligatorio: en Atenas, los más bien misteriosos grupos conocidos por *pelatai* y *hektemoroi* fueron substituidos por esclavos (o campesinos libres), tras las reformas de Solón, a comienzos del siglo VI a. de n. e.; mientras que, por el contrario, la supervivencia de los ilotas hizo innecesarios a los esclavos entre los espartanos. Modelo que sólo puede aplicarse al mundo griego arcaico: la Grecia continental y las islas jónicas y del Egeo. En los demás lugares, la dispersión griega a partir del siglo VIII a. de n. e. en territorios ocupados por pueblos cuya estructura social estaba menos avanzada dio lugar a menudo a sistemas

30. Lo han acentuado P. Gransey y J. E. Skydsgarrd, en Garnsey, ed., *Non-slave Labour in Graeco-Roman Antiquity, Proceedings of the Cambridge Philological Society*, supl. 6, 1980.

mixtos: la mano de obra forzada y no esclava se difundió ampliamente en el campo, por ejemplo a orillas del Mar Negro, en zonas de Asia Menor y hasta quizá durante dos siglos en Siracusa; mientras que en las ciudades propiamente dichas (innovaciones griegas en estas zonas) se fomentó la esclavitud auténtica, aunque no creo que pueda decirse al respecto más que estas pocas palabras, consabidamente inconcretas. Apenas tenemos documentación sobre el tema, aunque, en líneas generales, las recientes investigaciones han venido a apoyar el cuadro que acabo de bosquejar brevemente.[31]

El ulterior establecimiento de estados territoriales mediante conquistas tuvo similares consecuencias respecto de la explotación. Los dirigentes grecomacedonios de las tierras orientales conquistadas por Alejandro dejaron el régimen de trabajo agrícola básicamente como estaba, lo que afectaba quizá el 80 o el 90 por 100 de la fuerza de trabajo total. ¿Por qué habrían tenido que proceder de otro modo? Pero la clase dirigente de las recién creadas *poleis* griegas, en su resuelto empeño por continuar con la antigua forma de vida, quiso mano de obra esclava y la obtuvo.[32]

Los romanos se condujeron del mismo modo que sus antecesores helénicos. En Sicilia, donde los *kyllyrioi* siracusanos habían desaparecido al parecer alrededor de comienzos del siglo IV a. de n. e. lo más tarde, la mano de obra esclava se convirtió en la única forma de trabajo involuntario y así se mantuvo después de la conquista romana. Casi lo mismo puede decirse de Italia, aunque admito la opinión de que en las zonas peninsulares con-

31. D. M. Pippidi, «Le problème de la main-d'oeuvre agricole dans les colonies grecques de la mer Noire», en M. I. Finley, ed., *Problèmes de la terre en Grèce ancienne*, París y La Haya, 1973, es hoy fundamental.

32. Véase H. Kreissig, *Wirtschaft und Gesellschaft im Seleukidenreich*, Berlín, 1978, parte II, con bibliografía; E. S. Golubkova, en T. V. Blavatskaya y otros, *Die Sklaverei in hellenistischen Staaten im 3-1. Jh. v. Chr.*, Wiesbaden, 1972. La opinión contraria ha sido sostenida por I. S. Svencickaya, sin afrontar las argumentaciones de la otra parte; más recientemente, «Some Problems of Agrarian Relations in the Province of Asia», *Eirene*, 15 (1977), pp. 27-54. Aunque no debería insistir demasiado en la cuestión, puede ser importante que Isócrates, en una carta a Filipo II (Epístolas, 3, 5), prefiera decir «ilotas» a «esclavos» al anticipar la suerte de los pueblos que serían conquistados en Asia.

quistadas al final los siervos por deudas fueron un elemento significativo y que en toda Italia los arrendatarios que contrajeron deudas quedaron de hecho sujetos a la tierra por la fuerza.[33] En los restantes lugares, salvo quizá las provincias del norte, el modelo común, hasta fines del Imperio, parece haber sido el de esclavitud urbana y mano de obra rural más dependiente que esclavizada, aunque sigue siendo necesaria más investigación, en particular para las Galias e Hispania.[34] Me parece conveniente repetir una vez más que los campesinos y artesanos libres independientes sobrevivieron a todos los cambios políticos, en grandes cantidades, y que nada de cuanto he dicho implica que no hubiera esclavos en el campo de las provincias. Los modelos no exigen homogeneidad.

En resumen, las sociedades esclavistas, en tanto que diferenciadas de las sociedades en que hubo esclavos, no tuvieron por qué darse en todas las zonas de lo que acabó siendo el Imperio romano. Lo que aceptamos como unidad política, y en cierto sentido como unidad cultural, no fue *ipso facto* una unidad económica o social. En el esquema conceptual de Wallerstein, fue un «imperio mundial», no un «sistema mundial»; una estructura en que diversos regímenes de trabajo y modos de producción coexistían y se vinculaban política antes que económicamente.[35] Un informe del desarrollo de la *esclavitud* grecorromana debe limitarse por consiguiente, al menos en principio, a las zonas centrales de Grecia, Italia y Sicilia, y no voy a hacer otra cosa.

33. Por siervos o esclavos por deudas me refiero a los *obaerati* (u *obaeraii*) de Varrón, *De re rustica*, 1, 17, 2, y los hombres sujetos por *nexum* que menciona Columela (1, 3, 12); sobre los inquilinos deudores, véase Finley, ed., *Studies in Roman Property*, Cambridge, 1976, pp. 112-117.

34. Compárese C. R. Whittaker, «Rural Labour in Three Provinces of Rome», en Garnsey, *op. cit.*, con A. Daubigney y F. Favory, «L'esclavage en Narbonnaise et Lyonnaise», en *Colloque* (1972), pp. 315-388. Sobre la España visigoda, véase más abajo, al comienzo del cap. 4.

35. I. Wallerstein, «A World-System Perspective on the Social Sciences», *British Journal of Sociology*, 27 (1976), pp. 343-352. Cf. Anderson, *Passages from Antiquity to Feudalism*, pp. 22: «El mundo antiguo en conjunto no estuvo nunca ni continua ni simultáneamente señalado por el predominio del trabajo esclavizado. Pero sus grandes épocas *clásicas* ... fueron aquellas en que la extensión de la esclavitud fue ingente y general, entre otros sistemas de trabajo».

Es ya una convención empezar el análisis por lo que he llamado repetidas veces el «juego numérico». No va a ser éste mi caso, tanto porque está claro desde hace tiempo que las pruebas no permiten la cuantificación exacta como porque la mayoría de los jugadores parte de la falsa hipótesis de que hay que ofrecer cifras astronómicas para justificar la etiqueta de «sociedad esclavista» o, por el contrario, que hay que eliminar como sea una sociedad esclavista mediante la descalificación de las cifras extremas. En 1860 los esclavos componían el 33 por 100 de la población de los estados meridionales de los Estados Unidos y un porcentaje ligeramente inferior alcanzaban en Cuba y Brasil.[36] Según cálculos conservadores —60.000 esclavos en Atenas a fines del siglo V a. de n. e., 2.000.000 en Italia a fines de la República—, los porcentajes comparables están al mismo nivel, alrededor de un 30 y 35 por 100 respectivamente. Esto es más que suficiente, especialmente porque todos los síntomas dicen que los propietarios de esclavos de la Antigüedad eran muy inferiores en el plano social y económico a los del Nuevo Mundo[37] y porque el porcentaje de esclavos se mantuvo en la Antigüedad durante un largo período de tiempo: mientras que toda la historia de la esclavitud de Estados Unidos no duró más que el período que va de Augusto a Septimio Severo.

Es igualmente imposible cuantificar la distribución de los esclavos entre los hombres libres. Sin embargo, unas cuantas cifras indiscutibles darán una idea de la concentración en el extremo superior. A principios del siglo IV a. de n. e., el padre de Demóstenes tenía dos grupos de esclavos, que hacían muebles, espadas y utensilios de cuchillería, unos 52 o 53 en total; en la generación anterior, el orador Lisias y su hermano heredaron más o menos el doble, que se dedicaba a fabricar escudos, el mayor establecimiento monoproductor que se conoce en toda la Antigüedad; la fuerza de trabajo esclava de las minas de plata atenienses durante

36. Véase la tabla en Hopkins, *Conquerors and Slaves*, Cambridge, 1978, p. 101; cf. Degler, «Starr on Slavery», *Journal of Economic History*, XIX (1959).

37. Véase M. H. Jameson, «Agriculture and Slavery in Classical Athens», en *Classical Journal*, LXXII (1977-1978).

la época clásica arrojaba a menudo números de cinco cifras; un prefecto de la ciudad de Roma durante el reinado de Nerón, Lucio Pedanio Segundo, tenía 400 esclavos en su domicilio urbano solamente; y aproximadamente en la misma época, la administración de los acueductos romanos contaba con una plantilla fija de 700 esclavos, incluyendo a los «arquitectos».[38]

He citado estas pocas y cuantiosas cifras, de todos admitidas, a modo de prólogo de la consideración general que estima que el lugar de los esclavos en una sociedad no está en relación con su número total, dada una cantidad lógicamente elevada, sino con su situación y esto en dos sentidos: primero, quiénes eran sus propietarios; segundo, qué papel jugaban en la economía, aunque no sólo en la economía. No había puestos de trabajo esclavos, salvo la minería como norma general y el servicio doméstico, este último definido como servicio en las mansiones que no eran las de la familia inmediata. Del mismo modo no había puestos de trabajo libres, salvo la jurisprudencia y la política (diferentes de la administración) y normalmente el ejército (aunque no la armada y excluyendo a los criados de los soldados). En la práctica, a pesar de que moralistas como Aristóteles y Cicerón habían valorado el trabajo, todas las demás ocupaciones las compartían los esclavos y los hombres libres, que a menudo trabajaban hombro con hombro en la misma faena. La observación de Jenofonte de que «los que pueden compran esclavos para tener compañeros de trabajo» (*Memorables*, 2, 3, 3) no es mero estilo sentencioso.[39] La proporción de esclavos y hombres libres en cualquier ocupación variaba mucho en el tiempo y el espacio: basta comparar a los respetados médicos griegos, libres por lo general, con sus colegas romanos e itálicos, esclavos las más de las veces y siempre de posición inferior. Tales distinciones son interesantes, aunque marginales. La situación de la esclavitud no puede evaluarse por los índices de empleo.

Matiz fundamental en la observación de Jenofonte es que los

38. Demóstenes, 27, 9-11; Lisias, 12, 19; Tácito, *Anales*, 14, 43; Frontino, 96-118, respectivamente.
39. Cf. Filócoro, 328 *f* 97, *apud* Macrobio, *Saturnales*, 1, 10, 22.

compañeros de trabajo eran el propietario con su esclavo o esclavos, no los esclavos con mano de obra libre asalariada. En todas las entidades griegas o romanas mayores que la unidad familiar, estuvieran en la ciudad o el campo, la fuerza de trabajo *constante* estaba compuesta por esclavos (o por otras clases de mano de obra involuntaria allí donde sobrevivía este régimen). Hago hincapié en la palabra «constante» porque, como ya he señalado, la mano de obra libre, episódica y temporariamente asalariada, era bastante frecuente, y ciertamente indispensable, en la agricultura y en actividades excepcionales como la construcción de templos. No pueden hacerse muchas generalizaciones sobre el mundo antiguo con tales evidencias, con tan pocas excepciones en la documentación.[40] El arrendamiento campesino, que a menudo se aduce como alternativa a la esclavitud agrícola, no era excepción a esta regla. Los arrendatarios no eran empleados: o alquilaban terrenos de tamaño familiar que cultivaban sin mano de obra adicional o tomaban en arriendo fincas mayores y empleaban esclavos por su cuenta. Ninguna de ambas formas rompía la normal estructura del trabajo de la tierra. Tampoco había un «nivel» esclavo de trabajo: en las entidades mayores, urbanas y rurales, los esclavos se hacían cargo de todas las faenas, desde las más bajas hasta las profesionales y administrativas.

Podemos ubicar a la esclavitud, por tanto, de manera clara y sencilla. Salvo una excepción que veremos en seguida, los hombres libres dominaban el laboreo de escala reducida, en gran medida agricultura de subsistencia, así como la pequeña producción mercantil y el pequeño comercio urbano; los esclavos dominaban, y prácticamente monopolizaban, la producción a gran escala tanto en el campo como en los sectores urbanos. De donde se sigue que los esclavos constituían el principal volumen de los ingresos inmediatos de la propiedad (esto es, los ingresos distintos de los que procedían de fuentes políticas, como las grandes sumas que se embolsaban los gobernadores y funcionarios provinciales o recaudadores de impuestos de la República romana, y distintos

40. La posibilidad de que cambiara esta situación en el bajo Imperio se estudiará en el cap. 4.

también de los ingresos secundarios que obtenían los ricos de los préstamos monetarios) de las élites, la económica, la social y la política.[41] La excepción a que he aludido es ante todo de procedimiento: la práctica, más corriente sin duda en Italia que en Grecia, por la que los esclavos enriquecían a sus amos trabajando como artesanos «independientes», tenderos y «hombres de negocios» —con lo que los romanos llamaban *peculium*— no era sino una variante que beneficiaba a la élite; en cierto sentido contribuía a la participación de los esclavos en la pequeña producción mercantil, con importantes consecuencias sociales, aunque económicamente no alteraba el lugar de la esclavitud como fuente básica de los ingresos de la élite. La manumisión, por último, no era a menudo sino una prolongación de la idea del *peculium*.

Naturalmente, me he referido sólo a las zonas «centrales» en que la esclavitud desplazaba a otras formas de trabajo involuntario. Tales eran las sociedades esclavistas de la Antigüedad grecorromana, y eran tales a causa del lugar que ocupaba la esclavitud en ellas. Con lo que ha llegado el momento de considerar cómo y por qué tuvo lugar el extraño fenómeno. El punto de partida convencional ha sido casi siempre el «natural» estado de guerra que se ha creído existía en los tiempos antiguos y en las sociedades sencillas entre tribus y pueblos diferentes. Ya en la Antigüedad y en los tiempos modernos desde los jurisconsultos internacionales de los siglos XVI y XVII, se ha venido repitiendo como una letanía que la esclavitud fue en primera instancia una mitigación de las costumbres bárbaras de la guerra. Este era el «hecho primordial» de Fustel.

Los historiadores de la Antigüedad dieron un paso más allá e insistieron en que la guerra y las conquistas fueron la condición necesaria de la creación de una sociedad esclavista. Tengo que hacer objeciones de cierta magnitud. La falacia procede de esa concepción de la historia romana que se siente tan aturdida por la inmensidad de las conquistas y aprisionamientos de los dos últimos siglos antes de nuestra era que no tiene ojos para el

41. No hago juicio alguno del ingreso relativo según las diversas fuentes; véase Finley, *The Ancient Economy*, Berkeley y Londres, 1973, cap. 2.

desarrollo de la esclavitud en Roma, inconfundible y considerablemente mayor.[42] Nadie negará el tremendo salto que se dio tras la segunda guerra púnica. Un salto semejante se dio en el curso de la historia americana, por motivos distintos, aunque esto no invalida la opinión de que los estados del Sur conformaban ya una sociedad esclavista en la primera mitad del siglo XVIII. Lo mismo ocurría en Roma antes del siglo III a. de n. e. Todas las nuevas instituciones de peso se desarrollan y propalan, pero este proceso es posterior a su introducción y no puede confundirse con ella.

Se sabe que los dos siglos anteriores al 200 a. de n. e. son tierra estéril para el estudiante de historia social y económica de Roma, pero todas las evidencias apuntan a una misma dirección. Tenemos noticia de que el primer impuesto sobre manumisiones se recaudó en 357 a. de n. e. (Livio, 7, 16, 7). En el último cuarto del mismo siglo hubo controversias sobre el voto de los libertos en las asambleas romanas (Livio, 9, 46, 10-14). En 296, durante la tercera guerra samnita, hubo levas entre los libertos (Livio, 10, 21, 4). En el curso de la misma guerra Tito Livio registra la esclavización de unos 40.000 prisioneros, cifra que tal vez no sea segura, pero tampoco completa.[43] En 262 se dio la primera de una larga serie de esclavitudes en masa durante las guerras púnicas, 25.000 después de la toma de Agrigento.[44] Nadie sugerirá seriamente que todos estos hombres, mujeres y niños se vendieron en Cartago o en la Grecia oriental antes que en Italia. Ni puede sostenerse que, ante el insólito e «inesperado» fenómeno de tantas decenas de miles de esclavos, los romanos, consciente o inconscientemente, adoptaron en el acto la costumbre

42. Esto es igualmente cierto, a pesar de las profundas diferencias en otros aspectos, para Meyer, *op. cit.*, y Hopkins, *op. cit.*, pp. 8-15 y 102-106; en contra, W. L. Westermann, *The Slave Systems of Greek and Roman Antiquity*, Filadelfia, 1955, p. 70; P. Ducrey, *Le traitement des prisonniers de la guerre dans la Grèce antique...*, París, 1968, pp. 74-75; y en contexto diferente, F. De Martino, «Intorno all'origine della schiavitù a Roma», *Labeo*, 20 (1974), pp. 163-193, en pp. 179-193.

43. Las pruebas en Volkmann, *Die Massenversklavungen der Einwohner eroberter Städte in der hellenistisch-römischen Zeit*, en *Akad. Mainz*, número 3 (1961), pp. 227-228.

44. Diodoro, 23, p. 1; Polibio, 1, 19, 15.

de utilizar la mano de obra esclava a escala considerable por vez primera.

Hay otro enfoque a mano. La tradición de los conflictos sociales desde la fundación de la República acentúa los continuos esfuerzos por limitar las propiedades agrícolas de la oligarquía y particularmente la cantidad de *ager publicus*, tierra conquistada, ocupada por individuos tanto para la labranza como el pastoreo. Basta mencionar las leyes *Liciniae Sextiae* de 367 a. de n. e. y las tres ocasiones, en la década del 290 en que se abrió proceso por extralimitar el máximo de tierras y ganado permitido.[45] Ni un solo detalle necesita corregirse —el máximo presuntamente establecido por las leyes licinias-sextias es un muy improbable duplicado de los 500 *iugera* de Tiberio Graco de 133 a. de n. e.—, pero haría falta un notable escepticismo para ignorar por completo la tradición. Nadie negará que había terratenientes romanos más ricos en los siglos IV y III, y que no eran agricultores al estilo del legendario Cincinato. ¿Quién trabajaba sus tierras? La opción oscila entre los clientes, hombres obligados por *nexum* (abolido, por lo menos formalmente, por la *Lex Poetelia Papiria* de 323 a. de n. e.) y la mano de obra asalariada, por un lado, y los esclavos por otro. La opción me parece fácil. En las fuentes, según advirtió Gelzer hace tiempo, «se insiste particularmente ... en que sólo los pudientes se beneficiaban con el sistema de la *occupatio*, ya que el empleo de mano de obra esclavizada les daba ventaja sobre los agricultores libres».[46]

¿Se inventaban las cosas los autores cuya obra late debajo de Tito Livio y otros escritores tardíos? No, sin duda, por lo menos en lo que toca al siglo III. Algunos historiadores han sacado bastantes conclusiones del hecho de que la palabra *vilicus* no aparezca antes del 200 a. de n. e. aproximadamente, y de que los arqueólogos no hayan encontrado lo que con holgado criterio

45. Las referencias son Livio, 7, 16, 7; 10, 13, 14; 10, 23, 13; 10, 47, 4. Véase G. Tabiletti, «Il *possesso* dell'*ager publicus* e le norme *de modo agrorum* sino ai Gracchi», *Athenaeum*, n. s., 26 (1948), pp. 173-235; 27 (1949), páginas 2-41.

46. M. Gelzer, *The Roman Nobility*, trad. R. Seager, Oxford, 1969, página 21. Las páginas 18-22 de Gelzer (la publicación original es de 1912) exponen las pruebas con claridad.

llaman villas, anteriores al siglo II.[47] No me convence este argumento del silencio. Durante la guerra contra Aníbal, uno de cada dos ciudadanos en edad militar fue movilizado con destino al ejército y la armada, lo que es inexplicable, ciertamente inconcebible, sin la presencia, por lo que afecta a la fuerza de trabajo, de un gran número de esclavos y de un sistema de trabajo esclavo bien organizado.[48] Había incluso suficientes esclavos por entonces para permitir *su* enrolamiento en cantidades importantes.[49]

Nada de esto niega la singular relevancia de las conquistas en la historia de la esclavitud romana. Su papel esencial, sin embargo, radicó en la creación de bases para las grandes propiedades, con todas las consecuencias que se derivaron para la sociedad romana y por consiguiente para la «estructura» de la esclavitud de Roma. La «teoría de las conquistas» sirve pues para explicar el carácter específico de la sociedad esclavista romana, no su aparición. El cotejo de las pruebas revela que una condición necesaria para el apropiado suministro de esclavos no es la conquista, sino la existencia, fuera de la sociedad en cuestión, de una «reserva» de mano de obra esclava en potencia, a la que la sociedad pueda recurrir sistemáticamente y, como ya se ha dicho de manera palmaria, «sobre una base (jurídica y cultural) institucionalmente convenida».[50] ¿Hace falta recordar que ni los americanos ni sus traficantes portugueses y luego ingleses hicieron la guerra en África (con la posible excepción de los portugueses en Angola) para echar mano de dicha reserva? Tampoco los griegos antiguos combatieron sistemáticamente con sus fuentes más importantes, los «bárbaros» del este y el noreste. Ni Quíos ni Corinto, dos de las ciudades-estado destacadas por los autores griegos como centros de esclavos, fueron estados conquistadores o

47. Por ejemplo, E. Maroti, «The Vilicus and the Villa-System in Ancient Italy», *Oikumene*, 1 (1976), pp. 109-124.

48. P. A. Brunt, *Social Conflicts in the Roman Republic*, Londres, 1971, páginas 18-19.

49. El testimonio lo recoge J. M. Libourel, «Galley Slaves in the Second Punic War», *Classical Philology*, 68 (1973), pp. 116-119.

50. Hahn, art. cit., p. 35, y Mintz, «The so-called World System: Local Initiative and Local Response», *Dialectical Anthropology*, II (1977), p. 257, respectivamente.

imperialistas. Que los «bárbaros» combatieran entre sí y vendieran a sus prisioneros a los traficantes de esclavos de la Grecia antigua (y el Portugal moderno) carece de importancia. Lo mismo cabe decir de si los «bárbaros» utilizaban esclavos o no.[51] Y otro tanto del hecho de que hubiera esclavos previamente entre los prisioneros que se vendían, fruto de las guerras intestinas del mundo grecorromano, sobre todo cuando se trataba de la toma de una ciudad: este tipo de cosas no hacía sino redistribuir los esclavos ya existentes, sin aumentar para nada el surtido total.

Vale la pena poner un ejemplo porque tiene vastas implicaciones. Las fuerzas de policía de Atenas, aproximadamente entre los años 477 —tal vez— y 378 a. de n. e., consistieron en un cuerpo de esclavos escitas, propiedad del estado, que en un principio alcanzaba la cantidad de trescientos.[52] Esta es una institución notable. ¿Cómo se les ocurrió a los atenienses y cómo la mantuvieron? Los escitas eran arqueros célebres y algunos habían sido mercenarios durante la tiranía de los pisistrátidas. Pero entre los mercenarios contratados y los policías esclavos hay una gran diferencia cualitativa. Una condición previa para la introducción de los últimos era la existencia de un sistema esclavista ya establecido; otra, la existencia de un tráfico de esclavos organizado. La guerra y la piratería, si eran lo bastante frecuentes, podían sostener, lógicamente, un suministro general de esclavos; pero no hay duda de que no podían garantizar el suministro necesario de especialistas tales como los arqueros escitas. Además, la guerra produce prisioneros, no esclavos; son los compradores, que los obtienen por medio de los traficantes, los que transforman en esclavos a los prisioneros.[53] En suma, no hay

51. Véase Pippidi, *loc. cit.*, p. 65.

52. El informe más completo sigue siendo A. Plassart, «Les archers d'Athènes», *Revue des études grecques*, 26 (1913), pp. 151-213. Cf. O. Jacob, *Les esclaves publics à Athènes*, Bibl. de la Fac. de Philosophie et Lettres à l'Univ. de Liège, 35, 1928, cap. 2.

53. Véase M. I. Finley, *Aspects of Antiquity* (2.ª ed., Harmondsworth y Nueva York, 1977), cap. 12 [trad. cast.: *Aspectos de la Antigüedad*, Ariel, Barcelona, 1975]; «The Black Sea and Danubian Regions and the Slave Trade in Antiquity», *Klio*, 40 (1962), pp. 51-59. La primacía del comercio

duda de que la guerra y las conquistas fueron importantes factores que contribuyeron al establecimiento y conservación de una sociedad esclavista, pero no una condición necesaria (no, por lo menos, de manera directa) y mucho menos una condición suficiente.

Mi argumentación, que parte de un planteamiento distinto, se basa en que, como es lógico, la demanda de esclavos es anterior al suministro. Los romanos capturaron muchas docenas de miles de hombres, mujeres y niños durante las guerras itálicas y púnicas porque ya existía una demanda de esclavos y no al revés. La existencia de una demanda suficiente necesita por lo menos tres condiciones ineludibles.[54] Primera, en un mundo dominantemente agrícola, la propiedad privada de la tierra, con concentración suficiente en pocas manos para necesitar trabajadores extrafamiliares que mantengan en un nivel constante la fuerza de trabajo. Segunda, un fomento suficiente de la producción mercantil y los mercados (en el presente estudio carece de importancia que se trate de un mercado lejano, un mercado de exportación en el sentido corriente, o un centro urbano cercano). Hipotéticamente, los ilotas y otras modalidades de trabajador dependiente pueden emplearse en las sociedades no productoras de mercancías, pero no los esclavos, que deben importarse con regularidad, en grandes cantidades, y por los que hay que pagar en consecuencia. La tercera condición es negativa, la falta de mano de obra interna, que obliga a los patronos a dirigirse al exterior. Estas tres condiciones deben darse al mismo tiempo, como fue el caso de Atenas y otras comunidades griegas durante el siglo VI a. de n. e. y el de Roma hacia el siglo III a. de n. e. lo más tarde.

En punto a documentación, las pruebas romanas son insatisfactorias, como ya he señalado, aunque personalmente no me cabe la menor duda acerca de la cronología y los rasgos gene-

sobre las conquistas la expuso brevemente, pero con claridad, Burckhardt, *Griechische Kulturgeschichte*, Darmstadt, 1898-1902, I, p. 142 [trad. cast.: *Historia de la cultura griega*, 5 vols., Barcelona, 1964-1971].

54. Para lo que sigue, he de reconocer mi profunda deuda con Hahn, art. cit.

rales del desarrollo. Por el contrario, las pruebas atenienses, tanto arqueológicas como literarias, son más que suficientes, de modo que me centraré en Atenas.[55] Antes de 600 a. de n. e., la población del Ática había aumentado de forma espectacular luego del nadir de la «Edad Obscura», una clase dominante de familias «eupátridas» poseía gran parte de la tierra, había ciertos vestigios de urbanización y la producción de mercancías había alcanzado cierto desarrollo tanto en los sectores rurales como en los urbanos. A poco que comprendamos el proceso de aparición, vemos que ya se daban unas cuantas condiciones necesarias para la esclavitud. Fue Solón quien aportó la capital condición negativa: a pesar de que pueda suponerse la situación de los *hektemoroi* y los *pelatai* presolonianos (Aristóteles, *La Constitución de Atenas*, 2, 2), no hay duda de que después de Solón la servidumbre por deudas y otras formas no esclavistas de trabajo involuntario dejaron de existir efectivamente en el Ática (aunque no, es preciso repetirlo una y otra vez, por desgracia, en muchas zonas del mundo griego). Los eupátridas y sin duda algunas familias pudientes no aristocráticas necesitaron entonces una fuerza de trabajo que substituyera a la que habían perdido en virtud de las reformas de Solón; como no pudieron encontrarla en el interior, recurrieron a los extranjeros, vale decir a los esclavos. ¿Por qué?

Esta es la cuestión clave, la más difícil. No afirmo que pueda solucionarla satisfactoriamente, pero por lo menos nos las arreglaremos para desembarazarnos de algunas argumentaciones tan insistentes como infundadas. Una de éstas se desentiende del problema de conjunto haciendo hincapié en la insignificancia de la riqueza y el latifundismo atenienses en comparación con los romano-itálicos (argumentación análoga a descartar la esclavitud italiana anterior al siglo II a. de n. e.). Es evidente que un Pompeyo o un Enobarbo se habrían reído de las pretensiones de riqueza de un *pentakosiomedimnos* del siglo VI, es decir, de un miembro de la clase censataria superior de la constitución soloniana. Pero éste tenía que aportar sus 500 *medimnoi* [medidas de cereal, *n. del t.*] al año para mantener su posición y lo que importa no es esta cifra en comparación con los modelos de riqueza de otra sociedad, sino su categoría en el interior de la propia: dos tercios más que lo estipulado para un caballero, dos veces y media más que lo estipulado para el estamento militar (hoplitas). Lo que importa más incluso es que parte por lo menos de los 500 *medimnoi* consistía en mercancías. Aun cuando se estime que toda la biografía plutarquiana de Solón es pura fantasía, incluyendo su hincapié en la producción y exportación de aceitunas, queda el hecho de que cada esquirla de metal que se empleaba en el Ática para fines civiles y militares tenía que importarse; que la plata se sacaba de las minas del Laurio en la Edad del Bronce, y en la época arcaica desde el siglo IX a. de n. e. lo más tarde;[56] que la elegante alfarería ateniense se exportaba ya mucho antes de la época de Solón y que alcanzó prácticamente la situación de monopolio a mediados del siglo VI; que la población urbana, por relativamente escasa que haya sido, necesitaba ollas, cazuelas y herramientas, así como comida y bebida.[57]

No representa obstáculo alguno que, según las pruebas de que disponemos, Atenas no acuñara moneda hasta unas décadas

55. Para lo que sigue, limito las referencias a dos puntos: sobre desarrollo de la población, véase el análisis preliminar de A. M. Snodgrass, *Archaelogy and the Rise of the Greek State*, Cambridge Inaug., 1977, páginas 10-16; sobre la propiedad privada de la tierra, M. I. Finley, «The Alienability of Land in Ancient Greece: A Point of View», *Eirene*, 7 (1968), pp. 25-32, reimpr. en francés, *Annales, E.S.C.*, 25 (1970), páginas 1.271-1.277.

56. Véase J. Servais, en *Thorikos 1965*, Bruselas, 1967, pp. 22-24, y J. Bingen, en *Thorikos 1964*, Bruselas, 1967, pp. 29-30, respectivamente.

57. Como prueba de la producción mercantil en otras *poleis* griegas, 1) el transporte de vino, aceitunas y alfarería a Naucratis, en el delta egipcio, por comerciantes de cierta cantidad de ciudades de Asia Menor e islas egeas, que comenzó antes del 600 a. de n. e.: M. M. Austin, *Greece and Egypt in the Archaic Age, Proceedings of the Cambridge Philological Society*, Sup. 2, 1970, pp. 22-27, y 36-40; 2) diversas leyes tasias que regulaban la venta de uva y vino locales, y la importación de vino extranjero; el primer texto útil, *Inscriptiones Graecae*, XII Sup., n.° 437, originalmente publicado con provechoso comentario de G. Daux, en *Bulletin de correspondance hellénique*, 50 (1926), pp. 214-226, data de las últimas décadas del siglo V a. de n. e., pero no hay duda de que el control es muy anterior, según lo pone de manifiesto la fragmentaria inscripción de principios del siglo V, *Supplementum Epigraphicum Graecum XVIII*, 347.

después de Solón: el comercio de Cercano Oriente se las había arreglado durante milenios sin moneda, al igual que los griegos arcaicos, y los fenicios y los cartagineses siguieron haciéndolo después de que los griegos comenzaran a acuñarla. Sin un ingreso líquido suficiente, las élites atenienses no habrían podido satisfacer los requisitos necesarios para su nivel de vida relativamente bajo, para su armamento indispensable o para los impuestos que pagaban para las obras públicas, los festejos públicos y los cultos públicos.[58] Nada de esto exige la resurrección del «modernismo» de Beloch-Meyer; exige sencillamente la consideración de cierta producción mercantil, particularmente en manos de las élites, y de la idea de que los miembros de las élites no hacían personalmente todo el trabajo necesario, únicamente ayudados por miembros de sus familias particulares.

Con lo que volvemos al punto crítico. ¿Por qué fue necesario buscar en el exterior la mano de obra? La esclavitud como tal no tenía que inventarse: era un «hecho primordial», tan conocido por los griegos como por los demás pueblos. Pero la esclavitud como *la* forma de trabajo para otros fue una idea radicalmente nueva. Supongo que la decisión no la tomaron los que necesitaban emplear mano de obra, sino aquellos atenienses a quienes se quería emplear. Es la indisposición de los segundos *en masse*, no como individuos aislados, lo que precisa explicación. Ante la total ausencia de documentación no podemos sino especular, una especulación que no ilumina en absoluto la experiencia del Nuevo Mundo. Esta fue una zona de colonización, con grandes cantidades de tierra que se iban aprovechando a medida que pasaba el tiempo; sin una fuerza de trabajo del lugar (al margen de los indios, que demostraron su insuficiencia, cuando no su inutilidad); con la posibilidad, advertida desde el principio, de exportar pequeñas partidas de cultivos, algodón, tabaco, azúcar, que contaban con una extraordinaria demanda en el mercado mundial. Nada habría sido más diferente del Ática, que contaba con muy poca tierra cultivable, y ninguna «gratis», y

58. En este contexto no es necesario diferenciar impuestos y servicios al estado.

con una población suficiente, a menudo excesiva, en un mundo preindustrial y precapitalista. En el Ática, la esclavitud no se acompañó de la espectacular concentración latifundista que se dio en Italia gracias a la desposesión de los campesinos minifundistas (que puede considerarse el equivalente romano particular de la tierra «libremente» disponible en el Nuevo Mundo).[59] Sin embargo, en el Ática la esclavitud fue una institución tanto agraria como urbana.[60]

Hay un medio por el que la propiedad de la tierra permite un enfoque inicial a nuestra especulación sobre los orígenes de la sociedad esclavista. Desde la época en que apareció con su forma arcaica de la etapa inmediatamente anterior, fue fundamental para la *polis*, griega o romana, la arraigada convicción de que ser miembro de la *polis* (lo que podemos llamar ciudadanía) era inseparable de la posesión de la tierra, la obligación del servicio militar y la religión. No conozco ninguna excepción a la regla de que la propiedad de la tierra se limitase a ciudadanos según la ley, salvo en el caso de aquellos raros individuos a

59. Hopkins, *op. cit.*, p. 102, acentúa correctamente la cuestión: «Tenemos que explicar no sólo la importación de esclavos, sino también el destierro de ciudadanos». No obstante, como ya he indicado, yo relaciono esto, no con el asentamiento de la sociedad esclavista, sino con su expansión. Sobre Atenas, creo que fui el primero en hacer tambalear la opinión dominante respecto la brusca decadencia campesina en el siglo IV: *Studies in Land and Credit in Ancient Athens 500-200 B. C.*, New Brunswick, Nueva Jersey, 1952, pp. 79-87; «Land, Debt, and the Man of Property in Classical Athens», *Political Science Quarterly*, 68 (1953), pp. 249-268. En términos generales, se han aceptado mis argumentaciones: véase, por ejemplo, Cl. Mossé, «La vie économique d'Athènes au IV siècle: Crise ou renouveau?», *Praelectiones Patavinae* (1972), pp. 135-144; V. N. Andreyev, «Some Aspects of Agrarian Conditions in Attica in the Fifth to Third Centuries B. C.», *Eirene*, 12 (1974), pp. 5-46, en pp. 18-25; G. Audring, «Zur wirtschaftlichen und sozialen Lage der attischen Bauern im ausgehenden 5. und im 4. Jahrhundert v. u. Z.», *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte* (Sonderband, 1977), pp. 9-86, en pp. 35-43. El papel de la tierra «gratis» en la aparición de la esclavitud del Nuevo Mundo sigue debatiéndose: véase la opinión negativa de S. L. Engerman, «Some Considerations relating to Property Rights in Man», *Journal of Economic History*, 33 (1973), pp. 43-65, y Patterson, «The Structural Origins of Slavery. A Critique of the Nieboer-Domar Hypothesis from a Comparative Perspective», en *Annals of the N. Y. Acad. of Science*, CCXCII (1977), con importantes observaciones al respecto en Mintz, *op. cit.*

60. Jameson, *op. cit.*

quienes el estado concedía el derecho como un privilegio personal en recompensa por servicios públicos de tal o cual especie. La consigna «revolucionaria» corriente era «Cancelación de las deudas y redistribución de la tierra», consigna de un campesinado desposeído: surgió en la Atenas de Solón y fue aceptada por los senadores y emperadores romanos por igual para las colonias, incluso las más antiguas. La psicología la resume con emoción y brevedad Tucídides (2, 16, 2) cuando da cuenta de la reacción de la población rural ante la estrategia de Pericles, que les exigió, patente mayoría que eran entre toda la ciudadanía, que buscasen refugio tras las murallas de la ciudad cuando los espartanos hicieron su primera incursión bélica, en 431 a. de n. e.: «Les resultaba triste y doloroso abandonar casas y templos que, dada su organización constitucional, siempre habían tenido para ellos un carácter patrio».

La psicología es lo único que tenemos para apoyarnos: la psicología política y social que dominaba en la época en que la élite, habiendo perdido sus primitivas formas de mano de obra involuntaria, recurrió a los esclavos extranjeros. El campesinado, había obtenido su libertad personal y su derecho a la tierra no sin luchas, en que también había conquistado la ciudadanía, el derecho de ser miembro de la comunidad, de la *polis*. Esto en sí mismo era radicalmente nuevo en el mundo y condujo a su vez a la segunda innovación notable: la sociedad esclavista.

Apenas necesito decir que mi modelo difiere radicalmente del de Eduard Meyer, a pesar de ciertas aparentes semejanzas. Su proletariado revolucionario —que comprendía por lo menos la mitad de la población ciudadana, comprometido en una inmensa lucha de clases trinodal con los aristócratas rurales y los capitalistas urbanos, celoso de la creciente cantidad de esclavos, falto de especialidad, opuesto a la idea de trabajar para otros y en consecuencia demandante de mantenimiento público— es una tremenda fantasía.[61] Sólo hace falta preguntarse qué estados antiguos mantuvieron ociosos a sus ciudadanos pobres. Ni siquiera Atenas, aunque Atenas, en los siglos V y IV a. de n. e., fue mucho

61. Meyer, *op. cit.*, pp. 193-198.

más allá que ningún otro estado en la provisión de medios de ingresos complementarios; y no, indudablemente, las ciudades jónicas, o Egina, Rodas, Corinto, que Meyer incluye en su ficticio balance. No hay duda de que él sabía estas cosas, pero al parecer dejó que sus arraigadas convicciones políticas confundieran la imagen mediante la vinculación de la esclavitud antigua con la democracia, una vinculación manifiestamente falsa.

Nada de cuanto he dicho implica la acción planificada, la consideración de unas cuantas alternativas seguida de la selección de una de ellas, a saber, la esclavitud. Todos conocían la imposibilidad de obligar a los ciudadanos campesinos o artesanos a que se convirtieran en mano de obra asalariada, a los ciudadanos que se necesitaban en el ejército;[62] todos sabían que los hombres libres no trabajarían de manera regular y voluntaria para ningún otro; y todos sabían que existía una institución que nosotros llamamos esclavitud. Por tanto, según mi hipótesis, hubo consentimiento general en el paso a la mano de obra esclava. No hubo ni celos de los esclavos ni competencia con ellos, ni en las primeras etapas ni en los períodos cimeros;[63] por el contrario, el sueño del hombre que no podía permitirse un esclavo se hizo realidad un día (Lisias, 24, 6). El hombre libre era el que no vivía ni bajo el imperio de otro ni en beneficio de éste; el que

62. Mintz, *op. cit.*, p. 257, incluye «las fuerzas policíacas adecuadas al contingente jurídico-militar de una población libre» entre las condiciones adversas a la aparición de la esclavitud moderna.

63. El único texto antiguo que se conoce y dé pie a inferir la competencia esclavo-hombre libre es un breve fragmento de la obra perdida del historiador Timeo, del III a. de n. e. (566 F 11 *a*, en Ateneo, 6, 264 D), que informa que la compra de 1.000 esclavos en la atrasada Locris por Mnasón, «amigo de Aristóteles», causó gran revuelo porque privaba a «los jóvenes» de su acostumbrado sustento ganado «sirviendo domésticamente a los mayores». Aunque fuere cierto, y no es en modo alguno seguro, la anécdota carece de importancia en un enfoque de la esclavitud *como fuerza de trabajo.* Heitland, *Agricola,* Cambridge, 1921, p. 441, n. 4, lo despacha con brevedad alegando se refiere «únicamente al servicio doméstico y personal»; cf. el más matizado pero igualmente negativo análisis de Vidal-Naquet, *op. cit.* páginas 105-106. Recientemente, G. Nenci, al tiempo que admite la unicidad del texto, hace un inteligente esfuerzo por deducir mayores consecuencias del mismo, aunque no me convence: «Il problema della concorrenza fra manodopera libera e servile nella Grecia classica», *Annali della Scuola Normale di Pisa, Classe di Lettere e Filosofia,* 3.ª serie, 8 (1978), pp. 1.287-1.300.

vivía preferiblemente en el pegujal de sus mayores, con sus templos y tumbas ancestrales. La creación de este tipo de hombre libre en un mundo de parca tecnología, preindustrial, condujo al establecimiento de una sociedad esclavista. No hubo alternativa práctica.

Se habrá advertido que en esta especulación no he dicho nada del rendimiento absoluto o relativo de la esclavitud como sistema productivo. En ningún otro punto ha constituido la ideología del historiador moderno un elemento más distorsionador: y no una ideología en particular, por otro lado, sino las ideologías en conflicto. Los juicios morales cristianos, la confianza de Adam Smith en una economía libre y la aplicación esquemática de la teoría marxista de la plusvalía se han puesto de acuerdo para substituir las pruebas por la fe. Así, en un análisis titulado «¿Rendía la esclavitud?», Michel concluye que «salvo cuando se utiliza en los trabajos más sencillos y menos técnicos, y en grandes cantidades», «no rinde».[64] Shtaerman está de acuerdo y va más lejos cuando dice, increíblemente, que «ningún romano conocido por su riqueza la había amasado gracias a la agricultura».[65] Se podría rescatar estas afirmaciones falsas mediante la aplicación de cualificaciones diversas, pero sería inútil. Los puntos significativos son, primero, que griegos y romanos obtuvieron beneficios durante siglos, y sin contratiempos, y a menudo grandes beneficios, de sus esclavos; segundo, que carecemos de bases para hacer comparaciones de eficacia, productividad o rentabilidad entre diferentes tipos de trabajo de la Antigüedad (ni, podría añadir, disponemos de datos apropiados sobre la relativa baratura o encarecimiento de los esclavos en general o en el período particular que me ha ocupado); tercero, que los mismos antiguos carecían de medios para hacer tales comparaciones, que, en cualquier caso, se les habría antojado un ejercicio puramente formal.

La única conclusión segura que ha surgido de las desabridas polémicas entre cliómetras es que han sido incapaces de ponerse

64. H. Michell, *The Economics of Ancient Greece*, Cambridge, 1957², página 166.

65. Shtaerman, *Die Blütezeit der Sklavenwirtschaft in der römischen Republik*, Wiesbaden, 1969, pp. 13 y 19 respectivamente.

de acuerdo en cuestiones tales como la eficiencia o rentabilidad relativas de la mano de obra esclava americana o el significado económico del cambiante precio de los esclavos, a pesar de la riqueza de datos y las refinadas técnicas matemáticas en uso;[66] pero prácticamente todos están ya de acuerdo en que «la esclavitud fue rentable, en términos generales, para el hacendado individual» y en que la sociedad «tuvo que admitir la esclavitud como fuente de ingresos, así como forma de vida».[67] Los raros cómputos de los autores antiguos no pasan de ser lamentables a causa de su incompetencia.[68] Es un error de los historiadores modernos tomarse en serio las ocasionales generalizaciones moralizantes —la opinión de Columela (1, 7, 5) de que la supervisión personal rinde siempre mayores beneficios que la supervisión del *vilicus* o el arrendatario; la manida cita de Plinio el Viejo de que «los latifundios han destruido Italia» (*Historia Natural*, 18, 35)— sobre el supuesto de que se han basado en cálculos sistemáticos. Generalizaciones igualmente sombrías pueden comprobarse en los Estados Unidos y en cantidades mucho mayores; ningún historiador de la esclavitud americana las admite ya como prueba, salvo como prueba ideológica, y no veo motivo para conceder mayor credibilidad a sus equivalentes antiguos. En pocas palabras, las consideraciones sobre la eficacia, la productividad y la rentabilidad jugaron un papel muy pequeño, si alguno jugaron, en la creación de la sociedad esclavista de Grecia y Roma; las consideraciones comparativas ninguno en absoluto.

La historia no termina aquí, naturalmente. Una vez estable-

66. Baste citar a R. W. Fogel y S. L. Engerman, *Time on the Cross*, 2 vols., Boston, 1974, la crítica de David, *op. cit.*, y la reseña del último por D. Macleod en el *Times Literary Supplement*, 23 de junio de 1978. Las discusiones más antiguas pueden analizarse con propiedad en H. G. J. Aitken (ed.), *Did Slavery Pay?*, Boston, 1971.

67. Degler, *op. cit.*, p. 8.

68. Mickwitz, «Economic Rationalism in Graeco-Roman Agriculture», *English Historical Review*, LII (1937), y «Zum Problem der Betriebsführung in der antiken Wirtschaft», *Vierteljahrschrift f. Sozial— u. Wirtschaftsgesch.*, XXXII (1939), siguen siendo fundamentales; cf. G. E. M. de Ste. Croix, «Greek and Roman Accounting», en A. C. Littleton y B. S. Yamey, eds., *Studies in the History of Accountings*, Londres, 1956, pp. 14-74; Duncan-Jones, *The Economy of the Roman Empire*, Cambridge, 1974, cap. 2.

cida, la sociedad esclavista conoció su propia dinámica: las condiciones que condujeron a su creación no fueron las mismas que las que condujeron a su mantenimiento, su expansión o su decadencia. Algunas de éstas fueron consecuencia de la existencia de la sociedad esclavista y sobre ellas volveremos al final.

Capítulo 3

ESCLAVITUD Y HUMANIDAD

En el prefacio a un análisis sumario de la legislación norteamericana tocante a la esclavitud, escrito en Filadelfia en 1827, se lee: «Me refiero a los esclavos *en general*. No hay duda de que su situación adquirirá al máximo su carácter de la particular disposición del propietario respectivo: consideración que dice tanto *contra* como en *favor* del esclavo».[1]

Los historiadores de la Antigüedad tal vez se tomen esto a pecho. Pueden encontrarlo en boca de bastantes autores antiguos. En la considerable literatura moderna que viene acumulándose a propósito del tema de esclavitud y humanidad, a veces con este título concreto, la preocupación dominante —ciertamente, casi la común— estriba en las relaciones entre los esclavos y los amos en tanto que individuos, o en las opiniones de los autores grecorromanos por separado. Pocos resultados pueden esperarse de una investigación de este tenor, aparte de la confirmación del lugar común de que «su situación adquirirá su carácter de la particular disposición del propietario respectivo». En la práctica de los historiadores, el resultado ha sido a menudo menos inofensivo: hay cierta fiebre por fomentar la opinión contraria o el caso excepcional, bien en contra bien en favor del esclavo (o más bien, del amo), según la ideología del historiador.

esclavitud e ideología del historiador

1. Stroud, *A Sketch of Laws relating to Slavery in the Several States of the United States of America,* Filadelfia, 1856², p. 5.

Permítaseme demostrarlo. Una salvedad fundamental que estuvo en vigor durante gran parte de la Antigüedad fue que los castigos físicos, públicos o privados, se limitasen a los esclavos. Demóstenes decía con alarde retórico (22, 55) que la mayor diferencia entre un esclavo y un hombre libre consistía en que el primero «responde con su cuerpo por todas las infracciones». Había excepciones, como siempre, de fácil explicación algunas, como en el caso de los soldados romanos de servicio o los no ciudadanos libres sospechosos de traición o espionaje; o en el sometimiento de otros además de los esclavos, por ejemplo los cristianos, a las más crueles formas de la pena capital: crucifixión, incineración en vida, animales salvajes.[2] Una segunda y análoga distinción era que a los esclavos sólo se les permitía testificar bajo tormento. También aquí había excepciones, no siempre de posible explicación en la actualidad, ya que las pruebas son demasiado fragmentarias.[3] Pero todas las excepciones juntas no destruyen el sentido capital de las dos generalizaciones acerca de la responsabilidad física del esclavo. Ningún estudioso moderno las niega, pero pocos parecen aceptarlas con seriedad suficiente. No es fácil localizar una serie lógicamente completa de pruebas en las obras modernas.[4] Westermann se las apaña con dos o tres frases en dos páginas bastante separadas; Vogt soslaya el tema por completo en una obra confeccionada en torno a la esclavitud

2. «Las más crueles» es, sin duda, un juicio muy subjetivo en este contexto: véase, por ejemplo, I. Barkan, *Capital Punishment in Ancient Athens*, tesis, Chicago, 1936, esp. pp. 63-72 sobre *apotympanismos*; o la refutación de la opinión moderna corriente acerca de la condena a la cicuta en C. Gill, «The Death of Socrates», *Classical Quarterly*, 23 (1973), pp. 25-28.

3. Véase, por ejemplo, la polémica en Biczunska-Malowist, *L'esclavage dans l'Égypte gréco-romain*, Academia Polaca de Ciencias, 1974-1977, I, páginas 121-126 sobre dos textos jurídicos ptolemaicos del siglo III a. de n. e., *P. Halle I*, de Alejandría, y *P. Lille 29*, probablemente o de Naucratis o de Ptolemaida (ambas también ciudades griegas).

4. G. Glotz, «Les esclaves et la peine du fouet en droit grec», *Comptes rendus de l'Acad. des Inscriptions* (1908), pp. 571-587, en que Morrow, *Plato's Law of Slavery and Its Relation to Greek Law*, Urbana (Ill.), 1939, páginas 66-71, se basa; Thüh, *Beweisführung von den Schwurgerichtshöfen Athens: Die Proklesis zur Basanos*, Viena, 1977, devuelve a su sitio todos los anteriores informes sobre la tortura en los tribunales atenienses; Buckland, *op. cit.*, pp. 86-97.

y la humanidad. El mismo Wallon toca muy por encima un asunto sobre el que se habría esperado un aparatoso despliegue de retórica: a propósito de Grecia se limita a la documentación de Atenas,[5] a propósito de Roma apenas si menciona el tema de pasada, y tienta pensar que los edictos de los emperadores cristianos le parecieron demasiado conflictivos.[6] No fue éste el caso de los primitivos anticuarios: Pignoria, por ejemplo, dedicó a nuestro tema los capítulos segundo y tercero.[7]

El silencio es una suerte de argumento especioso, que también adopta formas más explícitas, que primero se apoya en las excepciones de la práctica y los matices jurídicos, y luego en el hecho de que los abogados argüían en la audiencia, por regla general, cuando convenía a sus fines, que las pruebas obtenidas mediante tortura carecían de valor. Aristóteles, como de costumbre, resumió las argumentaciones retóricas de ambas partes en un párrafo (*Retórica*, 1.376 *b* 31-1.377 *a* 7). Sobre una base tan débil los autores modernos concluyen no sólo que la práctica era «irracional»,[8] «la única circunstancia en que puede atribuirse auténtica estupidez a los griegos»,[9] sino también que hay «bases para suponer que, en realidad, la tortura se utilizaba raras veces».[10] No hay de hecho ninguna base para suponer nada en uno u otro sentido a propósito de la frecuencia de la tortura; lo único que hay es campo libre para el juego ideológico de los poetas cómicos y los oradores. En el caso romano, los testimonios son demasiado variados e insistentes para permitir muchos argumentos especiosos,

5. Wallon, *Histoire de l'esclavage dans l'antiquité*, París, 1879², I, páginas 306-329.

6. El testimonio sobre los emperadores cristianos se encontrará en Buckland, *op. cit.*, pp. 86-97.

7. Cf. Blair, *An Inquiry into the State of Slavery amongst the Romans*, Edimburgo, 1833, pp. 106-113 y notas finales 59-65.

8. A. R. W. Harrison, *The Law of Athens*, II, Oxford, 1971, p. 147.

9. Mahaffy, citado con palpable asentimiento por Morrow, *op. cit.*, página 80.

10. Ehrenberg, *The people of Aristophanes*, Oxford, 1951², p. 187; Barrow, *Slavery in the Roman Empire*, Londres, 1925, pp. 31-35. Thür, *op. cit.*, pp. 314-315, transforma la práctica tribunalicia ateniense en una charada: por una parte, había una «fe ciega» en la tortura, pero por otra no se aplicó jamás, en el siglo IV a. de n. e. por lo menos, a pesar de las frecuentes instancias en contra.

aparte del silencio o el cuasimutismo. El viejo Mommsen, que escribía casi medio siglo después de su feroz *Historia romana*, apenas si podía avenirse consigo mismo para hablar del tema en las 1.000 páginas de su obra sobre derecho penal: torturar a los delincuentes, por no hablar de los testigos, es «no sólo cruel sino también insensato [*sinnlos*]».[11]

Irracional, estúpida, *sinnlos* ... no hace falta decir hoy que esta no es forma de abordar el uso de la tortura en una sociedad. Cualquier duda (en mi sentir jamás justificada) que hubiera podido tenerse acerca de su empleo normal, «rutinario» podría decirse, acabó por despejarla el descubrimiento, en Puteoli, hace apenas dos décadas, de una inscripción latina fechada, por el tipo de escritura, hacia fines de la República o el reinado de Augusto. El texto es la *lex locationis* que establecía las condiciones con que la ciudad aceptaba ofertar para el puesto de director de pompas fúnebres, uno de cuyos deberes era torturar a los esclavos a petición de personas particulares o de los jueces. Dos secciones (II, 8-14) contienen los detalles necesarios sobre la tortura, con especificaciones relativas al instrumental y las acusaciones.[12]

¿Qué era lo racional, pues? Me parece claro dónde debemos mirar. El uso potencial o real de la fuerza bruta es un factor ineludible de la situación, pero hay algo más. Si un esclavo es un objeto con alma, una no-persona y pese a todo, de manera indudable, un ser humano en términos biológicos, era de esperar que los procedimientos institucionales degradasen y socavasen dicha humanidad para distinguir de esta suerte al esclavo de los seres humanos que no eran objetos. El castigo y la tortura física constituían uno de estos procedimientos. De aquí que un importante símbolo del cambio de la estructura social y la consiguiente psicología colectiva que se dio a fines del siglo II de n. e. fuese el paso legal de los llamados *humiliores* a la «categoría de esclavos» en

11. Mommsen, *Römisches Strafrecht*, Darmstadt, 1961, p. 416, n. 1.
12. La inscripción la publicó L. Bove en *Labeo*, 13 (1967), pp. 43-48; véase también F. De Martino, *ibid.*, 21 (1975), pp. 210-214. Sobre la tortura particular de los esclavos en Atenas, véase Thür, *op. cit.*, pp. 43-48; sobre los instrumentos empleados, J. Vergote, «Folterwerkzeuge», en *Reallexikon der Antike und Christentum*, 8 (1972), pp. 112-141.

este aspecto concreto.[13] Esta extensión del castigo y el tormento físicos a las clases más bajas de la población ciudadana no fue precisamente otra excepción; fue una transformación cualitativa de la conducta y los valores sociales.

No hace falta tal explicación de cara a la tercera manifestación, cualitativamente distinta y omnipresente, de la responsabilidad física del esclavo, es decir, su ilimitada disponibilidad en materia sexual. Estamos aquí en un punto archiconocido de la literatura grecorromana, desde Homero en adelante; sólo los autores modernos se las han arreglado con mucho para ignorarlo, hasta el punto de que no contamos todavía con investigaciones fundamentales. La prostitución no es más que un aspecto.[14] Más interesante para el presente contexto es la explotación sexual directa de los esclavos por el amo y la familia y los amigos de éste. Es posible que Trimalción haya sido un personaje ficticio, pero refleja el mundo real en sus recuerdos: «Y durante catorce años fui el mayor deleite de mi amo, en lo cual hice muy bien, pues el primer deber de quien sirve es obedecer lo que se le manda. Al mismo tiempo, era el favorito de mi ama» (Petronio, *Satiricón*, 75, 11). Y Horacio no satirizaba cuando recomendaba su propia predilección por los esclavos de la casa, varones o hembras: «A mí me gusta un amor fácil y a la mano» (*Sátiras*, I, 2, 116-119). La posición ética la resumió Séneca el Viejo al aludir al sujeto pasivo en el uso contra natura: «La impudicia [*impudicitia*] es un delito en el que nace libre, una necesidad para el esclavo y un deber [*officium*] para el liberto».[15]

13. Véase Garnsey, *Social Status and Legal Privilege in the Roman Empire*, Oxford, 1970, cap. 4.
14. No he podido encontrar ningún informe cabal sobre los esclavos entre las prostitutas antiguas, o, para el caso, sobre la prostitución misma. Es significativo que la palabra «prostitución» no aparezca en el índice de Vogt, *Ancient Slavery and the Ideal of Man*, Oxford, 1974.
15. *Controversies*, IV, praef. 10, cita que debo a P. Veyne, «La famille et l'amour sous le Haut-Empire romain», *Annales, E.S.C.*, 38 (1978), páginas 35-63, artículo lleno de valiosos *aperçus* e insinuaciones a propósito del tema de los esclavos y la sexualidad. Advierto que en K. J. Dover, *Greek Homosexuality*, Londres, 1978, la obra erudita más importante sobre el asunto, se ignora a la esclavitud salvo en media interesante aunque irrelevante página (97) sobre la «tendencia a tratar en la comedia la masturbación como algo característico de los esclavos».

Otro mecanismo deshumanizador, empero, era la costumbre de dirigirse o referirse a los esclavos varones de cualquier edad con la palabra «mozo», *paîs* en griego, *puer* en latín,[16] práctica conocida también en otras sociedades (y extendida en las sociedades no esclavistas a los varones empleados en el servicio doméstico). Fue éste un uso común en la vida diaria y no simplemente una invención cómica, según ponen de manifiesto los papiros del Egipto de Ptolomeo y la antigua práctica romana de llamar a los esclavos Marcipor o Lucipor. En las artes visuales se alcanzaba el mismo fin mediante la «gradación jerárquica».[17] En este sentido hemos de hacer caso omiso de los cálidos ecos que evoca la palabra «niño». Aristófanes (*Las avispas*, 1.297-1.298, 1.307) inventó en cierta ocasión una etimología para *paîs*, que hizo derivar de *paiein*, 'pegar' y no era la única de sus bromas que apuntaba a una dura realidad.[18]

Sin embargo, el mismo esclavo a quien se llamaba «mozo» y que era quizá golpeado o forzado sexualmente con mayor o menor regularidad podía, una vez al año, durante las Saturnalia (o las Chronia griegas), sentarse a la mesa con su amo e incluso ser servido por éste;[19] al morir, su tumba era un *locus religiosus* según el derecho romano (*Digesto*, 11, 7, 2 pro.), aunque no ocurría necesariamente así entre los griegos. No hace falta que nos detengamos en estas formas de «ritualismo en el marco global de la

16. No conozco ningún estudio satisfactorio sobre el término «esclavo» aparte de Biezunska-Malowist, *op. cit.*, I, pp. 11-18 (sobre el período ptolemaico) y II, pp. 10-12 (sobre el período romano), siguiendo a J. A. Strauss, «La terminologie de l'esclavage dans les papyrus grecs d'époque romaine trouvés en Egypte», en *Colloque* (1973), pp. 333-337. (En el período romano, la palabra *paîs* casi desapareció de los papiros.) Sobre *puer*, el interesante análisis de J. Maurin sobre la relación *puer-dominus* como sucedáneo del parentesco me parece descuida el elemento degradador: «Remarques sur la notion de "puer" à l'époque classique», *Bulletin de l'Assn. Guillaume Budé* (1975), pp. 221-230.

17. Las pruebas en Himmelmann, *Archäologisches zum Problem der griechischen Sklaverei*, en *Akad. Mainz*, n.° 13 (1971).

18. Véase Klees, *Herren und Sklaven: Die Sklaverei im oikonomischen und politischen Schrifttum der Griechen in klassischer Zeit*, Wiesbaden, 1975, página 30, n. 123, que cita a Epicrates, *apud* Ateneo, 6, 262 D, como testimonio de la irritación esclava ante la insistente llamada de «*paî, paî*».

19. Véase Bömer, *Untersuchungen über die Religion der Sklaven in Griechenland und Rom*, III, pp. 173-195.

esclavitud»,[20] pero sí en la manumisión. Sin que importase cuántas condiciones hubiese de cumplir la liberación de un esclavo y la autoridad que por ley hubiese tenido el «patrón», aquél dejaba de ser al instante una propiedad. En términos jurídicos, «pasaba de ser objeto a ser sujeto de derecho, la metamorfosis más absoluta que imaginar se pueda».[21] Era entonces un ser humano de manera inequívoca y en Roma incluso un cuidadano. *Potencialmente*, además, no era ya un desarraigado. Es decir, aunque sus hijos nacidos antes de la manumisión pudieran ser, y a menudo lo eran, mantenidos en la esclavitud —matiz bien significativo—, todos los hijos nacidos con posterioridad a aquella fecha eran libres. Esto ha de entenderse y considerarse en el sentido más absoluto. Los libertos del Nuevo Mundo arrastraban la señal externa de su origen esclavo en el color de la piel, incluso al cabo de muchas generaciones, con consecuencias negativas económicas, sociales, políticas y psicológicas de la peor magnitud.[22] Los libertos antiguos, sencillamente, acababan por mezclarse y confundirse con el resto de la población en el curso de una o, cuando mucho, dos generaciones.

En otras palabras, la manumisión grecorromana revela del modo más taxativo la ambigüedad inherente a la esclavitud, a la reducción de seres humanos a la categoría de propiedad. Revela también, mediante las variables, la dialéctica de esa ambigüedad. La norma romana era que cuando un ciudadano romano liberaba a uno de sus esclavos, salvadas las circunstancias a que hubiere lugar el último, automáticamente, adquiría la ciudadanía romana. Esta norma asombrosa —única situación en que un individuo particular, mediante un acto exclusivamente particular, podía en efec-

20. La expresión es de Barrington Moore Jr., *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, ed. Penguin, 1969, p. 132, n. 47.

21. E. Levy, «Libertas und Civitas», *ZGR*, 78 (1961), pp. 142-172, en página 145.

22. Véase, por ejemplo, D. W. Cohen y J. P. Greene, eds., *Neither Slave nor Free: The Freedman of African Descent in the Slave Societies of the New World*, Baltimore y Londres, 1972; Ira Berlin, *Slaves without Masters: The Free Negro in the Antebellum South*, Nueva York, 1974; K. M. Stampp, *The Era of Reconstruction*, Londres, 1965, sobre todo capítulo 7.

to conferir ciudadanía— era incomprensible para los griegos, cuyos libertos se convertían en «metecos» (en términos generales, equivalentes a los *peregrini* latinos), residentes libres que se mantenían al margen de la esfera política. La diferencia ha tenido dificultades a la hora de dar con una explicación satisfactoria, pero debajo palpita la distinción estructural entre la *polis* griega y la romana.[23] A su vez, no existe el «problema» del liberto en la literatura griega: la palabra misma (*apeleutheros* o *exeleutheros*) raras veces aparece; mientras que la obsesión romana al respecto, sobre todo al comienzo del Imperio, no necesita documentarse. No obstante, a pesar de todos los epítetos que Juvenal o Tácito pudieran arrojar a los «orientales» y *graeculi*,[24] sus víctimas podían ignorarlos felizmente (salvo que estuvieran envueltos personalmente en las intrigas de la corte del emperador). El poeta Horacio, cuyo padre liberto, agente de comercio y cobrador (*coactor*), quiso darle una educación de caballero y buenos estudios en Roma, recibía de vez en cuando inevitables insultos a propósito de su familia. Pero ello era porque, según él mismo se jactaba (*Sátiras*, 1, 6, 17-18), había pasado a un mundo muy distinto del de las masas (*vulgus*).[25] Lo mismo ocurría con decenas de miles de hijos de libertos como él, pero ni siquiera las chanzas personales sobrevivían a la siguiente generación. El contraste con los negros libres modernos es patente.

Apenas era posible, y quizá no lo fuera en absoluto, escapar a la relativa ambigüedad que se daba en cualquier acto en que estuviera implicado un esclavo. Puesto que carecía de personalidad jurídica en principio, los delitos del esclavo caían bajo la responsabilidad del amo, hubiera tenido o no participación o conocimiento

23. Véase P. Gauthier, «"Générosité" romaine et "avarice" grecque: sur l'octroi du droit de cité», en *Mélanges... offerts à William Seston*, París, 1974, pp. 7-15.

24. Aparecen en todo A. M. Duff, *Freedmen in the Early Roman Empire*, reimpr., Cambridge, 1958, que comparte el punto de vista de sus fuentes.

25. Todas las referencias a la esclavitud en los poemas de Horacio las ha analizado Highet, «*Libertini Patre Natus*», en *American Journal of Philology*, XCIV (1973), con condena moral y perspicacia psicológica demasiado confiada (ver más abajo, nota 96). Highet olvida el sentido de los puntos críticos que he citado de la sátira «autobiográfica».

del mismo el segundo. De modo que ya en fecha temprana había lo que los romanos llamaban causas noxales, emprendidas contra un amo por los daños y perjuicios cometidos por su esclavo, por su hijo *in potestate* o por uno de sus animales.[26] Este sencillo acercamiento era, sin embargo, inoperable en muchas situaciones en que el principio subyacente chocaba con otras concepciones no menos básicas. Las causas noxales eran contenciosos privados, pero ¿cuál era la situación cuando los hechos caían dentro de la esfera del derecho penal, cuando se convertían en asunto de derecho público? Para el estado era inconcebible castigar a un ciudadano que de hecho era inocente de un delito o intención criminal; pero castigar al esclavo responsable significaba perjudicar o destruir una propiedad y la protección de la propiedad privada era una obligación fundamental del estado antiguo. Los juristas romanos dieron con una solución ingeniosa: entregar el esclavo al amo para que éste impartiera el castigo (*servus sub poena vinculorum domino reddere*), que se cumplía mediante el «encarcelamiento» del esclavo en el *ergastulum*, sin que se interrumpiera la explotación de su trabajo.[27]

No obstante, cuando la seguridad del estado se veía amenazada (o tal se creía), esta instancia dominaba sobre las restantes. Después de sofocar en 71 a. de n. e. la revuelta dirigida por Espartaco, la carretera de Capua a Roma fue bordeada con 6.000 esclavos crucificados (Apiano, *Guerra Civil*, 1, 120). Los derechos de propiedad de los amos quedaron sometidos a la imperiosa necesidad de dar a la población esclava una lección inolvidable. La *raison d'état* podía provocar también acciones de sentido contrario: la declaración del estado de guerra, tanto civil como con el exterior, podía llevar a reclutar esclavos para que sirvieran como soldados.[28] Los atenienses hicieron esto por primera vez en Ma-

26. El estudio básico sigue siendo F. De Visscher, *Le régime romain de la noxalité*, Bruselas, 1974; cf. su posterior reafirmación, «Il sistema romano della nossalità», *Iura*, 11 (1960), pp. 1-68.

27. Véase M. Kaser, «Zur Kriminalgerichtsbarkeit gegen Sklaven», *Studia et documenta historiae et iuris*, 6 (1940), pp. 357-368, con ulterior discusión por T. Mayer-Maly, *ibid.*, 23 (1957), pp. 323-334.

28. Garlan, «Les esclaves grecs en temps de guerre», en *Actes du Colloque d'Histoire Sociale 1970*, París, 1972, con continuación en *Colloque*

ratón, en 490 a. de n. e., liberando a los esclavos previamente. Pero enterraron y honraron a los esclavos muertos (junto con los de Platea) y a sus propios caídos por separado. Ningún autor clásico superviviente menciona el hecho, ni siquiera Heródoto, que no vaciló en hablar de los soldados ilotas. De no haber sido por Pausanias, que escribió más de 600 años después, no sabríamos que en Maratón también combatieron esclavos.[29]

Esto pone de manifiesto lo que he llamado ambigüedad, y la conducta ateniense no fue menos ambigua, ya que en otras ocasiones, tanto los atenienses como los no atenienses, trataron a los esclavos caídos en el combate con menos equivocidad.[30] La conciencia contemporánea de la ambigüedad puede comprobarse fácil y ampliamente en las fuentes antiguas.[31] ¿Cómo habría podido ser de otro modo? Los griegos pudieron haber acuñado el término despectivo *andrapoda* (seres con pies de hombre) para referirse a los esclavos en conjunto, basándose en la palabra *tetrapoda* (cuadrúpedos); los esclavos pudieron haber sido marcados como el ganado; los juristas romanos pudieron haber mezclado a esclavos y animales en las causas noxales y otros contextos alusivos a la propiedad; pero nadie pudo haber olvidado ni por un instante que las diferencias eran fundamentales. Dejando a un lado las consideraciones psicológicas, era fundamental que un esclavo podía pensar, actuar deliberadamente, hacer sugerencias verbales y responder a ellas, escaparse, unirse a otros en acciones concertadas, incluida la rebelión, y desempeñar cargos confidenciales y militares. Sin embargo, no he sabido descubrir que, al margen de las excepciones aisladas (muy raras en la documentación disponible),

1972, pp. 15-28; con prolijidad agotadora, Welwei, *Unfreie im antiken Kriegsdienst*, Wiesbaden, 1974-1977; N. Rouland, *Les esclaves romains en temps de guerre*, Bruselas, 1977.

29. Pausanias, 1, 32, 3; 7, 15, 7.

30. Véase, por encima, *op. cit.*, 1957-1963, IV, pp. 149-152.

31. Véase, por ejemplo, Capogrossi, art. cit., pp. 725-730, y su interesante sugerencia de que *mancipium* vino a ser un primitivo sinónimo de *servus*, ya que el esclavo es la única *res mancipi* que no es un objeto «natural», a diferencia de la tierra, la casa o el buey. Véase también Calabi, «"Despotes" e "technites". Definizioni essenziali e definizioni funzionali nella *Politica* di Aristotele», en *Quaderni di Storia*, IX (1979), sobre Aristóteles.

la conciencia de esta ambigüedad provocara dudas o sentimientos de culpa en la clase dominante. Las tres o cuatro referencias episódicas de la literatura jurídica romana a la esclavitud como hecho *contra naturam* constituyen una prueba suficiente:[32] son un efímero homenaje a la primitiva tradición de la Edad de Oro, sin la menor implicación para la vida real.[33] La esclavitud, añadían inmediatamente los juristas, era una institución del *ius gentium* (derecho común a todas las personas) y esto, dice Gayo en su primer parágrafo, comprendía «lo que la razón natural ordenaba a todos los hombres».[34] No se apelaba a ningún sentimiento de culpa, solamente a las infinitas complejidades y refinamientos del análisis jurídico que surgía de la ambigüedad de la institución.

El contraste con el Sur norteamericano es chocante en este sentido también, y creo que hay una explicación muy sencilla. Los esclavos, recordamos que decía Benjamin Franklin, «perjudican a las familias que se sirven de ellos; los niños blancos se tornan soberbios, reacios al trabajo y, educados en el ocio, son incapaces de vivir con diligencia».[35] Esta era una queja corriente que aparecía con frecuencia, por ejemplo, en el *Viaje a América* de Tocqueville, notas tomadas en una visita que hizo en 1831-1832. Una queja así, a propósito de los efectos de la esclavitud, no sobre los esclavos, sino sobre los amos, sólo era posible en una sociedad capitalista, en que llevar una vida diligente era una virtud reconocida. En la Antigüedad, la única queja comparable, y que ha de encontrarse en los filósofos y moralistas antes que en la clase de hombres a quienes se dirige Tocqueville, se refería a los efectos

32. Para referencias y breve análisis, que admito, véase Milani, *La schiavitù nel pensiero politico: dai Greci al Basso Medio Evo*, Milán, 1972, páginas 223-233; cf. L. Capogrossi Colonesi, en *Colloque 1973*, pp. 379-381; E. Levy, «Natural Law in Roman Thought», *Studia et Documenta Historiae et Iuris*, 15 (1949), pp. 1-23. Para un análisis diferente, abstracto y formal, basado en una clasificación derivada de la retórica antigua, véase J. Modrzejewski, «*Aut nascuntur aut fiunt*: Les schémas antiques des sources de l'esclavage», *Bulletino del Istituto di Diritto Romano*, 79 (1976), pp. 1-25.

33. Este aspecto está bien desarrollado en R. W. y A. J. Carlyle, *A History of Mediaeval Political Theory in the West*, I, Nueva York y Edimburgo, 1903, pp. 33-44.

34. Cf. Cicerón, *De officiis*, 3, 5, 23.

35. Véase más arriba, cap. I, antes de nota 46.

perjudiciales de cualquier «exceso» de la conducta humana, vasta categoría en que se incluía el maltrato de los esclavos, aunque sin descollar: maltrato, debiera subrayar por mi parte, no el uso de esclavos en sí. Ningún moralista antiguo habría considerado perjudicial no llevar una vida diligente; antes bien, éste era precisamente el ideal de los hombres realmente libres.

En mi opinión, la ambigüedad inherente a la esclavitud es un excelente punto de partida para analizar el tema de esclavitud y humanidad. Por lo tanto pondré ejemplos de esta ambigüedad de varias maneras, en primer lugar describiendo ciertas situaciones (o incidentes) y formulando interrogantes al respecto, sin excesiva intención de explicarlas (aunque no sin criticar los juicios convencionales modernos).

Para mi primer ejemplo he de volver a los «compañeros de trabajo» de Jenofonte (*Memorables*, 2, 3, 3) y considerar las etapas finales de la construcción del templo de la Acrópolis conocido por Erecteón, a fines del siglo V a. de n. e. El propio estado hizo de contratista y en los balances se registraba el salario diario o cuantía del destajo de cada trabajador. En los fragmentos conservados de tales balances puede apreciarse la condición de 86 trabajadores: 24 eran ciudadanos atenienses, 42 eran no ciudadanos y 20 eran esclavos, estos últimos artesanos cualificados.[36] Los que recibían salario diario cobraban la misma cantidad, sin que importase su condición. Casi todos los esclavos trabajaban con sus amos en el mismo ramo o en la misma labor particular, por lo menos parte del tiempo. Simias, un cantero, tuvo consigo en cierta ocasión hasta cinco de sus propios esclavos. Hay que subrayar que se trataba de «compañeros de trabajo», no de esclavos que trabajaban en beneficio de un rentista. Y aquí estamos autorizados a preguntar: ¿qué pasaba por la cabeza de Simias en el curso de las faenas del día? ¿Y por la cabeza de sus esclavos? ¿Y después, cuando Simias terminaba con toda su paga y una parte de la de sus esclavos (comoquiera que se efectuase el desembolso real)? No podemos responder, naturalmente, pero conviene detenerse en un detalle importante: en aquellos años finales de la construcción se llevaba a cabo el trabajo más delicado —Simias y sus esclavos, por ejemplo, se ocupaban de estriar una de las columnas— y habría sido tan imposible entonces como ahora determinar, a partir del producto terminado, qué operaciones ejecutaron los hombres libres y cuáles los esclavos.

36. Los datos, bien establecidos en R. H. Randall Jr., «The Erechtheum Workmen», *American Journal of Archaelogy*, 57 (1953), pp. 199-210.

Que no fue ésta una situación única en la construcción de templos, por lo menos en el mundo griego, es seguro a pesar de la ausencia de documentación relativamente informativa. La construcción de templos fue siempre una actividad rara e «insólita»; amos y esclavos, en tanto que «compañeros de trabajo», se encuentran con mucha mayor frecuencia, en todo el mundo antiguo, en los pequeños talleres. Y a propósito de esta situación nos fallan las fuentes: la literatura ignora las cuestiones que aquí nos ocupan principalmente, mientras que los monumentos figurados son, al mismo tiempo que muy raros —mucho más de lo que pudiera pensarse a tenor de ciertos estudios modernos—, a veces intencionadamente deformadores. En la cerámica griega, la ideología de la clase superior, a menudo arcaizante, domina en todo momento, incluso cuando un pintor retrata su propio oficio y su propio taller: el artesano aparece envilecido de una u otra manera, y más aún su esclavo, bien mediante su fisonomía, bien mediante su postura «a la esclava».[37]

Fuera cual fuese la psicología respectiva en tales talleres, vino a añadirse una nueva dimensión cuando se volvió crecientemente normal la práctica, en Roma e Italia desde fines de la República en adelante, sobre todo, de emplear esclavos como agentes o instalarlos en un negocio u oficio propio, gracias al sistema que los romanos llamaban *peculium*. La forma extrema, la del agente esclavo enviado en misiones ultramarinas, no precisa nuestra atención: es muy probable que, por lo menos mientras estaban fuera, tales esclavos no fueran considerados esclavos de propósito por aque-

37. Véase Himmelmann, *op. cit.*, pp. 36-38. Casi no hace falta decir que ni los artesanos griegos ni los romanos se denigraron de este modo en lápidas o en otros monumentos privados (por ejemplo, dedicatorias), distintos de los objetos que fabricaban para la venta.

llos con quienes éstos negociaban.[38] Pero ¿qué hay de los muchos que no salían de la casa, sino que llevaban sus asuntos ni más ni menos que como cualquier hombre libre o liberto, que en muchos casos vivían entre los libres pobres, compartiendo con éstos la vida social (y no en la casa del amo o en los «caserones de los esclavos»)? Nuevamente tenemos aquí un dato significativo: el derecho romano mantenía la ficción de que el *peculium* era de propiedad y responsabilidad del amo al tiempo que desarrollaba todo un complejo y a menudo confuso cúmulo de normas acerca de la situación *de facto* de que era el esclavo y no el amo el que poseía y administraba el *peculium*, el que contraía deudas y recibía créditos.[39] En particular, la muy cuidada norma contra la presencia de los esclavos en los procedimientos tribunalicios (salvo bajo tormento en circunstancias excepcionales) hubo de olvidarse en muchos casos, sobre todo en la esfera de lo que llamamos derecho mercantil.[40]

Un incidente, relatado con algún detalle por Tácito (*Anales*, 14, 42-45) ilumina considerablemente la ambigüedad y ciertamente los conflictos generados por la entonces confusa situación social de las ciudades. En 61 de n. e., el prefecto de la ciudad, Pedanio Secundo, fue muerto en sus aposentos por uno de sus esclavos, al parecer por un altercado particular. Según «la costumbre antigua [*vetus mos*]», todos los esclavos que se encontraban «bajo el mismo techo» tenían que ser ejecutados como castigo, mujeres y niños incluidos. En el presente caso había poco menos que cuatrocientos y se desató la oposición: la plebe se manifestó contra la

38. Véase E Kazakevich, «Los intermediarios esclavos en Atenas», *Vestnik Drevnei Istorii*, n. 3 (1961), pp. 3-21; cf. su «¿Fueron esclavos *hoi choris oikuntes?*», *ibid.*, n.º 3 (1963), pp. 23-42 (ambos en ruso). Los estudios de E. Perotti, en *Colloque 1972*, pp. 47-56, y *Colloque 1973*, pp. 179-191, no aportan nada. La situación romana viene indicada con claridad suficiente en una glosa de Gayo (*Digesto*, 40, 9, 10): «Piensan los hombres a menudo que sus bienes son mayores de lo que en realidad son. Esto suele ocurrir a los que tienen intereses ultramarinos en remotos lugares, bajo la administración de esclavos y libertos; los negocios suelen ir mal durante mucho tiempo y ellos ni siquiera se enteran ...».

39. Véase Buckland, *op. cit.*, caps. 8-9.

40. A. Biscardi, «La capacità processuale dello schiavo», *Labeo*, 21 (1975), pp. 143-171; sobre Atenas, brevemente Gernet, *Droit et société dans la Grèce ancienne*, París, 1955, pp. 159-164.

ejecución y el Senado sostuvo un debate formal. Como la mayoría votase contra el cambio de la ley, hubo altercados callejeros en un intento de impedir las ejecuciones; intervino Nerón, se sacaron las tropas y se cumplió la sentencia. Hay dificultades a la hora de dilucidar la precisa situación jurídica.[41] Durante mucho tiempo emperadores y juristas siguieron enfrentándose a cuestiones como la amplitud o estrechez interpretativa de la frase «bajo el mismo techo» o si era obligatorio que un esclavo arriesgase la vida en tales vicisitudes.[42] No obstante, no me interesan aquí los aspectos legales ni la actitud adoptada por Tácito, que pudo no haber apoyado la interpretación estrecha, o por el «humano» Plinio el Joven, que ciertamente la apoyó.[43] Lo que me interesa es una cuestión casi descuidada por los comentaristas modernos: ¿por qué la plebe urbana adoptó una postura tan radical (Tácito utiliza incluso la palabra *seditio*)? Westermann, en un pasaje muy breve, encuentra la explicación en un «proceso nivelador de las clases trabajadoras inferiores», que condujo a «un creciente sentimiento de comunidad de intereses entre los hombres libres pobres, los libertos y la población esclava»; a lo que un crítico ha replicado que «esta explicación parece demasiado estrictamente racional. Sólo una profunda sensación de injusticia podía provocar tal ira en las masas».[44] Pero «una profunda sensación de injusticia» es in-

41. Véase Kajanto, «Tacitus on the Slaves. An Interpretation of the *Annales*, XIV, 42-45», en *Arctos*, n.s., VI (1969), pp. 44-47, y el comentario de A. N. Sherwin-White, Oxford, 1966, de las dos cartas de Plinio (3, 14; 8, 14) sobre casos comparables cuarenta y tantos años después. El estudio de Barrow, *op. cit.*, está escrito, bastante apropiadamente, en estilo novelístico. Comienza encontrando la ley «casi ininteligible», aunque tanto Tácito (14, 43) como Plinio (3, 14) exponen las razones con una claridad brutal, y termina con la absurda conclusión de que Adriano propició la «reconciliación de intereses de amo y esclavo». La norma básica siguió en vigor a lo largo de todo el Imperio y fue reafirmada por Justiniano en 532 (*Código*, 6, 35, 12).

42. El grueso de los textos jurídicos disponibles está reunido en un capítulo del *Digesto* (29, 5); véase el breve resumen de Mommsen, *op. cit.*, páginas 630-632.

43. Kajanto, art. cit., pp. 48-59, arguye que Tácito estuvo de acuerdo. El estudio de Z. Yavetz, *Plebs and Princeps*, Oxford, 1969, pp. 29-37, carece de perspicacia.

44. Westermann, *The Slave Systems of Greek and Roman Antiquity*, Filadelfia, 1955, p. 114, y Kajanto, art. cit., p. 59, respectivamente.

troducir un concepto moderno en la situación y un hecho, en cualquier caso, difícil de encontrar en las masas romanas del siglo I (aunque a veces fueran capaces de manifestar piedad).[45] Su entretenimiento favorito en el coliseo, plenamente compartido por sus superiores, precisaba el asesinato brutal de víctimas no menos «inocentes», a fin de cuentas, a menudo en grandes cantidades.[46] La «comunidad de intereses» de Westermann es sin duda una exageración, pero creo que apunta al lugar correcto. Los conflictos plebeyos no cuestionaban la esclavitud como institución, sino que pretendían salvar la vida de individuos con quienes los plebeyos (muchos de ellos libertos o descendientes de libertos, algunos, verosímilmente, esclavos) se vinculaban de manera cotidiana en el trabajo y la vida social.

El informe de Plinio de otro asesinato, entre los años 100 y 105 (*Cartas*, 3, 14), plantea una cuestión distinta. La víctima, Larcio Macedo, senador e hijo de liberto, conocido como amo cruel, fue atacado en el baño por un grupo de esclavos propios, que convirtió el atentado en chapuza. Larcio Macedo quedó inconsciente y fue rescatado por sus esclavos y concubinas «más fieles [*fideliores*]», aunque murió al cabo de unos días. El «esclavo fiel» es un motivo bastante frecuente entre los autores antiguos, por lo general señalado como excepción y modelo que los propietarios agradecían en una situación a la que estaban continuamente expuestos, en palabras de Plinio, a «peligros, agresiones y escarnios». Se pedía algo más que obediencia: la obediencia, a fin de cuentas, es la conducta esperada y generalmente recibida por los superiores en toda situación jerárquica, ya se trate del trabajo, esclavo o libre, del ejército o la administración. Y algo más se quería, por otro lado, que la mera reacción ante la promesa de recompensas, ascensos de categoría o la manumisión final. Séneca (*De beneficiis*, 3, 21) hacía la siguiente distinción:

45. Las pruebas en el estudio exclusivamente terminológico de R. F. Newbold, «The Vulgus in Tacitus», *Rheinisches Museum*, 119 (1976), páginas 85-92.
46. El mejor informe sigue siendo el de L. Friedlaender, *Darstellung aus der Sittengeschichte Roms*, 10.ª ed. por G. Wissowa, 4 vols., Leipzig, 1921-1923, II, pp. 50-112.

«mientras el esclavo cumple lo que por norma general se le pide, se trata de un *ministerium*» (esto es, la función realizada en nombre de un superior), pero «cuando se rebasa el programa de las funciones serviles, no por orden, sino voluntariamente», entonces hay *beneficium*.

Que había muchos «esclavos fieles» en la Antigüedad no puede dudarse:[47] no es sino manifestación de un fenómeno humano constante que se ha dado incluso en los campos de concentración nazis.[48] Seres humanos brutalmente desarraigados que buscan nuevos lazos, nuevas inclinaciones psicológicas, no era infrecuente que se dirigieran a aquellos en cuyo poder se encontraban, en el caso de los esclavos a sus amos y su familia o a sus capataces. Este fenómeno llama más la atención en los actuales debates sobre la esclavitud del Nuevo Mundo, que ponen de manifiesto lo difícil del problema.[49] No sólo estamos obligados a inferir la psicología de la conducta, sino que ésta está llena de ambigüedades y contradicciones. No hay razón para pensar que el cuadro fuera básicamente distinto o menos complejo en la Antigüedad. Un caso que mereció en particular los elogios de Séneca en una breve serie de ejemplos (*De beneficiis*, 3, 23-27) fue el de dos esclavos que traicionaron a la ciudad sitiada de Grumentum durante la guerra social de 91-89 a. de n. e. y luego salvaron a su ama del pillaje y la carnicería que siguieron. No es ni útil ni significativo detenerse en estos pasajes de Séneca para comentar «lo grande y duradera que fue la importancia histórica de tales acciones magnánimas llevadas a cabo por esclavos» y acto seguido incidir en la elevación cristiana de la obediencia al rango de virtud.[50] ¿Fueron menos virtuosos los esclavos que lucharon y murieron con Espar-

47. Véase Vogt, *op. cit.*, cap. 7.
48. La analogía con los campos de concentración procede de Elkins, *Slavery*, Chicago, 1959, obra llena de vacilaciones, no obstante importante por haber introducido el tema de la psicología del esclavo en los debates: Patterson, «The Study of Slavery», en *Annual Review of Sociology*, III (1977), p. 415; cf. J. W. Blassingame, *The Slave Community*, Nueva York, 1972, especialmente cap. 7 y apéndice.
49. Genovese, *Roll, Jordan, Roll*, Nueva York, 1974, es por lo común la obra axial a cuyo alrededor gira la polémica: véase especialmente páginas 3-112.
50. Vogt, *op. cit.*, pp. 140-145.

taco, menos «grandes y duraderos» históricamente que los gladiadores que saludaban al César antes de ir al encuentro de la muerte en los circos? [51]

Merecen atención dos campos en que las relaciones amo-esclavo parecen arrastrar a los comentaristas modernos, de manera irresistible, al sentimentalismo y lo sublime ridículo a causa de la naturaleza emocional inherente a tales relaciones. Me refiero a la medicina y al complejo aya-institutriz-*pedagogus* entre los criados domésticos.

La «profesión médica», leemos, fue quizá la única «que exigió de sus miembros casi las mismas obligaciones para con los esclavos que para con los hombres libres», porque «su ética profesional era sinceramente humanitaria».[52] Que los esclavos —algunos esclavos— recibían cuidados médicos puede admitirse sin necesidad de sumergirse en el marasmo de fuentes literarias y epográficas antiguas en busca de un puñado de textos que lo digan expresamente.[53] Por sí mismo, este hecho nada tiene que ver con la ética humanitaria: también se atendía a una vaca enferma y se reparaba un carro estropeado. La misma expresión «profesión médica» es confusa. Cualquiera podía (y de hecho lo hacía) «practicarla» tanto en privado (dentro de la familia) como en público. La cantidad de hombres capacitados, en el sentido hipocrático, era escasa, y quienes la componían se agrupaban en torno al ejército, las escuelas de gladiadores y las grandes ciudades; eran tan esca-

51. Prefiero este contraste particular sólo en razón del artículo de Vogt, «Lo schiavo morente. Immagine di compiuta umanità», *Studi Romani*, 20 (1972), pp. 317-328, resumido en Vogt, «Die Sklaverei in antiken Rom», en *Antike Welt*, IX, n.° 3 (1978), pp. 41-42.
52. Vogt, *Ancient Slavery and the Ideal of Man*, *op. cit.*, pp. 14-15.
53. Por ejemplo, Kudlien, *Die Sklaven in der griechischen Medizin der klassischen und hellenistischen Zeit*, Wiesbaden, 1968, que quiere demostrar en su monografía de 46 páginas la corrección de las afirmaciones de Vogt, que acabo de citar, y lo hace citando muy pocos textos y distorsionando o depurando los pasajes importantes que se inclinan por la opinión contraria y tradicional. Joly, «Esclaves et médecins dans la Grèce antique», en *Sudhoffs Archiv*, LIII (1969-1970), ha rebatido con efectividad su argumentación. La presunta defensa de Gil, basada exclusivamente en pasajes de comedias y fragmentos cómicos es un fracaso: «Ärztlicher Beistand und attische Komödie. Zur Frage der *demosieuontes* und Sklaven-Ärzte», *Sudhoffs Archiv*, 57 (1973), pp. 255-274.

sos, en efecto, que las ciudades competían por conseguir un médico.[54]

Los médicos, además, fueran auténticos o meros charlatanes, eran practicantes privados que cobraban honorarios por sus servicios y a veces honorarios muy altos: la lista de las tarifas médicas de la *Historia Natural* (29, 6-22) de Plinio es, sin duda, una caricatura, destinada como estaba a ilustrar un proceso contra los médicos, pero no es una ficción. Se deduce de ella que la gran mayoría de la población no tenía acceso a los médicos (cosa nada sorprendente: sigue siendo cierto en muchas partes del mundo y lo he presenciado incluso en Europa y América). «Me doy cuenta del gran poder de la riqueza», decía el campesino pobre de la *Electra* de Eurípides (427-429): «se puede agasajar a los huéspedes y cuando el cuerpo enferma puede salvarse gastándola». Deberíamos suponer *a priori* que a un porcentaje desproporcionadamente grande de la población esclava le estaba vedado el cuidado médico apropiado, y ello puede confirmarse gracias al análisis estadístico de los casos consignados en los libros hipocráticos llamados *Epidemias*.[55] Por lo general la decisión habría corrido a cuenta del amo. Si se le pagaba, era lógico que el médico cumpliera con su deber profesional. Otras veces, sin duda, se negaba. El humanitarismo y la ética apenas se tomaban en cuenta; no alcanzo a ver aquí ni siquiera una ambigüedad relevante. La única aportación del Juramento Hipocrático, por cierto, es bastante inequívoca a su manera: «Sea cual fuere la casa en que entre, no tendré comercio sexual con el cadáver de ningún hombre y de ninguna mujer, fueren libres o esclavos».[56]

Es preciso hacer dos importantes distinciones entre el mundo griego y el romano. Entre los griegos, hubo una buena actividad

54. Véase L. Cohn-Haft, *The Public Physicians of Ancient Greece*, Smith College Studies in History, 42, 1956, especialmente cap. 4.
55. Joly, art. cit., pp. 6-10.
56. Mi único motivo para mencionar este documento, que en la Antigüedad careció del valor ideológico que le ha dado la moderna profesión médica, es que Kudlien, *op. cit.*, comienza su argumentación dando la vuelta a la frase que he citado, forzándolo a hablar del *tratamiento* médico de todos los pacientes, sin consideración de sexo o condición social, siguiendo la directriz de Vogt, *Ancient Slavery and the Ideal of Man*, p. 14.

médica desde el siglo VI a. de n. e. hasta fines de la Antigüedad que atraía a los hombres libres y mereció el elogio incluso de Platón. Había dos clases de médicos, según informa Platón (*Leyes*, 4, 720 *a-c*), los libres y sus ayudantes esclavos, y «en muchos casos» eran los últimos los que trataban a los esclavos. Que los honorarios de los esclavos eran substancialmente menores se infiere de la forma en que Platón enfoca la diferencia entre las dos «clases» de práctica médica.[57] Si había o no además médicos esclavos independientes es un punto a discutir: un recopilador latino no muy digno de confianza, que escribía quizás en el siglo II de n. e., consigna que Atenas prohibió que los esclavos se hicieran médicos (Higinio, *Fábulas*, 274, 10), dando a entender por tanto que otras ciudades lo permitían. Sea como fuere, los ayudantes esclavos de los médicos existían y esto es suficiente para nuestro objeto presente.

Por el contrario, los romanos no tuvieron médicos hasta que importaron algunos griegos durante el siglo II a. de n. e. y la profesión quedó sobre todo en manos de esclavos y libertos, mayoritariamente del Oriente helénico.[58] También Egipto proveyó de esclavos expertos en la administración de duchas, lavativas y masajes;[59] Plinio el Joven acudió a uno, un liberto llamado Harpócrates de Menfis, en un momento de grave enfermedad, y luego pidió al emperador recompensase al individuo con la ciudadanía romana (*Cartas*, 10, 5-7). Aunque los hombres libres, más bien *peregrini* que romanos nacidos libres, se infiltraron posteriormente en la

57. Los «humanitarios» se han esforzado por desembarazarse de esta afirmación claramente factual. Por ejemplo, Vogt, *op. cit.*, pasa de la falsa «sugerencia de Platón de que la profesión médica *debiera* servirse de médicos esclavos» (p. 15) a la más falsa todavía de que «Platón menciona la *posibilidad en una futura sociedad ideal*» (p. 115, cursivas mías en ambas citas). Nuevamente Joly, art. cit., aporta la réplica oportuna, ignorada por Vogt.

58. Véase K.-H. Below, *Der Arzt im römischen Recht*, *Münchener Beiträge zur Papyrusforschung und antiken Rechtsgeschichte*, n.° 37, 1953, páginas 7-21.

59. Un papiro del siglo II a. de n. e. parece referirse a una escuela especial de Alejandría para tales esclavos: R. Remondon, «Problèmes du bilinguisme dans l'Egypte lagide (U.P.Z., I, 148)», *Chronique d'Egypte*, 39 (1964), pp. 126-146.

profesión, la medicina no alcanzó nunca el estatuto jurídico de «profesión liberal»;[60] siguió siendo tal y como Cicerón la definió cierta vez (*De officiis*, 1, 151): una de esas ocupaciones (como la enseñanza y la arquitectura) «respetables para aquellos a cuya condición social conviene»; todavía Justiniano contemplaba jurídicamente a los médicos esclavos (*Código*, 6, 43, 3, 1). Los miembros de la élite romana, en resumen, acudían a esclavos y libertos para recibir tratamiento médico y pagaban por éste. Eludir el pago sólo era posible si el médico era un liberto propio o liberto de un amigo; entonces, sostenía el jurisconsulto Juliano, del siglo II, los servicios debían ser gratuitos, exactamente igual que en el caso de un pantomimo (*Digesto*, 38, 1, 27).

A grandes rasgos y en un nivel descriptivo por lo menos, la situación de los médicos alcanza a percibirse, mientras que la de las ayas, las institutrices y los preceptores (la traducción corriente de *paedagogus* por 'tutor' es errónea) es obscura, quizás hasta límites irrecuperables. Los testimonios son anecdóticos en extremo, y comprenden desde cuentos ejemplares, discursos morales acerca de los buenos tiempos pasados (como en Tácito, *Diálogo*, 28-29), testamentos o epitafios al aya querida de fulano, hasta el continuo refunfuñar de los moralistas, de Platón a Plutarco, sobre lo pernicioso de confiar niños y menores de edad a esclavos y bárbaros analfabetos, inmorales e incompetentes. Lo que los autores modernos han deducido de este fárrago revela su ideología particular, pero ilustra muy poco el tema en sí. Barrow, por ejemplo, se centra en las quejas de los moralistas, mientras que Vogt, en su búsqueda de «la actitud humanitaria típica de la sociedad romana en particular» no tiene la menor «duda en cuanto a cuál era la voz de la vida real», no la de Platón ni la de Plutarco, sino la de las colegas grecorromanas de la «nodriza negra».[61] Yo nada puedo decir al respecto, no por lo menos hasta que la documentación quede libre de anécdotas, adquiera una forma que permita

60. K. Visky, «La qualifica della medicina e della'architettura nel fonti del diritto romano», *Iura*, 10 (1974), pp. 132 y 109 respect. Sería absurdo acumular más referencias.

61. Barrow, *op. cit.*, pp. 35-43, y Vogt, *op. cit.*, pp. 132 y 109, respectivamente. No tendría sentido amontonar más referencias.

análisis significativos, como se ha hecho recientemente con las *Epidemias* hipocráticas, y se convierta en indicador, por ejemplo, de la frecuencia relativa de modelos de conducta opuestos y contradictorios, y de las diferencias acontecidas según la riqueza o la posición social.

Creo, en fin, que hay límites estrictos para nuestra posibilidad de comprender las implicaciones de las nodrizas, las institutrices y los médicos esclavos. Citar «el proverbio español que reza: "La mano que gobierna la cuna gobierna el mundo"» no nos sirve de mucho, y dudo que las opiniones de Platón (o de Freud, para el caso) sobre la importancia de la educación en los primeros años de vida nos ayuden a descubrir la influencia directa, por no hablar de la «influencia continua», de esta clase de esclavos en la sociedad.[62] Hay además muchas variables que no podemos abarcar. La psicología moderna no ha sabido llegar a un acuerdo en este terreno y yo sigo siendo un escéptico convencido a propósito de las generalizaciones fáciles y las afirmaciones episódicas de historiadores que hablan de una sociedad que lleva muerta hace mucho tiempo y que no puede observarse directamente. Mi escepticismo rebasa las influencias de la infancia y se extiende hasta las motivaciones psicológicas, los sentimientos y la estructura de la personalidad. Abarca juicios aparentemente axiomáticos tales como: «Naturalmente, el principal deseo de un esclavo era ser libre».[63] La palabra «naturalmente» revela la anticuada creencia en una naturaleza humana inmutable, indiferente a la estructura, los valores y la posición sociales, que me parece inaceptable. Dadas las dificultades que tienen los historiadores en ponerse de acuerdo a propósito de los esclavos americanos, a pesar de la cantidad sustancial de documentación al parecer relevante (por ejemplo, las «autobiografías» de esclavos), totalmente ausente en la Antigüedad, es absurdo esperar nada sólido en lo que respecta a la psicología del esclavo antiguo. Sin embargo hay una generalización, un lugar común, que está fuera de duda: el espectro de la personalidad individual y las formas de conducta iba de un extremo a otro, incluso en situaciones de tensión tan «anormales» como la guerra civil o la esclavitud. Esto, por lo menos, puede demostrarse por lo que toca a la Antigüedad y respecto del comportamiento público, con lo que se vuelven aceptables algunas conclusiones «psicológicas» de superficie.

62. Vogt, «Die Sklaverei in antiken Rom», en *Antike Welt*, IX, n.º 3 (1978), p. 40. La cita del proverbio español es del mismo autor, *Ancient Slavery and the Ideal of Man*, p. 109.

63. E. M. Shtaerman, «Zur Methodologie der Erforschung der Weltanschauung ausgebeuteter Klassen Roms», *Klio*, 57 (1975), pp. 5-13, en página 6 (cf. Bellen, *Studien zur Sklavenflucht im römischen Kaiserreich*, Wiesbaden, 1971, p. 129). Este breve artículo me parece apoya más mi pesimismo que el prudente optimismo de la autora. Es revelador que el capítulo titulado «La ideología del esclavo» de Shtaerman, *Die Blütezeit der Sklavenwirtschaft in der römischen Republik*, se limite al culto.

En una sociedad esclavista era inevitable que la *raison d'état*, de vez en cuando, llevara al estado o a un partido a invitar o a obligar a los esclavos a denunciar al amo o los cómplices de éste. Así, tras el descubrimiento de la mutilación de las estatuas de Hermes en 415 a. de n. e., los atenienses ofrecieron por decreto una recompensa, acompañada de inmunidad, a todo el que proporcionase información al respecto, ya fuese ciudadano, meteco o esclavo (Tucídides, 6, 27, 2). Algunos aceptaron la oferta, pero las noticias que poseemos (principalmente en Andócides, I), en que tengo poca confianza, no parecen asignar un papel importante a los esclavos y ciertamente no permite un juicio comparativo sobre las tres categorías, ciudadanos, metecos y esclavos. En la historia romana, el esclavo delator fue un motivo frecuente en momentos críticos como las proscripciones del siglo I a. de n. e. o las rachas de pánico imperial a propósito de traiciones y conspiraciones. Veleyo Patérculo (2, 67, 2) decía de la guerra civil que siguió al asesinato de César que «hacia los proscritos, las esposas manifestaban la mayor lealtad, los libertos no poca, los esclavos alguna y los hijos ninguna». Es obvio que no se pasa aquí de un ingenioso *bon mot* y que no vale la pena rastrear entre las anécdotas «un juicio más favorable sobre la conducta de los esclavos que el que las observaciones de Veleyo hacen pensar».[64]

Como manifestación del conflicto de valores, el único aspecto realmente interesante del modelo del esclavo delator es la ame-

64. Vogt, *op. cit.*, p. 51.

naza que representaba, o que se creía representaba, para la base misma del sistema esclavista, ya que violaba la absoluta sumisión del esclavo a su amo. César, según sabemos (Dión Casio, 41, 38), rechazó una petición popular para que añadiera a una de sus leyes una invitación a los esclavos delatores, y juró que nunca confiaría en la denuncia de un esclavo. Esto no es más que una reacción individual, aunque a principios del Imperio se conformó una pauta bien clara: cada pausa durante el pánico de las traiciones fue «acompañada de rigurosas medidas contra los esclavos que habían acusado a sus amos».[65] Para que no haya ninguna confusión acerca de las implicaciones, Plinio dijo claramente (*Panegírico*, 42, 3): «[Trajano,] has librado a todos del acusador doméstico, y, sin más bandera que aquella de la salud pública, has acabado con lo que podríamos llamar guerra civil. Con ello no hiciste menor favor a los esclavos que a los amos, pues si nosotros te debemos el estar seguros, ellos el ser buenos». Más de dos siglos después, los emperadores cristianos ordenaban la ejecución, mediante crucifixión o cremación, sin que mediara proceso alguno, de los esclavos que habían acusado a sus amos, aunque las acusaciones de traición a veces eran la excepción de la regla.[66]

En las guerras civiles, las facciones en pugna a veces dejaban a un lado el temor, temporalmente, y reclutaban esclavos, los propios y en particular los de los enemigos. Disponemos de ejemplos desde el conflicto de Corcira de 427 a. de n. e. (Tucídides, 3, 73) hasta el último siglo de la República romana, en que la cantidad total de esclavos reclutados, sobre todo en los barcos, se aproximaba a las seis cifras. En las *Res gestae* (25, 1), Augusto considera su victoria sobre Sexto Pompeyo como el aplastamiento de una rebelión de esclavos: «Capturé unos 30.000 esclavos que habían huido de sus amos y empuñado las armas contra la República, y los devolví a aquéllos para que los castigasen». Se olvidó de mencionar a los 6.000 que había crucificado y a los 20.000 que había utilizado en sus propios navíos; pero esto era

65. R. A. Bauman, *Impietas in Principem, Münchener Beitr. z. Papyrusforschung u. antike Rechtsgesch.*, 67, 1974, p. 56.
66. *Código teodosiano*, 9, 5, 6.

simplemente el aparato propagandístico, típico y nada sincero, destinado a condenar a la otra facción por involucrar a los esclavos en los conflictos políticos entre ciudadanos.

Hasta qué punto era realmente voluntaria la participación de los esclavos en tales circunstancias es una cuestión insoluble, pero hay base para dudarlo bastante. Cuando había una alternativa importante, la decisión no sería fácil. Parece que los esclavos rurales estaban más predispuestos a la recluta que los de las ciudades, como era también el caso en las revueltas de esclavos: detrás de esta diferencia reactiva se encuentran las diferencias básicas de las condiciones sociales, el nivel de vida y las expectativas.[67] El signo político de las facciones en pugna no era un factor importante: si bien la mayoría de los esclavos de Corcira se puso al lado del *demos*, en las guerras civiles romanas se ponían, y en grandes cantidades, al lado de uno u otro bando, según las ocasiones.[68] Cuando había espacio para la opción, el único criterio importante era la hipótesis del vencedor final: ninguna de las facciones tenía la menor intención de cuestionar la institución de la esclavitud. Tampoco los esclavos: los que tomaban partido querían escapar individualmente de la esclavización, la venganza y los saqueos. Una cantidad considerable alcanzaba estos objetivos, muchos no tanto por enrolarse en las más o menos organizadas fuerzas de los contendientes como por organizarse en pequeños grupos dedicados al pillaje, bien por su cuenta, bien al servicio de saqueadores de categoría ciudadana.[69] Los que habían calculado mal eran salvajemente castigados.

No obstante, incluso la tremenda cantidad de esclavos implicada en la guerra entre Augusto y Sexto Pompeyo representaba

67. Véase, por ejemplo Sartori, «Cinna e gli schiavi» en *Colloque 1971*, páginas 158-160.
68. Pruebas abundantes en Kühne, «Zur Teilnahme von Sklaven und Freigelassenen an der Bürgerkriegen der Freien im I. Jahrhundert v. u. Z. in Rom», en *Studii Classici*, IV (1962); sobre las oportunidades aisladas, véase Sartori, *loc. cit.*; K. R. Bradley, «Slaves and the Conspiracy of Catiline», *Classical Philology*, 73 (1978), pp. 329-336; J. Annequin, «Esclaves et affranchis dans la Conjuration de Catilina», en *Colloque 1971*, pp. 193-238.
69. Véase, por ejemplo, J. Annequin y M. Létroublon, «Une approche des discours de Cicéron: les niveaux d'intervention des esclaves dans la violence», en *Colloque 1972*, pp. 211-247.

una pequeña fracción de la población esclava itálica de la época. La conclusión que de aquí se saca, lamentablemente trivial, es que en tales períodos de agitación social y política la gran mayoría de los esclavos no participaba. Y que tampoco lo hacía, obviamente, en períodos más estables y tranquilos. De hecho, ¿qué pasos hostiles podía dar un esclavo contra su amo? Podía cometer raterías, y sin duda las cometía a menudo, pero este tipo de sublatrocinio es tan común y está tan extendido entre ciertos sectores prácticamente de todas las sociedades conocidas que no vale la pena rastrear los detalles en el presente contexto (cuya documentación nos lo impide, en cualquier caso). Podía trabajar despacio y de mala gana, y sin duda lo hacía también con frecuencia, pero carecemos de bases para juzgar la eficiencia o la productividad del trabajo antiguo. Podía recurrir al sabotaje directo, mediante incendio o destrucción de herramientas y equipos, y de mil maneras más, pero casi no hay rastro de esto en las fuentes y el mudo testimonio de los objetos descubiertos por la arqueología, de la alfarería a los templos, alega que el sabotaje no era tan frecuente que llegase a preocupar.[70] Podía también escaparse, y esta forma de resistencia precisa que le prestemos mayor atención.

Los esclavos fugitivos son casi una obsesión en las fuentes[71] y poseemos restos materiales de instrumentos ingeniados para impedir las fugas, tales como cadenas y argollas metálicas. Los propietarios no se contentaban sin más con tales pérdidas de propiedades. Recurrían a la ayuda de amigos y colegas, ofrecían recompensas en pregones públicos, consultaban oráculos, con astrólogos e intérpretes de sueños, apelaban a las autoridades y contrataban «cazaesclavos» profesionales (*fugitivarii*), conocidos en el mundo romano, en cualquier caso desde fines de la República.

70. El único estudio que conozco es un breve artículo de J. Ceska, «Über die Vernichtung von Arbeitsgeräten durch die antiken Sklaven» (en eslovaco), resumido en *Bibliotheca Classica Orientalis*, 2 (1957), pp. 201-202.

71. El único estudio cabal, Bellen, *op. cit.*, se limita al Imperio romano. Shtaerman, *Die Blütezeit*, *op. cit.*, pp. 238-243, reúne información dispersa para la baja República. No conozco ningún estudio especial sobre los esclavos fugitivos de Grecia o del mundo helénico, salvo Egipto: I. Biezunska-Malowist, «Les esclaves fugitifs dans l'Égypte gréco-romain», en *Studi... Edoardo Volterra*, 6 (1969), pp. 77-90, resumido en Biezunska-Malowist, *L'esclavage dans l'Égypte gréco-romain*, I, pp. 103-105.

Es imposible hacer un balance en la actualidad. Lo único que podemos hacer es enumerar las probabilidades en pro y en contra. Incluso sin el visible estigma del color de la piel, evidente y poderosa ventaja del esclavo antiguo sobre su colega del Nuevo Mundo, no hay que subestimar las dificultades (por no hablar de los riesgos) que tenía que afrontar el fugitivo. En un mundo en que la conservación de la institución estaba ampliamente reconocida como de extrema importancia, sobre todo en las élites que controlaban los mecanismos del poder, en un mundo sin abolicionistas que organizasen una «red clandestina», ¿a dónde podía huir el esclavo? Tal vez encontrase refugio en otro propietario que lo hubiese «sobornado», pero esto no era huir de la esclavitud, y de todos modos el nuevo amo estaba sujeto a la acción civil.[72] El destino de los que se aprovechaban de las especiales circunstancias de una guerra civil dependía en gran medida del resultado del conflicto, como ya hemos visto, y aun los que aceptaban la invitación libertadora del enemigo en una guerra con el exterior tenían pocas garantías. Hay buenas razones para creer, por ejemplo, que muchos de los 20.000 esclavos atenienses que huyeron, a instancias espartanas, en la última década de la guerra del Peloponeso, acabaron por convertirse en botín tebano (*Hellenica Oxyrhynchia*, 12, 4). Además, una vez que terminaba una guerra, no era infrecuente que el tratado de paz contuviese disposiciones relativas a la devolución recíproca de «fugitivos» y «desertores».[73]

Y en tiempos de paz, ¿qué refugio esperaría encontrar el esclavo escapado? En 46 a. de n. e., Dionisio, esclavo de Cicerón, robó ciertos libros valiosos de la biblioteca del amo, se las arregló como fuese para llegar a Iliria y pasó allí por un liberto. Cicerón instó a dos gobernadores provinciales a que lo detuviesen, Dionisio puso pies en polvorosa y se las apañó para desaparecer en Dalmacia, aún en trance de ocupación romana y no sujeta toda-

72. Una tesis capital de Bellen, *op. cit.*, esp. pp. 126-128, es que el cambio de «lugar de trabajo» fue el objetivo dominante de las fugas en el Imperio romano. Esta conclusión se basa en las dos incoaciones de derecho civil contra terceros de que disponemos (p. 133) y pasa por alto todos los casos en que no había terceros implicados.

73. Se encontrará cierta documentación en Garlan, art. cit., pp. 29-35.

vía a las leyes de Roma.[74] Evidentemente era hombre culto y de recursos, y cabe pensar con buena provisión de dinero; no todos los esclavos, y muy pocos particularmente del campo, habrían sabido llegar tan lejos y convencer además a los perquiridores de que eran manumisos. Por otro lado, ni todos los esclavos valían el esfuerzo de una búsqueda tan intensa ni fueron muchos los propietarios de la posición de Cicerón que tuvieron la oportunidad de solicitar la ayuda de los gobernadores provinciales. En el pequeño y fragmentado mundo de las ciudades-estado, no había ni la policía ni el aparato militar que se necesitaba.[75] Sólo en los grandes imperios helénico y romano podía arrogarse el estado la absoluta eficiencia en la captura de fugitivos; por lo menos hay una ingente cantidad de textos a propósito de las órdenes, cada vez más despiadadas, de búsqueda y captura.[76] Es lícito dudar, empero, de su buen éxito, por lo que toca al rastreo de los inframundos urbanos: los cazaesclavos profesionales funcionaban con la ayuda de «propietarios de mesones de la peor reputación, capitanes de barco dedicados al contrabando, traficantes de esclavos, actores, proxenetas, gladiadores y gente parecida», sin mostrarse reacios a ganarse deshonestamente la vida con su cometido.[77]

Una solución particularmente esperanzadora era la que se adaptaba mejor a los pastores y agricultores que a los criados de la ciudad, los artesanos o los tenderos, a saber, echarse al monte y llevar una vida de proscrito, preferentemente en pequeños grupos de fugitivos. Estas bandas fueron un rasgo normal de la sociedad grecorromana y, por supuesto, no se limitaban a los esclavos fugados.[78] No son fáciles de abordar por el historiador, en

74. Véase, por orden cronológico, las *Cartas a los amigos y parientes* [*ad familiares, n. del t.*] 13, 77, 3; 5, 9, 2; 5, 11, 3; y 5, 10, 1.

75. Lisias, *Discurso* 10, proporciona testimonios sobre Atenas alrededor de 400 a. de n. e.

76. Véase esp. Bellen, *op. cit.*, parte I.

77. D. Daube, «Slave-catching», *Juridical Review*, 64 (1952), pp. 12-28.

78. Testimonios sobre el Imperio romano, reunidos en R. MacMullen, *Enemies of the Roman Order*, Cambridge (Mass.), 1966, ap. B; cf. Bellen, *op. cit.*, pp. 92-115. El largo artículo de P. Briandt, «"Brigandage", dissidence et conquête en Asie achéménide et hellénistique», *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 2 (1976), pp. 163-258, no se ocupa de este aspecto del bandidaje.

parte porque algunos autores antiguos se servían de palabras como *latrones* (bandoleros) con entera libertad para designar toda suerte de grupo enemigo y estaban prontos a ver «revueltas de esclavos» en todas partes; y en parte a causa de las inmensas zonas obscuras que mediaban en la realidad entre los proscritos y los asesinos a sueldo de los «respetables» dirigentes de la guerra civil, por un lado, y, por el otro, entre los bandoleros y movimientos de protesta social violenta, de más amplia motivación. Estos últimos fueron bastante rudimentarios y muy confusos en cuanto a objetivos en todos los períodos históricos, hasta tal extremo que hay paralelismo tentador entre el bandidaje antiguo y el difundido «bandidaje social» de sociedades campesinas más modernas, del que Robín de los Bosques es la figura paradigmática.[79]

Sin embargo, me parece que la participación de los esclavos debilita el paralelismo o, por lo menos, lo complica notoriamente, según pone de manifiesto un singular relato griego. En la isla de Quíos, en fecha que no puede concretarse —tal dice el cuento del siglo III a. de n. e. (Ateneo, 6, 265 *c*-266 *c*)—, una banda de esclavos fugitivos que se encontraba en las boscosas montañas capitaneada por Drímaco, resistió felizmente varios intentos de aniquilación hasta que por fin banda y ciudad llegaron a un acuerdo formal: Drímaco limitaría su pillaje a una cantidad establecida según las necesidades, ayudaría además a proteger el grueso de las propiedades de Quíos y sólo aceptaría por nuevos soldados a los esclavos fugitivos que «hubieran sufrido lo indecible», comprometiéndose a devolver los restantes a sus amos. Cuando murió, Drímaco fue heroificado (en el sentido técnico griego) como «el héroe bondadoso».[80]

79. E. J. Hobsbawm, *Bandits*, Londres, 1969 [hay trad. cast.: *Bandidos*, Ariel, Barcelona, 1976]. El único intento de estudiar el fenómeno antiguo a la luz de los modernos análisis sobre bandolerismo social no sabe enfocar satisfactoriamente el papel de los esclavos: F. Flam-Zuckermann, «A propos d'une inscription de Suisse (*CIL*, XIII, 5010): étude du phénomène du brigandage dans l'Empire romain», *Latomus*, 29 (1970), pp. 451-473.

80. Véase Vogt, *Ancient Slavery and the Ideal of Man*, pp. 79-81. A. Fuks ha procurado dar con una auténtica revuelta de esclavos, pero su estudio falla en demasiados puntos esenciales y por su admisión del imposible cálculo de Beloch de una población de 30.000 hombres libres y 100.000 esclavos en la isla: «Slave War and Slave Troubles in Chios in the Third

Las dudas respecto de esta historia, aparentemente improbable, se desvanecen en virtud de un hecho paralelo entre los cimarrones de la Jamaica del siglo XVIII. El *marronage*, la deserción de grupos de esclavos que se instalaban independientemente en «inaccesibles ... e inhóspitos parajes, apartados de los caminos»[81] era frecuente en el Nuevo Mundo prácticamente desde que se introdujo allí la esclavitud. Los casos de más feliz resultado se dieron en Brasil, Guayanas y Jamaica, alcanzando en esta última «un récord quizás único».[82] Durante varias décadas, desde fines del siglo XVII, se llevaron a cabo en Jamaica operaciones militares más o menos continuas, hasta que en 1739, el gobernador, desesperado, firmó un tratado de quince puntos con los dirigentes cimarrones encabezados por el capitán Cudjoe.[83] Algunas de las provisiones casaban con las del acuerdo quiota con Drímaco casi textualmente. Si se cumplían, los tratados comprometían a los rebeldes en la consolidación del sistema esclavista, no en una ulterior amenaza del mismo. Pero el paralelismo desaparece en la segunda parte: los cimarrones se rebelaron contra el capitán Cudjoe y continuaron los conflictos esporádicos en Jamaica durante otro siglo, mientras que Drímaco vivió felizmente y además fue «convertido en héroe», si hay que creer el relato en todos sus detalles.

Los estallidos de violencia esclava han sido numerosos en todas las sociedades esclavistas. Por regla general han sido también de pequeña magnitud, de corta vida y, de manera uniforme, seguidas de un rotundo fracaso (excepción hecha de los pocos esclavos que conseguían eludir un nuevo cautiverio). Los típicos encla-

Century B. C.», *Athenaeum*, n. s., 46 (1968), pp. 102-111; véase J. Vogt, «Zum Experiment des Drimakos: Sklavenhaltung und Räuberstand», *Saeculum*, 24 (1973), pp. 213-219.

81. Price, ed., *Maroon Societies: Rebel Slave Communities in the Americas*, Garden City (N. Y.), 1973, p. 5.

82. Patterson, «Slavery and Slave Revolts: A Sociohistorical Analysis of the First Maroon War, 1665-1740», en *Social and Economic Studies*, XIX (1970), p. 275.

83. El texto en Bryan Edward, *The History... of the West Indies*, Londres, 1807, I, ap. 2, reimpr. en Price, *op. cit.*, pp. 237-239; cf. Patterson, art. cit., pp. 265-275.

ves cimarrones no contaban con muchos centenares de individuos. De las 250 y tantas revueltas que se han señalado en la historia de los Estados Unidos,[84] la mayor y más célebre, la rebelión de Nat Turner en 1831, fue un asunto exclusivamente local que ocupó a unos pocos centenares de hombres durante unos cuantos meses, quedando la lucha real limitada a tres días. Casi todas las «guerras de esclavos» de los autores antiguos eran del mismo calibre. Los cimarrones del capitán Cudjoe llegaban a unos cuantos miles, en una época en que la creciente población esclava de Jamaica era de unos 100.000, mientras que la población blanca no llegaba a diez mil. Lo que hacía excepcionales a los cimarrones era su habilidad para refugiarse en la jungla, los pantanos, las montañas, terreno apto para la guerrilla defensiva. No querían ni derrocar el sistema esclavista ni siquiera hacer la guerra por su causa, en casi todos los casos, si no sufrían ellos ataques.[85] Sólo Drímaco de Quíos nos proporciona un ejemplo antiguo, aunque es posible que otros hayan desaparecido de los registros. Ni Grecia ni Italia ni Sicilia, a fin de cuentas, podían compararse en este aspecto fundamental al Caribe o la Latinoamérica colonial.

En toda la historia sólo ha habido cuatro revueltas de esclavos que hayan alcanzado la magnitud de una auténtica guerra, con muchos miles de hombres armados por ambas partes, con batallas entre ejércitos, con asedio y ocupación de ciudades: las tres de Sicilia y la península itálica entre 140-70 a. de n. e., y la gran revuelta de Haití, que coincidió con la Revolución francesa y que ha de verse como efecto de la misma. Sólo la última, dirigida por negros y mulatos libres, tuvo éxito.[86] No disponemos de una total explicación de las tres antiguas, pero variables claves fueron, sin lugar a dudas, la crisis general sociopolítica que había aparecido en la sociedad romana y la presencia de ingentes cantidades de hombres recién esclavizados, muchos procedentes de las mismas regio-

84. H. Aptheker, *American Negro Slave Revolts*, reimpr. Nueva York, 1963.

85. Esta importante diferenciación la acentúa Degler, «Slavery in Brazil and the United States. A comparison» en *American Historical Review*, LXXV (1970), pp. 351-352.

86. Véase C. L. R. James, *The Black Jacobins: Toussaint L'Ouverture and the San Domingo Revolution*, Nueva York, 1963².

nes de Siria y Asia Menor, y bastantes con cultura y alta posición social para proporcionar directrices efectivas. Sin estos componentes, las revueltas de esclavos no se habrían transformado (ni habrían podido transformarse) en auténticas rebeliones, y la diferencia cualitativa entre aquéllas y éstas me parece insalvable.

No hay nada en particular que justifique la corriente argumentación de que la ausencia de «revueltas serias de esclavos» en la Grecia clásica es «un comentario significativo del trato por lo general blando que recibieron los esclavos durante aquella época».[87] Ni las argumentaciones transhistóricas de que el momento no estaba maduro para una transformación del sistema socioeconómico. No subestimo la enorme dificultad que conllevaría la planificación y puesta en práctica de una revuelta de esclavos de buena magnitud y duración. Sin embargo, otros tipos de grupos explotados se han venido rebelando en condiciones no menos difíciles, con el fin de destruir el sistema opresivo, y no siempre con mal término: los ilotas espartanos, por ejemplo, los súbditos libios de Cartago,[88] o los pueblos colonizados de todo el mundo en nuestros días, estos últimos frente a unas fuerzas represivas monstruosamente mayores que las disponibles por griegos y romanos.

Ni siquiera las más altas cifras que se dan para las más importantes revueltas antiguas, que no podemos conocer con exactitud, pero que sin duda no se subestimaron, dejan de representar una minoría del total de la población esclava de Sicilia o la península itálica. Y los participantes en todos los grupos de proscritos, fugas y escaramuzas fueron cuantitativamente insignificantes. Mis prometidas conclusiones «psicológicas» de superficie comienzan por tanto con la afirmación de que la gran mayoría de los esclavos de la Antigüedad se acomodaban en cierto modo a su situación, bien pasiva y resentidamente, bien de buen talante, o quizás en mayor medida, con una mezcla de ambas actitudes. Por «buen talante» me refiero a todos los millones de seres, sobre todo en las ciudades, que, por su conducta, aceptaron al parecer los valores

87. Westermann, 1955, p. 18.
88. Véase C. R. Whittaker, «Land and Labour in North Africa», *Klio*, 60 (1978), pp. 331-362, en pp. 338-339.

de los hombres libres: en todos los aspectos, desde hacer de asesinos a sueldo, chulos, espías e intrigantes, hasta servir con lealtad en las casas, los talleres y las oficinas de los amos, con la esperanza de la manumisión final, incluso al precio, no pocas veces pagado, de dejar a sus hijos como esclavos.[89] Estos esclavos, con toda seguridad, habían aprendido el sentido y la necesidad de lo que Plinio llamaba virtud y actuaban en consecuencia, cada cual según su capacidad.

¿De qué otro modo habrían podido sobrevivir los esclavos, sino transigiendo y acomodándose? ¿Y de qué otro modo, desde el punto de vista de los propietarios, habría podido sobrevivir todo el sistema y en consecuencia la sociedad?[90] Las alternativas rígidas en lo que respecta a la conducta no han existido jamás en la historia de la esclavitud, e insistir en ellas entorpece toda investigación. «Por cada ejemplo de crueldad física de un lado, el historiador con iniciativa encuentra un ejemplo de bondad del otro.»[91] Esta observación crítica a propósito de los estudios sobre la esclavitud norteamericana es, como hemos visto, igualmente aplicable a los historiadores de la esclavitud antigua. Son los objetores de Wallon los auténticos sentimentales, ya se detengan en los amos o consideren a los esclavos. ¿Qué podemos deducir lícitamente, por ejemplo, de la psicología de los esclavos que rezaban y ofrecían dádivas a los dioses de los griegos y romanos o que se unían a incontables sociedades culturales, en el Imperio romano en particular las relacionadas con el culto del soberano? ¿No había ningún ratero entre ellos, ningún saboteador, ningún fugitivo, en acto o en potencia? Ambos son medios de supervivencia, actos hostiles de un lado, aceptación (aunque sólo sea parcialmente) de los valores dominantes en la sociedad del otro;

89. Hopkins, *Conquerors and Slaves*, Cambridge, 1978, pp. 155-158 y 165-166.
90. De entre la vasta y creciente cantidad de literatura sobre la cuestión en el Nuevo Mundo, me remito (además de las obras ya mencionadas), porque trata de una situación industrial urbana, a C. B. Drew, «Disciplining Slave Ironworkers in the Antebellum South: Coercion, Conciliation and Accomodation», *American Historical Review*, 79 (1973), pp. 393-418.
91. Frederickson-Lasch, «Resistance to Slavery» en *Civil War History*, XIII (1967), p. 119.

y ambos se han dado a menudo en el mismo individuo y grupo de individuos.[92] De estos valores, la religión era una fuerza importante para la adaptación, tanto en la Antigüedad como en el Nuevo Mundo.[93] Pero no había concretamente divinidades ni sectas esclavas: los ritos y las invocaciones particulares llevadas a cabo durante las revueltas de esclavos no eran diferentes, en cuanto a la conducta, de los rezos y sacrificios de los ciudadanos libres en época de guerra y crisis. Todos, libres y esclavos por igual, aceptaban sencillamente la ambigüedad inherente al objeto dotado de alma. Las sociedades, incluso las civilizadas, han puesto de manifiesto repetidas veces su capacidad de sobrevivir durante largos períodos con tales tensiones y contradicciones.

En toda esta pesquisa nuestra he evitado en todo momento cualquier referencia a las afirmaciones directas de la literatura antigua sobre la psicología de los esclavos, y ello por la sencilla razón de que representan las concepciones y esperanzas de la clase propietaria, no de los esclavos, y carecen de rasgos inequívocos en tanto que prueba, salvo cuando se remiten a la ideología de los hombres libres. Hay, no obstante, inteligentes casos de concordancia, y pienso concretamente en Petronio, cuyo saludable «héroe» liberto Trimalción recuerda sin el menor sonrojo o disculpa sus años de esclavo desarraigado, cuando cumplía a las mil maravillas todos los cometidos que se le exigían en el local de su amo, y que en el presente repite el comportamiento de éste hacia sus propios esclavos.[94] Pero nos faltan las pautas necesarias para distinguir entre las diversas expresiones de actitud y opinión. La franqueza ideológica era factible en virtud de la desnudez de la opresión y la explotación: no se necesitaba ni era posible ninguna «falsa conciencia». Ni siquiera los pocos autores que tuvieron un pasado personal de esclavos manifiestan el menor influjo, emotivo

92. *Ibid.*, pp. 127-128. Establecen diferencias entre *intransigencia* [*intransigeance*], «estrategia personal de supervivencia», y *resistencia* [*resistance*], «concepto político».
93. Las abrumadoras pruebas antiguas ya disponibles en Bömer, *op. cit.*, las norteamericanas en Genovese, *op. cit.*
94. P. Veyne, «Vie de Trimalcion», *Annales, E.S.C.*, 16 (1961), pp. 213-247; la crítica de F. Dupont, *Le plaisir et la loi*, París, 1977, pp. 9-16, me parece en conjunto mal dirigida.

o intelectual, de esta experiencia, en las obras que han sobrevivido: nada que los distinga de los autores que carecieron de este pasado característico. Esto puede verse en las obras de teatro de Terencio y en las *Diatribas* de Epicteto, el uno probablemente y el otro con toda seguridad un ex-esclavo, así como en los poemas de Horacio, nacido libre de un hombre que había sido esclavo.[95]

No disponemos más que de un intento antiguo de análisis de la esclavitud: el del libro primero de la *Política* de Aristóteles. Las actitudes y los matices ideológicos, por el contrario, se aprecian en miles de pasajes de toda la literatura. Que no son siempre iguales no precisa demostración, pero no se ha reconocido suficientemente que dominan determinados elementos. Uno es el miedo.[96] Si no se ejecuta a los 400 esclavos de Pedanio Secundo, preguntaba el jurista Casio Longino durante la polémica en el Senado (Tácito, *Anales*, 14, 43), ¿quién estará seguro? Un segundo elemento, consecuencia lógica de la ecuación esclavo-foráneo, es el racismo, término en que insisto a pesar de la ausencia del estigma

95. Los repetidos intentos de encontrar pruebas del origen esclavo de Terencio en sus propias obras han terminado con Spranger, *Historische Untersuchungen zu den Sklavenfiguren des Plautus und Terenz*, en *Akad. Mainz*, n.º 8 (1960), esp. pp. 90-98. Highet, art. cit., p. 269, piensa que Horacio, «naturalmente», escribió «mucho sobre los esclavos y la esclavitud», porque el «tema le obsesionaba» y le parece «sorprendente» que el tono del poeta «raramente sea simpático y a menudo descienda hasta la crueldad». Estos juicios no hacen más que reflejar el propio criterio moral de Highet sobre la esclavitud, así como su concepción puritana de la sexualidad: al margen de la referencia en un poema a la servidumbre paterna (véase más arriba, nota 25), no encuentro nada que diferencie a Horacio, en lo tocante al enfoque de la esclavitud, de muchos otros autores romanos y griegos, y dudo que nadie hubiera sugerido lo contrario de no conocerse sus orígenes. Lo mismo cabe decir de los comentarios sobre Epicteto diseminados en el magnífico ensayo de Mazzarino, *Il pensiero storico classico*, Bari, 1966, II, 2, pp. 131-199, titulado «Los "Esclavos Célebres" y las contradicciones de la época imperial», que trata en profundidad de Plutarco, Apiano y otros intelectuales del siglo II. El título de Mazzarino procede de la obra de un gramático, un ex-esclavo llamado Hermipo (de Berito [hoy Beirut, *n. del t.*]), del que consta escribió una obra monográfica sobre los esclavos célebres en el campo de la cultura. «A primera vista —dice Mazzarino (p. 177)—, nos asalta la tentación de relegar la monografía ... al limbo de las obras de curiosa erudición. Pero haríamos mal». La vacilación en la inteligente y erudita especulación que sigue se basa precisamente en que hoy no conocemos nada de dicho texto.
96. Un ejemplo satisfactorio, en Burckhardt, *op. cit.*, I, p. 149.

del color de la piel; a pesar de la variedad de pueblos que componían la población esclava antigua; a pesar de la frecuencia de la manumisión y sus resultados característicos. El efecto no cuaja en un concepto de «raza» aceptable para los biólogos modernos ni en un concepto bien definido y sostenido con coherencia, sino en una opinión incorporada por lo general al habla corriente, lo mismo entonces que ahora. Había esclavos griegos en Grecia y esclavos itálicos en Roma, pero se trataba de casualidades desdichadas; las expresiones ideológicas giraban invariablemente alrededor de los «bárbaros», los extranjeros, que componían la gran mayoría.

Hay un relato en Heródoto (4, 1-4) que resulta ejemplar, no como historia, puesto que es ficticio de pies a cabeza, sino como exponente ideológico. Los escitas, dice el cuento, habían invadido la tierra de los medos en el curso del siglo VI a. de n. e. y permanecieron allí durante veintiocho años. Surgió lo inevitable: en Escitia creció una nueva generación, descendiente de las mujeres escitas que se habían quedado y de los esclavos varones. Cuando los escitas volvieron de Media, la nueva generación, demasiado consciente de su dudoso origen, tomó las armas contra ellos. La lucha continua, centrada en el rincón nororiental de la península de Crimea, no arrojó ningún resultado hasta que un día un escita se dio cuenta de que estaban utilizando una mala táctica. Lo único que conseguimos es matarnos entre nosotros, dijo, y al mismo tiempo matamos a nuestros esclavos. Dejad las armas y que cada cual empuñe un látigo. «Mientras nos vieron con armas, se consideraron nuestros iguales y de igual nacimiento. Pero una vez que nos vean con los látigos en la mano, comprenderán que son nuestros esclavos y, dándose cuenta, depondrán toda resistencia.» Como, en efecto, ocurrió. Nada más ver todo el ejército de escitas armado con látigos, los esclavos abandonaron corriendo el campo de batalla.

No estamos obligados a creernos la historia. Pero estamos obligados, me parece, a creer que refleja un punto de vista, una actitud, un encuadre intelectual compartidos. Con Aristóteles estos factores se convirtieron en la teoría, expuesta en el libro primero de la *Política*, de que la esclavitud es una institución natural y

por tanto «buena y justa» (1.254 *a* 18). Inevitablemente ha habido cierta tendencia entre nuestros clasicistas a ignorar esta sección de la *Política*; Aristóteles estaba experimentando, se ha dicho, y él mismo se sentía insatisfecho y consciente de los defectos de su demostración. La defensa no se tiene en pie: confunde la apercepción aristotélica de que algunos hombres son incorrecta e injustamente esclavizados con la naturalidad de la institución en sí misma, y pasa por alto la total integración de esta doctrina en la obra de Aristóteles, como ocurre con el análisis de la *philía* respecto de la *Ética a Nicómaco*.[97] En cualquier caso, los griegos y los romanos no fueron, en su mayor parte, ni filósofos ni teóricos y siguieron creyendo puntualmente, con Heródoto que —salvadas las inevitables excepciones— los esclavos, en tanto que clase, eran seres inferiores, inferiores en su psicología, en virtud de su naturaleza. Esto es lo que palpita, por ejemplo, debajo del lugar común típico de los discursos republicanos, cuando hablan de que judíos, sirios, lidios, medos, por cierto todos asiáticos, han «nacido para la esclavitud».[98] Y hay muchas citas interesantes a nuestra disposición (aunque quizá ninguna tan elegante y arrebatadora como el relato de Heródoto), tanto de la Antigüedad como de las sociedades esclavistas modernas.

Lo que no evitaba que ciertos autores, en determinados contextos, se sirvieran de los esclavos para analizar la conducta y la naturaleza humanas, como también se servían de los bárbaros;[99] ni, en el caso de los dramaturgos, evitaba que el público gozara del juego y, ciertamente, lo exigiera. Lo sorprendente es que los comentaristas modernos, que por lo general no aceptan semejante material como prueba sobre los escitas, persas o egipcios verdaderos, la acepten incoherentemente como información válida sobre los verdaderos esclavos. ¿Puede nadie sugerir con seriedad —en razón de que el bufón esclavo de Aristófanes sea un agente obe-

97. Milani, *op. cit.*, pp. 104-139. No estuve muy seguro de esto en «Aristotle and Economic Analysis», *Past and Present*, 47 (1970), pp. 3-25.
98. Livio, 35, 49, 8; 36, 17, 5; Cicerón, manifiestamente en *De las provincias consulares*, 10, implícitamente en *En defensa de Flaco*, 65. Cf. Himmelmann, *op. cit.*, sobre las representaciones pictóricas griegas.
99. Véase, por ejemplo, H. H. Bacon, *Barbarians in Greek Tragedy*, New Haven, 1961.

diente sin iniciativa propia, mientras que en Menandro se ha convertido en un intrigante, orgulloso de su superioridad intelectual y de su ingenio, que resuelve para su propietario problemas que este último no sabe afrontar—[100] que se produjo un cambio significativo en el curso de las décadas intermedias en la naturaleza de los esclavos y de la esclavitud? ¿O que el lenguaje y las metáforas militares tan queridas por los esclavos de Plauto reflejaran el habla o el pensamiento de los esclavos romanos del 200 a. de n. e. aproximadamente? [101] Más aún, las bromas tenían que detenerse cuando se llegaba a cierto límite: no había solidaridad entre los esclavos y jamás el esclavo, a pesar de su superioridad como intrigante, superaba a su amo en moralidad o le daba ejemplos morales.[102]

Sólo los moralistas, que se dirigían a un reducido público de élite, se atrevían a enfrentar a amo y esclavo en materia de virtud, y si lo hacían era mediante un truco elemental que quitaba el aguijón.[103] Aristóteles comenzaba su análisis con una nota polémica que implicaba la existencia de escritos que negaban que la esclavitud fuese una institución natural. No daba el nombre de sus oponentes y es difícil localizarlos entre la literatura superviviente; por una casualidad se ha descubierto que Eurípides era uno de ellos.[104] Platón seguro que no: puede demostrarse que la teoría de la esclavitud natural se encuentra implícita en toda su obra y cabe concluir con toda seguridad que habría estado de acuerdo en lo esencial con la argumentación de Aristóteles.[105] ¿Y después de Aristóteles? Una respuesta sencilla nos dice que, por lo que sabemos, nos dio no sólo el primero, sino también el último

100. Leo Salingar, *Shakespeare and the Tradition of Comedy*, Cambridge, 1961, cap. 3.
101. Spranger, *op. cit.*, pp. 40-42.
102. Spranger, *op. cit.*, pp. 32-35 y 112-113, respect.
103. Para lo que sigue, el mejor trabajo es el olvidado libro de Milani, *La schiavitù nel pensiero politico: dai Greci al Basso Medio Evo*.
104. K. Synodiou, *On the Concept of Slavery in Euripides*, Ioannina, 1977, con estudio de la copiosa bibliografía.
105. Véase Vlastos, «Slavery in Plato's Thought», en *Philosophical Review*, I. (1941); cf. Morrow, *Plato's Law of Slavery and Its Relation to Greek Law*, 1939, a propósito de la severidad de las *Leyes* de Platón respecto de los esclavos.

análisis sistemático y formal sobre el tema en la Antigüedad. La filosofía ética postaristotélica estuvo caracterizada por una clara ruptura entre moral y sociedad, por la firme localización de la virtud en el alma del individuo y por la consiguiente insistencia en la indiferencia hacia rasgos exteriores tales como la condición social, incluyendo la libertad personal en el sentido jurídico. Este es el truco elemental a que he hecho referencia.

El ejemplo más ameno de la nueva concepción es el relato apócrifo que cuenta que cuando Diógenes el Cínico fue capturado por unos piratas y puesto en pública subasta, señaló a un corintio de la multitud y dijo: «Vendedme a ése, que necesita un amo» (Diógenes Laercio, 6, 74). El más serio se encontrará en los numerosos e importantes fragmentos del estoico Crisipo, por lo menos a él atribuidos, de mediados del siglo III a. de n. e. Pero el tema de la esclavitud, como la ética en general, no tardó en ser abandonado por los que aún podían llamarse lícitamente filósofos, y dejado en manos de los oradores y moralistas. Es entre estos últimos, sobre todo en Séneca, Epicteto y Dión Crisóstomo, donde han de encontrarse las bien conocidas disquisiciones sobre la esclavitud, que tanto destacan en los balances modernos, todas ellas caracterizadas por «un desinterés absoluto hacia los asuntos sociales y políticos».[106] No hay duda de que eran honrados en cuanto a intención, pero la retórica contra el exceso y la brutalidad, dirigida a los amos, *aconsejaba obediencia a los esclavos.* Lo mismo puede decirse de los primeros cristianos, desde los Evangelios hasta san Agustín. Aparte de la introducción del pecado original en el concepto de esclavitud natural y su preocupación por problemas tan característicos como la legalidad de la tenencia de esclavos cristianos por amos judíos, ni el Nuevo Testamento ni los Padres de la Iglesia añadieron nada significativo a la retórica de los estoicos romanos.

No es esta la lección usual de los romanos estoicos o los Padres de la Iglesia. En lo que se ha convertido rápidamente en el ensayo modelo sobre Séneca y la esclavitud, Richter dice que Séneca, sobre todo en la *Epístola moral* n.º 47, fue «cofundador de nuestro

106. Milani, *op. cit.*, p. 221.

sistema de valores», el hombre que «enriqueció la polémica introduciendo lo auténticamente humano como impulso activo», el «primero y esencialmente el único portavoz literario» de la «interpretación de los principios jurídicos» en la «conciencia social». Pueden encontrarse ecos, prosigue Richter, justificadamente, en las cartas de Plinio el Joven (sobre todo 8, 16).[107] Pero el Plinio que estaba orgulloso de su *humanitas* también defendió la ley que sostenía la responsabilidad de toda la *familia* cuando un amo era muerto a manos de su esclavo. «Nadie —escribió a un amigo a propósito del caso de Larcio Macedo (3, 14, 5)— puede estar seguro a causa de su amabilidad y tolerancia; los amos son muertos por obra de la maldad, no de la razón [*iudicio*]». No hay contradicción aquí: por el contrario, los dos aspectos han de considerarse juntos, cosa que no suelen hacer los comentaristas modernos. La *humanitas* de Séneca y de Plinio, como el ocasional decreto imperial que tendía a suavizar tal o cual violencia contra los esclavos, y que sin duda ayudaba a los esclavos individuales en su relación personal (hasta donde las leyes eran practicables y practicadas), servía para reforzar la institución, no para debilitarla. Platón lo había comprendido así mucho antes (*Leyes*, 6, 777 *d-e*).[108] Y todos estaban de acuerdo en que la institución debía conservarse. En dos ocasiones diferentes el emperador Constantino dictó leyes que protegían a los amos que, en el ejercicio de su «autoridad doméstica», hubiesen golpeado a sus esclavos hasta matarlos (*Código teodosiano*, 9, 12, 1, 2): «estarán libres de culpa si corrigiendo las peores acciones quisieron mejorar la conducta de sus

107. Richter, «Seneca und die Sklaven», en *Gymnasium*, LXV (1958), páginas 198, 212 y 216 respect. Conviene decir que Richter evita muchas de las extremadas afirmaciones sobre la influencia de Séneca en la legislación o la política romanas. M. T. Griffin, *Seneca, a Philosopher in Politics*, Oxford, 1976, niega prácticamente toda influencia —«las opiniones de Séneca sobre la esclavitud se reflejaron poco en su labor de consejero imperial» (p. 284)— y advierte en particular (pp. 280-281) de la improbabilidad de que Séneca interviniese en el bando «humano» durante el debate senatorial que siguió al asesinato de Pedanio Secundo. Sin embargo, el capítulo 8, «Séneca y la esclavitud», se basa en la afirmación (p. 275) de que «las opiniones de Séneca acerca de la esclavitud fueron justamente admiradas».

108. No puedo convenir con Richter, art. cit., en que hay en este punto una diferencia radical entre Platón y Séneca.

criados. Es nuestro deseo que en tales acciones ... no haya indagación ... sobre si en el castigo hubo intención de matar o simplemente de castigar».

Con lo que hemos llegado a un círculo vicioso: termino como empecé, insistiendo en la tajante diferencia entre un trato más o menos humano de los esclavos particulares por amos particulares y la inhumanidad de la esclavitud como institución. Vogt se puso en camino para «ver de qué forma podían entrar los esclavos en la esfera moral» y encontró una en los soliloquios del «buen esclavo» plautino. «Aunque —escribe— los motivos de tales sentimientos parezcan ser el miedo al castigo o la esperanza de que se le conceda la libertad, todavía tenemos la impresión de que se trata de un criado honrado y sincero».[109] El fantasma de Wilhelm Humboldt es demasiado palpable, y detrás de éste el de Séneca y san Pablo, pidiendo resignación y obediencia en nombre de valores superiores. Pero no hay nadie que considere la creación de criados honrados y sinceros como uno de los más altos objetivos morales de la humanidad, ni la resignación ante la esclavitud como una virtud moral. Mi tema, esclavitud y humanidad, se hunde así en la entraña de la polémica ético-ideológica *moderna*, que es tanto especialidad del filósofo y el teólogo como del historiador.

109. Vogt, *Ancient Slavery and the Ideal of Man*, pp. 129 y 131.

Capítulo 4

LA DECADENCIA DE LA ESCLAVITUD ANTIGUA

En el año 404, la noble dama romana Melania (la joven), considerada descendiente de la antigua *gens* de los Valerios, acabó por convencer a su no menos noble marido Piniano de que se desprendiera de los bienes mundanos y llevara una vida santa y cristiana. No fue fácil. Sus fincas rurales, repartidas por toda Italia, Sicilia, Hispania, Bretaña y África del Norte, rentaban unos ingresos anuales de 1.600 libras romanas de oro. Ni siquiera la sedicente emperatriz Serena era capaz de pagar el precio de su mansión urbana de Roma. Las amenazas bárbaras hacían vacilar a los compradores de tierras en ciertas regiones; de hecho, las propiedades hispanas no se vendieron sino muchos años después, cuando Melania llevaba una vida pobre en Palestina. Pero lo consiguieron y las vastas sumas obtenidas se emplearon en una gama de obras santas y caritativas. Además, de todos sus esclavos, la dama manumitió a 8.000, según el contemporáneo obispo Paladio. Este número incluía sólo a los que quisieron aceptar la libertad; la dama poseía muchísimos más: su biógrafo latino dice que una propiedad cercana a Roma comprendía ella sola 60 aldeas, cada una con unos 400 esclavos dedicados a la agricultura, con un total aproximado de 24.000.[1]

1. Los datos han de buscarse en las biografías griega y latina de Melania, y en la *Historia Lausíaca* de Paladio. Hay una buena edición moderna de la biografía griega, a cargo de D. Gorce, París, 1962.

No es preciso creer en estas cifras, pero hay que aceptar que los autores del siglo v y aun posteriores tenían por verosímiles estas enormes cantidades. En los últimos años bélicos del rey godo Alarico, 408-410, precisamente mientras Melania se ocupaba en desprenderse de sus esclavos, los emperadores hacían lo imposible por evitar la esclavitud de los campesinos ilirios que huían de los bárbaros, de los cautivos que habían sido rescatados por ellos e incluso de la tribu bárbara llamada de los escirianos, que habían sido instalados a la fuerza en el imperio como *coloni*.[2] Una generación antes, los oficiales romanos que defendían las fronteras ante los mismos godos estaban tan ocupados en traficar con esclavos con el enemigo que las defensas romanas se descuidaron.[3] En consecuencia, cuando los visigodos se instalaron en Hispania, adoptaron muchas estipulaciones tocantes a la esclavitud en su versión vulgar del derecho romano, aunque la institución había carecido de importancia en su propia sociedad durante el período de las migraciones. En el código del rey Ervigio, que gobernó entre 680-687, se incluyeron veintiuna disposiciones en el Libro IX que estipulaban penas terribles para los que acogieran a los esclavos fugitivos y otro apartado exigía que todos los propietarios donaran uno de cada diez esclavos al ejército, en aquel momento agobiantemente falto de hombres. Poco después, el XVI Concilio de Toledo dictaminaba que no se concedía ningún derecho al sacerdote de las parroquias «muy pobres», consideradas como tales las que poseían menos de diez esclavos.

Estos ejemplos —y muchos otros que pueden citarse— son suficientes para explicar por qué Marc Bloch comenzaba su ensayo «Cómo y por qué se dio fin a la esclavitud antigua», de publicación póstuma, diciendo, contra la opinión todavía corriente: «En el mundo romano de los primeros siglos [a. de n. e.],

2. *Código teodosiano*, 10, 10, 25; 5, 7, 2; y 5, 6, 3 respect.
3. Temistio, *Discursos*, 10, 136 B; cf. P. D. King, *Law and Society in the Visigothic Kingdom*, Cambridge, 1972, pp. 159-180, para otras referencias y para lo que sigue inmediatamente en nuestro texto; asimismo, Nehlsen, *Sklavenrecht zwischen Antike und Mittelalter*, Gotinga, 1972, cap. 4; D. Claude, «Soziale Spannungen im Westgotenreich», *Klio*, 60 (1978), páginas 311-325; Verlinden, *L'esclavage dans l'Europe médiévale*, Brujas, 1955, páginas 59-102.

había esclavos en todas partes ... En la época de las invasiones [germánicas] y en el primer período de los reinos bárbaros, había aún muchos esclavos en toda Europa, más, al parecer, que a comienzos del Imperio».[4] Sin embargo, hay un serio problema terminológico, que Bloch admitió, pero no tomó tal vez demasiado en cuenta. ¿Eran esclavos todos los *servi* de los códigos germánicos? Las leyes visigodas, por ejemplo, no conocen a los *coloni*, y sin embargo sabemos que existían y que eran importantes en el reino visigodo. ¿Hemos de suponer que los *coloni* se incluían entre los *servi*? Es sabido que los redactores de las constituciones imperiales del bajo imperio fueron «incapaces» de «definir» al *colonus* de manera aceptable para los elegantes juristas clásicos. Considérese una ley como la de Constantino tocante a que los *coloni* que optaran por huir «debieran encadenarse como esclavos, para obligarles mediante castigo servil a cumplir los deberes propios de ellos como hombres libres»; o la de Valentiniano I, acerca de que *coloni* e *inquilini* serán «esclavos de la tierra, no según la obligación del tributo, con el nombre y título de *coloni*».[5] Los emperadores del siglo IV estaban preocupados por las finanzas imperiales; «no pensaron en redactar las normas del colonato».[6]

Los códigos jurídicos y las hagiografías, por desgracia, constituyen nuestro mayor cuerpo de testimonios sobre la esclavitud del bajo Imperio romano, y el hecho plantea difíciles cuestiones de método. Los paralelismos contemporáneos sugieren que el esqueleto de las promulgaciones da a menudo una falsa imagen de lo que realmente acontecía en la sociedad. No es por tanto ilógico preguntarse, por ejemplo, con cuánta frecuencia o facilidad recibían los esclavos satisfacción práctica bajo las leyes «humanitarias» que con tanto entusiasmo citan los historiadores modernos.[7] Del mismo modo, veintiuna disposiciones sobre los fugitivos en un código visigodo sugieren que la ley se violaba con regularidad. En otros casos, una rápida serie de promulgaciones incoherentes, incluso contradictorias, podía ocultar un conflicto subyacente a propósito de algo distinto de la materia que ostensiblemente se normatizaba: el título 12 del libro IV del *Código teodosiano*, sobre el *senatus consultum claudianum*, da la sensación de que los emperadores del siglo IV no sabían encontrar la política exacta de los matrimonios entre mujeres libres y esclavos, mientras que aparece como expresión de superficie de la etapa final de la lucha ideológica entre paganos y cristianos.[8] Además, muchas de las promulgaciones de los códigos se dirigían en primera instancia a funcionarios locales, en respuesta a situaciones locales. El hecho de que fueran dignamente mentados en las codificaciones nos dice algo de la psicología de las cancillerías imperiales, pero no necesariamente de la situación general de todo el imperio.[9]

4. Originalmente publicado en *Annales, E.S.C.*, 2 (1947), pp. 30-44 y 161-170, el artículo se ha reimpreso en Finley, ed., *Slavery in Classical Antiquity*, 1968, pp. 204-228.
5. *Código teodosiano*, 5, 17, 1, y *Código justinianeo*, 11, 53, 1 respectivamente.
6. Fustel de Coulanges, «Le colonat romain» en *Recherches sur quelques problèmes d'histoire*, París, 1885, p. 92.

Los profanos no eran, por supuesto, más precisos. Víctor Vitense, obispo norteafricano de finales del siglo V, se quejaba, en tres pasajes distintos y sin relación alguna, del horrible trato que se daba a los obispos católicos en el África dominada por los vándalos: eran reducidos a *servi vandalorum* (1, 14), eran obligados a realizar *labores rusticani* impropias de *viri ingenui* (2, 10), eran *relegati colonatus iure* (3, 20). Que Víctor se refería a lo mismo en cada expresión está fuera de duda. Un siglo antes, Libanio de Antioquía, que escribía en griego en la otra punta del imperio, se refería en su discurso 47 a los *georgoi, hoi ergazomenoi*, *oiketai*, *somata*, *douloi* y *ergatai*, términos que creo si-

7. Sobre la esclavitud del Nuevo Mundo, véase los amargos comentarios, precisamente sobre esta cuestión, que baraja Stroud, *op. cit.* Su pesimismo lo comparte, por ejemplo, Degler, «Slavery in Brazil and the United States», art. cit., pp. 345-348, y, con menos predisposición, Genovese, *op. cit.*, páginas 25-49. Volveré a este apartado más abajo, en relación con los *coloni*.
8. E. Andreotti, «L'applicazione del "Senatus Consultum Claudianum" nel Basso Impero» en E. C. Welskopf, ed., *Neue Beiträge zur Geschichte der alten Welt*, 2, Berlín, 1965, pp. 3-12.
9. Véase, por ejemplo, G. I. Luzzatto, «Ricerche sull'applicazione dalle costituzioni imperiali nelle Provincie», en G. G. Archi, ed., *Studi... in onore di C. Ferrini*, Milán, 1946, pp. 263-293.

nónimos, todos alusivos a los campesinos sirios cuya condición social no puede definirse con una sola palabra moderna, que estaban sometidos a un amo (*despotes*) y que sin embargo no eran esclavos (a pesar de la mención del término *douloi* en el texto).[10] Este discurso es célebre a pesar de su obscuridad —la abundante literatura al respecto lo demuestra generosamente—,[11] pero debemos preguntarnos si era igual de obscuro para los contemporáneos. Hace falta recordar de vez en cuando que ni Víctor ni Libanio querían proporcionar pruebas a los historiadores y estudiosos del derecho romano del siglo XX, y que los procónsules y demás destinatarios de las normativas imperiales no tenían ningún problema con el lenguaje: sabían muy bien cómo interpretar las leyes aun sin escribir un ensayo erudito sobre las diferencias entre esclavos, *coloni* y demás.

Hace más de cuarenta años argüía Paul Collinet que la profusión de términos técnicos en los documentos jurídicos no es una simple confusión, sino un reflejo de las realidades sociales del bajo Imperio, de las variantes locales, por ejemplo, o de las condiciones sociales distintas de distinto origen que podían o no haber confluido.[12] Se trata de un argumento serio, pero, que yo sepa, nadie lo ha probado mediante el estudio sistemático de la terminología. La costumbre de hacer inferencias e incluso amplias generalizaciones a partir de textos sueltos o cierta cantidad de textos dispersos no ha hecho avanzar mucho nuestros conocimientos y no es probable que resulte más fructífera en el futuro. Cada cual tiene su pasaje favorito del *Código teodosiano*, al igual que, en una época anterior, se podía citar a Columela (1, 7, 6-7) sobre la informalidad de la mano de obra esclava o a Plinio el Joven (9, 37, 2-3) sobre la informalidad de los arrendatarios libres, según el gusto o la predisposición.

10. En esta época, *dominus* se empleaba sin su estricta y clásica acepción de propiedad, por ejemplo como sinónimo de *patronus*: véase Seyfarth, *Fragen der spätrömischen Kaiserzeit im Spiegel der Theodosianus*, Berlín, 1963, pp. 87-89.

11. Véase L. Harmand, *Libanius, Discours sur les patronages*, París, 1955, que hay que utilizar con precaución.

12. P. Collinet, «Le colonat dans l'Empire romain», en *Recueils... Jean Bodin*, 2 (1937), pp. 85-122.

Lo que se nos antoja confusión es en efecto capital para toda la cuestión de la decadencia de la esclavitud en la Antigüedad. «Decadencia» es un término arriesgado. Esclavitud no es una categoría moral, comparable a buenos modales u honradez; es una institución que desempeñaba diversas funciones, en particular la de proveer de una parte importante del contingente de mano de obra. Mientras hace falta mano de obra, la esclavitud no puede desaparecer *tout court*; ha de reemplazarse. Creo correcta la impresión de que el Imperio romano conoció al final una lenta y cuantitativa decadencia en cuanto a los esclavos, aunque la investigación reciente nos pone de manifiesto que la magnitud del descenso fue menor que el que suele creerse (y que sigue repitiéndose demasiado a menudo). De ser así, es posible que se diera un cambio en la condición social y organización del trabajo. Pero ¿dónde? ¿En qué sector o sectores de la fuerza de trabajo? La «localización» es capital para la decadencia de la esclavitud, como lo fue para su establecimiento.

La ausencia de estadísticas, serio obstáculo para el análisis, se complica por la escasez de material comparativo apropiado. Tres diferencias básicas impiden las comparaciones con las sociedades esclavistas del Nuevo Mundo. Primera, la esclavitud del Nuevo Mundo existió dentro del más amplio contexto de una sociedad europea basada en el trabajo asalariado libre y la creciente industrialización, mientras que la antigua se dio en un contexto preindustrial y coexistió con otros tipos de trabajo subordinado, no con el trabajo libre asalariado. Segunda, la esclavitud del Nuevo Mundo no decayó durante un largo período de tiempo; se abolió, muy espectacularmente, con la guerra civil norteamericana. Y tercera, dependiente de las otras dos, la esclavitud moderna fue reemplazada por mano de obra libre, no (salvo episódicamente) por otras formas de trabajo subordinado.

Estamos pues obligados a buscar las soluciones sin contar con mucha ayuda de otras partes. Hay a mano diversas explicaciones convencionales. La primera puede descalificarse en el acto —me refiero al argumento humanitarista, ya se crean estoicos o cristianos, o ambas cosas, los agentes morales—, según hice más arriba. Ni las exhortaciones ni las raras promulgaciones tienden

tes a tratar con honradez a los esclavos fueron medidas antiesclavistas en intención o efectos. Cuando Constantino ordenó en 315 que los esclavos condenados a trabajar en las minas o a combatir en el circo fueran marcados en las manos o las piernas y no en la cara (*Código teodosiano*, 9, 40, 2), los prudentes propietarios que habían marcado a los fugitivos en el pasado recurrieron a argollas de bronce grabadas, treinta y cinco de las cuales se descubrieron hace tiempo, una en Cerdeña, con el nombre del propietario, el arcediano Félix.[13] Pocas huellas de abolicionismo pueden detectarse aquí, no más que en la serie de estipulaciones papales y conciliares, desde principios del siglo V, que limitaban y hasta prohibían la manumisión de los esclavos que fueran propiedad de las iglesias o de los clérigos.[14] La propiedad de la Iglesia, se decía una y otra vez, debe conservarse. Las santas Melanias son, por supuesto, irrelevantes en este contexto: eran laicos que se desprendían, como individuos, de sus riquezas, no sólo de sus esclavos, y nadie ha intentado argumentar que el cristianismo primitivo fuera responsable de la abolición de la propiedad privada, o luchara por ella.

El segundo tipo de explicación se basa en la «teoría de las conquistas» ya analizada en el segundo capítulo de este libro. Roma, dice esta argumentación, tenía que pagar el precio de su expansión incontenible; cuantas más partes del mundo se incorporaban a su imperio, más y más tribus y naciones, en consecuencia, quedaban inmunes a la esclavización; las conquistas orientales de Roma arrojaron cientos de miles de hombres, mujeres y niños al mercado de esclavos mientras aquéllas siguieron su curso, pero no tras las colonizaciones finales, primero de Grecia, luego de Asia Menor y Siria; lo mismo le ocurrió a César en las Galias, etc. Hay cierta verosimilitud en este razonamiento, pero es demasiado vacilante para proporcionar una explicación satisfactoria de la decadencia de la esclavitud.

Las conquistas casi habían terminado ya en el momento de

13. G. Sotgiu, «Un collare di schiavo rinvenuto in Sardegna», *Archeologia classica*, 25-26 (1973-1974), pp. 688-697; cf. Bellen, *op. cit.*, pp. 23-29.
14. Véase F. Fabbrini, *La manumissio in ecclesia*, Milán, 1965, páginas 227-243.

la muerte de Augusto, en 14 de n. e.; ¿por qué la presunta deficiencia de contingente no comenzó a hacer estragos en la generación siguiente?[15] En primer lugar, la brecha que se abría entre las normas jurídicas formales y la práctica era, también aquí, muy grande. Hace un siglo advertía Mommsen que, casi sin excepciones, los esclavos cuyo origen se especifica en las fuentes literarias o epigráficas eran o de Italia o de las provincias *interiores* del imperio. La investigación posterior ha confirmado esta observación.[16] Muchos de estos esclavos «internos» llegaban al mercado en virtud de su linaje o en virtud de la práctica corriente de «exponer» a los niños indeseados,[17] aunque no menos también gracias a actividades delictivas, como el secuestro de niños o la compra de recién nacidos libres, que ayudaban a mantener el negocio de los traficantes de esclavos. En segundo lugar, aunque la violencia en bloque de los siglos anteriores había terminado con Augusto, no fue éste el caso de la guerra, y los prisioneros de guerra siguieron vendiéndose y engrosando la esclavitud con

15. Con las debidas reservas, doy las cifras totales de inscripciones sobre manumisión conocidas, procedentes de Tesalia y Grecia central y septentrional, ya analizadas por Babacos en 1966: del siglo II a. de n. e., 119; del siglo I, 91; de los reinados de Augusto y Tiberio, 238; del siglo I de n. e. a partir del año 37 (muerte de Tiberio), 82; de los siglos II y III, 127: cf. A. M. Babacos, *Actes d'aliénation en commun... de la Thessalie antique*, Tesalónica, 1966, ap. A.
16. T. Mommsen, «Bürgerliches und peregrinisches Freiheitsschutz im römischen Staat», en sus *Juristische Schriften*, 3, Berlín, 1907, pp. 1-20 (publicado originalmente en 1885). La observación fue luego comprobada y afirmada por M. Bang, «Die Herkunft der römischen Sklaven», *Römische Mitteilungen*, 25 (1910), pp. 223-251; 27 (1912), pp. 189-221. El análisis de Bang ha sido correctamente desautorizado, no sólo por cuestiones de detalle, sino también por lo que afecta a los principios estadísticos de base, sobre todo la fiabilidad y cualidad aleatoria de su ejemplario: sobre esto último, véase F. G. Maier, «Römische Bevölkerungsgeschichte und Inschriftenstatistik», en *Historia*, 2 (1953-1954), pp. 318-351, en pp. 344-347; sobre detalles, por ejemplo, A. Bodor «Dacian Slaves and Freedmen in the Roman Empire and the Fate of the Dacian Prisoners of War», *Acta Antiqua Philippopolitana* (1963), pp. 45-52. Pese a todo, me parece imposible dudar de la corrección de la única consecuencia que he sacado de su documentación.
17. Los «expósitos» se han resistido hasta ahora a todo criterio cuantitativo o cuasi-cuantitativo, esencial para la evaluación de la importancia como fuente de abastecimiento de esclavos en la Antigüedad. Sobre quizás el mejor testimonio del Egipto romano, véase Biezunska-Malowist, *op. cit.*, II, páginas 21-26, con bibliografía para otros períodos y zonas.

tanta regularidad como antes: bajo los Julio-Claudios, los Antoninos, los Severos y después. Por último, los traficantes tenían libre acceso a todos los territorios ajenos al dominio romano, al mundo germánico en particular. Los historiadores suelen olvidar esto, presumiblemente a causa de la tácita e insostenible hipótesis de que los germanos no fueron satisfactorios como esclavos. Sin embargo, el tráfico de germanos en gran escala está documentado desde los siglos III, IV y V, y no entiendo por qué los historiadores modernos piensan que fue ésta una fuente inferior a los otros pueblos «bárbaros» que habían demostrado una total adecuación durante siglos, tanto entre los griegos como entre los romanos. Verlinden comprendió la dificultad y la soslayó alegando que por esta época el colonato «se encontraba sólidamente atrincherado».[18] Pero esto es una petición de principio.

Desgraciadamente hay un subproducto de la «teoría de las conquistas» que exige una breve consideración. La argumentación pseudoestadística de A. H. M. Jones de que el precio de los esclavos se multiplicó unas ocho veces entre los siglos IV a. de n. e. y II de n. e. se ha afianzado a pesar de las evidentes vacilaciones y errores de cálculo: las fórmulas sencillas vienen como anillo al dedo: el fin de la expansión romana agotó los contingentes de esclavos, a esto siguió un incremento de los costes que los volvió irrentables y que en consecuencia condujo a los patronos a buscar otras fuentes.[19] La argumentación, francamente, no tiene el menor valor. Es absurdo inferir tendencias que abarcan más de seis siglos de un puñado de precios aislados (algunos de ellos claramente ficticios) mencionados por testigos procesales atenienses, poetas griegos y romanos, cómicos o dramáticos, y el

18. Verlinden, *op cit.*, pp. 47-49.
19. A. H. M. Jones, «Slavery in the Ancient World», *Economic History Review*, 2.ª serie, 9 (1956), pp. 185-199, en pp. 191-194, reimpr. en Finley, ed., *Slavery in Classical Antiquity*, pp. 1-15. Anderson, *Passages from Antiquity to Feudalism*, por ejemplo, acepta totalmente las matemáticas de Jones (pp. 76-77) y se apoya en ellas luego para argumentar en sentido opuesto (p. 93): «la curva de precios de los esclavos —que, como hemos visto, *a causa de la crisis del abastecimiento*, subió vertiginosamente en los primeros doscientos años del Principado— comenzó a estabilizarse y a caer en el siglo III, *claro signo de la reducción de la demanda*» (cursivas mías).

Satiricón de Petronio. Los precios de los esclavos, en particular, estaban sujetos a enormes variaciones privadas.[20] Es insostenible, por otro lado, relacionar inmediatamente el aumento de los precios con el descenso del contingente. La tendencia general de los precios en los Estados Unidos, desde el comienzo de la esclavitud hasta el final, fue siempre alcista, con un bache espectacular en la década de 1850-1860, y la complejidad de los factores subyacentes ha provocado algunas de las más virulentas polémicas actuales entre historiadores. Los historiadores de la Antigüedad no pueden entrar en estas polémicas porque se carece de datos, pero no puedo por menos de llamar la atención sobre una serie que por lo menos tiene el mérito de ser coherente: el precio de las manumisiones en Delfos subió de manera uniforme y significativa en los dos últimos siglos anteriores a nuestra era, precisamente el período de mayores suministros (rayando en la superabundancia) gracias a las conquistas romanas y la secundaria actividad invasora.[21] También podríamos señalar que en el edicto de Diocleciano sobre precios máximos (año 301), el esclavo más caro, el varón de 40 años, no costaba más que el salario de tres años de un cantero o un carpintero que trabajasen 200 días al año.[22] Pero tampoco confío en estos «cálculos» y prefiero concluir con Shtaerman: «No se puede afirmar que hubiera una disminución numérica. La tesis del aumento de precio no se ha confirmado».[23]

20. Véase la lista de precios del Egipto romano en Biezunska-Malowist, *op. cit.*, II, pp. 165-167. Jones rechaza este (según él) testimonio inconveniente con el inconvincente argumento de que Egipto estuvo «separado económicamente del resto del Imperio y se rigió según sus propias normas».
21. Hopkins, *op. cit.*, pp. 158-163.
22. En la última edición del edicto, M. Giacchero, 2 vols., Génova, 1974, los salarios aparecen en la sec. 7, los precios de los esclavos en la 29. Lecciones mejoradas de ambas secciones, basadas en nuevos hallazgos, han sido publicadas por M. Crawford y J. Reynolds en la *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 26 (1977), pp. 125-151, y 34 (1979), pp. 163-210, pero que en nada afectan a mis «cuentas». Habría que señalar dos matizaciones: 1) a los jornaleros había que darles la manutención además del salario; 2) el edicto permite al comprador y el vendedor negociar un precio más elevado, hasta el doble de lo establecido, si el esclavo poseía una cualificación especial.
23. Shtaerman-Trofimova, *La schiavitù nell'Italia imperiale, I-III secolo*, Roma, 1975, p. 27; cf. Shtaerman, *Die Blütezeit der Sklavenwirtschaft*, *op. cit.*, pp. 25-26 y 55-56.

Cuando los europeos de Norteamérica, el Caribe y Brasil descubrieron que los indios eran mano de obra insatisfactoria, recurrieron a África: por medio del comercio, no de la conquista. Luego, a principios del XIX, cuando el tráfico de esclavos se prohibió formalmente, satisficieron sus necesidades mediante el tráfico ilegal y mediante la cría de esclavos más o menos sistemática, aunque sólo en los Estados Unidos la población ya existente llegó a reproducirse (con mucho). También se criaron de este modo muchos esclavos en el mundo romano. Tenemos que creer firmemente el dato de que Ático, amigo de Cicerón, limitó su *familia urbana* a los esclavos criados y educados en la casa, aunque la fuente sea en este caso el poco fiable Cornelio Nepote (*Ático*, 13, 4); o la afirmación de Columela (1, 8, 19) de que tenía por costumbre recompensar a la madre esclava de tres hijos con la exención laboral o con la libertad si tenía más; o el testimonio de Apiano (*Guerra civil*, 1, 7) de que los propietarios de esclavos de la campiña italiana sacaban substanciosos beneficios secundarios de la multitudinaria progenie esclava, ya se considere sin duda que habla del siglo II a. de n. e. o bien que refleja su propia época.

Sin embargo, parece ser que en el bajo Imperio, en términos generales, los patronos fueron incapaces de mantener una dotación suficiente de mano de obra esclava. Los relativos testimonios sugieren que pudieron haberse adoptado sucesivas medidas de adaptación; de donde se infiere que la causa de la caída se encuentra en el seno de la sociedad misma, que la explicación debe ser de orden estructural. Me apresuro a decir que no utilizo el término «estructural» en el sentido de Lévi-Strauss ni ningún otro sentido especial, sino de manera bien tradicional, en el sentido en que los weberianos o los marxistas lo hacen.

Permítasenos aclarar el extraordinario problema de la aventura. El sistema esclavista antiguo estaba ya totalmente desarrollado y estabilizado en tanto que sistema alrededor del siglo II a. de n. e. Ulteriormente hubo cierta extensión geográfica de la utilización de esclavos cuando el imperio incorporó territorios adicionales. Hubo también una utilización plena de la flexibilidad inherente al sistema, sobre todo mediante el mecanismo del *pe-*

culium y la manumisión, con algún mejoramiento concomitante de las relaciones personales entre amos y esclavos, modificaciones que, según he señalado ya, contribuían a fortalecer el sistema. Pero ¿cuándo se dio la «decadencia», el reemplazo del sistema? Nadie sabe decirlo. El reemplazo no fue absoluto antes, tal vez, de la época de Carlomagno (como alega Marc Bloch); ningún contemporáneo fue sensible a la transformación: un hermoso símbolo es la conservación, en la codificación justinianea del siglo VI, del cuerpo del derecho romano clásico tocante a la esclavitud. Es obvio, por tanto, que nadie registró el proceso ni procuró explicarlo. Por nuestra parte carecemos de datos para establecer un gráfico de los cambios según iban aconteciendo; sólo podemos limitarnos a observar la existencia de unos fenómenos en el momento A y de otros fenómenos en el momento B.

Aceptemos, en atención al argumento, la fecha de Shtaerman, el siglo II de n. e., para el *comienzo* de la «crisis» y un par de siglos para que la «crisis» se manifestara mediante cambios significativos. No caigamos en la costumbre de escorzar el tiempo, tan seductora para los prehistoriadores e historiadores de las sociedades del pasado lejano. Una transformación socioeconómica básica que durase tanto como la historia del moderno capitalismo industrial no se aclararía con la introducción de la idea de crisis, tan cara a ciertos historiadores marxistas, y en consecuencia la evito (ahora lo mismo que anteriormente). Estrictamente hablando, deberíamos embarcarnos en la historia, no de la esclavitud, sino de la sociedad grecorromana de los últimos siglos, como ya dije al final del primer capítulo. Se trata de algo casi imposible, pero por lo menos debemos considerar otra vez las condiciones que, según sugerí, fueron necesarias para el desarrollo de la esclavitud. Eran la propiedad privada de la tierra, con concentración suficiente para exigir una fuerza de trabajo continua; una evolución suficiente de la producción mercantil y de los mercados; y la inexistencia de una oferta alternativa e «interna» de mano de obra. Si estoy en lo cierto, tendríamos que detectar cambios en alguna de estas condiciones para que la esclavitud decayese. Por otro lado tenemos que recordar dos puntos complementarios del primer análisis, es decir, la continua necesidad de man

tener analíticamente aparte el sector urbano del sector rural, y el incesante dominio, fuera del «núcleo clásico», de formas no esclavas de trabajo subordinado (junto con pequeños propietarios agricultores).

Como siempre, el punto de partida es la tierra. Que la propiedad privada se mantuvo durante todo el Imperio romano no necesita demostración, como tampoco que hubo una tendencia continua a la acumulación de propiedades en el sector más adinerado de la población, con el emperador y la familia imperial en lo alto de la pirámide.[24] Una vez que hubo cesado la incorporación de nuevos territorios y hubo terminado más o menos la colonización de las tierras adquiridas en estado de subdesarrollo, toda la acumulación ulterior tuvo que ser, necesariamente, a costa de los propietarios menos afortunados o menos poderosos. Parte de este proceso tuvo una base política, en las confiscaciones y redistribuciones que hubo durante la psicosis de las traiciones del siglo I, por ejemplo, o en las frecuentes donaciones testamentarias en favor del emperador y de individuos de alta posición. Gran parte de la acumulación, sin embargo, tuvo una sencilla base económica, y la supervivencia de numerosas propiedades de tamaño medio a lo largo de todo el imperio implica que los pequeños propietarios fueron las víctimas principales. Pero esta tendencia de la propiedad de la tierra a convertirse en finca rústica de tamaño medio y grande, a expensas de los pequeños propietarios libres, no puede explicar *por sí misma* lo que ocurría en el sistema de trabajo rural, el aparente agotamiento de la mano de obra esclava en las zonas en que estaba firmemente arraigada y el fortalecimiento del régimen existente en muchas partes en que dominaban otras formas de trabajo subordinado.

Es preciso subrayar este último punto. En cualquier parte que se mire de las provincias exteriores al antiguo núcleo grecorromano se encuentra una latente población de agricultores que, por lo general siguiendo una tradición que se remonta más allá de los tiempos romanos, no eran ni esclavos ni libres, ya se les llamase *laoi* o *paroikoi* o cualquier otra designación nativa que los romanos traducían a veces por *clientes* (por ejemplo, César, *De la guerra de las Galias*, 1, 4, 2). Esto fue cierto en Asia Menor, Siria y Egipto, África del Norte y los territorios subdesarrollados conquistados a los celtas, los dacios, los escitas y los germanos.[25] No sólo fue cierto para las fincas rústicas imperiales, sino también para las grandes propiedades particulares —ya fuesen las de los magnates locales o las regidas por emigrantes romanos—, para las tierras propiedad de las ciudades, además, y para la tierra particular administrativamente incorporada al territorio urbano. Había variantes locales en cuanto a los detalles, como la condición social de su población, que raras veces sabemos con exactitud, pero todas compartían una cualidad común que las diferenciaba de los esclavos por un lado y, por el otro, de los propietarios agricultores libres.

24. Véase Finley, *The Ancient Economy*, Berkeley y Londres, 1973, capítulo 4.

Puede objetarse que he callado la hipótesis de que la creciente concentración de la propiedad de la tierra estimuló el abandono de la mano de obra esclava para buscar mayor producción y rentabilidad. Me parece que esta hipótesis puede falsificarse por lo que toca al Imperio romano, pero antes es preciso eliminar una confusión muy difundida. La concentración de la propiedad no da paso automáticamente al aumento de tamaño de las unidades de explotación, y sólo esto último es importante para una consideración de las posibles mejoras y del desarrollo económicos. Buena parte de la creciente acumulación en pocas manos fue un mero añadido, sin que por ello resultasen afectadas las unidades de explotación incluidas, esto es, las haciendas individuales. Dos clientes de Cicerón nos proporcionan un par de ejemplos de los últimos años de la República: Aulo Cecina poseía muchas fincas, entre ellas dos contiguas, que se consideraban por separado; Sexto Roscio de Amerina poseía trece unidades distintas, todas en el valle del Tíber.[26] Si nos trasladamos a los siglos I y II nos

25. Véase, por ejemplo, C. R. Whittaker, en Garnsey, ed., *Non-slave Labour in Graeco-Roman Antiquity*, *op. cit.*; Kreissig, *op. cit.*, parte II; Pippidi, *loc. cit.*; A. Grenier, en Frank, ed., *An Economic Survey of Ancient Rome*, Baltimore, 1933-1940, III, pp. 406-410; Rostovtzeff, *Studien zur Geschichte des römischen Kolonates*, *Archiv f. Papyrusforschung*, Beiheft 1, 1910.

encontramos con Plinio el Joven, que poseía varios *praedia* en la zona de Como y uno en Umbría, al que añadió otro después, contiguo, con varias villas dentro de las fincas, otro más en la ciudad de Roma y otro todavía en Ostia;[27] o bien con Herodes Ático, con propiedades en varias zonas de Ática, otra en Eubea, otras en Corinto, junto a la Vía Apia, cerca de Roma, y en Egipto.[28] Para el bajo Imperio baste citar a la santa Melania, o a Símaco (que no tuvo aura legendaria), propietario de por lo menos una docena de villas en distintas partes de Italia, así como tierras en el Samnio, la Apulia, Sicilia y Mauritania.[29]

Hay motivos para creer que las propiedades de Herodes Ático en la provincia de Maratón formaban un solo bloque territorial.[30] Otros ejemplos de consolidación geográfica señalan áreas mucho mayores. En África del Norte, según el sobrio Frontino, que escribía a fines del siglo I, algunas fincas privadas eran mayores que el territorio de las ciudades, todas ellas con una fuerza de trabajo lo bastante considerable para poblar aldeas (*vici*) que rodeaban la villa como si fueran murallas.[31] Unas cuantas fincas galas alcanzaban inmenso tamaño: la de Montmaurin, cerca de Toulouse, por ejemplo, tenía posiblemente 1.000 hectáreas de tierra cultivada.[32] O bien estaba la llamada *massa Calvisiana* de la Sicilia meridional, entidad de comienzos del siglo III que se extendía más de quince kilómetros por la orilla oriental del río Gela [luego Ghiozzo, *n. del t.*].[33]

26. Cicerón, *Discurso en defensa de Aulo Cecina*, 11, 21, y 94; *Discurso en defensa de Sexto Roscio*, 20.
27. Véase Duncan-Jones, *The Economy of the Roman Empire*, Cambridge, 1974, cap. 1.
28. Véase, para una amplia perspectiva, P. Graindor, *Un milliardaire antique, Hérode Atticus et sa famille*, El Cairo, 1930; brevemente sobre los testimonios, John Day, *An Economic History of Athens under Roman Domination*, Nueva York, 1932, pp. 235-236.
29. La prueba se cita en Jones, *The Later Roman Empire 284-602*, Oxford, 1964, III, p. 250, n. 32.
30. U. Kahrstedt, *Die wirtschaftliche Gesicht Griechenlands in der Kaiserzeit*, Berna, 1954, pp. 47-48.
31. *Gromatici veteres*, ed. C. Lachmann, Berlín, 1848, p. 53.
32. G. Fouet, *La villa gallo-romaine de Montmaurin*, *Gallia*, Supl. 20, 1969.
33. M. I. Finley, *Ancient Sicily to the Arab Conquest*, ed. rev., Londres, 1979, pp. 158-162.

Esta enumeración de ejemplos (la lista puede multiplicarse) nos dice mucho de la sed y riqueza territorial de las élites del bajo Imperio, pero casi nada que nos aproxime a nuestro tema, el régimen de trabajo. Hay dos preguntas que necesitan responderse: 1) ¿Qué modelo era más común, la consolidación territorial de las propiedades o la simple acumulación de unidades dispersas en manos de propietarios aislados? 2) ¿Eran explotados los territorios mayores como unidades simples, esto es, trabajados como una sola, o fraccionados en unidades múltiples?

La primera respuesta tiene que ser impresionista: creo que las propiedades dispersas —las de un Plinio, un Herodes Ático o un Símaco— representaban el modelo normal. Para la segunda pregunta, hay testimonios decisivos de que la explotación de los grandes terrenos se hacía normalmente con divisiones previas en unidades menores. Esto es seguro para África del Norte; está claro para Sicilia e Italia por la facilidad con que las *massa* se vendían o, por otro lado, se enajenaban poco a poco cuando se daba la oportunidad; y es cada vez más probable para las Galias.[34] Incluso la finca sabina de Horacio, un regalo de Mecenas que le permitió vivir cómodamente en Roma, aunque sin excesos, se dividió en una parte explotada directamente por un *vilicus* y ocho esclavos, y otra que luego se volvió a fraccionar y se alquiló a cinco arrendatarios.[35] Esto significa que, admitiendo la posibilidad de ahorros en la comercialización de los productos agrícolas, por ejemplo, la labranza y la ganadería seguían basándose en las típicas unidades explotadas por los grandes, aunque más modestos, propietarios del pasado, aquellos, digamos, para los cuales y a propósito de los cuales escribía Columela en el siglo I de n. e.

La unidad de explotación es el tema principal, y una idea bien sencilla, pese a que los autores modernos la confunden continuamente con otros tipos de clasificación. Rostovtzeff, por ejem-

34. Para las Galias dependemos totalmente de la arqueología y hasta hace muy poco los arqueólogos no han sido particularmente sensibles al problema de las unidades de explotación, difícil para ellos, como se sabe. Pero véase ya por ejemplo, M. Lutz, «Le domaine gallo-romain de Saint-Ultich (Moselle)», *Gallia*, 29 (1971), pp. 17-44, en pp. 22-25.
35. Horacio, *Sátiras*, 2, 7, 118, y *Epístolas*, 1, 14, 1-3.

plo, distinguía tres tipos: 1) «una mezcla de residencia de verano, agradable y a veces lujosa incluso, y auténtica *villa rústica* con espacios apropiados para la explotación agrícola de una hacienda bastante grande»; 2) «una verdadera finca ... construida para uso de un agricultor acomodado, que probablemente vivía en su villa durante todo el año»; 3) «un complejo agrícola administrado por esclavos y visitado ocasionalmente por el propietario».[36] A estos tres los llamó «tipos económicos», y yo debo objetar: se refieren a la residencia del propietario, no al método de organización y explotación. No hay duda de que el último pudo variar *en los casos particulares* según fuese o no un absentista el propietario, pero está claro que no hacía ninguna falta que variase y no conozco ningún testimonio al respecto. Las propiedades de Plinio no se diferenciaban entre las que incluían una villa que a veces visitase y las que no.

Una imprecisión semejante se da en las cuatro «formas de propiedad» que subyacen en el informe de Shtaerman de lo que ella llama «la crisis del sistema de propiedad esclavista en el Imperio romano de occidente»,[37] la más seria investigación estructural de amplio alcance —hay que reconocerlo— sobre los problemas que aquí nos afectan. Sus formas constituyen una clasificación jurídico-política: 1) la forma esclavista, 2) la «forma comunal», esto es, la propiedad en manos de aldeas o comunidades tribales que no caen dentro de territorio urbano, 3) los latifundios (*saltus*) «extraterritoriales», y 4) las propiedades imperiales o del estado. En un sentido fundamental todos los propietarios de estas «formas» de propiedad tenían un interés común, los ingresos que podían sacar de sus fincas rústicas, en última instancia ingresos en metálico si eran propietarios privados (bien directamente en rentas netas, bien indirectamente de la venta de los productos). ¿Hay alguna razón para creer que las «formas» de Shtaerman son también tipos económicos, por dar la vuelta al lenguaje de Rostovtzeff? Insiste ella en que lo son, pero, aparte de algunas afirmaciones insostenibles, no hace el menor esfuerzo por demostrar que había métodos básicamente diferentes de organización y explotación para cada tipo, cosa que ciertamente no podría hacer.[38] Tampoco el arriendo tiene nada que aportar a esta cuestión particular. O los arrendatarios alquilaban unidades suficientemente pequeñas para explotarlas sobre una base familiar, como las propiedades campesinas, o alquilaban unidades de extensión suficiente para necesitar mano de obra esclava. En tal caso había sólo un cambio del propietario al arrendatario del control directo, pero no una transformación del modo de explotación o producción.

36. Rostovtzeff, *The Social and Economic History*, *op. cit.*, p. 564.
37. Shtaerman, *Die Krise der Sklavenhalterordnung*, *op. cit.*, p. 26.

No sabemos cuál consideraban los antiguos que era la unidad óptima de explotación, que habría variado por supuesto enormemente, según el suelo y su uso, por ejemplo, entre la ganadería y el cultivo mixto. Sin embargo, ciertos indicios en los escritos de los agrónomos y agrimensores romanos permiten suponer que según ellos eran 200 *jugera* (unas 50 hectáreas), lo que podía manejar un solo administrador. Propiedades de este tamaño o un poco mayores estaban diseminadas por todas partes, incluso en el bajo Imperio: no sólo hay que mirar entre los propietarios más ricos para analizar el empleo de esclavos en el campo. Y no sugiero que no haya diferencias entre una propiedad de 50 hectáreas y otra de 25.000. Pero sí digo que para los fines de nuestro estudio las propiedades grandes comprendían una proporción muy elevada de todas las propiedades del suelo en el Imperio romano ya en el siglo I de n. e. (e incluso en el siglo I a. de n. e.): no nos limitamos al pequeño estrato senatorial, por no hablar de los casos extremos de un Herodes Ático o un Símaco.[39]

38. Véase Anderson, *Passages from Antiquity to Feudalism*, p. 61 n. 9, p. 86 n. 43; Zelin, en Annequin y otros, *op. cit.*, pp. 51-57. En sus últimos libros (editados originalmente en 1964 y 1971), Shtaerman ha modificado sus concepciones en un sentido importante, pero se ha mantenido aferrada a su capital distinción villa-*saltus*.

39. Shtaerman, en las obras aludidas en la nota anterior, insiste repetida y correctamente en que las fincas rústicas de tamaño medio eran, en Italia, centros de explotación de esclavos. Por desdicha también sostiene que los grandes predios consolidados, los auténticos latifundios, tenían que eludir la mano de obra esclava a causa de su tamaño. En ningún caso se pregunta por qué (de ser cierto) las unidades de explotación más pequeñas en que los latifundios solían dividirse, no podían haber sido trabajadas todas por esclavos, como sabemos que algunos lo fueron.

Sin embargo, es en estos últimos en particular donde las economías de peso significativo, y por tanto los estímulos «económicos» de los cambios en los módulos laborales, fueron hipotéticamente posibles. ¿Qué podemos descubrir al respecto? Una de las cartas de Plinio (3, 19) tiene relevancia inmediata.

Cierta finca adjunta a una suya en Umbría fue puesta en venta a precio de ganga, y él pensó en comprarla. Su principal ventaja, dice, era su atractivo (*pulchritudo*). Había también ventajas prácticas; se podrían visitar en un solo viaje dos propiedades, ambas podrían ponerse bajo un solo procurador (agente) y tal vez incluso bajo un *actor* (administrador), y sólo necesitaría tenerse a punto una casa de campo según los cánones apropiados para la visita ocasional de un senador. En el debe, añade, estaban los riesgos de poner dos propiedades bajo los mismos «caprichos de la fortuna» (*incerta fortunae*), el tiempo, por ejemplo. Hay aquí sentido del cálculo, naturalmente, pero aplicar conceptos tales como «cómputo del máximo de beneficios» o «microeconomía» sería ridículo. En cierta ocasión califiqué el enfoque de Catón de la administración agrícola de «cálculo pesetero» [40] y no veo aquí nada que le supere en sutileza. No se dice esto como crítica de los hombres que saben enriquecerse a costa de la tierra, sino como intento de subrayar los límites del cálculo y la planificación en Roma. Carecían los romanos tanto de las técnicas como de las posibilidades prácticas para establecer el máximo de beneficios en sentido significativo, más allá del trabajo afanoso, la tacañería y la adición de nuevas propiedades a las ya existentes. Weber y Mickwitz han dicho a este objeto lo que hacía falta [41] y no sé de ningún historiador que parezca discrepar que les haya replicado; simplemente se ha hecho caso omiso de ellos.

A fin de cuentas, ¿cómo podía el terrateniente antiguo (cualquier terrateniente, para el caso) aumentar la productividad de

40. Finley, «Technical Innovation and Economic Progress in the Ancient World», en *Economic History Review*, 2.ª serie, XVIII (1965), p. 40.

41. Weber «Die Agrarverhältnisse des Altertums», en *HWB der Staatswiss.*, 1909³, esp. pp. 8-10, 31-33 y 142-145; Mickwitz, «Economic Rationalism in Gracco-Roman Agriculture», en *English Historical Review*, LII (1937), y «Zum Problem der Betriebsführung in der antiken Wirtschaft», en *Vierteljahrschrift f. Sozial- u. Wirtschaftsgesch*, XXXII (1939).

sus propiedades una vez que había alcanzado la unidad óptima de explotación y la mejor combinación de cultivos, encontrado formas de mantener a sus esclavos ocupados todo el año a un máximo de intensidad laboral, y hecho todos los ahorros posibles mediante la especialización o la cicatería? La única solución que se me ocurre es el adelanto tecnológico. Y, en agricultura, sólo cuando hay nueva tecnología disponible es posible y necesario aumentar substancialmente las unidades de explotación para aprovechar las innovaciones. De otro modo la consolidación de las propiedades se vuelve inútil, salvo por razones de atractivo.

En los últimos años ciertos estudiosos se han adentrado considerablemente en la busca de las mejoras tecnológicas de la Antigüedad, sobre todo durante el Imperio romano.[42] Podemos decir triunfalmente que no hubo ningún «estancamiento de la técnica ... Pero al mismo tiempo tampoco se dio nunca ninguna conjunción importante de invenciones que potenciara la economía antigua hacia fuerzas cualitativamente nuevas de producción».[43] Lo último es, por supuesto, la conclusión crítica y mi hincapié en ella no es una anacrónica remisión a la Antigüedad de los modernos valores tecnológicos. Un adelanto tan sencillo como la introducción del sistema de cultivo trienal, que difícilmente puede considerarse una invención técnica, se hizo en la Edad Media, más o menos en la época de Carlomagno.[44] Y el molino de agua, aunque invento antiguo, «es medieval respecto del momento de su verdadera difusión»; «no debiera haber confusiones en esto».[45] Frente al puñado de molinos de agua de que tenemos noticia

42. Kiechle, *Sklavenarbeit und technischer Fortschritt im römischen Reich*, Wiesbaden, 1969, proporciona la información más completa, aunque a veces anticuada, sobre todo en su sección principal, sobre la alfarería «aretina», y con vertiginosas caídas en la pura especulación (ficción a veces) cuando pasa del detalle descriptivo de los objetos materiales a la división del trabajo, organización de la producción, etc.

43. Anderson, *Passages from Antiquity to Feudalism*, p. 26.

44. White, *Medieval Technology and Social Change*, Oxford, 1964, páginas 69-76.

45. Marc Bloch, «Avènement et conquêtes du moulin à eau», *Annales d'Histoire Économique et Sociale*, 7 (1935), pp. 538-563 (estudio modelo), en p. 545.

para todo el Imperio romano, figuran más de 5.600 en el inglés *Domesday Book* de 1086.[46]

No es éste el sitio para analizar el complejo tema de los límites de la tecnología antigua, y los vínculos, notoriamente indirectos, entre trabajo esclavo y tecnología relativamente estática.[47] Debemos considerar, sin embargo, un corolario no infrecuentemente consignado en la literatura moderna, a saber, que la productividad aumentó con el paso de los esclavos a los *coloni*. La Shtaerman, por ejemplo, dice que, aunque carecemos de testimonios esenciales, «debemos suponer, no obstante, que incluso los *coloni* empleaban mejores métodos en sus propiedades» porque «estaban más interesados que los esclavos en el resultado de su trabajo».[48] Admitamos el interés; el juicio se queda en mero dogma basado en el mismo criterio moral que encontramos antes en la actitud de Franklin, Millar y Adam Smith.[49] Obsérvese sus palabras «debemos suponer». De hecho no debemos suponer nada por el estilo a tenor de lo que nos revela no sólo el continuo estancamiento de la tecnología y la disminución de las herramientas metálicas hasta la época de Carlomagno, sino también las cifras de la producción agraria. Columela, que escribe en el siglo I, afirma (3, 3, 4) que en buena parte de Italia la proporción entre trigo cose-

46. White, *op. cit.*, p. 84. El balance más reciente sobre la difusión del molino de agua en la Antigüedad es E. Maroti, «Über die Verbreitung der Wassermühlen in Europa», *Acta Antiqua*, 23 (1975), pp. 255-280.

47. Véase Finley, «Technical Innovation», art. cit., y para un estudio similar trabajado con independencia, H. W. Pleket, «Technology and So- ciety in the Graeco-Roman World», *Acta Historiae Neerlandica*, 2 (1967), páginas 1-22. Kiechle, *op. cit.*, hizo caso omiso del primero y rechazó el segundo en una frase despectiva (p. 173 n. 16) a la que Pleket replicó con energía en «Technology in the Greco-Roman World: A General Report», *Talanta*, 5 (1973), pp. 6-47, en pp. 28-30. Este artículo es el «texto desa- rrollado» de la ponencia de Pleket en la IV Conferencia Internacional de Historia Económica, celebrada en Bloomington en 1968, publicado final- mente, en su más breve versión original, en los *Proceedings* de la Confe- rencia, París y La Haya, 1973, pp. 303-334, seguido inmediatamente por el artículo de Kiechle, «Technical Progress in the Main Period of Ancient Slavery» (pp. 335-346), mondo resumen de su libro (citado como de pró- xima aparición cuatro años después de publicarse), sin la menor referencia al trabajo de Pleket que le precedía.

48. Shtaerman, *Die Krise der Sklavenhalterordnung*, pp. 90-91.

49. Véase cap. I n. 44.

chado y trigo sembrado disminuyó por debajo de cuatro por una, que era posiblemente el resultado perseguido en aquella época para la buena tierra italiana (en modo alguno la mejor del Imperio). Sin embargo, en la Inglaterra y la Francia medievales hay que llegar al siglo XIV para que dicha proporción quede regularmente superada; hasta entonces, lo corriente era un rendimiento de tres por uno, y el rendimiento de dos por uno no era desconocido. Es sabido que el dato de Columela es aislado y más bien equívoco, que carecemos de cifras para la Italia medieval y que los porcentajes de rendimiento no revelan por sí mismos necesariamente el nivel de productividad.[50] Sin embargo, por frágil que pueda ser como testimonio, junto con la tecnología —únicas bases de que disponemos para establecer comparaciones—, debilitan el argumento de que la ineficacia fue un factor en la decadencia de la esclavitud antigua.

Por fin estamos en situación de abordar la segunda de las tres condiciones a analizar, el nivel de la producción mercantil y de mercados, concretamente según afectó a los patronos, de la mano de obra agrícola sobre todo. Doy por sentado que la rigidez del mercado, tomando el Imperio romano en conjunto, no precisa argumentación detallada. Una sociedad en que la gran mayoría estaba compuesta de campesinos pobres, inquilinos (libres o sometidos) y esclavos tenía poco poder adquisitivo. Los mercados antiguos sólo se extendían regularmente mediante las conquistas y la incorporación de nuevos territorios, y esta oportunidad quedó cerrada a todo intento y propósito con Augusto, salvo a la colonización interior de las nuevas adquisiciones que inmediatamente siguieron. Supongo, además, que nadie querrá discutir la continuidad de la producción mercantil en las fincas de tamaño grande y medio. Y supongo, por último, que no cabe la menor duda de las muy considerables variaciones locales, a menudo entre zonas vecinas, en todos los aspectos de la producción agrícola y orientación del mercado.

50. Sobre el último punto véase por ejemplo, P. F. Brandon «Cereal Yields of the Sussex Estate of Battle Abbey during the Later Middle Ages», *Economic History Review*, 2.ª serie, 25 (1972), pp. 403-420.

La cuestión, pues, es si hubo un declive significativo de la producción mercantil *en el imperio en conjunto*. Creo que la respuesta es afirmativa y las pruebas han de encontrarse en dos procesos separados, pero no aislados. Uno fue la continua expansión, probablemente a ritmo acelerado, de la costumbre de pagar en especie al (y por el) estado. Desde finales del siglo III a. de n. e. había existido en las provincias romanas, y en proporciones crecientes, el pago de los impuestos en especie, el alojamiento obligatorio de las tropas, compras obligatorias a precios fijados por el estado y servicios de transporte obligatorios (y no retribuidos). No podemos cuantificar el porcentaje entre pagos en metálico y bienes o servicios satisfechos en especie, ni sabemos qué tanto por ciento de tributos en especie fueron conmutados por pagos en dinero líquido. Podemos concluir sin embargo que durante los siglos III y IV el ejército fue ampliamente alimentado, transportado y equipado con impuestos de bienes en especie; los soldados, y pronto también la burocracia, recibían con frecuencia la paga en especie; la manufactura de armas y uniformes se convirtió en monopolio del estado. En otras palabras, el mercado, sobre todo de los productos de la tierra, quedó reducido en virtud de la paulatina desaparición de un importante sector de su más relevante usuario. Un claro ejemplo de las consecuencias que podían seguirse lo tenemos en la rápida decadencia de Lyon cuando el centro de abastecimiento de los ejércitos del Rin se trasladó a Arles y Tréveris.[51] Además, no había correlación local entre producción agrícola y necesidades militares: los ejércitos desproporcionadamente inmensos que se mantenían en Bretaña consumieron una parte desproporcionadamente mayor de la producción local.[52] Y, a partir de la época de Diocleciano, los ejércitos aumentaron en vez de disminuir.

51. L. Cracco Ruggini, «Les structures de la société et de l'économie lyonnaises au II.e siècle...», en *Les martyrs de Lyon (177)*, CNRS, París, 1978, pp. 65-91 en pp. 82-83. Sobre los efectos de la *annona* militar en las provincias del Danubio, véase Erik Gren, *Kleinasien und der Ostbalkan in der wirtschaftlichen Entwicklung der römischen Kaiserzeit*, Arsskrift de la Univ. de Uppsala, 9, 1941, pp. 138-150, única investigación que conozco en este sentido.

52. Rivet, ed., *The Roman Villa in Britain*, Londres, 1969, pp. 189-198.

El otro proceso fue aún más tardío: no se dio hasta los siglos IV y V. En el año 527 el emperador ordenó a un funcionario de la Italia meridional, en documento recogido por Casiodoro (*Variae*, 8, 31), que todos los *possessores* y *curiales* volvieran a las ciudades y dejaran el campo a sus *coloni*.[53] En los últimos siglos del Imperio occidental se incrementó la huida de las ciudades de los sectores más ricos de la población, sobre todo, aunque no con exclusividad, en las zonas más sensibles a las invasiones germánicas.[54] Una consecuencia natural fue la decadencia generalizada de la población urbana. Hubo grandes variaciones geográficas, como las hubo en el impacto de los ejércitos, pero no caben dudas respecto de la situación general, aunque no en cuanto a los detalles, ya que la investigación del fenómeno sigue siendo casi inexistente: falta, por ejemplo, en el monumental *Later Roman Empire* de Jones.[55] Los autores antiguos, como Casiodoro, o san Ambrosio antes que él (que escribía acerca de la Emilia), se lamentaban de los efectos en la civilización y la cultura. Mi interés se centra en otro punto: cuando los adinerados terratenientes absentistas se retiraron a sus fincas rústicas, tendieron a transformar sus nuevas bases de operaciones no sólo en centros fortificados, sino también en comunidades autosuficientes que satisfacían al máximo sus necesidades particulares, lo mismo en alimentación que en vestido, en carpintería e incluso en metalistería. Estos hombres, por supuesto, siguieron siendo productores de mercancías, como ya he dicho, pero al parecer redujeron el mercado en sentido global en virtud del cambio de residencia, que redundó en el cambio de forma de vida.

¿Contribuyó a cambiar este hilo evolutivo el régimen de las cosechas y por tanto la organización de las fincas grandes, incluyendo el sistema de la mano de obra? Algunos historiadores han

53. Véase L. Cracco Ruggini y G. Cracco, «Changing Fortunes of the Italian City from Late Antiquity to Early Middle Ages», *Rivista di Filologia Classica*, 105 (1977), pp. 448-475.

54. En las provincias del Danubio no hubo recuperación alguna tras la extendida destrucción de ciudades del siglo III; véase, por ejemplo, A. Mocsy, «Pannonia», en *RE*, Supl. 9 (1962), cols. 516-776, en cols. 697-698.

55. Una antigua y notable excepción es C. Jullian, *Histoire de la Gaule*, vol. 8, París, 1926, cap. 4.

sugerido una correlación, a comienzos del Imperio, entre cosechas y mano de obra; la viticultura, suele argüirse, se adaptaba totalmente al trabajo de los esclavos, pero no la producción de cereales.[56] ¿Se dio de hecho tal correlación y otras aun en la cambiante situación del bajo Imperio? La posibilidad no puede desecharse; ni puede aceptarse sin la necesaria investigación. Ni Columela ni los dos Plinios ni los *agrimensores* ni los últimos moralistas, paganos o cristianos, nos proporcionan soluciones. Hace falta una compleja investigación arqueológica y con esto no me refiero a la fotografía aérea ni al estudio de *centuriationes* y catastros, por útil que este tipo de indagaciones haya sido en otros aspectos. John Bradford, el gran pionero de la fotografía aérea en el estudio de la Antigüedad, hizo un comentario decisivo hace más de veinte años: «la arqueología topográfica —escribió— no puede distinguir la condición de las *centuriae* simplemente por sus perfiles».[57] Necesitamos mapas seguros que pongan de manifiesto la interrelación de las fincas rústicas, los sistemas de comunicaciones, los centros mercantiles y los campamentos militares; necesitamos inventarios completos de los aperos encontrados en los asentamientos agrícolas, así como de los restos orgánicos.

Traslademonos de esta área de ignorancia a un tema del que sabemos un poco y que es mi tercera condición básica, la disponibilidad de un abastecimiento de mano de obra «interna». Antes argumenté que una condición imprescindible para la aparición de una sociedad esclavista era la ausencia de una fuente interna de trabajo libre, a causa del nexo político, militar y sociopsicológico. Diré ahora que el cambio fundamental en la estructura político-militar que se dio a lo largo de la historia imperial romana fue quizás el factor decisivo en el reemplazo paulatino de los esclavos por otros tipos de mano de obra. No aludo a ninguna ingenua evolución de causa a efecto, sino a un desarrollo dialéctico. Tampoco sugiero un cambio deliberado y consciente de la política respecto de la mano de obra en general o la esclavitud

56. Yeo, «The Economics of Roman and American Slavery», en *Finanzarchiv*, n. s., XIII (1952), esp. pp. 468-471.
57. John Bradford, *Ancient Lanscapes*, Londres, 1957, p. 214.

en particular. Antes bien, no hubo en realidad sino un lento proceso de prácticas que se transformaban, localidad por localidad, como reacción a la continua necesidad de un enfoque a gran escala en el trabajo de la tierra.[58] Los cambios en la práctica fueron posibles gracias a las nuevas direcciones jurídicas y políticas, que a su vez estimularon y fortalecieron éstas. Sólo después, siglos después, se hizo evidente que el régimen de trabajo había sufrido una transformación básica, sobre todo en aquellas zonas centrales que habían sido durante mucho tiempo auténticas sociedades esclavistas.

La clave nos la proporcionó Fustel de Coulanges hace casi un siglo, aunque apenas si lo advirtió nadie.[59] En su indagación sobre los orígenes del colonato hizo dos observaciones fundamentales. La primera fue que el derecho romano fue siempre unilateral a la hora de abordar las relaciones entre superiores e inferiores, especialmente en los apartados jurídicos tocantes a las deudas y la ocupación de tierras. Max Weber, que escribía independientemente de Fustel, por lo que sé, comentó que estas leyes «draconianas» habrían sido inaceptables para una clase «socialmente más importante y más segura de sí» que sus víctimas reales, el sector económica y políticamente deprimido que comprendía a los pequeños propietarios agrícolas y los campesinos despojados.[60] La otra observación de Fustel fue que la práctica, no la legislación, creó y fomentó el colonato, y que la práctica sólo se consignó según los hechos de manera ocasional en las promulgaciones imperiales. La prueba es tan elegante que merece que se

58. En otro lugar he expuesto mi objeción a la tesis de que la clave de la historia política y económica del bajo Imperio fuera la escasez total de mano de obra: véase mi reseña en el *Journal of Roman Studies*, 48 (1958), pp. 156-164, de A.E.R. Boak, *Manpower Shortage and the Decline of the Roman Empire in the West*, Ann Arbor, 1955. Uno de los principales puntales de Boak, la presunta difusión del abandono de la tierra de labranza en Italia y otros lugares, fue rebatido por C. R. Whittaker, en Finley, ed., *Studies in Roman Property*, Cambridge, 1976, cap. 8: «Agri deserti».
59. Fustel de Coulanges, *loc. cit.*, pp. 15-24; cf. Finley, *Studies in Roman Property*, pp. 115-117. Uno de los pocos que se dieron cuenta y prestaron su apoyo entusiasta fue A. Schulten, *Die römischen Grundherrschaften*, Weimar, 1896, pp. 93-98.
60. Weber, *Die Römische Agrargeschichte*, Stuttgart, 1891, p. 242.

repita. En el *Código justinianeo* hay veintiséis normativas reunidas bajo el solo epígrafe de *De agricolis censitis vel colonis* (11, 42), dando pie a la ilusión de un programa legislativo coherente. Sin embargo, en el anterior *Código teodosiano*, promulgado en el año 438, estas normativas se encuentran diseminadas en títulos diversos y bajo epígrafes diferentes, lo que demuestra que la legislación era de hecho *ad hoc* y poco sistemática, poco más que una respuesta gubernamental a problemas o disputas particulares surgidos de la práctica local. En ninguna de tales normativas, por otra parte, hay nada referente a las obligaciones del *colonus* para con el propietario de la tierra, aunque ciertamente existían leyes de gran detalle y complejidad.[61] Fustel habría podido añadir que el contrato de ocupación tradicional, *locatio conductio rei*, desapareció de las fuentes después de Diocleciano sin ningún comentario de parte de ningún jurisconsulto o emperador.[62]

Las presiones sobre las minorías que sostenían y estructuraban todo el Imperio se habían manifestado ya durante la República. La servidumbre por deudas en su sentido formal podía haber sido abolida tiempo atrás, pero los deudores morosos estuvieron siempre sujetos a la *addictio*, que no significaba sino trabajo obligatorio.[63] Estrictamente hablando, era necesaria la autoridad de un juez, pero ¿quién está preparado para argüir que se había concedido un proceso en regla a todos los siervos complicados en la conjuración de Catilina (Salustio, *Catilina*, 33), a los *obaerati* (u *obaerarii*) de Varrón (*De re rustica*, 1, 17, 2) o a los ciudadanos obligados por deudas (*nexi*) con los que, según refiere Columela con desaprobación (1, 3, 12), algunos terratenientes ricos llenaban sus propiedades? ¿O que los *coloni* de Enobarbo que se unieron a su flota privada junto con sus esclavos y libertos (César, *Guerra civil*, 1, 34, 2 y 56, 3) lo hicieron como voluntarios que compartían las opiniones políticas de su señor? ¿Por qué, en un

61. Fustel de Coulanges, *loc. cit.*, p. 119; cf. Heitland, *Agricola*, Cambridge, 1921, pp. 378-384.

62. Levy, «Vom römischen Precarium zur germanischen Landleihe», en *ZRG*, LXVI (1948), pp. 17-25.

63. F. von Woess, «Personalexekution und cessio bonorum im römischen Reichsrecht», en *ZRG*, 43 (1922), pp. 485-529, sigue siendo fundamental.

contexto diferente, los arrendatarios de Plinio el Joven se quedaron después de no haber podido pagar la renta y ver vendidas sus posesiones (3, 19)? Los juristas nos dicen que un inquilino era libre para irse cuando terminaba su contrato, normalmente de cinco años (*Digesto*, 19, 2, 25). Sin embargo, Adriano creyó necesario condenar la «inhumana costumbre [*mos*]» de retener a los inquilinos contra su voluntad en tierra comunal;[64] un siglo después, en 244, un emperador decretaba que «ni los inquilinos que no lo deseen ni sus herederos serán retenidos una vez que se haya cumplido el plazo del arriendo» (*Código justinianeo*, 4, 65, 11), añadiendo tres palabras siniestras: *saepe rescriptum est* (consta repetidas veces en los rescriptos).

Este tipo de testimonios, estos atisbos, si se prefiere, me aseguran que hubo una erosión gradual de la capacidad de las clases inferiores de resistirse a trabajar en beneficio ajeno en condiciones por debajo de la plena «libertad de contrato». Es significativo que gran parte de los testimonios procedan de Italia precisamente durante los siglos en que ella fue el centro, el núcleo de la sociedad esclavista antigua, y que proceda del sector agrícola, el sector crítico. El proceso no lo comenzó el estado, aunque tampoco lo entorpeció, y en ciertos aspectos no tardó en instigarlo. En tiempos remotos el campesino había estado incorporado en la comunidad como miembro cabal, con todas las amplias consecuencias que vimos antes. En Roma, naturalmente, no alcanzó nunca del todo la situación de su colega ateniense, pero su ciudadanía, y sobre todo su indispensable aportación militar, tenían bastante peso. A partir de la época de Augusto se transformó todo, y además con cierta rapidez. La ciudadanía perdió su antiguo significado: los derechos políticos que ésta entrañaba no tardaron en desvanecerse por completo y durante tres siglos aproximadamente el servicio militar obligatorio fue substituido por el alistamiento voluntario, aliviando a los hombres en edad de movilización de una pesada carga, aunque al mismo tiempo apartándoles de un arma importante, a decir verdad la única que muchos hombres poseían de cara al estado. El

64. *Digesto*, 49, 14, 3, 6; cf. 39, 4, 9, 1.

cambio está claramente simbolizado en la aparición, a comienzos del siglo II, de la distinción formal entre los *honestiores* y los *humiliores*, expresiones que podrían traducirse superficialmente por «clases superiores» y «clases inferiores». La desigualdad ante la ley, nunca eliminada en las realidades de la vida, se introdujo entonces oficialmente en el derecho criminal y los *humiliores* quedaron a merced de lo que hasta el momento se habían considerado formas «serviles» de castigo sangriento.[65]

El emperador era todavía el *pater patriae*, por supuesto. A fines del siglo II los inquilinos de una parte del *tractus* cartaginés recurrieron al emperador Cómodo contra las excesivas exigencias con que los cargaban los capataces-inquilinos, instigados por el procurador imperial, que no sólo había hecho caso omiso de sus demandas de derecho «durante muchos años», sino que además les había mandado a los soldados para encadenar, pegar y torturar a los que protestaban, algunos de ellos ciudadanos romanos.[66] El emperador ordenó solemnemente a sus funcionarios africanos que devolvieran a los campesinos sus derechos legales. Tenemos dudas de su influjo, aun momentáneo, en Cartago, por no hablar ya de otras partes de los vastos dominios imperiales. En cuatro elocuentes páginas, Rostovtzeff señaló hace tiempo que las detalladísimas normativas para los dominios africanos constituían la única defensa de los inquilinos ante los *conductores* y procuradores, pero que eran estas mismas normativas las que dejaban a los campesinos en manos de los mismos funcionarios.[67] Recurrir al emperador siempre era posible en principio, pero si los consejeros municipales «sobrepasaban al protector imperial más de lo que recomendaba la seguridad»,[68] ¿qué esperanza abrigarían los *coloni*? Los emperadores romanos, en conjunto, no favorecieron abiertamente la injusticia, pero tampoco hicieron a los humildes una justicia muy sensible en la escala

65. Véase, en general, Garnsey, *Social Status and Legal Privilege*.
66. *Corpus inscriptionum latinarum*, VIII, 10.570; texto y traducción en Frank, ed., *An Economic Survey of Ancient Rome*, Baltimore, 1933-1940, IV, pp. 96-98.
67. Rostovtzeff, *Studien zur Geschichte des römischen Kolonates*, páginas 370-373.
68. Garnsey, *Social Status and Legal Privilege*, p. 274.

de valores de éstos, y está claro que no lo bastante sensible para entrar en serio conflicto con la clase dominante o comprometer las finanzas imperiales. «Consta repetidas veces en los rescriptos» en una frase que revela la falta de voluntad o de capacidad para emprender acciones eficaces en este campo. La definitiva impotencia de los emperadores viene ilustrada por el fracaso total de Juliano, con la oposición de la clase dominante, en ayudar a los pobres durante la hambruna de 363 en Antioquía.[69] O por la inútil resistencia al *patrocinium*, abandonada por último en 415: «la corona se dio cuenta —se ha dicho con justicia— que era más importante recoger los ingresos que recogerlos de un sector particular del pueblo».[70]

Si bien, pese a todo, el estado dejó de autorizar el voto de los campesinos o de necesitar su fuerza combativa, en cambio siguió necesitando su dinero y en crecientes cantidades. En cierto modo, todo el peso de los impuestos recayó en la tierra. Aunque hay testimonios de recursos en pro de la reducción tributaria incluso durante el reinado de Tiberio (Tácito, *Anales*, 2, 42), y aunque el primer aumento fiscal sobre la tierra que se conoce se atribuye a Vespasiano (Suetonio, *Vespasiano*, 16, 2), la carga no comenzó a ser realmente pesada hasta el siglo III. A partir de entonces aumentó de manera uniforme, según una estimación posiblemente exagerada, hasta que aproximadamente en el reinado de Justiniano el estado tomó entre un cuarto y un tercio de la producción bruta de las tierras imperiales.[71] A esto hay que añadir las enjundiosas sumas que nunca llegaron al tesoro, repartidas entre una horda de funcionarios y recaudadores de impuestos, parcialmente en función de gajes legales (conocidos por *sportulae*), parcialmente como exacciones autorizadas. Por último, y por si esto fuera poco, Italia, a comienzos del siglo IV, perdió su añeja exención tributaria.

69. Véase J. H. W. G. Liebeschuetz, *Antioch... in the Later Roman Empire*, Oxford, 1972, pp. 126-132.
70. E. R. Hardy, *The Large Estates of Byzantine Egypt*, Nueva York, 1931, pp. 22-23.
71. Jones, *The Later Roman Empire*, p. 469; cf. su «Over-Taxation and the Decline of the Roman Empire», *Antiquity*, 33 (1959), pp. 39-43, reimpr. en su *The Roman Economy*, ed. P. A. Brunt, Oxford, 1974, cap. 4.

Las crecientes necesidades fiscales pueden atribuirse en primera instancia a esa ley de hierro de la burocracia absolutista que aumentaba tanto en contingente humano como en gastos. De la corte imperial para abajo, hubo, una década tras otra, cada vez más hombres que sostener con los fondos públicos, a un nivel de lujo que crecía ininterrumpidamente. En segundo término, casi a fines del siglo II entró en escena un factor exterior: las serias agresiones extranjeras contra el imperio que acontecían por vez primera desde hacía más de doscientos años. Ha quedado ya anticuada la acentuación de las «invasiones bárbaras» en contextos como el nuestro, pero ello no neutraliza el cúmulo de los daños financieros y materiales infligidos por cincuenta años de continua guerra civil en el siglo III y por las continuas y ulteriores intentonas de los germanos, de los persas en Oriente, y de grupos variados en el resto.

El reparto social de los gravámenes era, como de costumbre, desigual. El impuesto sobre la tierra recaía con máxima fuerza, directa o indirectamente, sobre los que de hecho la trabajaban, los campesinos y los arrendatarios. Una parte recaía también sobre los propietarios de las fincas rústicas trabajadas por esclavos, que no podían pasarse por alto, aunque los más ricos de éstos eran los más adeptos a la evasión fiscal. El emperador Juliano, según sabemos, negó la tradicional remisión de los atrasos tributarios sobre la base explícita de que «ello beneficiaba sólo a los pudientes», mientras que los pobres tenían que pagar puntualmente.[72] La doble carga de los impuestos y la guerra condujo a muchos campesinos o al bandidaje o a buscar protección cerca de algún poderoso individuo local. A esto se refería la institución conocida como *patrocinium*: a cambio de protección y cierto desahogo, el campesino aceptaba la autoridad de un señor rural (o de un agente del señor) sobre sí y sobre su propiedad, y por tanto la pérdida de la independencia que le quedaba.[73] Las seis

72. Amiano, 16, 5, 15; cf. Salviano, *Del gobierno de Dios*, 4, 30-31; 5, 35.

73. Véase sobre todo, I. Hahn, «Das bäuerliche Patrocinium in Ost und West», *Klio*, 50 (1968), pp. 261-276; más en general, para las provincias orientales, Patlagean, *Pauvreté économique et pauvreté sociale à Byzance, 4e-7e siècles*, París y La Haya, 1977, pp. 271-301.

leyes (fechadas entre 340 y 415) del libro IX, título 24, *De patrociniis vicorum*, del *Código teodosiano*, hablan claro en este sentido. Era la misma época en que Libanio se quejaba, en su discurso 47.º, de que la protección de *sus* campesinos la estaban asumiendo otros, y ni siquiera la familia del mucho más influyente Quinto Aurelio Símaco fue inmune a tales injerencias.[74]

Espero que a estas alturas sea ya evidente por qué comencé por la complejidad de la terminología, que, según sugerí, era un índice de la nueva realidad social. En amplias zonas del Imperio siguieron predominando entre los trabajadores de la tierra las formas de dependencia tradicionales, introducidas en el Imperio romano desde tiempos anteriores. También sobrevivió la esclavitud en una medida cuantitativamente considerable, con levas continuas, mediante el tráfico y la guerra, mediante la crianza expresa y, a escala más reducida, mediante fórmulas ilegales o casi ilegales como la venta de la propia persona, la de niños nacidos libres y el abandono preestablecido de los recién nacidos libres que en Grecia se conocían con el nombre de *threptoi* (expósitos). Un nuevo factor importante, empero, vino a añadirse cuando la condición social de muchos hombres del campo, otrora libres —campesinos, arrendatarios, obreros agrícolas—, comenzó a transformarse de manera uniforme en otra de dependencia, de «no libertad». La historia de la palabra *colonus* es su símbolo: originalmente, *colonus* significaba tan sólo «labriego», luego adquirió una segunda acepción, «campesino arrendatario» y, más o menos a comienzos del siglo IV, una tercera, en palabras del emperador Valentiniano I, «esclavo de la tierra». Mientras el Imperio se adentraba en su fase última, la postdiocleciana, las diferencias formales entre las diversas categorías de agricultores sometidos a dependencia tendieron a desaparecer *de facto* y hasta *de iure*. «Podemos hablar —decía un distinguido romanista— de un retroceso del contrato a la condición social, por dar la vuelta a una célebre frase de sir Henry Maine.»[75] La historia verbal vuelve a aportarnos un símbolo: *servus* acabó por signi-

74. Símaco, *Epístolas*, 1, 74; 4, 68.
75. Levy, art. cit., p. 21 n. 89.

ficar «siervo», de modo que hizo falta un nuevo término que abarcara su antiguo sentido de «esclavo». Este fue el caso tanto en lo que repetidas veces he llamado núcleo territorial clásico de la sociedad esclavista como en las restantes partes del imperio.

En las ciudades, dos de los factores que he enumerado en relación con los mercados —los emporios estatales y la creciente producción industrial de los latifundios— contribuyeron a destruir entes manufactureros mayores como los que habían existido en las antiguas ciudades y ayudaron a la asimismo paradójica transformación de los oficios urbanos. La *plebs urbana* del bajo Imperio se ha descuidado de manera notoria en las historias modernas, salvo cuando se sublevaba.[76] Sin embargo, no hay duda de que estaba presente en gran número o que seguía teniendo su peso entre los hombres libres —en fecha tan tardía como 432, una orden imperial aludía al *ordo plebeiorum*—,[77] a diferencia de los *coloni* y los esclavos. ¿Qué hacía cuando no provocaba tumultos? Sin duda, al igual que las masas parisinas de la Revolución francesa, comprendía no sólo a los peones y al *Lumpenproletariat*, sino también a la clase artesanal urbana dedicada al pequeño comercio y la pequeña producción mercantil, muy especializada, muy laboriosa y en su mayoría muy pobre.[78] Fueron los esclavos urbanos los que constituyeron entonces el elemento parasitario. Sólo podemos juzgar por impresiones, pero es chocante que en todas las fuentes del bajo Imperio, cuando aparecen los esclavos productivos, trabajen en el sector agrícola, como labradores o artesanos, mientras que los aún numerosos esclavos urbanos aparezcan con la misma regularidad como criados domés-

76. Tanto la disponibilidad como el olvido de las fuentes de información no aprovechadas, documentados en Seyfarth, *op. cit.*, pp. 104-127, y Hahn, «Freie Arbeit und Sklavenarbeit in der Spätantiken Stadt», *Annales Univ. Budapestiensis, Sectio Historica*, III (1961), y por último, la fecunda investigación de Patlagean, *op. cit.*, caps. 2, 3 y 5, sobre las provincias orientales.
77. *Código teodosiano*, 9, 45, 5 *ad fin.*
78. Véase Patlagean, *op. cit.*, caps. 2, 3 y 5; concisamente, la documentación en A. F. Norman, «Gradations in Later Municipal Society», *Journal of Roman Studies*, 48 (1958), pp. 79-85.

ticos y administradores, como un lujo del consumo conspicuo, no sólo de los pudientes, sino también de los más modestos maestros y profesores de retórica.[79]

Los trabajadores de los emporios imperiales formaban grupo aparte, un grupo cuya condición social ha resistido los intentos de la definición convencional. Los únicos términos colectivos que se les aplica en los textos, *collegiati*, *corporati*, no nos son útiles. Se ha argüido que como las etiquetas indiscutiblemente serviles —*mancipi* o *ex familia*— sólo aparecen en relación con los tejedores, los tintoreros y los colectores de tinte morado, ellos solos eran los auténticos esclavos.[80] Pero el trabajo de las fábricas imperiales se había añadido a la lista de las penas graves, como la condena más antigua de trabajar en las minas, y esto nos obliga a detenernos un tanto. Advertimos entonces que a los obreros de la ceca, grupo más estimado, no sólo se les marcaba, sino que además se les consideraba esclavos según la estipulación del *senatus consultum claudianum*. Un edicto de 380 prohibía a toda mujer de clase superior la cohabitación con un *monetarius* so pena de perder la libertad según la citada ley antigua.[81] Las antiguas categorías jurídicas habían perdido su validez.

La existencia de una fuente «interna» de abastecimiento de mano de obra, en suma, hacía innecesario que los *possessores* fuesen más allá de la recluta complementaria de mano de obra esclava. No soy capaz de descubrir consideraciones, o testimonios conscientes, de la productividad relativa en el largo y lento proceso que he intentado reproducir, y ninguna investigación sobre un «aumento de la producción» de parte de «grupos sociales más avisados».[82] Los moralistas de la baja Antigüedad se

79. Véase Hahn, art. cit., y «Sklaven und Sklavenfrage im politischen Denken der Spätantike», en *Klio*, LVIII (1976), pp. 460-466.
80. N. Charbonnel, «La condition des ouvriers dans les ateliers impériaux au IVe et Ve siècles», *Travaux et recherches de la Fac. de droit de Paris, Série Sciences Historiques*, I (1964), pp. 61-93, en pp. 67-70. El mejor trabajo sobre las fábricas imperiales sigue siendo el de A. W. Persson, *Staat und Manufaktur im römischen Reiche*, Lund, 1923, pp. 67-75, no conocido al parecer por Charbonnel; pero véase Hahn, «Freie Arbeit und Sklavenarbeit», art. cit., pp. 32-33.
81. *Código teodosiano*, 10, 20, 10.
82. Hahn, «Sklaven und Sklavenfrage», art. cit., p. 469.

quejaban de la pereza y el abotargamiento de la población urbana, tanto esclava como libre, en contraste con la afanosa población rústica,[83] pero sus antecesores habían murmurado del mismo modo a propósito de los esclavos y los arrendatarios por igual: testigos, Columela o Plinio el Joven. Por ideológicamente significativos que puedan ser, tales textos no dicen más de la conducta económica que los equivalentes masculleos de los propietarios de esclavos norteamericanos o de las cartas al director del *Times* acerca de la ociosidad e indisciplina de los obreros ingleses. Ninguno de los refunfuñadores sufría mengua alguna en la propia bolsa.

A propósito de la «localización», el mundo de la baja Antigüedad no era ya una sociedad esclavista, a pesar de la ininterrumpida presencia de esclavos en grandes cantidades. Los esclavos no dominaban ya en la producción a gran escala del sector rural; la producción a gran escala del sector urbano se había reducido a las fábricas estatales; los esclavos no aportaban ya el grueso de los beneficios de la élite. Sólo en la esfera doméstica seguían predominando y la cima de esta pirámide la ocupaban ahora los eunucos de la corte.[84] Una diáfana transformación estructural había acontecido y en las ciudades los esclavos fueron gradualmente substituidos por hombres que seguían siendo jurídicamente libres, pero que ya no eran los ciudadanos libres del mundo clásico, mientras que en el campo lo fueron por hombres que ni jurídica ni políticamente eran libres en el sentido antiguo. Sin embargo, la *organización* no parece haber sufrido transformación alguna. Soy incapaz de encajar la baja Antigüedad en ninguna clasificación clara según etapas. Aunque en las fincas rústicas imperiales de África del Norte y un par de sitios más se han detectado rudimentos de un sistema señorial, dicho sistema y su superestructura feudal no habían de aparecer hasta la época de Carlomagno, como ha insistido Marc Bloch con justeza. La sociedad esclavista no dio paso inmediato a la sociedad feudal.

83. Hahn, *ibidem*.
84. Véase Hopkins, *op. cit.*, cap. 4.

BIBLIOGRAFÍA

Nota: Las obras que sólo se han citado una vez no se consignan en su mayor parte.

Siglas:
Abh. Mainz=Akad. d. Wissenschaften u. d. Literatur, Mainz, *Abhandlungen der geistes- u. sozialwiss. Klasse.*
RE=G. Wissowa, W. Kroll, y otros, eds., *Paulys Real-Enzyklopädie der klassischen Altertumswissenschaft*, Stuttgart, 1894...
ZRG = *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte, Romanistische Abteilung.*

Abignente, G., *La schiavitù nei suoi rapporti colla chiesa e col laicato*, Turín, 1890.
Anderson, P., *Passages from Antiquity to Feudalism*, Londres, 1974.
—, *Lineages of the Absolute State*, Londres, 1974.
Annequin, J., y otros, eds., *Formes d'exploitation du travail et rapports sociaux dans l'antiquité classique* (*Recherches internationales à la lumière du marxisme*, 84), París, 1975.
Backhaus, W., *Marx, Engels und die Sklaverei*, Düsseldorf, 1974.
—, «John Elliott Cairnes und die Erforschung der antiken Sklaverei», *Historische Zeitschrift*, CCXX (1975), pp. 543-567.
Barrow, R. H., *Slavery in the Roman Empire*, Londres, 1925.
Bellen, H., *Studien zur Sklavenflucht im römischen Kaiserreich*, Wiesbaden, 1971.
Beloch, J., *Die Bevölkerung der griechisch-römischen Welt*, Leipzig, 1886.
Biezunska-Malowist, I., *L'esclavage dans l'Egypte gréco-romain*, 2 vols., Academia Polaca de Ciencias, 1974-1977.
Biot, Ed., *De l'abolition de l'esclavage ancien en Occident*, París, 1840.

Blair, W., *An Inquiry into the State of Slavery amongst the Romans*, Edimburgo, 1833.
Blavatskaya, T. V., y otros, *Die Sklaverei in hellenistischen Staaten im 3-1. Jh. v. Chr.*, trad. de M. Bräuer-Pospelova y otros, Wiesbaden, 1972.
Böckh, A., *Die Staatshaushaltung der Athener*, 2 vols., Berlín, 1817 (3.ª ed., al cuidado de Max Fränkel, 1886).
Bömer, F., *Untersuchungen über die Religion der Sklaven in Griechenland und Rom*, en *Abh. Mainz*, n.º 7 (1957); n.º 1 (1960); n.º 4 (1961); n.º 10 (1963).
Brockmeyer, N., *Bibliographie zur antiken Sklaverei*, ed. J. Vogt, Bochum, 1971.
Bücher, K., *Die Entstehung der Volkswirtschaft*, Tubinga, 1904 5 (1.ª ed., 1893).
—, *Beiträge zur Wirtschaftsgeschichte*, Tubinga, 1922.
Büchsenschütz, B., *Besitz und Erwerb im griechischen Altenthume*, Halle, 1869.
Buckland, W. W., *The Roman Law of Slavery*, Cambridge, 1908.
Burckhardt, J., *Griechische Kulturgeschichte*, 4 vols., Darmstadt, 1898-1902 (cit. por la reimpr. de 1956). [Trad. cast.: *Historia de la cultura griega*, 5 vols., Barcelona, 1964-1971.]
Calabi, F., «"Despotes" e "technites". Definizioni essenziali e definizioni funzionali nella *Politica* di Aristotele», *Quaderni di Storia*, IX (1979), pp. 109-134.
Calderini, A., *La manomissione e la condizione dei liberti in Grecia*, Milán, 1908.
Capogrossi, L., «Il campo semantico della schiavitù nella cultura latina del terzo e del secondo secolo a. C.», *Studi Storici*, XVIII (1978), pp. 716-733.
Carandini, A., «Le forme di produzione dell' economia e le forme di circolazione dell' antropologia economica», *Quaderni di Critica Marxista* (1976), pp. 215-234; reimpr. en su *Archeologia e cultura materiale*, Bari, 1979 2, pp. 354-384.
Cassirer, E., *The Philosophy of the Enlightenment*, trad. de F. C. A. Koelln y J. C. Pettegrove, Boston, 1951. [Trad. cast.: *La filosofía de la Ilustración*, trad. de E. Imaz, México, 1943; 1950².]
Ciccotti, E., *Il tramonto della schiavitù nel mondo antico*, Turín, 1977; Bari, 2 vols., 1977; 1.ª ed., 1899 [Trad. cast.: *La esclavitud en el mundo antiguo*, Bibl. Sociología Internacional, Barcelona, 1907, 3 vols.]

Colloque 1971. Actes du Colloque 1971 sur l'esclavage (*Annales littéraires de l'Univ. de Besançon*, 140), 1972.
Colloque 1972. (*Ibid.*, 163), 1974.
Colloque 1973. (*Ibid.*, 182), 1976.
David, P. A., y otros, *Reckoning with Slavery*, Nueva York, 1976.
Davis, D. B., *The Problem of Slavery in Western Culture*, Ithaca, 1966.
—, «Slavery and the Post-World War II. Historians», *Daedalus*, CIII (1974), pp. 1-16.
Degler, C. N., «Starr on Slavery», *Journal of Economic History*, XIX (1959), pp. 271-277.
—, «Slavery in Brazil and the United States. A Comparison», *American Historical Review*, LXXV (1970), pp. 1.004-1.028; reimpr. en A. Weinstein y F. O. Gatell, eds., cit. *infra*.
—, «The Irony of American Slavery», en H. P. Owens, ed., *Perspectives and Irony in American Slavery*, Jackson, Miss., 1976, páginas 3-25.
Diakonoff, I. M., «Slaves, Helots and Serfs in Early Antiquity», *Acta Antiqua*, XXII (1974), pp. 45-78.
Ducat, J., «Aspects de l'hilotisme», *Ancient Society*, IX (1978), páginas 5-46.
Duncan-Jones, R., *The Economy of the Roman Empire*, Cambridge, 1974.
Dureau de la Malle, A. J. C. A., *Économie politique des romains*, 2 vols., París, 1840.
Ehrenberg, V., *The people of Aristophanes*, Oxford, 1951².
Elkins, S. M., *Slavery*, Chicago, 1959.
Finley, M. I., «Was Greek Civilization Based on Slave Labour?», *Historia*, VIII (1959), pp. 145-164; reimpr. corregida en M. I. Finley, *Economy and Society of Ancient Greece*, cit. *infra*.
—, «The Servile Statuses of Ancient Greece», *Revue Internationale des Droits de l'Antiquité*, 3.ª serie, VII (1960), pp. 165-189; reimpr. corregida en Finley, *ibid.*
—, «Between Slavery and Freedom», *Comparative Studies in Society and History*, VI (1964), pp. 233-249; reimpr. corregida en Finley, *ibid.*, y en francés, en J. Annequin, ed., cit. *supra*.
—, «La servitude pour dettes», *Revue Historique de Droit Français et Étranger*, 4.ª serie, XLIII (1965), pp. 159-184; reimpr. corregida en Finley, *ibid.*, y en alemán, en H. G. Kippenberg, ed. cit. *infra*.
—, «Technical Innovation and Economic Progress in the Ancient

World», *Economic History Review*, 2.ª serie, XVIII (1965), páginas 29-45; reimpr. corregida en Finley, *ibid.*
—, ed., *Slavery in Classical Antiquity*, Cambridge y Nueva York, 1968; reimpr. con supl.
—, *The Ancient Economy*, Berkeley y Londres, 1973.
—, ed., *Studies in Ancient Society*, Londres y Boston, 1974.
—, *The Use and Abuse of History*, Londres, 1975. [Trad. cast.: *Uso y abuso de la historia*, Crítica, Barcelona, 1977.]
—, ed., *Studies in Roman Property*, Cambridge, 1976.
—, «The Ancient City: From Fustel de Coulanges to Max Weber and beyond», *Comparative Studies in Society and History*, XIX (1977), pp. 305-327; reimpr. corregida en Finley, *ibid.*
—, «"Progress" in Historiography», *Daedalus*, CVI, n.º 3 (1977), páginas 125-142.
—, *Economy and Society of Ancient Greece*, ed. R. P. Saller y B. D. Shaw, Londres, 1981.
Francotte, H., *L'industrie dans la Grèce antique*, 2 vols., (*Bibliothèque de la Fac. de Phil. et Let. de la Univ. de Liège*, fascs. 7-8), 1900-1901.
—, «Industrie und Handel», en *RE*, IX (1916), pp. 1.381-1.459.
Frank, T., ed., *An Economic Survey of Ancient Rome*, 6 vols., Baltimore, 1933-1940.
Frederikson, G. M., y C. Lasch, «Resistance to Slavery», *Civil War History*, XIII (1967), pp. 315-329; reimpr. (y citado por) Weinstein-Gatell, cit. *infra*, pp. 118-133.
Fustel de Coulanges, N. M., «Le colonat romain», en *Recherches sur quelques problèmes d'histoire*, París, 1885, pp. 1-186.
Garlan, Y., «Les esclaves grecs en temps de guerre», en *Actes du Colloque d'Histoire Sociale 1970*, París, 1972, pp. 29-62.
Garnsey, P., *Social Status and Legal Privilege in the Roman Empire*, Oxford, 1970.
—, ed., *Non-slave Labour in Graeco-Roman Antiquity*, *Proceedings of the Cambridge Philological Society*, supl. 6, 1980.
Genovese, E. D., *Roll, Jordan, Roll*, Nueva York, 1974.
Gernet, L., *Droit et société dans la Grèce ancienne*, París, reimpr. 1955.
Hahn, I., «Freie Arbeit und Sklavenarbeit in der spätantiken Stadt», *Annales Univ. ... Budapestiensis, Sectio Historica*, III (1961), páginas 23-39.
—, «Die Anfänge der antiken Gesellschaftsformation in Griechenland und das Problem der sogenannten asiatischen Produktionsweise»,

Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte, II (1971), pp. 29-47; reimpr. en Kippenberg, cit. *infra*, pp. 68-99.
—, «Sklaven und Sklavenfrage im politischen Denken der Spätantike», *Klio*, LVIII (1976), pp. 459-470.
Heeren, A. H. L. *Ideen über die Politik, den Verkehr und den Handel der vornehmsten Volk der alten Welt, Historische Werke*, XV, Gotinga, 1826 [4], III, 1.
Heitland, W. E., *Agricola*, Cambridge, 1921.
Highet, G., «*Libertini Patre Natus*», *American Journal of Philology*, XCIV (1973), pp. 268-281.
Himmelmann, N., *Archäologisches zum Problem der griechischen Sklaverei*, en *Akad. Mainz*, n.º 13 (1971).
Hobsbawm, E., Introducción a K. Marx, *Pre-capitalist Economic Formations*, cit. *infra*.
Hopkins, K., *Conquerors and Slaves*, Cambridge, 1978.
Hume, D., «Of the Populousness of Ancient Nations», 1752; cit. por *Essays*, ed. World's Classics, Londres, 1903, pp. 381-451.
Ingram, J. K., *History of Slavery and Serfdom*, Londres, 1895.
Jameson, M. H., «Agriculture and Slavery in Classical Athens», *Classical Journal*, LXXII (1977-1978), pp. 122-145.
Jameson, R. P., *Montesquieu et l'esclavage*, París, 1911; reimpr., Nueva York, 1941.
Joly, R., «Esclaves et médecins dans la Grèce antique», *Sudhoffs Archiv*, LIII (1969-1970), pp. 1-14.
Jones, A. H. M., *The Later Roman Empire 284-602*, 3 vols., Oxford, 1964.
Kajanto, I., «Tacitus on the Slaves. An Interpretation of the *Annales*, XIV, 42-45», *Arctos*, nueva serie, VI (1969), pp. 43-60.
Kiechle, F., *Sklavenarbeit und technischer Fortschritt im römischen Reich*, Wiesbaden, 1969.
Kippenberg, H. G., ed., *Seminar: Die Entstehung der antiken Klassengesellschaft*, Frankfurt, 1977.
Klees, H., *Herren und Sklaven: Die Sklaverei im oikonomischen und politischen Schrifttum der Griechen in klassischer Zeit*, Wiesbaden, 1975.
Kreissig, H., *Wirtschaft und Gesellschaft im Seleukidenreich*, Berlín, 1978.
Kudlien, F., *Die Sklaven in der griechischen Medizin der klassischen und hellenistischen Zeit*, Wiesbaden, 1968.
Kühne, H., «Zur Teilnahme von Sklaven und Freigelassenen an der

Bürgerkriegen der Freien im I. Jahrhundert v.u.Z. in Rom», *Studii Clasice*, IV (1962), pp. 189-209.
Lange, R., reseña de Ciccotti, cit. *supra*, en *Wochenschrift für klassische Philologie*, XVI (1899), pp. 761-770.
Lauffer, S., «Die Sklaverei in der griechisch-römischen Welt», *Rapports* (XI Congreso Hist. Internac.), Uppsala, 1960, II, páginas 71-97.
Lencman, Ja. A., *Die Sklaverei in mykenischen und homerischen Griechenland*, trad. de M. Braüer-Pospelova, Wiesbaden, 1966.
Lepore, E., «Economia antica e storiografia moderna (Appunti per un bilancio di generazioni)», en *Ricerche ... in memoria di Carrado Barbagallo*, Nápoles, 1970, I, pp. 3-33.
Letourneau, C., *L'évolution de l'esclavage dans les diverses races humaines*, París, 1897.
Levy, E., «Von römischen Precarium zur germanischen Landleihe», *ZRG*, LXVI (1948), pp. 1-30.
McCulloch, J. R., *The Literature of Political Economy: A Classified Catalogue*, Londres, 1845.
Marx, K., *Pre-capitalist Economic Formations*, trad. de J. Cohen, Londres, 1964. [Trad. cast. (con introducción de Hobsbawm): *Formaciones económicas precapitalistas*, Crítica, Barcelona, 1979.]
—, *Grundrisse*, trad. de M. Nicolaus, Harmondsworth, 1973. [Diversas trad. cast.: *Los fundamentos de la crítica de la economía política*, 3 vols., Alberto Corazón Editor, Madrid, 1972...; *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Borrador) 1857-1858*, 3 vols. Siglo XXI, Madrid, varias ediciones desde 1972; *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política*, en Marx-Engels, OME 21 y 22, Crítica, Barcelona, 1977-1978.]
Mazza, M., Introducción a E. Ciccotti, cit. *supra*, reimpr. en *Klio*, LXI (1979), pp. 57-83.
Mazzarino, S., *Il pensiero storico classico*, 2 vols., Bari, 1966.
Meillassoux, C., ed., *L'esclavage en Afrique précoloniale*, París, 1975.
Meyer, E., *Die wirtschaftliche Entwicklung des Altertums*, 1895; reimpr. (y citado por) Meyer, *Kleine Schriften*, cit. *infra*, páginas 79-168.
—, *Die Sklaverei im Altertum*, 1898; reimpr. (y citado por) Meyer, *ibid.*, pp. 169-212.
—, *Forschungen zur alten Geschichte*, II, Halle, 1899.
—, *Zur Theorie und Methodik der Geschichte*, 1902; reimpr. (y citado por) Meyer, *ibid.*, pp. 1-78.

Meyer, E., *Kleine Schriften*, I, Halle, 1924[2].
Mickwitz, G., «Economic Rationalism in Graeco-Roman Agriculture», *English Historical Review*, LII (1937), pp. 577-589.
—, «Zum Problem der Betriebsführung in der antiken Wirtschaft», *Vierteljahrschrift f. Sozial- u. Wirtschaftsgesch*, XXXII (1939), páginas 1-25.
Milani, P., *La schiavitù nel pensiero politico: dai Greci al Basso Medio Evo*, Milán, 1972.
Millar, J., *Observations concerning the Distinction of Ranks in Society*, Dublín, 1771.
Mintz, S. A., «The so-called World System: Local Initiative and Local Response», *Dialectical Anthropology*, II (1977), pp. 253-270.
Momigliano, A., *Studies in Historiography*, Londres, 1966.
Mommsen, T., *Römisches Strafrecht*, Darmstadt, 1961; reimpr. de la edición de 1899.
Morrow, G. R., *Plato's Law of Slavery and Its Relation to Greek Law*, Urbana, Ill. 1939.
Nehlsen, H., *Sklavenrecht zwischen Antike und Mittelalter*, Gotinga, 1972 (sólo vol. I hasta el momento).
Nieboer, H. J., *Slavery as an Industrial System*, La Haya, 1900; 1910[2].
Oertel, F., Apéndice a R. Pöhlmann, cit. *infra*; reimpr. en Oertel, cit. *infra*, pp. 40-48.
—, *Kleine Schriften zur Wirtschafts- und Sozialgeschichte*, ed. H. Braunert, Bonn, 1975.
Patlagean, E., *Pauvreté économique et pauvreté sociale à Byzance, 4e-7e siècles*, París y La Haya, 1977.
Patterson, O., «Slavery and Slave Revolts: A Sociohistorical Analysis of the First Maroon War, 1665-1740», *Social and Economic Studies*, XIX (1970), pp. 289-325; reimpr. (y citado por) R. Price, ed., cit. *infra*.
—, «The Structural Origins of Slavery. A Critique of the Nieboer-Domar Hypothesis from a Comparative Perspective», *Annals of the N. Y. Acad. of Science*, CCXCII (1977), pp. 12-33.
—, «The Study of Slavery», *Annual Review of Sociology*, III (1977), páginas 407-449.
Percival, J., «Seigneurial Aspects of Late Roman Estate Management», *English Historical Review*, LXXXIV (1969), pp. 449-473.
Pignoria, L., *De servis, et eorum apud veteres ministeriis commentarius*, Augsburgo, 1613.
Pippidi, D. M., «Le problème de la main-d'oeuvre agricole dans les colonies grecques de la mer Noire», en M. I. Finley, ed., *Problè-*

mes de la terre en Grèce ancienne, París y La Haya, 1973, páginas 63-82.
Pöhlmann, R., *Geschichte der sozialen Frage und des Sozialismus in der antiken Welt*, 3.ª ed. a cargo de F. Oertel, Munich, 1925.
Popma, T., *De operis servis liber*, Leiden, 1608.
Price, R., ed., *Maroon Societies: Rebel Slave Communities in the Americas*, Garden City, N. Y., 1973.
Puglisi, A., «Servi, coloni, veterani e la terra in alcuni testi di Constantino», *Labeo*, XXIII (1977), pp. 305-317.
Raskolnikoff, M., *La recherche soviétique et l'histoire économique et sociale du monde hellénistique et romain*, Estrasburgo, 1975.
Reitemeier, J. F., *Geschichte und Zustand der Sklaverey und Leibeigenschaft in Griechenland*, Berlín, 1789.
Richter, W., «Seneca und die Sklaven», *Gymnasium*, LXV (1958), páginas 196-218.
Rivet, A. L. F., ed., *The Roman Villa in Britain*, Londres, 1969.
Roscher, W., *Ansichten der Volkswirtschaft aus dem geschichtlichen Standpunkte*, Leipzig y Heidelberg, 1871.
Rostovtzeff, M., *The Social and Economic History of the Hellenistic World*, 3 vols., Oxford, 1941. [Trad. cast.: *Historia social y económica del mundo helenístico*, 2 vols., Madrid, 1967.]
—, *The Social and Economic History of the Roman Empire*, 2.ª ed. a cargo de P. M. Fraser, 2 vols., Oxford, 1957. [Trad. cast.: *Historia social y económica del Imperio romano*, 2 vols., Madrid, 1937.]
—, *Studien zur Geschichte des römischen Kolonates*, *Archiv f. Papyrusforschung*, Beiheft 1, 1910.
Salvioli, G., *Le capitalisme dans le monde antique*, trad. por A. Bonnet, París, 1906.
Sargent, R. L., *The Size of the Slave Population at Athens* (*Univ. of Illinois Studies on the Social Sciences*, XII, 3), 1924.
Sartori, F., «Cinna e gli schiavi», en *Colloque 1971*, cit. *supra*, páginas 151-169.
Schiller, L., *Die Lehre des Aristoteles von der Sklaverei* (*Jahresbericht d. K. Studienanstalt zu Erlangen in Mittelfranken*), Erlangen, 1847.
Schwartz, Ed., *Gesammelte Schriften*, I, Berlín, 1938.
Seyfarth, W., *Fragen des spätrömischen Kaiserzeit im Spiegel der Theodosianus*, Berlín, 1963.
Shtaerman, E., *Die Krise der Sklavenhalterordnung im Western des römischen Reiches*, 1957, trad. del ruso por W. Seyfarth, Berlín, 1964.
—, *Die Blütezeit der Sklavenwirtschaft in der römischen Republik*, 1964, trad. del ruso por M. Bräuer-Pospelova, Wiesbaden, 1969.
— y M. K. Trofimova, *La schiavitù nell' Italia imperiale, I-III secolo*, 1971, trad. del ruso, Roma, 1975. [Trad. cast.: *La esclavitud en la Italia imperial*, trad. por J. A. Pisestela, con prólogo de Mario Mazza, Akal, Madrid, 1979.]
Spranger, P. P., *Historische Untersuchungen zu den Sklavenfiguren des Plautus und Terenz*, en *Akad. Mainz*, n.º 8 (1960).
Stier, H. E., *Grundlagen und Sinn der griechischen Geschichte*, Stuttgart, 1945.
Stroud, G. M., *A Sketch of Laws relating to Slavery in the Several States of the United States of America*, Filadelfia, 1856[2].
Temperley, H., «Capitalism, Slavery and Ideology», *Past and Present*, LXXV (1977), pp. 94-118.
Thür, G., *Beweisführung von den Schwurgerichtshöfen Athens: Die Proklesis zur Basanos*, Viena, 1977.
Tourmagne, A. (pseud. de A. Villard), *Histoire de l'esclavage ancien et moderne*, París, 1880.
Verlinden, C., *L'esclavage dans l'Europe médiévale*, Brujas, 1955 (publicado sólo vol. I).
Vidal-Naquet, P., «Les esclaves grecs étaient-ils une classe?», *Raison Présente*, n.º 6 (1968), pp. 103-112.
—, «Réflexions sur l'historiographie grecque de l'esclavage», en *Colloque 1971*, cit. *supra*, pp. 25-44.
Villard, A., véase A. Tourmagne (pseudónimo).
Vittinghoff, F., «Die Theorie des historischen Materialismus über dem antiken "Sklavenhalterstaat": Probleme der alten Geschichte bei den "Klassikern" des Marxismus und in den modernen sowjetischen Forschung», *Saeculum*, XI (1960), pp. 89-131.
—, «Die Bedeutung der Sklaven für den Übergang von der Antike ins abendländische Mittelalter», *Historische Zeitschrift*, CXCII (1961), pp. 265-272.
Vlastos, G., «Slavery in Plato's Thought», *Philosophical Review*, L (1941), pp. 289-304; reimpr. en Finley, *Slavery in Classical Antiquity*, cit. *supra*, pp. 133-149.
Vogt, J., *Ancient Slavery and the Ideal of Man*, trad. por T. Wiedemann, Oxford, 1974.
—, «Die Sklaverei in antiken Rom», *Antike Welt*, IX, n.º 3 (1978), páginas 37-44.

Volkmann, H., *Die Massenversklavungen der Einwohner eroberter Städte in der hellenistisch-römischen Zeit*, en *Akad. Mainz*, n.º 3 (1961).
Wallace, R., *A Dissertation on the Numbers of Mankind in Ancient and Modern Times*, Edimburgo, 1753.
Wallon, H., *Histoire de l'esclavage dans l'antiquité*, 3 vols., París, 1847; 1879 [2].
Weber, M., *Die Römische Agrargeschichte*, Stuttgart, 1891.
—, «Die sozialen Gründe des Untergangs der antiken Kultur», 1896; reimpr. (y citado por) Weber, *Gesammelte Aufsätze...*, cit *infra*, páginas 289-311.
—, «Die Agrarverhältnisse des Altertums», en *HWB der Staatswiss.*, 1909[3]; reimpr. (y citado por) Weber, *ibid.*, pp. 1.288.
—, *Gesammelte Aufsätze zur Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, Tubinga, 1924.
Weinstein, A., y F. O. Gatell, eds., *American Negro Slavery: A Modern Reader*, Nueva York, 1973 [2].
Welskopf, E. C., *Die Produktionsverhältnisse im alten Orient und in der griechisch-römischen Antike*, Berlín, 1957.
Welwei, K.-W., *Unfreie im antiken Kriegsdienst*, 2 vols., Wiesbaden, 1974-1977.
Westermann, W. L., «Sklaverei», en *RE*, supl. VI, 1935, pp. 894-1.068.
—, *The Slave Systems of Greek and Roman Antiquity*, Filadelfia, 1955.
White, Lynn, Jr., *Medieval Technology and Social Change*, ed. rúst., Oxford, 1964.
Wilamowitz, U. von, *Staat und Gesellschaft der Griechen und Römer* (con B. Niese), 1910, Berlín y Leipzig, 1923 [2].
Will, Ed., «Trois quarts de siècle de recherches sur l'économie grecque antique», *Annales, E.S.C.*, IX (1954), pp. 7-22.
Yanoski, J., *De l'abolition de l'esclavage ancien au Moyen Âge et sa transformation en servitude de glèbe*, París, 1860.
Yeo, C. A., «The Economics of Roman and American Slavery», *Finanzarchiv*, nueva serie, XIII (1952), pp. 445-485.

ÍNDICE ALFABÉTICO

ÍNDICE